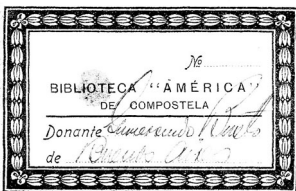




ESTUDIO GENERAL

SOBRE LAS

BELLAS LETRAS





# ESTUDIO GENERAL

SOBRE LAS

# BELLAS LETRAS

POR

ANTONIO N. PEREIRA

---

SEGUNDA PARTE

---



MONTEVIDEO

Imprenta á vapor y Encuadernacion de EL LAURAK-BAT

CALLE DEL FERRITO, NUM. 81

1886



# ESTUDIO GENERAL

SOBRE LAS

# BELLAS LETRAS

---

*« Indocti discant et ament  
neminiſſe periti. »*

## SEGUNDA PARTE

### I

Después de haber recorrido los diversos pueblos donde con mayor brillantez lucieron las bellas letras; después de habernos ocupado de la infancia del pensamiento humano, de su desarrollo y de la interesante época en que aparecieron los grandes genios, creemos oportuno penetrar en otro período de la literatura y estudiar el siglo diez y ocho, siglo notable bajo muchos conceptos y que se ha señalado por extraordinarios progresos.

Los esfuerzos de la inteligencia humana tienen también sus límites, como los tiene todo en el mundo; pero si la perfección, en la materia de que tratamos consiste en expresar lo bello, pintando á la naturaleza, tal cual és, y robándole sus secretos, con maestría

sin igual, no era posible alcanzar mayor éxito, que el que obtuvieron los astros del ingenio humano, que esparcieron tan vivisimas llamaradas de luz en el campo de la literatura.

Todos aquellos que aspiren á cultivar las bellas letras; aquellos que sientan el fuego sagrado por el culto de la literatura, deberán seguir las huellas que esos grandes maestros nos han trazado, imitar sus obras maestras, é inspirarse en ellas, como en verdaderos modelos.

La Francia y la Italia, habian llegado al mayor apogeo de desarrollo intelectual, como ya hemos tenido ocasion de apreciar. Por lo que hace á la primera, habia impuesto el sello de la belleza á las obras de sus grandes poetas del siglo de Luis XIV, llamado el siglo de oro de la literatura Francesa; que si fué muy notable aquel reynado, indudablemente lo debe, al esplendor con que lucieron los genios que rodearon el trono de aquel monarca.

Debemos por tanto, consagrar una atencion especial á la importante rama de las bellas letras después de aquel brillante período; tanto más, cuanto que su literatura influyó más ó ménos vigorosa y directamente sobre los otros estados, como su revolucion política, había de transformar los tronos de la Europa y abrir una nueva era para la humanidad.

El carácter expansivo del pueblo Francés; su amor por lo grande y por lo bello; su espíritu de confraternidad con los demás pueblos; el sello del buen gusto que imprime en todas sus obras y que se

impone, así en la moda como en la industria y en las artes, ha conseguido estamparlo también en su literatura, que es conocida de todo el mundo civilizado y de toda persona que siente amor por las bellas letras.

Vamos pues á entrar en otro periodo de la literatura francesa, sino tan brillante como el que señaló el reinado de Luis XIV, en que figuraron los inmortales génius de que nos hemos ocupado, por lo ménos más trascendental en el carácter de la literatura y de mayor influencia en los usos y costumbres del pueblo francés; puesto que fueron sus grandes escritores, el célebre Voltaire y muy especialmente Rousseau y la escuela enciclopedista, dirigida por D'Alambert y Diderot, los que prepararon la revolucion del siglo XVIII.

Antes de tomarlos en consideracion, puesto que cada uno de ellos requiere una atencion detenida, creemos oportuno ocuparnos del estudio de otros poetas, que si no adquirieron tanta fama como los primeros, lograron por lo ménos, un puesto distinguido en el templo de la inmortalidad y de las musas.

Colocaremos al frente de esta pléyada de literatos á Crebillon, famoso por sus tragedias, comparado en su tiempo con Corneille y con Racine, y á quien se le ha creído superior como génio trágico, á Voltaire, opiniones ámbas verdaderamente insostenibles. Sus tragedias llenas de horrores, apenas pueden leerse con provecho, por nuestros contemporáneos, y sin embargo gozan de un mérito, el de haber despertado en Voltaire, el deseo de ejercitarse en ese

género, según su propia confesión, al ver la representación de la *Electra* y también de *Radamisto*.

El teatro trágico de Crebillon está basado en el terror, pero el terror llevado hasta la exageración.

Ya en *Rodoguna*, Corneille, había presentado un cuadro revestido de un horror, que ya rayaba en excesivo; sin embargo, se había detenido en los límites de lo justo, sin llegar á producir la sensación desagradable que Crebillon despierta con la representación de sus tragedias, verdaderamente horribles, y cuyos argumentos parecen rebuscados con el único afán de producir impresiones, y como suele decirse, para hacer efecto: la *Electra*, *Idomeneo* y otras obras del mismo autor, son una prueba fehaciente de que Crebillon obedecía las más de las veces á móvil tan contraproducente.

La mejor de sus tragedias, que es sin duda *Radamisto*, puede ser considerada como su único título de gloria, según la opinión de Laharpe, y sin embargo adolece también de ese defecto.

Oigamos el dictámen de este último escritor sobre ella:

“*Radamisto* es, sin ninguna comparación, la mejor de todas las obras de Crebillon, ó mejor dicho, su único título de gloria; pues es la única verdaderamente bella, y la única que puede alcanzar á la inmortalidad. Si algo le falta á esta tragedia para ser colocada en el primer rango, es el no haber sido escrita como había sido concebida, como también el hecho de haber tenido otro acto

primero; pero tal como es, no era necesario más que una obra de ese mérito para ocupar su autor un lugar muy honroso entre los poetas trágicos.

“ No ha faltado quien asegure que el argumento había sido tomado por Crebillon de un romance titulado *Berenice*, hoy desconocido casi, y que muy difícilmente podría darse con él; pero como quiera que sea, Crebillon no hizo más que apropiarse el fondo histórico, que podía haberlo sacado de la misma manera de Tácito. El asesinato de Mitridates, padre de Zenobia, muerto por Radamisto, asesinato que no es en sí mismo más que uno de los atentados vulgares de la ambicion; y el de Zenobia apuñaleada por su esposo, uno de esos crímenes frutos de una pasión arrebatada, produce esos golpes de desesperación que son de naturaleza ménos vulgar, más extraordinaria, y que son propios de la tragedia. ”

Respetamos esta opinión caracterizada, como también otras que se han emitido sobre esta pieza de Crebillon, la única como se ha dicho, notable entre todas las que escribió; sin embargo, no podemos ménos de creerla incapaz de paraugonarse en nada con las de sus antecesores del gran Corneille y del clásico Racine.

El mismo Crebillon, como para disculpar los errores de sus tragedias, manifestaba que Corneille había escalado el cielo, Racine había descendido á la tierra, y que no le había quedado otro camino que el infierno, en el que se había engolfado completamente.

Pero no eran solamente los argumentos horrorosos que habia escogido Crebillon el defecto que se notaba en sus tragedias; resentíanse además de su estilo que daba en hinchado; ya no era bastante lo primero, sino que se alejaba de aquella naturalidad espresiva de las tragedias de sus antecesores, de aquella belleza de excenas que daban encanto á sus obras y que mantenían el interés con la verosimilitud de los personajes que se exhibían, ó de la fábula ó asunto que desarrollaban.

Cuentan que Boileau, leyendo las obras de Crebillon exclamó: " Que me saquen de aquí, esta gerigonza horrible! Oh! A lo que ha venido á parar la tragedia francesa! . . . . "

Tal fué la exclamacion de tan grande como excelente maestro, sobre las obras de aquel escritor trágico.

Creemos haber consignado nuestro juicio sobre Crebillon; justo es que nos ocupemos ahora de otro escritor de mayor talla que el anterior, de más merecida fama, que conservó por algun tiempo el cetro de la literatura y que se hizo acreedor á que la posteridad lo colocase entre los mejores escritores de la época.

Nos referimos á Fontenelle, sobrino del gran Corneille, el que, si bien fué poco conocido en un principio y más desconocidos aun los alcances de su talento, arrastró después en pós de sí mucho crédito y prestigio, prestigio y crédito verdaderamente merecidos; pués de la lectura detenida de sus obras, se desprende

que no le faltaba gracia é ingenio en el decir, y que tuvo el mérito de ser el primero en hermanar la ciencia con las bellas letras, cosa nueva en aquel siglo.

No se nos oculta, que no hay en las producciones de Fontenelle, ni el genio de Voltaire, ni su gracia inimitable para espresar sus ideas, ni su originalidad sin igual y sin embargo no dejan de gozar sus obras de no escaso mérito y de muy señalado interés.

Su *Discurso sobre la pluralidad de los mundos y sus Elogios*, constituyen tal vez sus mejores obras.

Pero el verdadero mérito de Fontenelle estriba en haber sido el precursor de la filosofía moderna; pues, si bien es cierto que Bayle le habia precedido, tambien lo es que no puede parangonarse con él: pues ni el estilo de este es tan correcto, ni puede usurparsele á Fontenelle, el mérito de haber sido el propagandista de las ideas filosóficas.

Fontenelle está dotado de una claridad, de una erudicion y de cierta burla excéptica, en el estilo de sus obras, que colocan á Bayle, á gran distancia de aquel autor y que quedará poco airoso el que pretenda compararlo con él.

Oigamos á Mr. Villemain, cuyas opiniones por lo que hace al siglo de que nos venimos ocupando, nos veremos precisados á seguir por creerlas muy caracterizadas; este profundo escritor ha dicho con muchísima razon: Fontenelle no tenía ese ardor decidido para el estudio que se requiere para las grandes obras; tomaba un poco de todo en las ciencias con medida y facilidad. Nadie mejor que él realizó el

pensamiento de Tácito: *retinuit, quod est difficillimum, ex sapientia modum*. No se engolfa de manera alguna en el cálculo y la geometría; pero aprendió bastante de Varignon y de otros libros para hablar con exactitud y claridad. No estudió más anatomía que la del curso de Duverney escrito para el Delfin y seguido asiduamente por Bossuet.

No emprendió viage alguno de instruccion, ni siquiera hizo una rápida excursion por las regiones de la botánica; pero cosechó de todas las ciencias naturales las nociones exactas y simples que después transmitió con tanto acierto y tanta gracia.

Apesar de su inclinación dominante por la filosofía como se decía entónces, Fontenelle, era de familia de poetas y viendo el realce de la poesía en el siglo de Luis XIV, hizo versos y lo que fué peor, compuso tambien tragedias. Un epigrama de Racine, nos dá noticia de la suerte que le cupo á su *Aspar*, sin que pueda decirse que su *Bruto* obtuviese mejor éxito que aquella obra.

Sin embargo, fué más discreto que Lamotte, pues ni siquiera el ritmo tomó de la antigua forma poética.

Ejercitóse tambien en la composicion de algunas églogas, sin duda, para demostrar que un hombre decidido, puede aventurarse á todo, y se cita su *Ismena* entre los literatos, que ciertamente no carece de gracia y de gusto. Publicó, al mismo tiempo sus cartas galantes, de las que Moliere se mofaba tanto, como de las *Preciosas ridículas*; y como se mofó tambien hasta de sus *Diálogos sobre los Muertos*, la primera

de sus obras que hubiera tenido éxito, sino estuviese caracterizada por mil rasgos de afectacion y de pésimo gusto.”

.....

Apesar de sus reservas y su aire de frivolidad, en la *Historia de los Oráculos* de Fontenelle, tan rudamente atacada por el jesuita Baltus, aquel que se sujetaba más á su reposo que á una opinion ó á un rasgo de ingenio, se desvía de pronto de los estudios de crítica y de historia, para encerrarse en la Academia de Ciencias, de la que fué Secretario perpétuo en 1699. Desempeñó por espacio de cuarenta y tres años tan brillante y noble empleo, que hoy está dividido entre dos sabios, y el que dejó á la edad de ochenta y cuatro años, para concluir algunas piezas de teatro.

Ese medio siglo, consagrado á la cultura de las ciencias, por un espíritu tan penetrante y tan exacto como era el suyo, produjo la brillante *Historia de la Academia*, formada de los *Análisis* de sus trabajos y de los *Elogios* de sus miembros. Los *Elogios* se han dado á la publicidad y son de todos conocidos; pero no sucedió lo mismo con los *Análisis*, que han quedado relegados á la coleccion de la Academia, obra que apenas encuentra lectores. No se puede recorrer, ro obstante, aquella inmensa série de memorias sobre materias tan diferentes, sin maravillarse del génio fácil de Fontenelle. Física general, anatomía, química, botánica, matemáticas, astronomía, óptica, hidrografía, acústica, mecánica, de todo dá cuenta, tocando todos esos puntos tratados en las discusiones de

esas ciencias en la correspondencia ó *Memorias* de la Academia.

A la descripción precisa de un hecho de historia natural, se sigue una exposición muy clara de la aritmética binaria, inventada por Leibnitz y hallada en una antigüedad chinesca. Ora lo encontramos entretenido en la descripción de un cometa aparecido en Pekin ó de una aurora boreal visible tres años seguidos en París; ora profundizando sobre las manchas del sol y las fuerzas motrices del vapor ó bien sobre el cálculo infinitesimal; ora inventando un sistema de música como también una rueda ó *vis* de nueva forma, ó bien examinando las cuatro lunas de Saturno ó entregado al estudio de la digestión animal.

Era esto sobrado extraordinario para un hombre solo; el primer ensayo de un espíritu enciclopédico, espíritu que constituía la aspiración del siglo XVIII, que ensanchó sobremanera las fronteras de la ciencia y que más tarde, para abrazar mejor todas sus ramificaciones, se dividieron en todas aquellas materias por diferentes sábios.

Agreguemos, que esos extractos, esas memorias, ese proceso universal, que Fontenelle había reunido durante cuarenta años, llevan el sello de su carácter; siempre la misma nitidez de buen sentido, siempre el mismo estilo descuidado, cuando no tiene por que mostrar la profundidad del pensamiento; siempre la misma reflexión delicada y fina cuando puede hacerlo y debe reflexionar.

Poco importa que muchas de las nociones de que

trata estuviesen aún en un periodo incipiente; que muchas observaciones que reproduce estuviesen incompletas y fuesen meramente probables; que la ciencia de su tiempo estuviese en mantillas todavía y que no la poseyese enteramente, que su claridad sea frecuentemente superficial y agrade instruyendo poco; de cualquier manera que sea, siempre sentiremos bajo la relacion del método y del gusto, lo único que nos ocupa en este momento: profunda filosofía y una inteligencia general y poco vulgar de las cosas de que trataba en ese conjunto de vistas comparadas.

Vemos pues, qué género de superioridad resaltaba en aquel talento extraordinario y el encanto singular de que revestia, no solo su conversacion, sino tambien las producciones de su genio estampadas en sus escritos. Sus relatos llevaban siempre el sello de la novedad.

Era el único intérprete en la oscuridad de los conocimientos inaccesibles y la curiosidad del mundo; hacia simple lo que aún no era comprendido hasta entónces y á la simplicidad de la exposicion agregaba los alcances delicados del pensamiento. Hacia á la vez resaltar con arte la utilidad positiva, que se mezclaba á las maravillas de las ciencias é interesaba en ello, no solamente sus cualidades especiales de buen sentido sino tambien la belleza de su talento singular.

Con facultades tan recomendables, no debemos extrañarnos que alcanzara un éxito tan prodigioso y una influencia tan marcada y tan fecunda en aquel período del siglo XVIII.

Otro de los que honraron las letras y cultivaron con éxito la poesía por aquel tiempo y á quien no podemos pasar en silencio fué Juan Bautista Rousseau.

Mientras tanto, la bella poesía francesa, dice Mr. Villemain, no estaba sostenida más que por Rousseau, que segun la categoría de talentos imitadores habia conseguido realizar en sus primeros pasos sus más elegantes obras.

En sus primeras producciones Rousseau, trató de imitar á Malherbe y á Boileau en la correccion y la elegancia sostenidas del lenguaje. No es, sin embargo mi ánimo reproducir aquí los trozos, los pensamientos, los innumerables ejemplos de buen gusto, que otros hábiles críticos han comentado con acierto sobre el mecanismo y la armonía de sus versos. Solo un problema nos proponemos resolver; solo bajo un punto de vista vamos á considerar al autor de quien nos venimos ocupando.

¿ Fué Rousseau quien concibió y trazó la idea de esa poesía lírica, acento el más sublime de la fé religiosa y cuya belleza primera se habia debilitado en las fiestas de la Grecia?—De ningun modo. Pero no ha llevado tampoco á un alto grado, esa oda artificial y sábia, que encantaba los oidos de los Griegos, y que le hacia exclamar á un romano que no hallaba en su vida bastante agrado para estudiar los poetas líricos. « No se puede negar; lo creemos. A falta de un vivo entusiasmo, se encuentra en Rousseau bastante arte y no poca elegancia. »

« He tratado, dice el mismo Rousseau, en la mayor

parte de mis obras de dar una idea de la poesía de Pindaro, de que todo el mundo habla y que ninguno de aquellos que hablan más, la conocen mejor.»

Vamos á ocuparnos ahora de uno de los más esclarecidos génios, que haya producido la humanidad; de una de las más vastas inteligencias, que han existido y que dejan profunda huella de su paso por la ciencia y esparcen un rastro de radiante luz, que el tiempo mismo no es bastante para borrarlo y aún parece que aumentara su fulgor y su grandeza.

Nos referimos á Voltaire; el profundo filósofo y brillante literato, cuyo nombre llenó todo su siglo, y á quien debemos consagrar algunas páginas de nuestros estudios literarios. Fué Voltaire el paladin más poderoso de la libertad del pensamiento y el atleta mas terrible que tuvieron las «Bellas Letras»; pues que en todo los géneros se manifestó aquel inmenso genio, dominando los espíritus por el esplendor de su vasta imaginacion y por su entendimiento privilegiado.

No reveló Voltaire desde un principio las elevadas muestras de su esclarecida inteligencia; antes bien, fué paulatinamente dándose á conocer, hasta que llegó á empuñar el cetro de la literatura, dominando á la sociedad entera, hasta sus últimos dias. Admirado por los reyes y en correspondencia con ellos, le rindieron culto todas las inteligencias, y estendiéndose su influencia en todas las esferas y siendo un verdadero transformador de las ideas y de las costumbres.

Unas veces benéfica y maléfica otras, su influen-

cia conmueve aún en nuestros días la sociedad entera y, ora combatiendo la eterna credulidad de los pueblos, ora la ignorancia y la estupidez de ciertas preocupaciones humanas, abrió nuevos horizontes á la ciencia y á la marcha de los acontecimientos sociales nuevos rumbos.

La burla, esa eterna y probervial burla, que era tan connatural con su carácter; esa befa é inagotable vena para la crítica, que á la vez que escarnecía todo era un ariete el más poderoso y certero contra cuanto intentaba destruir, fueron los elementos de que hechó mano para hundir á sus adversarios, los que lucharon impotentes y doblegaron su cerviz ante el poder de su genio y el imperio de sus fuerzas intelectuales, y los que siendo derrocados de sus altares como si fueran otros tantos ídolos falsos, quedaron oscurecidas todas las medianías por la vivísima luz que esparcía aquel astro de primera magnitud en el campo de las bellas letras.

Voltaire habia nacido en las postrimerias del siglo XVII, en el año 1694. Hijo de un notario desprovisto de bienes de fortuna, fué de condicion humilde y su posicion poco desahogada. Ingresó en un Colegio de Jesuitas, donde recibió su educacion, teniendo por maestro al Padre Porée que le instruyó en el estudio de las Humanidades. Si hemos de creer la opinion de su maestro, Voltaire no alcanzó á ser más que un mal latinista y un peor helenista.

Jóven todavia, pero turbulento sufrió Voltaire la detencion por espacio de algunos meses privado de su libertad en la Bastilla.

El caballero de Rohan habia preparado y hecho caer á Voltaire en una mala celada; lo hizo apalear por sus criados, y esta querella lo colocó en el caso de abandonar la córte y encerrarse dia y noche para aprender la esgrima con ánimo de tomar una séria reparacion del ultraje que se le habia inferido; cuando se consideró capaz de medir sus armas con Rohan, le dirigió una carta de desafio; desafio, que éste no aceptó, valiéndose para su negativa de estos conceptos; «No puedo aceptar; lo siento mucho; no sois un gentil hombre.»

Insistió, sin embargo, Voltaire, lo que le valió por órden del Ministro el ser encerrado en la Bastilla, donde estuvo en reclusion por espacio de seis meses y de donde salió para un destierro.

Tan pobre fué la opinion que se tuvo en su juventud de su inmenso génio, que el duque de Saint-Simon, en sus Memorias, lo cita, como una capacidad mediocre.

«Un tal Aroet, dice, hijo de un notario y que, con el nombre de Voltaire, es un gran libertino, ha adquirido alguna fama.» Si Saint Simon, agregáremos nosotros, hubiera vivido algun tiempo mas, hubiera comprendido, sin duda, hasta donde habria de llegar aquella fama y no hubiera dejado de maravillarse al ver que eclipsaba con su vastísima luz á muchos *astros*.

Figuraba por aquel tiempo una célebre cortesana, llamada Ninon de Lenclos, á quien todos rendían culto por su talento y hermosura; siendo de advertir que

por más que en los comienzos de Voltaire las letras se encontrasen en su ocaso, no por eso dejaba la casa de aquella de ser frecuentada por los que tenían renombre en el cultivo de la literatura.

Mucho se ha escrito de Ninon, caracterizada de mujer mundana por unos y dotada de verdaderas virtudes por otros; pero como quiera que ello sea, es innegable que debía estar dotada de un espíritu fino y cultivado, cuando todas las celebridades de su tiempo la festejaban y cuando todos aspiraban á conocerla.

Voltaire fué presentado á Ninon, y pronto quedó prendado de ella, tanto, que en su comedia la *Depositaria*, la hace aparecer, como el ideal de una mujer virtuosa.

No puede dudarse, que en el ánimo de Voltaire, jóven aún pues apenas tendría entonces diez y ocho años, debió ejercer una marcada influencia el contraste de la educación recibida entre los jesuitas, con las tendencias de aquel centro donde, de cierto, no debían reinar tanta intolerancia y rigidez en las ideas como entre los hijos de Loyola.

Entusiasmada Ninon por el claro ingenio y por las dotes naturales de aquel hombre, tomó bajo su protección á aquel jóven, el que frecuentó su casa hasta que la muerte concluyó con la existencia de aquélla.

Pero indudablemente, más que eso, debió ejercer mayor influencia y hasta una verdadera revolución en su espíritu su viaje á Londres, viaje ocasionado por el decreto que lo desterraba, y que lo puso en contacto con los hombres de letras que figuraban en aquella

ciudad, y particularmente con Lord Bolingbroke. Sabemos que Inglaterra, á la sazón, había alcanzado por medio de sus grandes escritores adictos á la libertad del pensamiento, un gran adelanto y verdadero progreso en el desarrollo de las letras, adelanto iniciado durante el protectorado de Cromwell y que estendió su vuelo hasta la restauracion de Cárlos II. Figuraron en aquel período progresivo Dryden, Bukler, Rochester, el famoso Newton y el no ménos famoso Milton, como tantos otros, cuya nómina daremos á su tiempo, y de los que nos ocuparemos cuando tratemos de la literatura de aquel país.

En cuanto á Voltaire, si se atiende á sus obras posteriores á ese viaje, se echa de ver la influencia que ejerció la literatura inglesa en la esfera de sus conocimientos; como se ve más palpablemente todavía en sus obras más recientes, llegando hasta aprovecharse de algunas de las tragedias del gran Shakespeare, poeta anterior á los que conoció en su tiempo, tales como de *Otelo*, *La muerte de Cesar*, *Bruto* y obras de aquel trágico inmortal.

«Lord Bolingbroke — dice Mr. Villemain — fué desterrado de su país como lo había sido Voltaire, por un auto del Parlamento, despues de un brillante Ministerio en el que se había tratado de un cambio de dinastía. Voltaire había admirado en Bolingbroke, unido á su carácter, con su aire de distincion y sus gustos epicúreos que le eran peculiares, una erudiccion filosófica; una inmensidad de lectura, una ciencia de incredulidad, todo nuevo para él.»

La influencia de la libertad religiosa y política, como también la influencia de la literatura inglesa, introdujeron un cambio completo en el ánimo de Voltaire, que llevó á su patria todo el espíritu dominante de aquel país, verificándose una revolución en sus obras: sin amoldarse precisamente al carácter y génio inglés, inspirándose tan solo en la literatura de aquel pueblo, poniendo de su parte toda su originalidad y en fin, su génio mismo, logrando ejercer una verdadera innovacion.

Sus *cartas sobre los ingleses* manifiestan bien claramente, cuan fructífero fué aquel viaje á Inglaterra, puesto que en ellas pone de manifiesto toda la nueva filosofía que dominaba el espíritu de progreso de aquel país.

Dice un escritor, que Voltaire vió en Inglaterra, no una nacion incrédula, sinó una nacion libre donde habia algunos incrédulos, y tomando mucho de ella, descubrió á Francia lo que era importante que supiese, lo que debía producir grandes y graves resultados, á saber: que habia un mundo nuevo, diferente de aquel en que estaban viviendo los franceses en los últimos años del reinado de Luis XIV.

Que hiciese este descubrimiento, ya hablando de la inoculación de la vacuna, ó del descubrimiento de Newton, ó bien celebrando á Shakespeare, ó bien la tragedia de *Cato* de Addison, ó las particularidades del Gobierno y de la Sociedad inglesa, son tópicos diversos en las cuales podría existir parte de verdad mezclada con parte de error. Pero lo que encierra ma-

por importancia es el pensamiento revolucionario que aquel hombre imprimió con sus cartas, obra con la cual, puede decirse que empezó verdaderamente su carrera de innovador, y que fué el primer acto importante de su vida, desde que empezó su carrera hasta llegar al patriarcado de Ferney.

Vamos á ocuparnos ahora de describir sus principales obras con alguna mayor detencion que la que requiere la índole de nuestro trabajo, pero no tanto, cuanto sería necesario al tratar de un génio tan vasto como el suyo.

La primera obra trágica de Voltaire fué el *Edipo* escrita á los veinte y tres años.

El argumento del *Edipo*, habia sido ya manejado por Lamotte, quien no se habia contentado con escribir una tragedia sobre el mismo personaje, sino que habia escrito dos; una en prosa y otra en verso. Tambien Corneille, habia escrito sobre el mismo tema, una tragedia, que verdaderamente no se puede poner en parangon con el resto de sus obras.

No adolece, por cierto, el *Edipo* de Voltaire de los defectos que se notan en las tragedias escritas por aquellos.

Su espíritu, verdaderamente innovador, se apartó de las formas griegas y compuso un *Edipo* á su capricho; apesar de que seguía la escuela de Racine se sienten palpablemente germinar en ella las ideas filosóficas que asomaban en su siglo la cabeza y algunas libertades religiosas, de las que aducimos como ejemplo la siguiente:

«Nos prêtres ne sont pas ce qu'un vilain peuple pense  
Notre credulité fait tout leur science,

lo que constituía un dardo lanzado al sacerdocio de su tiempo.

Mucho se ha hablado del *Edipo* de Voltaire, tan censurado por unos y tan encomiado por otros; á fuer de imparcial, diremos, que en él se contienen indudablemente bellezas de primer orden, que constituye su primera obra, y que ha alcanzado tan extraordinario éxito, que uno de sus más fervientes admiradores, el príncipe de Conty llegó á decir: que Voltaire debió haber bebido en la fuente de Aganipe para escribir su *Edipo*.

Trató Voltaire, dice Mr. Villemain, de acomodar á Sófocles al gusto de su tiempo, al escribir la tragedia *Edipo*. Reemplazó el personaje episódico de Philoctetes con el adversario natural de *Edipo*; sustituyó á Firenas por un gran sacerdote, no dió hijos á *Edipo*, suspendió con arte más aparente la revelacion de su destino, endulzó su desesperacion, y la mostró á los espectadores, no con los ojos arrancados y sangrientos, sinó esparciendo en toda su tragedia un barníz de elegancia y de filosofía.

¿Pero donde hallar aquel gran espectáculo que se descubre en la tragedia griega; esos hijos, esos ancianos, esos sacerdotes con bandeletas y ramos, rogando en los altares de los dioses, al lado del palacio de *Edipo*, y esperando de aquel rey que los acoja y los consuele?

¡Que exposicion la de aquel himno de reconoci-  
miento, que le dirigen en el exceso mismo de todos  
sus males! ¡Que contraste entre esta invocacion de su  
auxilio y la fatalidad de que será muy luego victima!  
¡Que interés creciente, en la llegada repentina de Créon,  
viniendo de Delfos, con la corona de oro en las sien-  
es! ¡Que gravedad religiosa, que emocion popular,  
en los cantos del coro que acompañan la relacion de  
Créon!

Es preciso confesar, que la relacion hecha á Philoc-  
tetes por el Tebano, su amigo; la narracion hecha al  
primero, de todo lo que ha pasado en la ciudad de  
Tebas, desde su primer llegada á esta ciudad, reempla-  
zan muy pálidamente esas sublimes bellezas. Es ver-  
dad, que en el segundo canto Voltaire ha conservado  
algunas señales del coro; pero en vez de aquellas lar-  
gas y tocantes oraciones, pone en su boca palabras  
de desesperacion y de desaffo del todo ajenas al génio  
de la antigüedad.

Frappez, Dieux tout puissants, nos victimes son prêtes,  
O monts! ecrasez-nous, cieux tombez sur nos têtes!

*Edipo*, reúne en seguida al pueblo en asamblea,  
como en la tragedia de Sófocles; y, lo que ciertamente  
habria sorprendido á los griegos, aparece en aquella  
asamblea, la reina Yocasta, que toma la palabra ante  
el pueblo; Yocasta, la misma por quien Philoctetes  
nos ha hecho conocer su pasion en la primera excena.  
Ciertamente, sin tener en cuenta el colorido local, Só-  
focles habia dado prueba de un arte mas delicado

presentando á Yocasta, tambien en la excena, pero más tarde y por muy corto tiempo .

En la tragedia griega, desde el momento, en que el espantoso misterio es objeto de las sospechas de *Edipo*, Yocasta desaparece; y de excena en excena, se desarrolla su desesperada soledad, sus gemidos y su muerte, pero no la vemos más. El poeta que no teme mostrar en la excena el espectáculo del sufrimiento físico, ha creado aquel horror moral que impresion<sup>a</sup> dolorosamente.

Por el contrario, en la tragedia francesa, Yocasta aparece en todo; ella habla al pueblo; ella se entretiene con una confidenta; ella escucha una relacion amorosa del príncipe Philoctetes, le concede una entrevista para una segunda esplicacion, y cuando es acusado lo defiende con ese vivo interés que brota de su antigua pasion.

Cuando el gran sacerdote ha designado á *Edipo*, ella asiste como tercera persona á la plática de Philoctetes, y en fin, despues de las excenas confidenciales de los dos esposos, tan bien imitadas, aparece ella de nuevo en la excena y habla de su hijo de esta manera:

Ne plaignez que mon fils, puis qu'il respire encore.

pronunciando al darse la muerte estas últimas palabras de la tragedia:

Au milieu des horreurs dont le destin m'opprime,  
J'ai fait rougir les dieux qui m'ont forcée au crime.

Este pensamiento, propio del gusto de Lucano,

dista mucho de la simplicidad del génio griego. Ciertamente, no hay necesidad de demostrar el progreso moral que han producido los siglos, para sentir bajo la apariencia más elevada del arte ese empleo repetido de una misma cosa, siendo ella inferior á la severa creacion de Sófocles; diré aun más, esa falta que se le ha escapado al génio de Voltaire, cuyo argumento del drama no era sério sin embargo, no podía entrar entónces en la primitiva y religiosa inspiracion de Sófocles, y aun asi mismo, las conveniencias modernas debieron advertírselo, si no habia buscado otra cosa que un texto á sus hermosos versos.”

Hemos expuesto la opinion de Mr. Villemain, tan competente sobre la primera tragedia de Voltaire y á la que siguieron otras tituladas *Artemisa*, *Eriphlo* y *Mariamna* dotadas de la brillantéz de su génio, pero que acusaban falta de experiencia en el arte, siendo fruto de sus pocos años y de su precipitacion.

Al dar á luz Voltaire estas tragedias, se preocupaba tambien en escribir un poema épico, tomando por héroe á Enrique IV, ántes de conocer lo que era un poema épico, segun su propia confesion.

La *Henriada* fué, pues el nombre que puso á su obra, obra que se resiente en sus primeros cantos de falta de plan y aún de concepcion definida; pero perfeccionada después, cuando su génio habia adquirido mayor madurez, resaltan mayores bellezas de estilo, más hermosos pensamientos y, más que todo la elegancia de versificacion.

Mr. La Harpe, refiriéndose á este poema, se expresa

en estos términos. Lejos de reprocharle á Voltaire, tan duramente, como lo han hecho muchos censores, la imperfeccion del plan de su *Henriada*, sería más justo el dar á conocer, bastantes bellezas de estilo y de detalle, que se encuentran contenidas en ese poema; bellezas, capaces de transformar aquel trabajo que no pasaba de un ensayo, atendida la mediana concepcion del argumento, en una obra que raya en clásica por la elegancia de la versificacion y como el único ejemplar hasta entónces de la epopeya francesa.

Tal es el punto, agrega, entre todo lo que brota de aquel génio, que ha sido más criticado, y es ciertamente el que más tela podia proporcionar á la crítica, puesto que los defectos reales, son en aquel poema más claros. Es, pués preciso no sorprenderse de que la malevolencia se haya cebado en ellos; pero es preciso tambien no creer que, apercibiéndose de esos defectos, no los haya la censura exagerado, que no los haya tambien inventado y aumentado, y que se hayan frecuentemente cerrado los ojos al cúmulo de las bellezas que él encierra. La animosidad de los enemigos del autor fué siempre en extremo violenta, en extremo personal, para dejar de ser injusta; ella ha negado neciamente su mérito, que ha hecho y hará sobrevivir ese poema, apesar de todos sus defectos, asunto que trataremos de probar.

Se ha vituperado como defectuoso el arreglo del poema, que bien examinado, adolece de la unidad de objeto, cualidad tan recomendable en la epopeya. Se le ha motejado tambien porque no desarrolla en el

primer canto la proposicion establecida por el poeta cuando empieza:

Je chante ce héros qui régna sur la France,  
Et par droit de conquête et par droit de naissance.

Atendido el plan de la obra, Enrique IV se propone conquistar el reino que le pertenece y que le disputaban sus súbditos sublevados. Sin embargo, nada se dice de esto en los primeros cuatro cantos; es Enrique de Valois quien reina, y Borbon no combate sino para hacerle entrar en Paris. No desempeña, pues sinó un rol secundario en un poema del que él es el héroe; está á las órdenes de un director y de un director bien inferior á su rango, error de bastante consideracion, que consiste en tratar la epopeya como historia. La accion debia comenzar después de la muerte de Valois. Todo aquello que la precede y aun esa muerte misma, no debia incluirse sinó como una recitacion como el pasage que aparece entre Enrique IV é Isabel.

Es además Valois un personaje muy envilecido, para aparecer en primera línea y para ocupar el primer lugar en la accion y llenar el interés en la mitad del poema.

El autor ha paliado, hasta cierto punto, este defecto, y las críticas á este respecto han venido á reprocharle, precisamente lo que debiera ser objeto de encomio.

Todos han criticado el viaje de Enrique IV á Londres, como su embajada á la corte de Isabel; le han echado en cara, que, cualquiera ménos que él, po-

dia haberse encargado de esta mision; que no debia exponer al ejército de Valois abandonándolo; que era descender á representar el rol de un agente secreto etc., observaciones todas, que debieran rechazarse como falsas. Los sitiados pueden ignorar un viaje de pocos dias y Enrique pudo ir á Lóndres como Eneas pudo ir á ver á Evandro, sin perder nada el poema.

Esta negociacion es muy importante para comprometerle, y la entrevista de dos personajes, tales como Enrique IV é Isabel, conviene á la dignidad de la epopeya y mucho más para cuando Borbon sea ya rey. La negociacion tiene un gran objeto; y nada puede servir mejor que ella al plan de Valois en su obra.

Es, en fin á él, á quien le toca referir las desgracias de la Francia, como Eneas cuenta las de Troya, y decir tambien: "*Et quorum pars magna fui*" y á nadie pudo referírselas mejor que á la reina de Inglaterra.

Pero lo que hay más decisivo en favor del poeta es lo que habia quitado á su héroe tributándole, en lo que es posible, el primer lugar en nuestra atencion en la obra, fijando nuestras miradas sobre los sucesos que refiere Enrique y que no son otra cosa que sus peligros y victorias.

Se ha fundado tambien la crítica en que el desarrollo no estaba bien manejado; que San Luis, que se presenta implorando al Altísimo, pidiéndole su gracia para iluminar á Borbon, podía haber hecho esa oracion en cualquier otro instante.

Esa crítica no está fundada. Es cuando el rey acaba de morir y cuando la capital sufre el sitio; es cuando San Luis suplica al Eterno que aleje el único obstáculo que separa del trono á un príncipe hecho para honrarlo, y es muy justo que el héroe reciba la recompensa de sus acendradas virtudes, en el instante mismo que acaba de señalarlas con un rasgo tan conmovedor y que le hace conquistar todos los corazones.

Pero hay razon para adelantar que la revolucion que se operó en Paris, despues de la adjuracion del rey no está bastante esplicada, y que no es bastante decir de uno de los principales personajes del poema, del jefe de la Liga:

«A reconnaitre un roi Mayenne fût réduit.»

Generalmente hablando, no puede negarse, que los hechos importantes no están bastante desarrollados, que frecuentemente no están más que indicados, con una precision que llega á la rapidez, y que adolecen de cierta aridez poco recomendables.

Todo debe concurrir á llenar el objeto de la epopeya; pero todo tambien debe tener su lugar, para recrear la imaginacion. Este género de poesia vive de los detalles, y el poeta debe ser siempre pintor y no un simple cronista; no debemos solamente conocer los hechos, sino tambien debemos verlos; es aún preciso que estén ligados los unos con los otros, por una dependencia sensible, y como por una cadena que debe abrazar toda la obra.

Este encadenamiento no está observado en la *Henriada*; el amor del héroe por Gabriela, por ejemplo, comienza y concluye en el noveno canto, con violación de un principio. Ese amor no tiene ninguna relación, ninguna ligazón con todo lo demás; se le podría separar sin faltar á la fábula del poema, y sin que perdiera nada de su interés.

No es así como Virgilio se servía de Dido, que llena el principal objeto de la *Eneida*, que reconcentra por largo tiempo el irreconciliable rencor de Cartago y Roma, según los designios de Juno y los decretos de Júpiter; y que forma durante los cuatro primeros cantos, el más poderoso obstáculo á los designios de Eneas, obstáculo que descuella aún en el sexto canto que abraza el infierno.

Taso, con más arte, aún en la ejecución de su obra aunque menos perfecta, ha ligado su armada á toda la acción de su *Jerusalem Libertada*; siendo uno de los más bellos ornamentos de su poema, cuyo arreglo es irreprochable.

La parte dramática, aquella que consiste en poner los personajes en acción y en escena, no está ménos agena de reproches, y no son ménos merecidos. Valois no aparece sino para ser asesinado. Mayenne, el rival de Borbon, anunciado como un gran hombre aparece como insignificante; no se le vé en acción, no se le oye hablar aun en las asambleas, para nombrarlo Rey. D'Aumale, su hermano, que debió recordar el Turno de la *Eneida*, no aparece con frecuencia en los combates, ni se distingue por algu-

no de aquellos hechos que deben caracterizar á un guerrero de primer órden.

Se confunde demasiado entre los demás, si se exceptua el combate singular, donde pierde la vida, advirtiendo que Turenne, su vencedor, no se exhibe ménos en segundo rango.»

Tales es la idea general de la *Henriada*, segun la opinion de La-Harpe, anteriormente citado.

No es nuestro ánimo suponer á la *Henriada* de Voltaire despojada de grandes errores y de faltas asaz sensibles; no es nuestro intento parangonarla con la Iliada ó colocarla al lado de la Odisea, y de la Eneida; pero no por eso dejamos de comprender que goza de bastante mérito, que contiene bellezas muy apreciables en el fondo y sobre todo, en la forma de la versificacion y que puede ponerse en parangon con las mas elegantes que se han escrito en lengua francesa.

Tal es la consideracion que nos merece como poeta épico.

Ahora como poeta trágico, Voltaire ha escalado un puesto distinguido, sin por esto alcazar el vuelo de Corneille, ni el clasicismo de Racine.

Voltaire, como hemos dicho, para la confeccion de gran parte de sus obras trágicas escritas después de su estadia en Inglaterra, buscó sus inspiraciones en las obras inmortales del poeta Shakéspeare.

El *Bruto* de Voltaire fué inspirado por el de aquel autor, como lo fué *Záira* por el *Otelo* del mismo.

Y ya que nos referimos á esa produccion no pasaremos en silencio nuestra opinion sobre ella.

*Záira* es una de las tragedias que pueden clasificarse de un nuevo género y que despierta un gran interés. Su tema está basado en el argumento de Otelo y hasta puede decirse que es un Otelo mas humanizado ó mas de nuestros tiempos; su desarrollo se ajusta mas á las conveniencias y reglas del teatro moderno que el primero, pues sabemos que Shakespeare en todas sus obras infringia todas las reglas del arte dramático.

*Záira* está dotada de bellezas que resaltan á primera vista; tanto es así, que constituye una de las tragedias que han encontrado más aceptación, y puede decirse que, sin ser colocada entre las mejores obras de Voltaire, es una de las que más cautivan.

El enlace y desenlace—dice un escritor—tienen mucho de novelesco y aún de inverosímil; están fundados principalmente en una carta equivocada, triste recurso, de que no usaron los grandes poetas anteriores. El estilo, así mismo, se aleja más del de Racine; es natural, descuidado, fácil; pero no puede negarse que hay en ello mucho patético, y sublime, y que apesar de todas sus inverosimilitudes, arrebatata tanto, que es una de las tragedias que más conmueven aún leídas, y mucho más en la excena; de manera que, si muchas tienen más mérito literario, pocas aventajan á *Záira*, en el placer dramático que causa en oyentes ó lectores. Sin embargo, esta tragedia ha decaído mucho, y cuando las de Racine y Corneille van resu-

citando, gracias al mérito eminente de sus insignes autores, y quizá también por otras causas, *Záira* ha caído, por muchos títulos. Apesar de que Voltaire criticó á Racine, porque había puesto en sus tragedias caracteres de Luis XIV, en vez de pintar los caracteres de la época del argumento; en *Záira*, el mismo Orósman, personaje principal, no es más que un francés enamorado, en vez de ser un verdadero sultan, y como prueba señalaremos estos versos, que son de un apasionado galán:

«Ventureuse Zaire, avant que l'hymenée  
Joigne a jamais nos cœurs et notre destinée  
J'ai cru, sur mes projets sur vous, sur mon amour  
Devoir en musulman, vous parler sans détour.»

En esta parte, olvídase Voltaire de que, quien profesaría estas palabras era musulman, y que por consiguiente no podía casarse con la bella *Záira*, profesando la poligamia. Pero, apesar de este olvido y de algunos defectos muy señalados en la misma tragedia, el carácter de Lusignán, personaje poco célebre en la historia, y á quien Voltaire da importancia y nobleza y virtudes; la pasión del sultan Orósman, arrebatada y tierna; la ternura apasionada de *Zaira*, que todo lo quiere sacrificar á su amante, al mismo tiempo que se avivan en su pecho con preponderante poder, el afecto á su religion y el cariño á su familia, todas estas cosas forman un conjunto hermoso que nos arrebatara, y hacen á esta tragedia digna de ser contada, apesar de sus inverosimilitudes, entre las prime-

ras producciones del entendimiento humano en su clase.

Es verdad, y véase lo que hace lo que llaman algunos privilegio, de lo hoy dicho con voz poco castellana, genio, y que puede llamarse el superior talento ó númen; es verdad, que cuando el mismo Voltaire quiere en esta misma tragedia imitar un modelo mas elevado, aunque mas imperfecto, se quedó, hasta por confesion de su mismo compatriota el insigne Villemain, inferior y corto. No puede Orosman en medio de sus celos, alcanzar á la sublimidad de Otelo; no pudo remontarse Voltaire como se remontó Shakespeare, en cuya obra se observan las perfectas gradaciones que llevan los movimientos del corazon del hombre; cuando el traidor, obrando en el ánimo receloso, noble, é impetuoso de Otelo, le va precipitando á su delito, y convirtiendo en ferocidad sus naturales ímpetus, aunque violentos, inclinados á lo bondadoso.»

Nos hemos detenido en esta tragedia, por ser quizá la mas notable entre las muchas que escribió, pues las otras, aunque contienen bellezas y rasgos verdaderos de genio, adolecen de muchas faltas, salvo su *Merópe*, escrita ya en su apogéo, que es tal vez la que puede parangonarse con *Záira* y talvez le es superior; pues hay quien la considera como admirable, aunque muchas de sus bellezas las tomase del poeta italiano Maffei, que escribió antes otra tragedia con el mismo nombre é idéntico argumento.

La tragedia *Mahoma*, apesar de algunas excenas

verdaderamente bellas que se encuentran en aquella obra, como cuando el anciano Sopóra llegando al altar, suplica por sus hijos á quienes no conoce, y los que, sin conocerlo tampoco, quieren, arrebatados del fanatismo su muerte; el amor de los hermanos, sin saber su parentesco, el perdon del padre y otras exce-nas iguales son magníficas, pero toda la obra no es igual, siendo el argumento inverosimil y el estilo á veces demasiado pomposo y en algunas partes flojo.

La *Muerte de César*, tragedia en que el autor suprimió el amor, y que por consiguiente, ha quitado uno de los resortes mas poderosos para producir interés, pues solo aparecen hombres en ella, queriendo imitar á Shakespeare, en esta obra, decimos, no logró su intento pues es inferior á su modelo.

«En esta tragedia—refiere Mr. Villemain—hubo de quedarse tambien corto Voltaire, comparado con Shakespeare. En efecto, cuando Voltaire representa la grande excena en que Antonio arenga al pueblo delante del cadáver de César, su discurso en que invita á la multitud á la venganza, no puede compararse con el artificioso lenguaje que Shakespeare pone en boca de Antonio, y que es una brillante muestra de la riqueza de imaginacion y agudeza de ingenio del poeta inglés, el cual, si bien de escasa instruccion, parece que le hubiera revelado sus arcanos respecto al hombre, la naturaleza.»

Pero no se distinguió solamente Voltaire como poeta épico y trágico, carácter del que ya nos hemos ocupado; descolló, tambien, como historiador y escri-

tor en prosa, con cualidades recomendables y de las que vamos á tratar.

Voltaire se distinguió como historiador; su *Siglo de Luis XIV*, es una de sus mejores obras; produccion, que es leida con verdadero interés, y cuyo estilo abunda en correccion y claridad; cierto es que excita sobrada admiracion por su héroe, y apláude muchas faltas del poder omnímodo de aquel monarca, pero encierra en sus páginas una profunda crítica y gran caudal de historia de la filosofia.

Su *Historia de Cárlos XII*, es otra de las obras de Voltaire clasificada entre las más notables, por la elegancia de la diction y facilidad de estilo, siendo su narracion rápida, interesante y llena de animacion; tanto, que ha sido parangonado por esta obra, con el historiador latino Quinto Curcio, aunque creemos que Voltaire sobrepasa á su modelo.

Otra de sus obras, en verso y prosa es la titulada el *Templo del Gusto*, notable por el ingenio que muestra en la clasificacion y exámen de autores que cita. Su *Ensayo sobre las costumbres y espíritu de las naciones* á la cual antecede un largo discurso preliminar sobre la filosofia de la historia, es una obra escrita ya en sus últimos años y en la que manifestó muy señaladamente su carácter, su tendencia á la mofa de todo, y su propension marcada de hacer escarnio de cuanto se relacionase con la religion cristiana.

Esta obra ha sido tachada de contener mucha superficialidad y, ciertamente no es injusta esta acusacion; sin embargo, revela las dotes que caracterizaban

siempre á su autor, como escritor fecundo y fácil y con caudal inmenso de conocimientos; aunque por la misma ligereza de su caracter, acentuado, como hemos dicho antes, mucho mas en sus últimos años, se le acuse, no sin alguna razon de falta de ella, puesto que parecia complacerse por la misma viveza de su genio, en ser tal vez demasiado ligero en muchas de sus apreciaciones y en muchas de sus opiniones.

«Desgracia— dice Alcalá Galiano en su *Historia sobre la literatura*, hablando de Voltaire—es la de los hombres, que tienen un ingenio demasiado vivo y un entendimiento demasiado claro, ser acusados generalmente de poco profundos, aunque no lo sean; y al revés, es propension del linage humano, considerar como profundo, todo lo que parece indigesto, desaliñado y confuso, por lo mismo que á veces cuesta trabajo su interpretacion.

En Voltaire hay á veces errores, y errores graves, errores crasos; hay errores cometidos de mala fé; pero hay así mismo gran abundancia de instruccion y gran variedad de conocimientos, pues en ninguna obra más que en aquella de todas las suyas, y en las suyas más que en las de ningun otro, brillan la agudeza de ingenio y la claridad de entendimiento; en ninguna obra se vió lo que se llama sentido comun, ejercerse sobre los sucesos con tanta maestría, ni tan bien comprendidas las preocupaciones vulgares, ni juicios tan desapasionados, excepto cuando su ódio á nuestra religion lo dominaba. Pero, ¿cuál fué su falta? Cabalmente, su falta principal, y en esto esta-

mos de acuerdo con algunos críticos franceses, su falta principal fué aquella que él creía ser la principal dote, la filosofía.

Aquel hombre insigne que había visto muchos errores, que había destruido muchas preocupaciones, que había comprendido que la historia no debe ser solamente la exacta narracion de los hechos militares y políticos, sino que debe tratar, si ha de juzgarse por lo que él pensaba al escribir, de las costumbres y espíritu de los pueblos, de sus constituciones, de sus leyes, y aún de su literatura; aquel hombre, tan superior á todos bajo este aspecto, tenía la manía, diremos así de atacar despiadadamente á la religion, y esto le hizo faltar al verdadero criterio, suponiendo que la religion cristiana era la causa, ó cuando ménos, la compañera inseparable de la barbarie de la edad media.

Hablando ante un pueblo cristiano y católico, y hablando de Voltaire, del hombre que principalmente se propuso zaherir y derribar á la religion cristiana, y señaladamente á la católica, y á la córte pontificia, debería parecer ceñirme á pronunciar una especie de anatema contra el escritor, que contribuyendo en gran manera á destruir en Europa el espíritu religioso, ha causado á la sociedad tantos daños.

Pero no es por este lado que voy á considerarlo. Concedo por un momento que la religion católica, que aquella religion que había resistido y sobrevivido á tantos siglos, y que debía resistir todavía á una persecucion mayor, fuese lo que á Voltaire parecía que era.

Aun así, léjos de haberse anublado su entendimiento con la idea de las persecuciones religiosas, al contrario, hubiera estado alumbrado de la luz de la razón desapasionada, filosóficamente hablando, debía haber considerado el influjo benéfico del cristianismo en aquellos tiempos para conservar viva á la sociedad, cuando la fuerza brutal, contrapuesta contra la dignidad pontificia, no era mas que uno de los esfuerzos que hacía para perpetuarse la barbarie. Debía haber visto, que lo que se llama en idioma moderno el progreso, existe siempre en la sociedad; que si bien en la edad media desaparecieron aquellas artes que tanta gloria dieron á Grecia y Roma, y se perdieron con ellas muchas cosas, que al par que lisongean nuestros sentidos dan alimento á nuestra imaginacion, quedó, sin embargo algo vivo que iba constantemente adelantando; quedó un pensamiento grande, que no habia nacido en los tiempos de Grecia y Roma, el del alma; ese pensamiento que hacia que el hombre aún más vulgar, creyese en su conciencia, y del cual carecieron, hasta los más famosos ciudadanos de Atenas y de Roma. Debía haber considerado que de este pensamiento nacia la abolicion absoluta de la esclavitud y debió haber considerado tambien, que si bien los papas abusaron de su poder, porque de todo poder se abusa, al mismo tiempo hicieron grandes servicios á la sociedad en su progreso.»

Tal es la opinion de Alcalá Galiano, que por coincidir en gran parte con la nuestra, la hemos extractado en este estudio.

A Voltaire le cegaba su ira contra el espíritu religioso, y llevado de aquella pasión de zaherir todo lo que con ese espíritu se relacionase, se mofaba de lo bueno que podía haber realizado en bien de la humanidad, así como de lo malo que podía haber originado.

Porque es preciso confesar que, la religión católica, si bien ha cometido grandísimas faltas, propias de los tiempos, no por eso dejaremos, de reconocer, que salvó á la humanidad de la barbarie; que las letras, las artes y las ciencias le deben su protección; y que hubo un tiempo, que solo en los conventos y en los claustros se les rindió el culto más decidido y que ellos les sirvieron de albergue, pudiendo salvarse de aquel inmenso naufragio en que los bárbaros sepultaron á la Europa.

También Voltaire compuso algunas novelas, en las que se propuso introducir sus ideas filosóficas y religiosas.

Su *Zadig ó el destino*, originada por la lectura de alguna obra escrita en inglés, es de fácil lectura, sin gran pretension, y en la que dirige ataques y burlas á la religión cristiana.

Su *Ingenuo* es más recalcitrante contra la misma, pues contiene una crítica mordaz de la religión, al par que de la corte de Luis XIV; y su *Cándido ó el Optimismo*, encierra la burla de los destinos de la Providencia; pero de todas las obras escritas por Voltaire en el género ligero, es la que más interesa, pues está llena de sal y abundan en ella los chistes de tal

manera, que no se puede dejar de leerla con avidez, apesar de que madame Stael, refiriéndose á esa obra, calificase de cruel y de feroz la alegría que ella encierra.

No trata Voltaire en todas estas obras de crear y pintar caracteres, ni se ven tratados asuntos importantes, solo sí, que parece le hubieran servido de tema, su incredulidad y su amarga tendencia á la burla.

Compuso tambien un pequeño poema del género ligero, titulado *La Doncella de Orleans*, en que satiriza de una manera despiadada la accion de aquella jóven, cuando se presta á salvar á la Francia del yugo extranjero, lo que verdaderamente no habla nada en favor de Voltaire, y hay quienes consideran tal produccion como el mayor borron de su fama de escritor.

Hablando el autor ántes citado sobre esta obra, dice, con mucha justicia, «que es cosa estraña, que un francés que amaba á su patria—aludía á Voltaire—haya encontrado ridícula la accion de aquella muchacha, que poseida en parte por el ardor patriótico y por espíritu de religion, siquiera sirviese de instrumento á personas más expertas; pero poniendo su pecho á las armas y su confianza en Dios, rescató á la Francia del yugo de los ingleses. De sentir es—agrega—que aquella á quien en nuestros dias se hubiera levantado una estatua, solo haya inspirado á Voltaire la idea mezquina de mofarse á su costa, pintándola como un objeto de desprecio, como un juguete de supersticion, como una muchacha fanática, tosca y grosera, en fin, con calidades que sin duda

hubo de tener, pero que es preciso que las tuviese en aquel tiempo, siendo su condicion humilde. ¿Pero cómo es posible que un hombre en quien viven pensamientos nobles, uno que blasona de poeta, y en quien debía haber, á la par que sensibilidad, entusiasmo, desmienta las circunstancias y los altos méritos que en aquella jóven admirable é infeliz compensasen los defectos y aún los ponían en oscuridad completa, borrándolos de la vista con la aureola que ciñe aquella heroica accion?

El poema no tiene, ni el mérito poético que algunos le atribuyen. Hay quien ha comparado en él á Voltaire con Ariosto, pero esta comparacion no es exacta. Sin duda Ariosto, unas veces era bufon y otras sensible, unas veces imitaba y otras prodacia; sin duda en el *Orlando*, hay todas las dotes que puede tener un poeta, versificacion elegante, facilidad suma, pureza de lenguaje, y mas que todo imaginacion fecunda y lozana. Pero en la *Doncella de Orleans* si hay maestria, ingeniosos chistes, trozos de poesia agradable, ¿donde se halla la vena poética de Ariosto? Voltaire no tenia la del poeta de Ferrara. Ariosto es verdad, no creia en la caballeria, pero ha formado un mito caballeresco; Ariosto en algunos momentos era capaz de entusiasmo; Voltaire no era capaz de el y en su poema de la *Doncella* lo descarta intencionalmente. Y esto en un asunto, que bien comprendido, mas que otro alguno lo admitia. ¿Y como es posible ser, no diré ya de mérito eminentemente práctico, sino agradable siquiera, una obra en que se hace mofa de

los afectos mas vivos y puros del alma, y de los pensamientos mas elevados, en suma de todo cuan'o es sublime y tierno en la humana naturaleza?

Algunas pinturas satíricas bien hechas, algunas descripciones vivas en que sin embargo asoma la imitacion á cada paso, no son, no, prendas de un poema que merezca aprobacion. *La Doncella* pues, solo corresponde á la clase de novelas críticas de Voltaire, siendo obra prosáica, como la que mas entre cuantas han compuesto los hombres, no obstante estar escrita en verso, que no es el verso solo lo que constituye la verdadera poesía.»

Cosa es fuera de duda, que esta obra adolece del peor gusto en que Voltaire haya podido escribir; pues no se concibe que pueda ser motivo de escarnio y de burla una accion que, ejecutada por una jóven, aunque no fuese por inspiracion espontánea, que todo hace ver que lo fué, debe ser considerada llena de nobleza y en sumo grado heróica; pués la abnegacion de aquella jóven en sacrificar su vida en holocausto de su patria, está por encima de todas las críticas con que Voltaire se haya complacido en tildarla, sintiendo solo que se haya servido de los alcances de su talento para hacer mofa y ludibrio de aquella accion, ridiculizándola con la más denigrante ironía.

Hemos empleado algunas páginas en el estudio de Voltaire y más podríamos estendernos en las consideraciones sobre inteligencia tan vasta, si la índole de nuestro trabajo lo permitiera y no nos llevára sobrado lejos este estudio.

Después de habernos ocupado de las principales producciones de Voltaire, creémos ahora oportuno seguir las huellas de sus viages y considerar el carácter que revestía, como escritor.

En 1740, accediendo Voltaire á las instancias del rey de Prusia, uno de sus más grandes admiradores, emprendió un ligero viage á Berlin, donde tuvo la dicha de ser objeto de toda clase de demostraciones por parte de aquel monarca, como tambien de admiracion por los principales personajes de aquella córte. Llamado repentinamente por el Ministro, que á la sazón gobernaba á la Francia, se le confió una importante mision acerca de aquel gobierno, mision que desempeñó con acierto y á satisfaccion. Nombrado, por este tiempo, merced á la influencia de Madame de Pompádour, gentil hombre de cámara, é historiógrafo de Francia, consiguió ingresar en la Academia, ingreso que le había sido negado en dos ocasiones anteriores.

Poco le duró esta gracia; pues que expulsado muy luego de Versailles, tuvo que acogerse en Sceaux, quedando hospedado en casa de la duquesa de Maine, en Nancy, donde á la sazón reinaba Estanislao. La muerte de aquella, le hizo pensar en volver á Berlin, realizando su proyecto, y en donde fué nuevamente recibido con todos los honores á que se habia hecho acreedor por su portentoso génio. En aquella córte no tuvo, en un principio, más que motivos de agradecimiento á las mercedes que, á manos llenas le prodigaba Federico el Grande, que le albergó en uno de

sus mejores palacios, llamado de Potsland, nombrándolo su gentil-hombre de cámara y asignándole una pensión de veinte mil francos.

Esta situación no podía prolongarse por espacio de mucho tiempo, á causa del carácter mismo de Voltaire; no es por tanto de extrañar que, indisponiéndose muy en breve con los principales personajes de la corte, por aquella tendencia á la burla y á la crítica de todo, y sosteniendo frecuentes altercados con Maupeouis, presidente de la Academia, á quien ridiculizó en una sátira bajo el nombre de *Sátira del doctor Akakia*, le hicieron malquerer de muchos y le acarrearon la ojeriza de aquel monarca. Después de varias desavenencias y de algunas reconciliaciones entre ámbos, se alejó definitivamente Voltaire de aquella corte en 1753.

Recorrió entónces parte de la Alemania, deteniéndose algun tiempo en el condado de Sajonia Weimar, donde escribió los *Anales del Imperio*, caracterizados como la peor de todas sus obras; visitó á Strasburgo, Colmar, Lyon y otras ciudades de Francia; pero como no se le permitiera ir á Paris, se fijó en Ginebra por algun tiempo, deteniéndose al fin en Ferney, donde fijó su residencia por espacio de veinte años.

En aquel paraje escribió sus principales obras, recibió las visitas de muchos personajes, aumentó considerablemente su fortuna con sus especulaciones comerciales, á las que ya anteriormente había consagrado parte de su tiempo, y fué reconocido como el Señor de Ferney.

A los ochenta y cuatro años de edad logró entrar en París, á ruego de su sobrina madame Denis, siendo recibido en aquella ciudad con un entusiasmo extraordinario, muriendo á los pocos meses de su llegada, el 30 de Mayo de 1778, en casa del Marqués de Villete, y en el mismo paraje donde hoy existe el muelle que lleva su nombre. Como su cadáver no fuera admitido en ninguno de los cementerios de París, fué sepultado en la abadía de Scellieres, propiedad de su sobrino el abate Mignet, siendo trasladados en 1791 solemnemente sus restos al Panteon de los grandes hombres, donde yacen todavía al lado de las tumbas de Lagrange, de Bougainville, de Soufflôt, de Rousseau y de Lannes, todos ellos dignatarios del primer Imperio.

Juzgando ahora á Voltaire como escritor, diremos que, como tal, debemos reconocerlo como la capacidad más universal de los tiempos modernos, y por lo que hace á los antiguos, entre las que más hayan sobresalido y producido.

Distinguióse en todos los géneros de la literatura con prodigiosa facilidad, y como poeta épico, aunque no pudo alcanzar el vuelo que emprendieron entre los antiguos Homero y Virgilio, y aún el de los modernos como Taso, Dante y Ariosto, sin embargo, es el primero entre los de su patria.

Como poeta trágico, sin alcanzar á la sublimidad de Corneille y Racine, es superior á todos los demás que descollaron en ese género. En los demás géneros de poesía también se distinguió, no hallando rival en lo festivo, pues era como una fuente inagotable en los

chistes y gracias bien expresadas, dotado como estaba su espíritu de agudezas y facilidad para expresarlas, por más que haya abusado de ese género con demasiada frecuencia.

Como escritor en prosa, sobresalió en su calidad de historiador, distinguiéndose en la introducción de la crítica en el estudio de los hechos; sin embargo, se le acusa de parcial, y aún de desfigurar los acontecimientos según sus intenciones, lo que es un gravísimo defecto para la veracidad histórica; no obstante, por su sencillez de estilo y elegancia, se le debe colocar en primera línea, entre los que se han distinguido en ese género.

En el género epistolar y en la novela, sobresale también por la amenidad, genérica en todas sus obras, no siendo tan feliz como filósofo, puesto que no hizo más que adoptar las ideas de Locke y de Condillac, sosteniendo y defendiendo la incredulidad, aunque sostuvo la creencia de Dios, encareciendo su necesidad según decía:

« Si Dieu n'existait, il faudrait l'inventer »

y aun también muchas verdades morales.

La misma diversidad de escritos y la multitud de materias que trató desde la epopeya á la novela, desde la tragedia hasta la comedia y desde la historia hasta la sátira, hizo que se resintiera de falta de profundidad, defecto que él no ignoraba, puesto que llegaba á decir aludiendo á sus producciones de su genio, que ellas eran como ciertos rios poco caudalosos, que se

extienden mucho y que por tener poca superficie se les vé el fondo.

Encarándolo ahora en su caracter particular, espondremos lo que dice un escritor: «Voltaire, como hombre fué una mezcla estraña de buenas cualidades y de defectos; variable é irascible con estremo, se manifestó vengativo y algunas veces hipócrita, pero tenia tambien arranques de generosidad y de nobleza; hizo mucho bien sin ostentacion y defendió en todos los casos los derechos de la justicia y de la humanidad.»

Es seguramente el hombre de quien se ha hablado más, en pró y en contra á la vez; pero cualquiera que sea la opinion que se haya formado de su carácter y de sus doctrinas, no se puede negar que es uno de los ingenios más brillantes de la Francia, y que ejerció durante medio siglo una verdadera dictadura sobre la filosofia y la literatura, y que ha dominado por largo tiempo por el esplendor de su génio.

Aunque no participemos de muchas de sus doctrinas y no las aprobemos tampoco, no se puede negar que su influencia fué poderosa, para el desarrollo de la libertad del pensamiento, y que poniendo en la balanza, todo el mal ó bien que ha podido hacer en su larga carrera literaria, siempre el fiel se inclinaría á su favor, tratandose del progreso de las bellas letras y de los nobles atributos del hombre, de su poder y de su grandeza, de sus aspiraciones y de su libertad.

Así es que su nombre será inmortal, y atravesará los siglos esparciendo claros y vivísimos destellos de luz en el campo de las bellas letras.

Vamos á ocuparnos ahora de otro escritor, sino tan vasto como Voltaire, por lo ménos que alcanzó tanta celebridad como aquél. Nos referimos á Juan Jacobo Rousseau, ginebrino célebre, que nació en el año de 1692. Hijo de un relojero de la ciudad de Ginebra, fué su condicion humilde y muy descuidada su educacion, puesto que todo su caudal de instruccion entónces no pasó de *Las Vidas Paralelas* de Plutarco.

Llegado á la edad de la adolescencia fué colocado en una escribanía, que frecuentó por poco tiempo; y colocado despues en casa de un grabador, no tardó mucho en abandonar ese empleo tambien.

Desprovisto de bienes de fortuna, dejó á Ginebra y se dirigió á Nancy, donde conoció á madame Warens, que se declaró su protectora.

A ella fué debida su conversion y que entrara en el hospicio de catecúmenos de Turin.

Abandonó despues el hospicio, y se vió forzado á servir de lacayo por algun tiempo.

Contraido al arte de la música, empezó á copiar y á dar lecciones, valiéndose para ello de un ingenioso método que había inventado. Pasó de Lausanna en 1732 á Paris, en donde nada hizo, volviéndo otra vez al lado de madame Warens, que residia entónces en Chambéry, en cuya residencia se entregó completamente al estudio, á la vez que compartía los cuidados de la administracion de la casa en que se hospedaba.

Fué colocado en calidad de preceptor al lado de Mr. Mably, corregidor de Lyon, con quien no estuvo

más que un año, volviendo de nuevo á Paris en 1741, con la esperanza de hacer fortuna con el método de escribir la música en cifra, de que, como hemos dicho, era autor, lo que no le dió resultado.

Algunos personajes, sin embargo, se declararon sus protectores, y le fué ofrecida la plaza de secretario del embajador de Francia en Venecia, Mr. Montaigu, pero no tardó mucho en ser despedido, volviendo á Paris en 1748.

Obtuvo allí un empleo en casa del asentista Monsieur Dupui. Fué por ese tiempo cuando conoció á la que fué despues su mujer Teresa, y que era de condicion humilde, pues servía en calidad de criada. Hemos bosquejado á la ligera hasta aquí algunos párrafos de la vida de este célebre escritor, tan llena de anomalías y de alternativas, ántes y despues de haberse dado á conocer en las letras, como lo veremos despues cuando nos hayamos ocupado de sus obras.

El desarrollo del tema propuesto por la Academia de Dijon, sobre « Si el progreso de las artes y de las ciencias ha contribuido á mejorar ó corromper las costumbres », fué lo que reveló su verdadera condicion de gran escritor y las actitudes de su genio.

Tomó parte en aquella contienda intelectual, declaróse en contra de las artes, venció á sus competidores y obtuvo el primer premio del concurso, venciendo las dificultades que se desprendían de su asercion con la maestría de un escritor consumado. Tal fué el principio de la fundadísima reputacion de que gozó despues.

Desde entónces se consagró á las letras, aunque no sin dejar por esto, de seguir empleando alguna parte de su tiempo, al arte de la música.

Dió á luz obras de diferente género despues de aquella pública manifestacion de su capacidad.

Publicó un discurso basado en un nuevo tema, propuesto por la misma Academia ya citada, y cuya proposicion era « Sobre el origen de la desigualdad entre los hombres »; escribió una ópera que fué muy celebrada, titulada *El Adivino de Aldea*, y una comedia titulada *Narciso*.

Volvió á Ginebra, donde de nuevo abrazó la religion que había adjurado, siendo perfectamente recibido en aquella ciudad.

Vuelto á Paris despues de este viaje, trabó relaciones con madame D'Epínay, que se declaró su nueva protectora, como lo había sido ántes madame Warena, otorgándole en el valle de Montmorency una de sus propiedades, llamada la Ermita.

Allí escribió dos de sus mejores obras, tituladas, una la *Nueva Eloisa*, verdadera novela en forma de cartas, y la otra, su famoso *Emilio*, que es un tratado filosófico-religioso sobre la educacion.

Nos detendremos en estas dos obras, aduciendo para ello la opinion de uno de los escritores que ántes hemos citado, hablando del periodo de que tratamos:

« El argumento de *Julia ó la Nueva Eloisa*, es bien singular, y así la clasificó su mismo autor; él en sí, nada vale; viene á ser una coleccion de cartas escritas con poca naturalidad, donde son escasos los

incidentes y no bien imaginados, y los caracteres se reducen á hablar Rousseau, expresando sus propios pensamientos, por boca de personas diferentes; ya pinte á una mujer jóven, que cede á la seducción, y en medio de eso, blasona de su pureza, y despues siendo casta esposa, vive con su seductor en amistad estrecha, sin haber en ello delito, puesto que, si ocurren á los malos pensamientos, son éstos al mismo punto desechados; ya pinte al amante, por regla general con nada que le distinga de otros entes de su clase, y en ciertos arrebatos bosquejándose en ellos el mismo autor; ya retrate á un inglés, como se creía que eran en aquel tiempo los ingleses, filósofo, frio, porque dormaba sus violentas pasiones; ya idee un marido suizo, filósofo y flemático, que casándose con una mujer cuyo desliz anterior no ignora, cuidándose poco de que su virtud padezca detrimento, trae al lado de su esposa al antiguo amante, y le convierte en amigo suyo; retratos todos de abstracciones ó comunes ó imposibles, sin que nada dé individualidad ó verdad alguna resalte en aquellas fisonomías. Fuera de esto, no hay en la novela nada que pueda llamarse trama, ni una narracion que llame la atencion y la mantenga suspensa.

Julia tiene un amante y éste la seduce: su padre la casa con otro; ambos amantes viven en paz hasta que la mujer muere de una calentura, que le resulta de haberse mojado cayendo en las aguas de un lago. Con tan pobre argumento, con caracteres tan comunes ó tan falsos, se puede, pues, y se debe pre-

guntar: ¿cómo la obra de que se va hablando goza de tanta y tan merecida fama?

¿En qué consiste el mérito de la *Nueva Heloisa*?

Consiste en su singular elocuencia. En ella descubre completamente Rousseau sus propios sentimientos acerca de las obras de la naturaleza que es la fuente de su talento, y de la belleza de su estilo; de notar es que quienes sienten bien en sus almas, y por lo mismo pintan con acierto las escenas campestres, son casi siempre todos hombres de afectos vivos y tiernos, porque existe cierta relacion entre las perfecciones de la naturaleza externa y nuestras almas, relacion que se descubre en el modo como estas últimas comprenden y sienten las primeras. Rousseau, al revés de Voltaire, era por demás sensible á los efectos que las obras de la naturaleza producen en la mente del hombre. Tenía así mismo pasiones violentas, sobrado arrebatadas y de especie singular. No es, por ejemplo, la que pinta en Saint Preux, una pasión puramente filosófica, como era el amor entre los antiguos, ni es tampoco una pasión con trazas de culto como la de Petrarca á Laura, tan imitada por los escritores, que después han descrito la pasión amorosa en prosa ó verso; es, sí, una pasión violenta, sensual y espiritual á un tiempo mismo, donde hay decoro en el deleite, por ser éste del alma en grado superior; pasión legítima, por lo cual quiero dar á entender, nó que sea conforme á las leyes divinas ó humanas, ó digna de alabanza, ni aún de disculpa, sino que es conforme á la que siente una criatura humana con apetitos de tal, pero dotada

de un alma noble sobremanera. El estilo de Rousseau va acorde con los vivos y tiernos afectos de que estaba el autor poseído. Su fuego pasma y enciende á los lectores; asombra, por otra pârte y embelesa, el número y facilidad de sus períodos, y la sencillez de su dicción.

Es en suma, la *Nueva Heloisa*, un conjunto de modelos de elocuencia en varios pasages. Sin embargo, el que haya observado la sencillez de los modelos griegos; el que admire las acabadas copias que de ellos sacaron los romanos en la magestad de su lengua y su carácter; el que conozca los ajustados modelos de imitacion de Grecia y Roma, que se hicieron por algunos en Italia en el siglo XVI, por pocos en España en la misma época, y en Francia por muchos durante el siglo XVII, encontraría, que la elocuencia de Rousseau no tiene la sencillez de la elocuencia de Bóssuet, de Molière, ni de Fénelon. Es una elocuencia de otra naturaleza; pero que de hinchada ciertamente no peca. Nótase desde luego en el autor, el gusto á que ántes hemos aludido, respecto á los autores antiguos; nótase en su dicción que había cultivado con algun esmero las obras de los autores franceses del siglo XVI. En cuanto á las cuestiones que Rousseau trata en su obra, ya hemos aludido tambien á algunas de ellas, pues lo que dá empeño á esta novela no es su argumento, sino el hecho de estar llena de elocuentísimas y agudísimas disertaciones. Tómese por ejemplo, la disertacion relativa al desafio: el inglés le dá una bofetada al amante de Julia; éste

quiere, como es natural, vengarse, y su querida le escribe una carta donde se examina la cuestion de los desafios con maestría, como se haya tratado pocas veces. Sin embargo, tanto distaba el mismo Rousseau, aunque chocaba con todas las preocupaciones, de poder sobreponerse á ellas, que como trata de dar dignidad al amante, teme que la carta sea un sermón predicado en desierto. Véase como otros tantos magníficos ejemplos del pro y el contra, las dos cartas de que hacemos mencion, la una defendiendo el suicidio, y la otra condenándolo. Se ha dicho que son más poderosos los argumentos de la primera, si bien parece que el autor más se inclinaba á condenar el suicidio que á defenderlo; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que son dos alegatos hermosos, en que una lógica viva de un argumentador vehemente, está animada por una dición pura y una fluidez de lenguaje admirables.

Entre las cartas de otra naturaleza, citaré también aquella otra, en que el desgraciado amante, obligado á privarse de la presencia de su querida, se retira á un lugar agreste de Suiza, y allí sobre una peña escribe una carta en que se hecha de ver que si la prosa con número, con cadencia no iguala á la poesía, hace bellezas de otra especie que deleitan, á la par que encantan los corazones sensibles.

No nos detendremos más en tratar de esa obra, de la cual se ha dicho que encierra bastantes lecciones morales; sin que deba confundirse su inmoralidad con la inmoralidad grosera

que manifestaron otros autores. Más temible es por lo mismo, y aunque su autor se defiende del cargo de inmoralidad en un prólogo singular, en el cual dice que ninguna doncella lea su obra, porque si la lee es perdida, y aunque añade que no deben tener temor de leerla las que hayan leído la *Aloisia*, que es una obra italiana escrita por el siglo XV ó el XVI, diremos que esta obra solo puede servir para entretener á un disoluto, al paso que las inmoralidades más delicadas, más nobles y mas seductoras de Julia, son mas perjudiciales, y pueden producir efectos más funestos. Y sin embargo, en medio de esa inmoralidad, hay en el autor, como hubo en los primeros tiempos, un manantial de nobles pensamientos, cierta vena de ideas verdaderamente laudables.»

Nos hemos ocupado algo más sobre la *Nueva Heloisa*, porque esta obra requería un estudio detenido. Ella es fruto de una imaginacion superior, de una profundidad analítica notable, de los más ardientes sentimientos y pasiones más violentas del alma.

Vamos ahora á ocuparnos de su famoso *Emilio*, la más trascendental de sus obras, y tambien la de mayor importancia é interés.

Roussau se propuso escribir sobre la educacion del hombre, preparándolo para la sociedad, alejándolo de lo que creía pernicioso, aislándolo de todo lo malo y educándolo á su manera, libre de todo contagio con la sociedad conocida y existente.

Veamos de que manera abordó Rousseau tan difícil tema, produciendo una obra inmortal.

Nos concretaremos ántes de abrir juicio á consignar sobre ella la opinion ántes citada, por ser de las más competentes:

«Antes de hablar—dice— de la parte de la historia de Rousseau relativa á su influjo político, trataremos de esa obra inmortal titulada *Emilio*. El principio que adoptó y explicó y recomendó en la parte de su obra relativa á la educacion, así como es erróneo en general, no es por otra parte nuevo. En todos los utopistas modernos y en la utopia de Tomás Moóre, que ha dado á todos los sistemas parecidos su nombre, y en la *República* de Platon, y en algun otro escrito de la antigüedad, hay mucho de la última especie. Es hermoso recordar á las madres sus obligaciones, y entre ellas, la de criar á sus pechos á los hijos que les ha dado la naturaleza, aunque haciéndose cargo el autor de la corrupcion de las costumbres, y de que abundan madres poco dignas de cumplir con obligacion tan principal y sagrada, conoce y confiesa que madres de tal especie aciertan en dejar la crianza de sus hijos á una estraña, si mercenaria por otro lado, sencilla, sana y robusta. Es acertado en el *Emilio* recomendar la atencion á la parte física del hombre que con la moral tiene conexion tan estrecha, y es dignísimo de alabanza en la misma obra el empeño de formar el alma á la virtud antes que el entendimiento, y sin embargo, lo repetimos, el total del sistema de educacion propuesto en el *Emilio*, es completamente equivocado y reducido á la practica en cuanto cabe, pues reducirlo completamente es imposible, sale funesto en sus

consecuencias, distando infinito de dar, así en lo moral como en lo intelectual, los buenos frutos que su autor se promete. Porque en verdad, sin ser de aquellos que se oponen á los adelantos de la sociedad, desacreditando cualquier tentativa, para abrirse en la region del entendimiento nuevos caminos, por donde se descubren cosas nuevas, diré que es frecuente, al querer apartarse de las sendas trilladas, ir á parar en despeñaderos. Esto cabalmente sucedió á Rousseau cuando quiso separarse de los sistemas de educacion conocidos y generalmente seguidos, pues buscando la sencillez y la verdad, como advierte bien el insigne Villemain, imaginó á fin de formar la razon de su educando, á un preceptor haciendo de continuo una especie de comedia, ó poniéndole ante los ojos para darle á conocer las cosas bien en su parte moral ó racional, una perpétua fantasmagoria, de donde resulta enseñarse la verdad por medio de un engaño constante, y de donde bien podria seguirse, conocida la tramoya, desacreditarse su efecto, aunque hubiese sido saludable su principio. Tampoco es acertado, por querer formar el cuerpo, descuidar tanto como quiere el autor, ó diciéndolo con mas propiedad, desatender por tiempo tan dilatado el alma; ni queriendo el buen cultivo del entendimiento desechar al punto que el hace el instrumento de la memoria y el medio de la lectura. Ello es, que en los dias de mayor fama de Rousseau, cuando hubo quien tomó por aciertos hasta las extravagancias de su plan de educacion, y redujo sus teorías á la práctica, empezando hasta por dar

á su hijo el nombre de su obra, creó un ente cuya moral en nada sobresalía, y cuyo entendimiento no se distinguía ni por lo agudo ni por lo claro, habiéndole alumbrado la luz del saber, de intento llegada á sus ojos muy tarde, de un modo no poco imperfecto.

Un trozo hay en la obra de Rousseau, que vamos examinando, el cual por la materia de que trata, y por las doctrinas que contiene, es digno en gran parte de reprobacion, dándosela muy severa como debemos, pero que con todo, encierra hartas cosas admirables y recomendables, aun sin tomar en cuenta lo magnífica y hechicero de su elocuencia. Hablo de la famoso profesion, puesta en boca de un vicario de Savoya, y en la cual se explica y recomienda la doctrina del deísmo. Pero ¡qué deísmo! cuan diferente del de Voltaire, y del de sus discípulos y del de casi todos los filósofos de aquellos dias!

Bien es cierto que el materialista Condorcet, en su vida de Voltaire, celebraba tal profesion de fé como un acto de noble arrojo de Rousseau, contra la religion cristiana, advirtiéndole que cuando salia á luz, ni Voltaire se habia todavia atrevido á tanto, á lo menos en una obra seria. No es menos cierto que, recien salido á luz el *Emilio*, D'Alembert, segun refiere el mismo Rousseau en sus confesiones, escribió á este que habia compuesto la mejor obra del siglo, elogio que, saliendo de boca de aquel filósofo, debe adjudicarse en la composicion elogiada á la parte de ella donde se predica otra religion en vez de la cristiana. Pero los hombres de aquel tiempo en su aprobacion y aplauso

á todo cuanto combatia la fé antigua segun estaba establecida, desconocieron en el que miraban como nuevo campeon en la liga anti-religiosa, un hombre en los principios mas parecido á sus contrarios que á ellos mismos.

Bien ha notado esto mismo Mr. Villemain, á quien tantas veces hemos citado y cuyas huellas vamos siguiendo, aunque de lejos y con menos firme paso como muy inferior en fuerzas y tino en la parte de la literatura francesa. Bien hubo de notarlo Voltaire, cuyo entendimiento ademas de ser extraordinariamente claro, iba alumbrado por la llama de la envidia, que en él excitaba la fama de un hombre llegado en poco tiempo á ser su rival y rival poderoso. En efecto, lo más notable en Rousseau deista, era que levantaba la bandera del espiritualismo, enteramente contraria á la que tremolaba en la hueste de los filósofos del siglo XVII.

Así, cuando la cultura europea, variando de índole de ser hija del cristianismo, y fundada en la creencia del alma pasaba á ser su contraria, ó á lo menos cuando la parte mas principal y lucida de los escritores habia dado al movimiento intelectual del siglo en Francia, un impulso que de allí se comunicaba á otros pueblos, y que llevaba á un deismo tan cercano al ateismo, que con el se confundia, siendo el dogma dominante el de un materialismo mas ó menos embozado, más ó ménos claro á la vista de los mismos que lo profesaban; cuando las obras de Helvecio recién publicadas aun, no habian llegado remontarse á la

primera fama, tenían no pocos admiradores ó cuando menos aprobadores de su doctrina; cuando en el destino del patriarca Voltaire, se veía clara la negación del alma, he aquí que se levanta un hombre rehabilitando la parte espiritual de la humana naturaleza, y aunque empleando, en cierto modo, las armas de la nueva filosofía, protestando que no las empleaba ó que no las usaba para el mismo fin que solían usarse; devoto, aunque errado en su devoción, su estilo elocuente y arrebatado, como hijo de sus pensamientos, declaraba bien nacer de otra fuente que de aquella en donde bebían la mayor parte de los ingenios de nota y fama. Al ente privado de libertad y semejante en todo á los brutos, de los cuales se distinguía por la mejor configuración de sus manos y por la dichosa casualidad de haber acertado con el uso de la palabra; á este ente, que era el hombre de Helvecio, el hombre descrito y calificado en la corte de Federico II de Prusia de *hombre máquina*, si bien por un autor de corto mérito y no mayor celebridad, que era el médico Sametic; al hombre que reconocían Diderot, Holbach, y todos sus amigos gefes de la hueste filosófica, contrapuso Rousseau un hombre con alma, responsable á Dios de sus acciones, movido, no por cálculos de intereses, sino por consideraciones de obligación y de justicia, y capaz de afectos tiernos, y de pensamientos nobles y levantados. Así, en su doctrina había una parte de cristianismo, y de lo que en el cristianismo hay mas de admirable, de lo que la distingue de las creencias de la antigüedad y aun de las mejores sec-

tas filosóficas antiguas y modernas, donde es cuestion dudosa la espiritualidad en el dogma. Rousseau, pues, en la filosofía, hizo algun servicio á la causa de la humana felicidad, atajando en su carrera á la filosofía envilecedora de la dignidad del hombre, y creando en sus parciales, una secta diversa de filósofos, que en un punto importantísimo hacian guerra á los sectarios de otra filosofía, y sin querer venian á ser auxiliares del cristianismo. Asi, hasta en la no muy decorosa comparacion de Socrates con el Divino Redentor del linaje humano, con agudeza notó y con algun resultado hizo patente, la ventaja de la moral cristiana comparada con la pagana, aun considerando esta última, en uno de sus mejores modelos en el primero y más admirado filósofo moral entre los gentiles.

Por otro lado, Rousseau es vituperable y peligroso consistiendo cabalmente el peligro de su doctrina en que, acercandose mas á la verdad, de ella se descarrila y aparta, empleando para el intento una elocuencia por demas seductora, donde brillan el raciocinio y la imaginacion á la par, animado todo por un estilo sencillo y abundante, y por una diction llana y no poco correcta, con cierto sabor al siglo décimo sexto.

El siglo en que vivió Rousseau, por lo mismo que le dió tantos admiradores, no pudo hacer justicia completa á su doctrina. Por eso en él se hizo tanto y tan grave daño cuanto bien, y por eso llegó á ser considerada, exagerado á la par que Voltaire para la gente piadosa.»

Hemos empleado algunas páginas en estas dos

obras, porque requerian un estudio detenido y nos hemos ceñido á extractar la opinion muy competente de uno de los escritores que han estudiado con más cuidado la literatura del siglo XVIII.

Indudablemente Juan J. Rousseau en esas obras asentó su fama como escritor profundo y filósofo, y apesar de sus errores, que con fundamento se le critican y que resaltan en esos trabajos, no se puede menos de admirar el entusiasmo y pasion con que fué escrita la *Nueva Eloisa*, y la elocuencia persuasiva con que está escrito el *Emilio*. Apesar de la doctrina un tanto descarriada de la filosofia que encierra esta última, es una de las obras mas notables que haya producido el siglo XVIII, y justicia es decir que, Rousseau, manifiesta en esta mas firmeza de convicciones, mas nobleza de sentimientos que los de la escuela filosófica que imperaba en su tiempo.

Aquel paralelo entre la muerte del Redentor y la de Sócrates: «Si la vida y la muerte del hijo de Sofronisba fué la de un hombre, la vida y la muerte del hijo de Maria fué la de un Dios» este y otros ejemplos, muestran que reconocia la importancia de las doctrinas que fundó el Redentor y á lo que la humanidad le es acreedora, no cegándole la pasion hasta el punto que llegaron los filósofos de su época, que lo negaban todo y nada bueno concedian á la religion cristiana. El *Emilio* de Rousseau, no pudo pues dejar de causar profunda impresion en todas partes y en el ánimo de todos por muchas razones, pero la principal fué la de estar escrito con una elocuencia pura y sencilla,

emanada de la naturaleza peculiar de Rousseau y únicamente propia de su autor.

La profesion de fé del Vicario de Savoya, es uno de los trozos más encantadores que se hayan escrito, y siempre será leído con el mayor agrado é interés.

Rousseau, cuando quiere convencer con los argumentos que emplea en sus obras, seduce aun hasta á las personas que no aceptan en gran parte sus doctrinas. Es preciso leer sus producciones para poder apreciar la potencia de su imaginacion, y el *Emilio* es una de las que más la prueban.

El *Emilio* fué quemado públicamente por mano del verdugo en una plaza pública por una órden del parlamento, que dictó órden de prision contra su autor, la que no se llevó á efecto, gracias á que Rousseau se vió protegido por grandes señores, que lograron que se evadiese, lo que prueba el poder de éstos y la importancia que Rousseau habia logrado captarse con sus obras.

El Arzobispo de Paris impugnó el *Emilio* en una pastoral, que dió márgen para que su autor escribiera otra obra en contestacion, donde campean los principios de sensatez y de lógica en que descansan casi todos sus trabajos.

Vamos ahora á ocuparnos de otra de sus obras, y que más influyó en el ánimo de sus contemporáneos y aun pudiéramos afirmar que tambien en los que los sobrevivieron.

Fácil será comprender, que nos referimos al *Contrato Social*, que ha dado márgen á que cometieran

sus prosélitos y los que tomaron al pié de la letra sus principios, tan funestos errores, y á los que los pusieron en planta, como lo hizo Robespierre, el famoso tribuno que ensangrentó á la Francia con tantos crímenes. Benjamin Constant ha dicho refiriéndose á esta obra, que no conocía tiranía, que no fuese su aprobacion en la metafísica del Contrato Social y que bien podría llamarse *Contrato anti-Social*.

Rousseau en esta obra, sostiene el principio sobre el cual descansan los Estados que reconoce u como base la soberanía nacional, lo que no era una novedad ya entonces, pues muchos escritores anteriores habian tratado el mismo tópicó; pero lo que hay de más perjudicial y es que como á Maquiavelo en su obra el *Príncipe*, pretendiendo buscar la libertad, tomando por ejemplo á las repúblicas griegas, fundó el poder absoluto, irresponsable, fuera cualquiera la forma en que descansase.

Emitiremos la opinion tan competente de Mr. Villemain sobre esta obra. Dice: el *Contrato Social* es inferior á las obras de Sidney y de Locke, de los cuales Rousseau tomó mucho sin decirlo. Las obras políticas de estos autores, escritas en medio de una guerra civil y de una revolucion, sientan el principio de la resistencia popular en nombre de la justicia, pero con consejos de prudencia contra la victoria del pueblo, es decir, contra la dominacion de aquellos que reinasen en su nombre. Sidney, que debió perecer por sus principios víctima del despotismo real, concebía la soberanía del pueblo por el sosten de las antiguas li-

bertades, de los derechos populares, y no por el empleo de otro despotismo llamado nacional. Es la misma teoría que sienta Locke en su *Gobierno Civil*.

Reclama para el pueblo el derecho de defensa; pero prevé el momento en que la victoria pueda degenerar en opresión; é independientemente de toda soberanía popular, defiende ciertos principios de libertad, de justicia, de moral política, que deben existir siempre y cuyo sosten es necesario para legitimar la soberanía misma del pueblo. Pero Locke y Sidney son poco leídos. La obra del primero es metódica y fría; y Sidney, del que tenemos una carta sola, comparable por su elocuencia á la famosa carta de Bruto, compuso los tres *Discursos sobre el gobierno civil*, más como teólogo que como publicista, y la ha llenado de formas escolásticas y de citas.

Tomando mucho de las ideas de la obra de Sidney, creo, por la refutación latina del caballero Philmer que Rousseau, daba á sus modelos una forma nueva y punzante. La división en capítulos cortos, el estilo imperioso y preciso, los axiomas incisivos, la mezcla de dialectica y de carácter, las abstracciones y las agudezas amargas, hicieron que se leyese mucho el *Contrato Social*. La revolución tomó estos principios y toda una nomenclatura nueva. Desde la declaración de los derechos del hombre hasta la constitución de 1793, no hubo ningún acto importante de esa época, donde no se encontrase la influencia bien ó mal comprendida de Rousseau. Es á él, y no á la educación de los colegios, como se ha pretendido, á quien se le debe

atribuir ese entusiasmo por la antigüedad, fecundo en parodias y crímenes. Cuantas veces, recorriendo los anales de la tribuna de aquel tiempo, se tropieza con los principios, las frases, los pensamientos de Rousseau, imitadas, comentadas, copiadas y con frecuencia ¡porque hombres!

El *Contrato Social* fué bajo ciertos conceptos la Biblia de ese tiempo. Una influencia tal, no es la que mas conviene al carácter y progreso de la libertad moderna.

Pero no le reprochemos demasiado sus errores, al hombre que declaraba que la revolucion aun mas justa, seria á sus ojos, comprometida por la sangre de un solo ciudadano.

Vamos á ocuparnos ahora de sus *Confesiones* que es otra de sus mejores obras.

No puede negarse que es de una lectura de las mas agradables y que más entretienen. Indudablemente, debieron servirle de modelo las *Confesiones* de San Agustin, el ilustre doctor de la iglesia, aunque se aparte de él en todo. La clara inteligencia de este último, su ferviente pasion por la religion, aunque llegase á ofuscarle á veces, hacen de sus confesiones una de las obras más admirables por el candor, sencillez y dulzura que encierran, siendo de advertir que prevalece en mérito sobre la obra de Rousseau.

No obstante sino se iguala Rousseau á San Agustin en muchos puntos, en otros sentidos es reconocidamente superior.

Oigamos la opinion de Mr. Villemain, que indudablemente esta perfectamente basada.

«Las confesiones del Obispo de Hipona, dice, no están escritas con la elegancia expresiva y el arte apasionado de Juan J. Rousseau.

San Agustin pierde el acento del lenguaje puro y bello. Sintiendo con energia, tiene á veces una diction bárbara y sutil, como un romano de Africa del siglo quinto. Pero ¡qué elevacion moral, qué efusion de caridad se encuentra en esa obra! Rousseau, menos humillado por sus faltas, no se enternece tanto en presencia de sus desgracias, á las que ha mezclado en su obra lo patético á fuerza de talento en su egoismo mismo.

San Agustin aparece lleno de ternura para los demas, cuanto es severo para él. Nada de rencor en su tristeza; nada de orgullo en su arrepentimiento.

No hace ostentacion de sus cuadros en donde el alma, buscando curiosamente sus menores vicios, satisface aun su vanidad, lo más íntimo de todos. No refiere complacientemente lo que se reprocha, y su imaginacion no se hace cómplice de lo que viene á ser el objeto de sus remordimientos. Por esta parte, esta confesion de una juventud ardorosa y de una vida largo tiempo extraviada, hace de esa obra un libro edificante.

Las *Confesiones* de Rousseau, más detalladas, más curiosas, no ofrecen el interés tan puro y tanta grandeza moral. Sin embargo, en algunas partes de esa obra y en otros escritos de Rousseau, ofrecen un modelo de composicion moral nuevo en nuestra lengua.

Rousseau ha sobresalido por dos cosas: por el sentimiento de la verdadera naturaleza, sorprendida por el hecho, en los campos y en los bosques, y por la patética y familiar melancolía en las cosas pequeñas, siendo los dos rasgos originales de su elocuencia».

Hemos citado la opinión de Mr. Villemain, de quien, como hemos dicho, no nos podemos separar, tratándose de la literatura del siglo que nos ocupa y hemos podido apreciar lo que valen las *Confesiones* de tan grande maestro, su importancia y sus deficiencias, como escritor.

Rousseau no podía escribir sus *Confesiones* bajo el mismo tema que San Agustín, y sin embargo, apesar de presentarse y exhibirse con todos sus defectos, relatando su vida llena de aventuras y de contradicciones y aun sus mayores bajezas, y sus amores clandestinos y aun declarando el haber desechado aun los hijos que tenía con su mujer y haberlos arrojado al torno, manifestaba que se presentaría á Dios con su libro, no esperando que nadie se atreviese á decir: he sido mejor que este hombre.

Otras obras escribió Rousseau, en que revela el mismo génio, figurando como mas dignas de mencionarse las *Cartas sobre los espectáculos* y las *Cartas escritas sobre la montaña*. En esta última obra sostiene algunas doctrinas del cristianismo contra los ateistas, aunque defiende errores imponderables, pero que se amoldaban á las doctrinas que creía profesar.

Debemos ahora tratar de su relacion con uno de los hombres mas notables de Inglaterra, David Hu-

me, con quien trabó amistad estrecha, llevándolo éste á Inglaterra en uno de los viajes que hizo, y estableciéndolo en Wooton, en el condado de Derby.

Sus primeras relaciones fueron las mas cordiales; pero, indispuerto poco después con su protector, por su génio desconfiado, supuso Rousseau que Hume estaba de acuerdo con sus enemigos para perderle, especie de monomania que le asaltaba y que aumentaba dia á dia, no viendo sino enemigos en todas partes.

De advertir es, ademas, que no podia subsistir por mucho tiempo aquella amistad por razon de la diversidad de caracteres. David Hume, amigo tambien de Voltaire, era hombre que profesaba los principios de la filosofia materialista, de vasta ilustracion, pero poco expansivo, como lo son la mayor parte de sus compatriotas, sin gran entusiasmo por sus amigos, de pasiones moderadas; Rousseau, que era el contraste más completo, pues dominaba en su espíritu el mas arrebatado entusiasmo y las mas violentas pasiones, como lo revelan sus escritos, no podria de manera alguna conservar con aquel por mucho tiempo relaciones, pues no era posible que congeniasen dos caracteres tan opuestos.

La frialdad de Hume helaba á Rousseau, y no lo comprendía; y el rompimiento más completo fué la consecuencia de aquella oposicion de caracteres. Rousseau, atacado de su monomania de persecucion, manifiesta que Hume lo había llevado á Inglaterra para perderlo, y comprendiendo tal perfidia, ocu-

rrió que una vez derramando abundantes lágrimas y abrazando á Hume, le decía: «No, no es posible que Hume sea un traidor», á lo que éste contestó en mal francés: «Oh! mon bon Monsieur, mon bon Monsieur», lacónicas palabras que, no sirvieron sino para confirmar más y más á Rousseau en sus sospechas.

Después de este rompimiento abandonó á Inglaterra y regresó á Francia, donde el príncipe de Conty le ofreció un asilo en su palacio de Trye, el que no tardó mucho en abandonar tambien llevado de su espíritu de desconfianzas, trasladándose á Lyon y á Grenoble y dirigiéndose después en 1770 á Paris.

Recibido en esta ciudad con verdadero entusiasmo por sus parciales, su popularidad creció, á medida que su fama hacia enmudecer á los espíritus que no podían luchar con su génio de escritor y de filósofo.

Rousseau no debia gozar por mucho tiempo de esa popularidad, puesto que la enfermedad que lo llevó al sepulcro iba minando dia á dia su existencia. Una profunda melancolia se habia apoderado de su alma, á consecuencia de la cual, murió repentinamente el 3 de Julio de 1778, contando sesenta y seis años de edad. Fué enterrado en Ermenonville, en una isla llamada los Alamos Blancos, de donde sus restos fueron trasladados solemnemente al panteon de los Grandes hombres en los trágicos dias de la Revolucion Francesa.

Como escritor, Juan Jacobo Rousseau es uno de los mas esclarecidos ingenios que haya producido la humanidad. Gozó de tanta celebridad como Voltaire,

y no en valde este llegó á tener grandes celos y á no poder disimular su ojeriza lanzando contra él sus mordaces saetas cada vez que se le ofrecia la ocasion.

Las obras de Rousseau están todas escritas con un estilo lleno de sensibilidad y de una belleza extraordinaria. Su elocuencia es inimitable y solo es comparable con ella la de Bossuet.

No se nos oculta, que están plagadas de errores y que se sostienen en ellas muchos sofismas; pero tambien comprendemos, que encantan por la fuerza de imaginacion con que están escritas y que serán leídas en todo tiempo con inmenso interés.

Como hombre, Juan J. Rousseau estuvo dotado de cualidades buenas y malas. Faltaríamos á nuestro deber de imparciales, sino citáramos entre las primeras, su desinterés y generosidad en todo, y entre las segundas, su falta de agradecimiento para con sus protectores y amigos.

Tiempo es ya de que nos ocupemos de otro escritor, cuyo nombre honra las letras, no siendo menor su fama como jurisconsulto y publicista: nos referimos, al decir esto, al Baron de Montesquieu.

Este insigne escritor, descendiente de una ilustre familia de Burdeos, habia nacido casi en el mismo tiempo que Voltaire.

Dotado de un claro ingenio y de una marcada predisposicion para el estudio, se desarrolló su vasta inteligencia mediante su espíritu de observacion, espíritu que cultivó emprendiendo varios viajes, con los

que logró provechosos resultados para el desarrollo de sus ideas y profundidad de sus reflexiones.

Recorrió Montesquieu la Europa—dice un escritor—y la visitó, como observador profundo, trayendo un caudal inmenso de observaciones á su patria.

Estudiaba, y al mismo tiempo que estudiaba, tenia un ingenio sobre manera agudo y profundamente francés.

Aprovechando uno de sus viajes visitó á Inglaterra, nacion, de cuyo sistema de gobierno, leyes y costumbres quedó tan sumamente apasionado, que hablando de sus viajes y de los pueblos que habia visto, formulaba el juicio siguiente:

«En Alemania le preguntan á uno si es príncipe; en España si es grande, en Francia si es bien mirado en la córte, y en Inglaterra, solo preguntan que clase de hombre es uno»

La primer obra que dió á luz fueron sus *Cartas persianas*, cartas que encierran una sátira amarga contra el reynado de Luis XIV y el sistema que seguia su administracion.

Esas *Cartas* están escritas con verdadero gusto literario; hay en ellas mucho ingenio, ideas conceptuosas espresadas en periodos cortos, que revelan á un escritor inteligente, que debia producir obras más sustanciales y más profundas en el porvenir.

Efectivamente, le siguieron á esta obra otras del mismo autor, en que se revelaba éste como escritor de vasta erudicion y de capacidad profunda. Nos referiremos á su *estudio sobre la Grandeza y decadencia*

*de los Romanos*, obra notable bajo todos conceptos, donde además de las formas literarias, se revela una crítica concienzuda, y las relevantes dotes de un profundo político.

Descubrió, dice el autor antes citado,—en esa obra, Montesquieu, las artes políticas de Roma, sin dejarse deslumbrar por la consideración de la grandeza Romana, y enseñó que en medio de la ponderada magnanimidad y justicia del Senado y del pueblo rey, su política era en vez de noble y franca, *al revés* interesada, artera y cruel en extremo. Sin embargo, agrega, no dudó un momento de cuanto la historia romana cuenta de los primeros años de Roma, relación que en nuestros tiempos se pone tan en duda, cuando el famoso Niebuhr y otros muchos creen, que toda la historia romana no es otra cosa que mitos ó fábulas que, escogidas, dieron materia á su historia, como la de Tito Livio y otras, pasadas después á ser tenidas como relaciones las más auténticas.

Refiriéndose á esta obra de Montesquieu, Mr. Villemain hace la siguiente observación:

“En nuestros días—dice—un Aleman juriconsulto, filólogo y anticuario, habiendo vivido mucho tiempo entre los monumentos y los textos latinos, y habiendo descifrado muchos retazos de palimpsestos, ha descubierto, según él, otra historia romana. Su escepticismo ingenioso y sabio ha encontrado testimonios descuidados ó mal comprendidos antes que él; el estudio comparado de la civilización naciente entre los diversos pueblos; la explicación de la

antigüedad por la edad media; nociones ó pruebas de la historia, tomadas de la ciencia del derecho, todos estos resortes emplea este autor con bastante habilidad. Ha leído los *cantos populares* recientemente recogidos de los griegos modernos. Concluye de todo esto que la historia de los primeros tiempos de Roma, no es más que la colección hecha en prosa de cantos semejantes conservados en el país.

La historia de Rómulo le parece por sí sola toda una epopeya.

En Tulio Hostilio, los Horacios y la caída de Alba, es también un poema épico; la llegada de Tarquino á Roma, la infancia de Servio, Tarquino el Soberbio y su parricida esposa, Bruto y su fingida locura, la muerte de Lucrecia, la guerra de Pórsena, la batalla al lado del lago Regilio, anunciada sobre la plaza pública de Roma por Castor y Polux, que refrescan sus caballos jadeantes en la fuente de Apolo, ¿no son fragmentos de tradiciones cantadas, anillos esparcidos de un ciclo épico mutilado ó perdido?

¿No veis en esos viejos relatos populares pasando de boca en boca, hasta la prosa elocuente de Tito Livio, donde Niebuhr cree reconocer en alguna parte los metros del *Horrendum carmen*, como Thierry halla, en el principio pomposo de la ley sálica, los restos de un viejo canto nacional?

A la verdad y salvo un cierto dogmatismo en la duda, esta crítica de Niebuhr no es nueva.

En el sexto volumen de la Academia de inscripciones, se halla la autenticidad de los primeros siglos

de la historia romana muy concienzudamente atacada, y solo la crítica, en vez de cantos populares, vé copia de tradiciones griegas. Así halla el episodio de los Horacios y de los Curiacios en un fragmento de las *Arcádicas* de Demarato; y Scévola no es más que la imitación de un relato de Agatarchide. Otro erudito francés, Mr. Beaufort, habla, de una manera más curiosa, discutiendo los primeros tiempos de la historia romana, y no hay una sólo objecion de Niebuhr que no haya previsto y demostrado.

Montesquiéu no se habia preocupado de nada de esto. No profundizó aun esas instituciones, á las cuales atribuye la grandeza de Roma. Describe segun Tito Livio, al Senado y al pueblo; pero no esplica cosas aparentemente contradictorias; la fidelidad de los *clientes*, que eran todos plebeyos y las revueltas del pueblo que debia estar compuesto de *clientes*. Sobre la organizacion del patriciado; sobre el origen sacerdotal; sobre las familias romanas, nada se encuentra esclarecido, donde Niebuhr ha arrojado tanta luz. Es en el autor aleman donde es preciso ver la sociedad romana formarse de la mezcla de muchos pueblos, con diversos derechos. A él se debe que por ejemplos tomados de Grecia, en la edad media, nos haga comprender á nosotros hombres de estos tiempos, muchas cosas de la historia romana, las cuales pasábamos por alto sin prestarles atencion.»

Sin embargo de esta autorizada opinion y de las deficiencias que pueden hallarse en esta obra de Montesquiéu, comparada con otros trabajos mas comple-

tos y que arrojan mas luz sobre hechos envueltos entre densas nieblas, es indudable, que en la obra de Montesquieu, de que nos ocupamos hay páginas admirables y que se hace casi imprescindible su lectura para todo aquel que aspire á poseer un conocimiento exacto de lo que puede influir la política de los estados en el desarrollo de su grandeza y decadencia.

El estilo de Montesquieu es el mismo empleado en las *Cartas Persianas*; es decir, el estilo conciso, cuyos períodos cortos en una obra tan profunda como debia ser ese estudio, quizá le quite algo para ser mas perfecta, porque priva entrar en consideraciones que solo puede proporcionar con mayores ventajas y sin tantas dificultades el estilo llano, con el que tanto se han realizado en sus obras Bossuet, Ciceron y otros escritores de gran nombre.

Pero la obra verdaderamente magistral de Montesquieu y, la que bien merece que le consagremos nuestra atencion es la titulada *Espíritu de las leyes*. La extensa materia de estudio, que abraza este trabajo, es verdaderamente admirable y encierra tan vasta erudicion, que nos sorprende, gozando de un mérito real y verdadero, por el desarrollo de su plan, por lo bien conceptuadas que están sus ideas, por la elocuencia, agudeza y penetracion que revela en muchas de sus páginas.

El conocimiento y lectura de esta obra, mejor diremos, su estudio, es tanto ó más necesario para toda persona ilustrada que su obra anterior.

Montesquieu, que habia empezado este trabajo veinte

años antes, dice el autor que hemos citado anteriormente y que lo habia continuado á través de un circuito de inmensas lecturas, y sintiendo que su vida avanzaba, habia apresurado su tarea y pasado tres años en Breda para terminarlo. Entre tanto era preciso publicarlo. Para librarse de la censura, se hizo necesario imprimirlo en Ginebra, de donde salió para ser rápidamente esparcida por la Francia, por la Inglaterra y por la Italia. Fué tal el éxito de tan notable publicacion, que en solo diez y ocho meses se tiraron veinte y dos ediciones. Las cuestiones del gobierno civil, tanto tiempo ocultas á todas las miradas, se habian hecho el más grande objeto de la pública curiosidad. La publicacion del *Espíritu de las leyes* cortó en dos el siglo XVIII por una fecha memorable. Ninguna obra nueva y de genio podia ser escrita con mayor moderacion y reserva; ningun espíritu fué menos innovador que Montesquieu. La estencion misma de sus estudios y de su espíritu le disponian á la imparcialidad; y por carácter, no tenia esa conviccion ardiente, intratable que es propia de los reformadores. El mismo dice que jamás esperimeentó ningun pesar por mas grande que fuese, que no lo disipase media hora de lectura.

El marqués de Argenson, que sin tener su genio tenia sentimientos mas vivos, lo juzga asi: «Mr. Montesquieu, dice, no se atormenta por nada; no tiene para él mismo ambicion; lee, viaja; reúne conocimientos; escribe en fin, y todo lo hace por puro placer.»

También el mismo D'Argenson, hablando con admiración del gran trabajo de Montesquieu predecía.

Que no será aquél el libro que nos falte, aunque se deben hallar en él muchas ideas profundas, agudezas de espíritu, pensamientos nuevos, imágenes sorprendentes y verdadero génio, y una multitud de hechos curiosos, cuya aplicación supone aún más gusto que estudio.

Esta predicción ¿no sería, aún hoy mismo, un juicio demasiado exacto? Antes, lo confesaré, he creído ver en la obra de Montesquieu una composición sabia, completa en todas sus partes, y hasta había tratado de eusayar su análisis. Todo me parecía metódico y luminoso; pero estudiándolo más lo he comprendido ménos. He creído, sin embargo, observar contradicciones, algunas lagunas y más de un problema sin solución.

Pocos libros, también, han sido más criticados que el *Espíritu de las leyes*, por el conjunto y sus detalles. Se han hallado divisiones arbitrarias, falsas consecuencias, hechos inexactos. Ha sufrido los más crueles ataques desde Voltaire hasta Mr. de Tracy. La revolución francesa lo ha desdeñado y olvidado; la ideología lo ha hecho pedazos; la ciencia política lo ha dejado atrás y se ha enriquecido con esperiencias que él no contenía. Y sin embargo, apesar de esos ataques y de esos progresos, el monumento no ha perdido nada de su valor, y subsiste entero. Es que posee el mérito real de ser sobre todo histórico; es que las vistas generales que encierra son vivas

y justas, y que no contiene sino algunos errores parciales, y que en las obras de genio no se cuentan más que las fracciones en un gran cálculo. Montésquieu no ha hecho una teoría para guiar al legislador, un sistema de reforma futura, pero sí un estudio comparado del pasado explicando las leyes y con las leyes los hechos. Por esto es que su libro ha subsistido como muy instructivo y muy fecundo.

Tal es la opinion de Mr. Villemain acerca de la presente obra. Indudamente, que ella ofrece grandes flancos á la crítica, pero no puede negarse que contiene un caudal de conocimientos generales y tan vasta erudiccion, que no puede menos de reconocerse en ella un maduro exámen y un estudio profundo.

Seríamos injustos si no tacháramos á esa produccion el haberle intercalado hechos de legislacion de pueblos como Africa y Asia, que es probable que ni siquiera los posean; pero no seríamos imparciales si no echaríamos de ver que peca de demasiada credulidad á algunos escritores poco verídicos; pero tampoco lo seríamos, si no advirtiéramos que en cambio contiene páginas sobremanera admirables, pudiendo aducirse como ejemplo, la que se refiere á la Constitucion inglesa, presentándola como la obra maestra de los gobiernos constitucionales; y si es digna de admiracion esa página que acredita el origen del código fundamental de los ingleses, no lo son ménos muchas otras en que se comentan las monumentales legislaciones de otros pueblos.

Poco importa, por tanto, que en su parte literaria

adolezca de los defectos que llevamos consignados, debidos, tal vez á lo cortado de los períodos, en lo que imitó admirablemente á Séneca; porque apesar de eso, como dice un conocido escritor, por la brillantez de sus rasgos se figura uno estar viendo en ellos, relámpagos llenos de claridad, en vez de la lumbre viva y segura que lucía, en aquellos grandes modelos de los pasados siglos.

Entre Voltaire y Montésquieu, en su calidad de escritores, existió cierta rivalidad muy señalada, y sabemos que el primero, siempre dispuesto á clavar los dardos de la crítica cuando encontraba ocasion para ello, tuvo una especie de ocurrencia burlesca de esta obra, clasificándola de *l'esprit sur les lois*, mientras tanto Montésquieu, hablando de Voltaire, decía que *le bon esprit vaut mieux que le bel esprit*, lo que traducido, da á entender, que un espíritu juicioso vale más que un espíritu ameno.

Otras obras publicó tambien Montésquieu, entre las que se cuenta *El Templo de Gnido*. Revélase en ella las mismas dotes de escritor, por más que comprendamos que no está á la misma altura de las que hemos hecho mencion y de las que nos hemos ocupado.

Encarándolo como gran escritor, debemos colocarlo como uno de los más ilustres de su tiempo, y á la altura de los que hemos citado anteriormente, pudiendo figurar entre Voltaire y Rousseau.

Sus obras serán siempre materia de estudio y de consulta y deben figurar en todas las bibliotecas de los que aman lo bello y se dedican á estudios sérios.

Vamos ahora á ocuparnos de otro de los más insignes escritores, una de las más grandes glorias de la Francia: del conde de Búffon.

Este célebre naturalista nació en 1767 en Montbard, siendo hijo de un Consejero del Parlamento de Dijon, Desde muy jóven se dedicó con entusiasmo al estudio de las ciencias, ocupándose despues en viajar por Italia é Inglaterra.

Como hombre de ciencia, se dió muy presto á conocer con la publicacion de unos experimentos de física y con algunos escritos sobre economía rural: admitido luego en la Academia de Ciencias y nombrado Intendente del jardin del rey, se entregó con ahínco al estudio de la historia natural, aprovechándose de las facilidades que le ofrecía la direccion del establecimiento.

Su Historia Natural, esa obra que condensa tantos caudales de erudicion y ciencia, se debe á su permanencia en la direccion de aquel establecimiento, y á la contraccion con que cultivó tan importante rama de los conocimientos.

Su pluma, nos ha dejado trazado el más hermoso cuadro de la naturaleza, pintado con mano maestra, lleno de interés por su estilo encantador en el que Búffon es verdaderamente clásico; tan lleno está de variedad y de fantasia, que se ha conquistado, no solo el respeto y admiracion de sus contemporáneos, sino tambien el de la posteridad habiendo sido agraciado con el título de conde, por el rey, y

más que todo, el extraordinario honor de haber visto en vida, erigida su estatua, que fué colocada á la entrada del museo Nacional, y que lleva la siguiente inscripcion: *Magestati naturæ per ingenium*, honor por cierto bien merecido y que pocos mortales han tenido.

La *Historia Natural* de Buffon, apesar de su importancia científica y literaria, no abraza, sin embargo sino los minerales y una parte de los animales, siendo de advertir que descuidó algun tanto las clasificaciones científicas, tan necesarias para el orden y la claridad.

Censúrasele tambien de haber inventado algunas hipótesis aventuradas, particularmente en sus *Cuadros de la Naturaleza*, como que la tierra se ha desprendido del sol por el choque de un cometa; que la generacion de los séres vivientes es debida á moléculas orgánicas y moldes interiores; el atribuir á los animales sentido interior material, ménos inteligible que el célebre mecanismo que había establecido Descartes.

Pero apesar de esto, todo el mundo admira esa obra, como modelo de alta erudicion y estilo, y no puede dejarse de reconocer que ha descrito las costumbres y rasgos característicos de los animales con mano maestra y que ha hecho á la ciencia grandes servicios utilizando sus propios talentos en un estudio tan útil y tan agradable como el de la naturaleza.

Fueron compañeros de trabajo con Buffon, Daubenton, que se ocupó de la parte anatómica de los

animales, de Gueneau y Montbeliard de los pájaros y el abate Bexou.

Refiriéndose á esta obra, dice un escritor: Su obra es diferente de la de otros esclarecidos varones de su siglo.

El Conde de Buffon, si bien aspiró á la celebridad, ¿y quién puede hacerse famoso sin aspirar á ella y sin sentir en su pecho un tanto amor á la gloria, que es la fuente de los pensamientos levantados y de los nobles afectos?; el Conde de Buffon, decimos, si bien aspiró á la gloria, la buscó por caminos mas tranquilos que los otros.

Todo anunciaba en él al hombre dedicado á hacer carrera y lucir en el mundo frívolo y brillante, y nada prometia que habia de convertirse en un gran literato. Anduvieron los tiempos; dedícase á la Historia natural; creóse entonces el famoso jardin de plantas; colocose en él una coleccion de fieras para el estudio de la Zoologia, y el Conde de Buffon por sus estudios anteriores, juntamente con otro hombre célebre, Mr. Daubenton fueron puestos al frente del establecimiento.

Entonces concibió Buffon la idea de escribir su grande obra. Empezó por una idea atrevida sobre la fundacion del mundo, y en aquella composicion, verdaderamente hechicera para un hombre de imaginacion, hizo ostencion de la variedad y viveza de su fantasia, de la altura de sus pensamientos y de las prendas encantadoras de su estilo. El suyo era citado por los enemigos de los filósofos del siglo XVIII,

y no solo por estos, sino por los enemigos de Rousseau, enemigo de los enciclopedistas, como un modelo de verdadero estilo clásico, como uno de los que recordaban los famosos escritos de los autores del siglo de Luis XIV, como un modelo que reproduce los más perfectos de la antigüedad. Sin embargo, tributando á Buffon todo el elogio que merece, no podemos avenirnos en un todo con la calificación que de él se hace. Buffon era un hombre de la sociedad moderna, y su lenguaje era un tanto pomposo, aunque no de mala especie de pompa.

En un discurso célebre de recepción que pronunció al ingresar en la Academia Francesa, dijo, *que el estilo era todo el hombre*, y de ello era el mismo la prueba, pues además de lo peculiar que le es su estilo en la forma y en el fondo, dicese que se vestía lujosamente para escribir.

No es nuestro ánimo, ni tampoco de nuestra competencia, y lo que es más, no alcanzarían nuestras fuerzas á tanto, si tratáramos de juzgarlo como hombre científico en la materia que cultivó. De intento se puso á luchar con el célebre Linnéo, naturalista sueco, hombre distinto, careciendo de su natural elocuencia. Se empeñó Buffon en desacreditar su clasificación, que sin embargo, con algunas modificaciones, ha venido á prevalecer en las regiones del mundo científico.

Pero Buffon, engañándose, á menudo como filósofo y como físico, dando rienda suelta á su imaginación, lo cual no es el medio más seguro para acertar en las ciencias, escribió como poeta; pues si bien enten-

demos que son enteramente poetas los que escriben en prosa, sustento que, una gran parte, y muy principal de lo que constituye al poeta, son los vuelos de la imaginacion y los afectos vivos, que son una reverberacion de pensamientos nobles y elevados. Prendas poéticas más que otras, resaltan en la *Historia Natural* de Buffon. Poética y magnífica en el concepto y en la expresion es su hipótesis sobre la formacion de la tierra y del hombre apareciendo éste, por la vez primera, solo, habitante racional, así como señor del mundo; propias solo de la poesía, y de la mejor poesía, son la pintura de los animales, donde á la par que se presentan sus movimientos y figura con gala de diccion y riqueza de conceptos más que con exactitud científica ó verdad, se les atribuyen las pasiones y propiedades humanas, no obstante ser el autor cartesiano, y reducir con Descartes, su maestro, á meras máquinas á las bestias.

Sabido es cual fué su teoría, respecto á la formacion del mundo, y que, adoptando la de los que están por que es producto del fuego en lugar de los que opinan serlo del agua, supuso que el globo era una parte desprendida del sol por el choque de un cometa, y habiendo existido por mucho tiempo en estado incandescente, al fin fué enfriándose, hasta ponerse en situacion de ser habitable. Que esta hipótesis pueda ser cierta, nadie osará ponerlo en duda; que está demostrada, tampoco hay quien pueda afirmarlo; que sin darle más probabilidades que otros escritores dieron á las suyas, la revistió de colores tan hermosos. que hizo

de ella un bello poema, es cosa que deben convenir cuantos tengan gusto literario, como deben convenir tambien en que Buffon, con ella, alcanzó un puesto en el gremio de los filósofos de su tiempo.

Consignada esta opinion, decimos, con uno de los escritores mas competentes, que poco podríamos tener que agregar para dar una idea bastante exacta de los conocimientos de tan insigne escritor; sin embargo, agregaremos que, apesar de las deficiencias de que puede adolecer tan importante obra de Buffon, nada hay comparable al ingenio y riqueza de fantasía en los cuadros que nos presenta en ella. Ciertamente es, que Linneo es mas científico y que, como se expresa otro escritor, estendia su vista, ya por los campos y por los montes; se sumergía bajo las aguas, se internaba bajo la tierra, se elevaba sobre los aires para dominar todos los animales, las plantas todas y los minerales, aunque quedaba siempre encerrado en el ámbito de la tierra y de su atmósfera; pero Buffon no podia condenarse á estos confines y levantando el vuelo sobre los cielos dominaba el sol, y otros astros, y sugetaba á sus ojos los inmensos espacios del universo. La tierra misma es considerada por Buffon con mayor superioridad que Linneo. Este contempla menudamente las sales, los betunes, las plantas, las yerbas, los animales, y todas las producciones de la tierra y las observa distinta y circunstanciadamente; Buffon, mira la tierra en su estension, balancea su peso con el del sol, y el de los planetas, sigue el curso de sus aguas, contempla las llanuras, y los montes, las islas, las ca-

vernas, los volcanes; examina la masa misma de la tierra, cubierta su superficie de jugos, de arcillas, de mármoles y otras materias, y presenta una grandiosa teoria de la formacion de nuestro globo, y tambien de los planetas.

Linneo toma en sus manos la naturaleza, la divide en masas grandes, que subdivide en otras menores y aun estas en otras mas pequeñas, y tanto á unas como á otras, les sabe dar su propio nombre, las define por sus propiedades esenciales, las describe segun la forma externa, y segun la estructura íntima, y así las presenta claras y distintas las unas de las otras con precision y verdad; y cada paraje, cada insecto, cada planta, cada piedra, cada produccion de la naturaleza se hace visible en sus manos, y discernible entre todas las demás. Buffon no se cuida de clasificaciones ó sistemas; toma en grande las producciones naturales, parangona los animales con los vegetales, los animales y los vegetales con los minerales, los cuadrúpedos con las aves, un animal con otro, y pone en movimiento y presenta en accion todos los séres de la naturaleza, encuentra sus analogías, y sus diversidades, y examina sus diferentes reproducciones, y prueba explicar las diversas generaciones, y atiende mas á conocer las operaciones de la naturaleza, que los nombres y las señales distintivas de sus producciones.

Buffon representá y pinta con los mas vivos colores de la naturaleza las partes mas sobresalientes y viriles de los animales, habla de su patria, y vé su

mas frecuente y comun residencia; habla con mayor estension de palabras y de erudicion aquello mismo que Linneo quiere insinuar; pero para despues dar de ellos mas distintas y curiosas noticias, describe su genero de vida, sus amores, sus costumbres, sus operaciones, su modo de vida; compara los unos con los otros en lo fisico y en lo moral, y hace conocer completamente en todas sus relaciones los animales que se dedica á describir.

En suma, Linneo, solo apunta algunos rasgos fuertes y característicos, y nos dá un bosquejo exacto si, pero sencillo y frio de la naturaleza en todos sus reinos; Buffon la contornea, le dá calor y vida; la sombrea, la viste y adorna; la presenta en grandiosos cuadros coloridos y animados, y la hace comparecer en toda su pompa, belleza y magestad. Linneo dá nombres, define, divide, forma clases y sistemas; Buffon refiere, describe, pinta y hermosea; aquel puede ser el dialéctico de la naturaleza, este el orador de la misma; así es que examinando el compendioso libro de la *Historia de la naturaleza* de Linnéo, en que tan exactamente se hallan registrados y divididos en sus partes, todos los cuerpos naturales, y la vasta obra de la *Historia Natural* de Buffon, en la cual se presentan los sucesos del universo en sus grandes y pequeños séres, nos parece ver en Linnéo un diligente y escrupuloso calculador de la naturaleza y en Buffon un fecundo historiador de la misma.

¡ Que descripciones tan amenas y tan naturales existen en su obra !

¡ Que imágenes tan preciosas, y que colorido no dá á todos los toques de aquel vasto lienzo en que pinta á la naturaleza !

¡ Con que magisterio nos describe su hipótesis sobre la formación del Mundo y de la aparición del hombre !

¿ Pueden hallarse imágenes más vivas y seductoras que las que emplea en los cuadros de la naturaleza ?

¿ Puede haber una pintura mas acabada, mas colorida y mas llena de interés, que la descripción del caballo, ese animal tan noble y tan útil al hombre; que la descripción del perro, ese amigo tan leal; la del elefante y de tantos otros animales ?

¿ Que animación y que vida, tributa á todos las cosas que describe ?

¿ Qué seducción no presta á su estilo; que vuelo no dá á su imaginación; de que fantasía no reviste sus ideas, para profundizar las materias de la creación; para emitir sus hipótesis y para describirnos los seres vivientes ?

Cualquier cosa que desea pintar, la traza con mano maestra y es una cosa acabada y completa, en que predomina mas que todo la poesía, el arte de hacer agradable, lo que en otros sería una materia frívola; de llenar de interés lo que sería árido, y de seducir al lector con la pompa de su estilo; atraerlo, conquistarlo y llenarlo de admiración por su irresistible elocuencia y por sus dotes extraordinarios de escritor y poeta.

Pocas obras tienen tal encanto, como pocas despiertan mayor interés, que la *Historia Natural* de

Buffon, la que será un monumento eterno de ciencia, de erudicion y de elocuencia, que honrará siempre á las letras.

Murió este célebre escritor en 1788 á los 84 años de edad, rodeado de los mismos honores y consideraciones de que gozó en vida, no siendo menores los que recibió despues de muerto. El vió, como hemos dicho antes, erigirse su estatua en vida, honor que pocos mortales con tanta justicia han merecido.

Su espléndida obra de la Historia Natural ha sido continuada despues por Lacépède, Cuvier y otros naturalistas y forman una edicion de cuarenta y tantos volúmenes y que comprenden los tres reinos de la naturaleza.

Nos ocuparemos ahora de dos escritores, que por sus trabajos filosóficos, deben ir unidos; nos referimos á Diderot y D'Alambert.

Diderot era hijo de un cuchillero y fué destinado al estado eclesiástico y enviado á la ciudad de Paris á estudiar teología, pero no hallándose con vocacion para abrazar aquel estado, se dedicó al estudio de las ciencias y las letras, predominando sus estudios sobre la filosofia. Publicó, muy luego un libro titulado *Ensayo sobre el mérito y la virtud*; siguió á este libro otro, bajo el titulo de *Pensamientos filosóficos*, con cuya obra empezó á procurarse prosélitos, habiendo tenido la suerte de ser mandado quemar por orden del Parlamento de Paris; poco despues publicó su *Carta sobre los ciegos para el uso de los que no ven*, cuya produccion le mereció ser encerrado en Vincennes. Habiendo sido puesto en libertad, conci-

bió la idea de escribir la *Enciclopédia*, asociado con D'Alembert y á otros escritores; empresa, como la clasifica un escritor verdaderamente colosal, no tanto por el trabajo que abrazaba, sinó por los mil inconvenientes que surgian para llevar adelante aquella obra; y sin embargo la llevó á cabo, dando á luz veintiocho tomos, en cuya redaccion se reservó Diderot los artículos sobre religion y filosofía y de artes y oficios que trató magistralmente.

Otras obras publicó bajo los títulos de *Pensamientos sobre la interpretación de la naturaleza*, *Jacobo el fatalista*; algunos dramas, como el *Hijo Natural* y el *Padre de Familia*. Quedó reducido á vender su biblioteca por el estado de pobreza en que se encontraba, habiéndosela comprado Catalina II de Rusia, por valor de cincuenta mil francos con la terminante condicion de que la poseyese, declarándose desde entonces su protectora.

Considerado Diderot como escritor, brilla por su profundidad de imaginacion, y por la lucidez de sus ideas; sin embargo, es demasiado fogoso y dá por demás rienda suelta á sus pensamientos, siendo uno de los que más se han manifestado enemigos del cristianismo, declarándose en sus escritos materialista y ateista acérrimo.

Se ha dicho de este escritor, «que ha escrito buenas páginas, pero que no ha sabido hacer un libro». No sabemos lo que pueda haber de verdad en esto, pero de cualquiera manera que sea, no se puede dejar de confesar, apesar de sus errores, que ha sido un escritor fecundo y de inmensa imaginacion.

¿Tal era el talento de este hombre—dice Mr. Villemain—que frente á genios bien superiores á él, ejercía mucho imperio sobre su tiempo y lo continúa aún ejerciendo sobre la literatura del nuestro; escritor señalado, cuyo nùmen no se agota por los *in folios* de la *Enciclopedia*; no parece disminuir por los préstamos que se le hacían constantemente; ni es agotado por la aridez de los estudios técnicos; ni disipado por la estéril agitacion de sus ocupaciones; mezcla de sofista y de filósofo, de declamador y de sábio; corruptor de la moral con una especie de efusion de corazon y de candor; corruptor del gusto con una elocuencia llena á veces de vigor y de simplicidad.

La memoria misma de las doctrinas filosóficas de Diderot con su gusto y estilo, es curioso de estudiar. En el romance, en el drama, en la teoría del arte, su imaginacion es materialista como su filosofía. Lo que domina en él, es una especie de calor de los sentidos. Su estilo, en lo rudo, sanguíneo, desunido y desvergonzado, no tiene nada de esa belleza intelectual que reproduce, á través de las imágenes transparentes, las más puras abstracciones del alma. En él todo habla á la materia. Su poética teatral prodiga la realidad hasta en lo más minucioso, mezclando en todo la declamacion. Sus juicios sobre las artes son claros y vivos, pero exagerados, y saliendo de la naturaleza, pretende casi imitarla.

No obstante, hay dos géneros donde Diderot ha verdaderamente sobresalido, donde es verdaderamente original y juicioso, nuevo y verdadero. El pri-

mero de esos géneros es, no sabemos que nombre darle; no sé si será apropiado el de cuento moral, pero no pesado y mundano como los de Marмонтel; el cuento moral burgués, popular; el relato familiar, como *Los dos amigos de Baurbaroux*, por ejemplo, esa historia chocante, donde todo es tan áspero y tan sencillo. Esto era nuevo en nuestra lengua. Es la abundancia de detalles, la exactitud pintoresca y sensible de Richardson, con una expresión más ajustada y más nerviosa. Nadie ha sabido contar mejor en el siglo XVIII, ni aún Voltaire.

El otro género en que también ha sobresalido es en la crítica literaria, á la que ha dado una especie de invención, tan rara como picante y en que ha hecho pequeñas obras maestras. No era en eso tampoco que Diderot no fuese también desigual y en algunos momentos falso y de pésimo gusto. Ha contribuido sobre todo á los juicios literarios á ese color estético, á esa amplitud singular, á esos arrebatos de imaginación ó de desdén, á veces experimentados ó afectados otras, y que no es la verdadera elocuencia del género, aquella de Ciceron, Fenelon, Voltaire con que animaban á la crítica. Diderot en sus escritos se parece á un hombre de talento y de humor, que improvisa; hay mucho que rebatir en lo que dice; mucho que recortar; pero existe ya el fondo y la forma, la sagacidad, la veracidad y el vuelo atrevido y feliz de la expresión.

Diderot como crítico, tiene algo de la libertad de la escuela alemana, alguna cosa también de su afec-

tacion. Lo que desea, lo que admira, es lo natural, lo espontáneo, lo simple; es un hombre en fin y no un autor. Lo que es en sus juicios, se presenta como un hombre apasionado y original, que no juzga ni por reglas, ni con método, sino bajo las impresiones que siente, ó por las vistas de su espíritu que le son propias: y lo que es natural, afecta no serlo, pretendiendo que su crítica sea siempre nueva.

Sin embargo, la crítica de Diderot, se muestra ingeniosa y nueva, en negar las reflexiones episódicas sobre los antiguos; sobre Homero, Terencio y Lucrecio.

Diderot conocia la antigüedad y habia estudiado especialmente á los filósofos.

Es él, quien en la literatura, fué el primero en dar un lugar á la historia, y á la filosofía.

Sin duda, no se hallará en sus análisis de las escuelas griegas, la precision sábia, el método de restauracion inventivo, que caracterizan algunos fragmentos sobre filosofía publicados en nuestra época; pero ha recorrido en ese género, una inmensa carrera, abrazando para la enciclopedia, todas las edades de la filosofía griega, desde los sistemas de Heraclito y de Anaxágoras, hasta el sincretismo de Alejandria, reanudando el trabajo del espíritu humano en la edad media, desde los primeros escolásticos hasta Vandelmont, de quien es intérprete algo confuso. Y no obstante ¡cómo nos sorprende ver aquel inmenso conjunto de conocimientos y su activa sagacidad!

Erudito y original, Diderot, puede apesar de los errores de sus principios, figurar como escritor dice la Harpe, en la clase de los sofistas. Y entre los del siglo XVIII, su nombre debe colocarse entre los primeros de su tiempo. No fué así sin embargo: su reputacion sufrió al par que sus cuestiones; su talento mismo quedó, en parte, ofuscado por el género de sus trabajos. Amigo y asociado á D'Alambert, no supo como éste adquirir una consideracion duradera, ni pudo entrar en la Academia; apesar del ascenso del partido filosófico.

Vamos ahora á hablar de D'Alambert.

Este célebre escritor ocupa al lado de Diderot, un lugar distinguido, pues como sabemos, fué su asociado en muchos de sus trabajos, y particularmente en la confeccion de la Enciclopedia Universal.

D'Alambert, fué abandonado al nacer por sus padres y recogido del átrio de una iglesia por un comisario de policia, quien lo entregó á la mujer de un vidriero, que lo crió consagrándole todo su cariño. Era hijo de la señora de Tencin y de Mr. Destonches, los cuales despues que adquirió alguna nombradia, desearon reconocerle, pero D'Alambert no quiso separarse de la que lo habia criado, por la que le habia dado el ser abandonándole despues.

Desde muy jóven se inclinó al estudio de las matemáticas, y á la edad de 22 años, escribió unas memorias, llenas de erudicion, que le valieron ocupar un lugar en la Academia de Ciencias en el año de 1741.

Pocos años despues, publicó algunos trabajos sobre mecánica, que le llevaron á ocupar uno de los primeros puestos entre los geómetras, ganando el primer premio adjudicado por la Academia de Berlin, por su obra titulada *Causa general de los vientos*, figurando desde entonces como uno de sus miembros.

Al par de estos trabajos científicos, D'Alembert aseguraba con otras obras su carrera literaria.

Asociado como hemos dicho, á Diderot, para los trabajos de la Enciclopedia, escribió para ella notables artículos sobre las matemáticas, y redactó el famoso *Discurso preliminar*, que nunca será bien admirado, pues en él se muestra gran escritor y á la vez profundo filósofo, siendo este trabajo el que asentó su reputacion literaria.

Publicó tambien el *Ensayo sobre los letrados*, obra de verdadero estudio y de sumo interés, además de otras publicaciones que obtuvieron muy buena acogida. En el año de 1754, fué nombrado miembro de la Academia francesa y tambien secretario perpétuo de la misma. Escribió, en este carácter los *Elogios*, que lo han colocado á la par de Fonténelle. D'Alembert poseía cualidades excelentes que le grangearon el aprecio y distincion de sus contemporáneos.

Rendia culto á la verdad y era benéfico y desinteresado. No admitió las ofertas que el rey Federico de Prusia, le hizo, cuando la persecucion á los enciclopedistas y filósofos, de nombrarlo presi-

dente de la Academia de Berlin, ni tampoco las de Catalina II, emperatriz de Rusia, que quiso confiarle la educacion de uno de los príncipes. Mantuvo siempre estrecha amistad con Voltaire, á quien respetaba, y con el que cambió una correspondencia interesante bajo todos estilos.

Un sabio ilustre de nuestros dias, hablando con admiracion del genio de D'Alembert, le reprocha cierta falta de elegancia en el cálculo; pero es que D'Alembert era inventor, responde á esto Mr. Villemain. Fuera de la geometria, la originalidad lo abandona, y aun mismo en la filosofía de las ciencias, no se halla en él, ni el espíritu ingenioso de Fontenelle, ni la bella claridad de Marian, ni esa fácil y elocuente demostracion de algunos de sus sabios contemporáneos. Su estilo es siempre frio y restringido.

Aunque se ocupe de cosas grandes, que nada hay más grande que haber formado una ciencia y meditado sobre todas, le falta fuerza y elevacion en la expresion.

Se ha dicho, que era su propio sistema, y que á sus ojos el lenguaje de las ciencias, necesitaba una severa simplicidad. Es algo más lo que se le debe reprochar.

D'Alembert se fastidiaba del estilo de Buffon hallándole fastuoso y declamatorio. Consultado sobre esto, un hombre de genio contestó: ¿qué quereis? no le es dado á todos el ser árido.

El excepticismo que habia adoptado D'Alembert

y en que se muestra tan acerbo en su correspondencia íntima con el rey Federico, no era propósito para poder corregir esa disposición natural de su espíritu, y la reserva que se imponía ordinariamente, las precauciones de que rodeaba con frecuencia sus pensamientos más atrevidos, debían perjudicar igualmente la naturalidad y la vivacidad de su estilo. Sin embargo, celebré en Europa por sus grandes trabajos matemáticos, y algo apoderado ya su espíritu de esa gloria por veinte años de estudios y de triunfos, se inclinó á las letras y su primer ensayo fué una obra maestra.

El *Discurso preliminar de la Enciclopedia*, presenta el cuadro de todo lo que las ciencias habían progresado desde Bacon, siendo una exposición más precisa y ese conjunto de vistas comparadas, que nace del progreso general, bastaban á la gloria del nuevo trabajo, y sin embargo le falta algo que dominaba en Bacon, con lo que cubría sus omisiones y sus errores; le faltaba el entusiasmo por la ciencia.

No es que el alma de D'Alembert, no fuese noble y más desinteresada que la de Bacon, y mucho más exclusivamente accesible de la gloria de las ciencias; pero es que D'Alembert aplicaba á todo los procedimientos rigurosos de las matemáticas, en vez de haber llevado á esa misma ciencia la idea elevada de la metafísica.

De ahí ese peristilo de la *Enciclopedia*, correcto y bien distribuido, pero que no nos sorprende con ese aire de grandeza que se encuentra al abrir el libro de

*Bacon sobre la dignidad y el progreso de los conocimientos humanos.*

En la primera parte de ese discurso, despues de haber establecido que el hombre debe todas sus ideas á las sensaciones, salvo sin embargo una ley que se encuentra dentro de sí, excepcion muy fundada, pero que destruye el principio, el autor establece la genealogia de las ciencias, empezando por las nociones intelectuales del vicio y de la virtud, de la espiritualidad del alma y de la existencia de Dios, pasando necesariamente al conocimiento que tiene por objeto las necesidades de los cuerpos y la naturaleza fisica separada, comparada y medida. Es de observar que en ese encadenamiento y en ese punto de partida, D'Alembert se aleja por completo de Diderot y expresa toda otra creencia diferente, como por ejemplo, cuando dice: « las propiedades que observamos en la materia, nada tienen de comun con la facultad de ver y de pensar. »

Así reconoce una igual certeza á las verdades morales y á las verdades geométricas. En todo el carácter de este discurso existe una filosofia famosa y firme, que no tiene nada del excepticismo amargo y desanimado muy frecuente en el mismo autor.

Hasta aquí Mr. Villemain.

Indudablemente Diderot y D'Alembert, encarándolos conjuntamente, influyeron en gran manera como escritores con la publicacion de la Enciclopedia, en el progreso y adelanto de las ciencias y de

las letras, poniéndolas al alcance de la generalidad y reuniendo todos los conocimientos humanos.

La literatura unida á la filosofía, fué obra del siglo XVIII, y en esa empresa sobresalieron estos escritores, como propagandistas de los más valientes, erigiendo en sistema de sus escritos, el materialismo y el ateísmo; (doctrinas bien desconsoladoras por cierto,) pretendiendo aun Diderot, llevado de esas ideas, reducir al hombre á la condicion de máquina.

Esas doctrinas fundadas en negarlo todo, tenían por base la destruccion de toda creencia religiosa y moral, manteniendo el Apostolado del Ateísmo más completo, y dejando á Voltaire muy léjos, pues éste apesar de sus opiniones, le preocupaba aun la idea de un Dios. El excepticismo convertido en dogmático, habia hecho gran número de prosélitos y así fué de moda en aquellos tiempos en que figuraron Diderot y D'Alambert, siendo el primero más ardiente, más entusiasta y más exéptico que el segundo, pues como dice uno de sus biógrafos, era hombre bueno que espresaba ideas atroces, capaz de virtudes y destructor de toda moral, representando una segunda época del siglo XVIII, el pasage del deísmo al ateísmo, de la licencia aristocrática al cinismo, del libre exámen en fin, á la abolicion de todo principio.

Verdaderos demolidores ámbos, que apesar de sus errores, de sus grandes faltas, de sus falsos principios, de sus escritos licenciosos, no han de-

jado de contribuir mucho, como hemos dicho ántes, en los Anales de las Bellas Letras, y siempre serán reconocidos como ardorosos escritores, aunque no se inspirasen en sanas doctrinas ni bebiesen en buenas fuentes.

Después de éstos grandes escritores franceses del siglo XVIII, cuya influencia en las letras se esparció por todo el mundo, y de los cuales no hemos podido ménos que ocuparnos con alguna detencion, porque así lo requerian sus trabajos, apesar de tener que reducir nuestro estudio á la vasta materia que abrazamos, nos ocuparemos de la literatura de otros pueblos.

Antes de estudiar esa literatura, y de algunos escritores franceses que no se pueden colocar al mismo nivel de aquellos, de que ya hemos tratado, tenemos que hacer una ligera digresion sobre el movimiento literario que excitó la Francia en los demás pueblos.

Indudablemente, el carácter de los escritos de estos grandes pensadores, no podia dejar de dominar en todas partes, bajo el punto de vista político religioso, filosófico y social.

El siglo XVIII, ha sido esencialmente innovador; en él se han ventilado cuestiones trascendentales, y aunque se haya destruido más que fundado, segun la espresion autorizada de Mr. Villemain, que con tanta erudicion y sabiduria se ha ocupado de ese siglo, se le deben muchas y grandes conquistas, y aunque más no fuera que la libre discusion, la

libertad de conciencia y la libertad política y civil, sería siempre un siglo imperecedero.

La Literatura del siglo XVIII, fué una protesta viva contra la dominación política y religiosa, y preparó el camino para la gran conquista que la revolución obtuvo, con la declaración de los derechos del hombre.

Apesar de sus errores, de sus faltas, apesar del exepcticismo que dominaba en aquel siglo, originado por los grandes escritores, no se puede negar que dió un gran paso, para los adelantos morales y progresos de la humanidad.

Así es, que con justa razón manifiesta Mr. Villemain, de quien repetimos, no podemos separarnos un solo instante, al escribir sobre el siglo XVIII, que por todas partes al fin de ese siglo; se hallaban esparcidas las ideas, francesas tanto en la academia de Berlin, como en la córte de Catalina, como en los consejos de José II. Dichas ideas, no se reducian solo á la literatura y al gusto, sino que influian en los gobiernos y transformaban el espíritu de las sociedades. En Milan, bajo la conquista austriaca dirigian la administracion ilustrada y bienhechora del conde de Firmain y tambien inspiraban á Beccaria.

En Nápoles, suscitan á reformadores y á filántropos como Filangieri, y libres pensadores como Galiani. En España mismo, en ese país de rutina tenaz y de obediencia ciega monacal, hacen penetrar saludables cambios en la administracion y en las costumbres,

formando tres ministros reformadores; el animoso conde de Aranda, que vencía á los jesuitas; el sabio y esclarecido Campomanes, á quien se puede denominar el Turgot de España; y el mismo Florida-Blanca, político estimado de Mr. Pitt, enemigo declarado de la Francia en 1792.

En Portugal, esas mismas ideas francesas, en parte adoptadas y llevadas al exceso por el espíritu violento, como Gimenes, apóstol de la filosofía lo habia sido de la fé, produjeron los resultados más estraños. El marqués de Pombal, en su larga dictadura, estinguió las hogueras de la inquisicion, encendiéndolas despues contra los sacerdotes.

Hizo traducir al portugués á Voltaire y Diderot, pero rodeado de enemigos, estableció las trabas más rigurosos contra la prensa y la libertad.

La espulsion de los jesuitas, su fastuosa casa transformada en hospicio; sus grandes trabajos dedicados á la industria, y una hábil proteccion á los intereses comerciales, son títulos que recomiendan sin embargo, el recuerdo del despotismo de Pombal.

La reforma que se atrevió á intentar en Portugal, y que fué con frecuencia contrevirtida y desviada por sus pasiones personales y sus cupideces y sus venganzas, ha dejado en ese país, gérmenes duraderos. Es este uno de los rasgos característicos del poder que la Francia, ha impreso tres veces sobre una gran parte de la Europa, primero en el siglo de Luis XIV, por su gusto literario, sus bellos monu-

mentos, y su esplendor social; segundo, en el siglo XVIII, por sus libres opiniones, sus teorías de mejora social, y últimamente en el siglo XIX, por el brillo de sus armas. Los romanos no civilizaban sino lo que habían conquistado. La Francia sola, por sus conquistas, se puede decir que comunicó el espíritu comunicativo de civilización que solo pertenece á su genio.

Esta influencia que se estendia igualmente, sobre el Norte y Sur, y el Mediodia de la Europa, y que en todas partes, era una moda de córte y de aristocracia, más que una necesidad de los pueblos, es un floron de la gloria de las letras francesas.

Es preciso pues, tributarle el justo homenaje que se le debe, en honor de los progresos que la civilización ha alcanzado y los adelantos que por sus grandes escritores, pensadores y poetas, ha obtenido, en los adelantos de las bellas letras, en gran parte del mundo, en donde quiera, que el buen gusto literario ha penetrado y el amor por lo bello y sublime, ha llegado á rendirsele culto, siendo todo ello, atributo de aquella gran nacion.

## II

Nos ocuparemos ahora de la literatura inglesa, á la que debemos prestar toda nuestra atencion, por ser la que influyó en gran parte, en el desarrollo de los progresos que realizaron las bellas letras, con los escritores que florecieron en el siglo XVIII, entre los cuales se encontraba Voltaire, que como ya sabemos tanto predominó en Francia, para la realizacion de la verdadera revolucion literaria.

Inglaterra tuvo su verdadero siglo de oro, en tiempo de la reina Isabel, como lo tuvieron las demás naciones; como España, lo tuvo en tiempo de Felipe III, Francia en el de Luis XIV y la Italia en la época de los Médicis. Ya nos hemos ocupado de uno de los más grandes genios que han aparecido en el mundo; del inmortal Shakespeare, que figuró durante dicho reinado, y que dió un poderoso impulso al arte dramático y á cuyas obras cada vez se le reconocen más méritos.

La Inglaterra que, antes que otros estados, habia conquistado en dos revoluciones, las formas del gobierno libre y la libertad politica y religiosa, debia necesariamente llevar á su literatura la in-

fluencia que los sucesos debian imprimir en el desarrollo de las bellas letras.

Así es, que dedicándose sus escritores á tratar toda clase de asuntos, sin las barreras que se oponian en otros estados á la libertad del pensamiento y al desarrollo de las ideas habian tratado grandes cuestiones políticas, sociales y religiosas, con el derecho ilimitado de discusion. Aguerridos en todas las materias, en el pró y el contra de todas ellas, por medio de una profusion de escritos que aparecian, en donde se sostenian y se combatian toda clase de controversias, debia dar como efectivamente dió un verdadero desarrollo á la libertad del pensamiento.

Desde su revolucion puede decirse que Inglaterra entró en verdadera posesion de sus libertades, á lo que su literatura le debe sus adelantos por medio de la libertad ilimitada de la prensa y la represion del juri.

Así es que, como por medio de esa libertad, se habian formado los espíritus fuertes en las luchas políticas y religiosas, constantemente ejercitados en esas cuestiones, alcanzaron proporciones gigantescas. Entretanto los otros estados abatidos por la censura que se les imponia en todo lo que emanaba de la inteligencia; bajo gobiernos despóticos y arbitrarios, habian vegetado, estérilmente, mientras que, aquellos habian alcanzado, al pleno goce del libre pensar, de la fuerza del raciocinio y del imperio de la creencia indi-

vidual, de ese hermoso talisman, que dá fuerza y vigor á la inteligencia y magestad al imperio de las ideas.

Aunque su desarrollo haya sido aislado, por su carácter poco comunicativo, no se puede negar que influyó en el orden social, político y literario de los demás estados. Sin el carácter expansivo de los franceses, que comunican todas sus ideas y se conquistan todas las voluntades por do quiera, los ingleses que habian realizado la conquista de sus libertades públicas contra el absolutismo y la intolerancia, en materia religiosa y política, antes que otros estados, habian llegado al mayor adelanto posible en las letras, así como lo habian logrado en las grandes conquistas de su dilatado imperio comercial y de navegacion, comunicando á los otros pueblos esos mismos adelantos de que gozaban mucho antes que ellos.

El cambio de las ideas con las demás naciones, el estudio detenido de sus autores, produjo el desarrollo consiguiente en los progresos de la inteligencia humana, y aunque su literatura sea puramente particular y nacional, no obstante, en muchos autores se vén las huellas de la influencia de otros estados que han debido dominar en sus escritos.

La poesia inglesa dice Mr. Démogéot en su historio de las *Literaturas estrangeras*, no podia quedar estraña al gran movimiento que agitó al siglo diez y seis. El hecho capital de la época, fué la ruptura de la unidad provisional que la teocracia habia impues-

to á la Europa de la edad media y la constitucion de las diversas nacionalidades.

Entonces la Inglaterra reunió todas sus fuerzas para asegurarse más; se concentró en su isla, se encerró en sus mares, se separó definitivamente del resto de la Europa católica, y para condensarse más, se agrupó al rededor del trono absoluto ese tutor de los pueblos infantiles como lo hicieron las demás naciones. Entonces, el carácter inglés, empezó á desarrollarse con todo su poder. Mostró ya entonces lo que seria en la continuacion de la historia y en el trascurso de los tiempos, profundamente personal y original, poco simpático y poco comunicativo; desenvolviéndose espontáneamente y por sus propios esfuerzos. Sus leyes, sus costumbres, sus tradiciones locales son para ellos el tipo absoluto del bien; la vieja Inglaterra, *old Englaud*, es el único ideal de su orgullo, y de su patriotismo. Ninguna raza ha conservado con mayor tenacidad las antiguas costumbres; es en el seno de ella, donde se encuentran los restos de la Francia feudal, y la antigua Germania no está menos en Inglaterra que del otro lado del Rin. Cuando nos detenemos á lo largo de las costas de aquella isla, desde las que contemplamos las aguas desde una altura de muchos cientos de piés sobre el nivel del mar, y observamos á una altura tan prodigiosa los restos dejados por las tempestades; cuando vemos en el canal de Bristol, esas gigantescas mareas, que se elevan algunas veces á veinte metros por encima de las bajas aguas,

creemos ver en la lucha terrible de esas olas contra esa tierra, el símbolo del aislamiento soberbio del genio británico, inmóvil é invencible en su sombrío dominio.

Se influye tanto más sobre los demás cuanto más energía se manifiesta. El genio inglés, endurecido en tan fuerte temple, se esparcirá impunemente fuera de su país sin comprometer su originalidad nacional. Ningun pueblo, en efecto, ha adquirido más de todos y ninguno ha permanecido menos inalterable á esas adquisiciones. Su lengua misma, por ejemplo, formada en sus dos terceras partes de elementos latinos, es sin embargo impenetrable á los oídos de los neo-latinos. Hasta su alegría misma tiene un cierto aspecto extraño y personal; no pareciéndose en nada á nuestra expansiva alegría en donde se encuentra cierta vanidad y el deseo de agradar. El inglés no pretende agradar á nadie sino á sí mismo, y su alegría es tan intraducible como la palabra que la designa (*humour*.)

A una nación tan llena de la conciencia de sus propias fuerzas, le faltará casi siempre el móvil de todas las nobles acciones del deber; lo útil reemplazará á lo bello y el éxito absolverá los medios. En las bellas artes sobresaldrá, exceptuando en aquellas que no exijan la libre efusión de un fuerte pensamiento.

No tendrá ni grandes pintores ni músicos, pero tendrá grandes poetas y oradores. Sus ideas que responden en sí mismas por una naturaleza fleg-

mática, se desbordarán con respetuosa elocuencia.

Poco cuidadosos de la forma y del método, dejarán sus obras en un estado imperfecto pero llenas de rico material. Indóciles sobre todo á las reglas, sus poetas se extraviaran antes que seguir el camino recorrido. Sus obras no serán iguales y hermosas pero raramente serán débiles y comunes. Pretenderán llegar á lo grande y á lo sublime y segun lo hayan logrado ó no, serán ellas excelentes ó detestables sin término medio. Este cuadro puede pues aplicarse á la literatura del siglo de Isabel.

Un gran suceso religioso vino á concluir de aislar más á la Inglaterra en su vida insular. Ese suceso fué la Reforma proclamada en el último periodo del despotismo de los Tudor. Cambiaron de religion y se hicieron gefes de ella, para tener en sus manos sus almas como tenian las personas de sus súbditos. En su intencion egoista, era aquello un concentramiento monárquico; en el resultado histórico fué una prenda más de independendencia y de aislamiento nacional.

La Inglaterra, tuvo su religion propia como tenia sus leyes y su genio. El pais de Pelagio y de Wic-lef, aceptó la reforma porque era conforme con su naturaleza, ó mejor con ella misma, y la adoptó para sí. Al lado de la iglesia oficial, nacia el puritanismo, que era la libertad del pensamiento antes que la libertad política, y como ha dicho Bossuet, era esta la independendencia por la religion, siendo este hecho, el que excitó la inteligencia de los ingle-

ses en una fermentacion de ideas extraordinarias.

Hasta aqui las observaciones de Mr. Demogéot, sobre el carácter típico de los ingleses, que hemos creído oportuno consignar porque se ajustan en todo con nuestras ideas. Pero apesar de esa aspereza, de esa singularidad, de ese aislamiento y de esa falta de sociabilidad expansiva, que poseian otrasnaciones y particularmente las de la raza latina, ha logrado infundir, por sus grandes escritores el sello de los estudios serios; ha sobresalido por sus grandes poetas como Spencer, Shakespeare, Milton y otros; y en el desarrollo asombroso que tuvo lugar en el siglo diez y ocho, se le debe sino todo una gran parte.

Su revolucion, primero religiosa y despues política, cuando los otros estados estaban dominados bajo el despotismo de gobiernos arbitrarios; encabezada por los mismos nobles, quienes desde el reinado de Juan Sin tierra, empezaron á obtener regalias contra el poder monárquico, consiguiendo la Magna Carta, base de las libertades inglesas, que suscribió aquel monarca, el que despues fué depuesto por haber faltado á ella, por aquellos mismos nobles.

Desde entonces puede decirse, que continuó el pueblo inglés gozando de sus libertades, y aunque fueron dominados por verdaderos déspotas en algunos reinados, como sucedió con la familia de los Tudor, sin embargo el espíritu de descentralización

dominó y el poder amparó las libertades públicas, hasta la época de la ejecución de Carlos I. En el protectorado de Cromwell, la Inglaterra ensanchó su poder, dilató sus dominios y se hizo respetar por todas las demás naciones debido á aquel espíritu sagaz y político, que dominaba al Protector.

Aunque nada influyese entonces en los demás estados, por su reconcentración natural y congenerea, del carácter inglés, y por la falta de comunicación; alejándolos por su propio aislamiento del comercio de ideas con los demás pueblos; no por eso en el transcurso de los tiempos, dejaron de influir en los ingenios de los otros estados, para dar el gran paso de su revolución política que había ya realizado la Inglaterra, así como para el libre desarrollo del pensamiento. Sabemos lo que Voltaire y el mismo Rousseau, llevaron á Francia; el caudal de conocimientos prácticos y de nuevas ideas, que no eran conocidas del genio francés, haciendo una verdadera revolución en religión, en política y en la literatura, hasta allí sometidas á la tiranía de la censura embriagándose con el espectáculo de libertad, de grandeza y de inteligencia que ofrecía entonces la Inglaterra y como dice Villemain, viendo sus sabios, sus poetas como Clarke Pope, Congreve, el vaporoso Young, que dedicó sus versos á Voltaire, y quien hasta entonces imitador de Racine, pudo conocer otro género de literatura nueva, desordenado que el gusto algo francés de los buenos espíritus de la Inglaterra admiraba poco,

pero que para al poeta francés, era una verdadera mina de diamantes brutos á pulirse, y cuando volvió con su tragedia escrita sobre *Bruto*, sus *cartas filosóficas* y sus suscripciones para la *Henriada* ¿qué halló en Francia? un gobierno débil y tiránico en todas las pequeñas cosas, imperando sobre la opinion y no pudiendo esparcir las ideas sinó como contrabando. Tuvo que experimentar mil contratiempos y muchos inconvenientes para publicar las observaciones de su viage, y cuando haciéndose geómetra y calculador para pensar libremente, quiso dar á conocer á la Francia los *Elementos* de Newton, el canciller d'Aguesseau rehusó su aprobacion al *Sistema del Mundo*. Preocupado de un espíritu demasiado cristiano, aquel respetable y noble espíritu, habia creido que reconocer al mundo leyes materiales inviolables, todo poderosas, era hacer inútil una causa suprema. Esto es hasta donde podia alcanzar los escrúpulos de una conciencia timorata y que es una prueba del estado de las ideas en aquel entonces en Francia, de ese mismo pais, que habia despues de hacer resplandecer la antorcha de las libertades públicas y declarar los derechos del hombre.

Hecha esta digresion, seguiremos ocupándonos de los escritores que lucieron en el campo de las letras inglesas, despues de haber aparecido y figurado Shakespeare, aquel verdadero coloso, cuyo génio mas se engrandece cuanto mas transcurre el tiempo, y del que ya nos hemos ocupado.

Cuando se habia asentado en su pedestal de gloria

aquel portento de la humanidad, con sus obras maestras, en que tan magistralmente pone en juego todos los resortes de las diversas pasiones que agitan á la humanidad, afirmando bajo bases incommovibles la libertad absoluta del arte, otro espíritu pensador se distinguia tambien siguiendo otro camino y tratando de imponer las reglas del clasicismo, á las obras de la escena dramática que habia infringido aquel en todas sus formas.

Este era Benjamin Jonson, mas conocido por Bé Jonson, que nació años despues que aquel, y que aunque hijo de padres pobres, consiguió educarse en la universidad, dedicándose al estudio de la antigüedad griega y latina. De profesion albañil como su suegro, habia trabajado junto con éste y como militar habia servido como voluntario en el ejército de Flandes, donde hizo toda la campaña, contratándose despues en una compañía de actores y como el gran Shakespeare, representó con ellos en diversos teatros, poniendo en ejecucion muchas piezas olvidadas ó bien arregladas por el mismo, ó dando á conocer la de autores hasta entonces completamente desconocidos. Su carrera dramática se estendió desde el reinado de Isabel hasta el de Jacobo I, en cuya época alcanzó al apogeo de su talento, encontrando un gran protector en este monarca erudito y á quien queria entrañablemente.

Jonson dice uno de sus biógrafos, fué un escritor de oposicion no al príncipe, pero sí al gusto y á la moda pública.

Toda su vida fué un combate. En vez de séguir la corriente de la opinion pública, fué lo contrario. Tuvo el corage en la tierra de los Marlow, de Kyd y de Shakespeare, de sostener la teoria y ponerla en práctica, es decir, la causa de las unidades de Aristóteles; mofándose de las libertades estremas del teatro inglés, de aquel armazon ficticio que abrazaba en una sola pieza una multitud de mares, de paises y de reinos. Se burló, como lo habia hecho quince años antes Sidney, como tambien habia de hacerlo un siglo despues Boileau, de esa fecundidad y aglomeracion de sucesos, gracias al que «un niño podia nacer en un acto crecer y hacerse hombre desde la primera escena, y verse antes de dejar el teatro, llegar desde escudero hasta caballero, viajar entre los entre-actos, hacer maravillas en tierra santa, y despues volver á su casa cargado de años y achacoso y lleno de admiracion, por los milagros que habria realizado.

En vez de lanzarse como sus contemporáneos en el drama de imaginacion, Jonson, instruido en la escuela de los antiguos, fué ante todo un autor de buen sentido; en sus comedias observó y pintó las costumbres; fué un Juvénal en la escena. En sus dos tragedias *Sejan* y *Catilina*, hizo hablar á Tácito y á Salustio, y se preocupó más que todos sus contemporáneos, de la exactitud de las costumbres y de la fidelidad de los caractéres. Hallamos prácticas las cualidades felices de los autores antiguos, planes seguidos y bien combinados,

intrigas completas que tienen su principio, su medio, su desenlace; un interés creciente y que jamás se quiebra; una verdad dominante á la que todos los incidentes concurren; una idea principal y primordial, contribuyen á un fin, que todos los personajes sostienen y ponen en relieve; finalmente, un arte, que Molière y Boileau, reunidos, enseñaron más tarde del otro lado del estrecho. No tomó como Shakespeare un romance de Gréene, una crónica de Holinshed, ó una vida de Plutarco, para ponerlos y desarrollarlos en la escena, sin cálculo de verosimilitudes, indiferentes al orden y á la unidad; Jonson dirige á sus personajes, quiere y sabe todo lo que hacen y lo que deben hacer.

Desgraciadamente, Benjamin Jonson, no tenía el dón maravilloso que caracterizaba á Shakespeare; y no fué *creador de almas* como éste. Sus personajes, no son seres vivos, que vemos agitarse, que oímos hablar, que los vemos agitar en medio de los azares de cualquier intriga; exhibiendo vicios ó virtudes abstractas, que se levantan á su voz como por encanto y que se amoldan dócilmente al progreso de la acción, á la verosimilitud del desenlace: escogiendo una idea general, Jonson es un moralista, un satírico, más bien que un buen poeta. En vez de crear, observa, combina, critica. Piensa menos en revivir seres, que en describir el ridículo ó poner de relieve una necesidad. Lleno de energía y de nervio, prosigue su obra con ironía, ó cólera. Los vicios mismos que ataca, no son como

los de Molière, vicios capitales y eternos en el hombre, pero si defectos contemporáneos y pasajeros, perversidades monstruosas, que se complace en describir, en analizar con toda la fidelidad de un escritor realista. Jonson es un Balzac dramático. Si queremos conocer cuales fueron al fin del siglo XVI y al principio del XVII, las costumbres, las ideas dominantes, las preocupaciones á la moda, de la poblacion de Lóndres, es preciso consultar las comedias de Jonson para conocerlas á fondo.

Jonson se mofa, como Boileau, del lenguaje pretencioso y enfático de los autores de su tiempo. El convierte en ridículo la hinchazon del drama popular y la afectacion de la córte. La tragedia española de Kyd, al *Eufleus* de Laly; Marston y Debker, dos pésimos poetas, de aquel tiempo, los hace aparecer como héroes burlescos en su *Poetaster*, donde figuran bajo los nombres de Demetrio y Crispin. Creemos léer á Molière, en esas descripciones. Las *Preciosas ridículas* de Lóndres están retratadas ó caracterizadas; ellas se apasionan de los gentiles hombres fanfarrones, de quienes aceptan sus necesidades como Belisa, Armanda y Filaminta, y si Jonson tiene los mejores sábios tambien tiene sus tartufos; declaró una guerra encarnizada á los puritanos, tristes fanáticos del protestantismo, enemigos de la alegría y del espíritu de la vieja Inglaterra. Cuando vé á esos personajes austeros, con sus cabellos rapados, sus cabezas

redondas, sus trages sombríos, como vestidos de duelo perpétuo; los muestra con el dedo al público diciéndole al mismo tiempo: «no os engañéis por su apariencia, no los creais mejor que nosotros; tienen mucho orgullo para confiar mucho en ellos; toda su virtud consiste, en el color de sus trages y en lo largo de sus cabellos, pero su conciencia es más ancha que el Océano. Presenta en el teatro á un honrado pastor de Amsterdam, quien pretende que la necesidad de la santa causa, excusa toda infracción de la moral; que el fin justifica los medios; que es permitido, para obtener un gran bien y para hacer triunfar la verdad, el servirse de instrumentos impuros. Seria un crimen dice, prosternarse ante la imágen de la vírgen; pero se tiene el derecho de falsificar moneda para salvar al pueblo de Dios.»

Sus mejores obras dramáticas son: *La mujer silenciosa* y *El alquimista*.

No entraremos en el detalle de estas piezas, porque nos llevaria muy léjos este estudio: basta saber que dejó como cincuenta obras á su muerte, todas ellas de un verdadero interés dramático, y que sino alcanzan el atrevido vuelo de las de Shakespeare, se ajustan más á los preceptos del arte y es un verdadero autor realista, debiéndosele la invención de los bailes, mascaradas y coros poéticos, introducidos en la escena, Ben Jonson murió pobre y su sepulcro lleva el sencillo epitafio *O rare Ben Jonson*.

Antes de llegar á ocuparnos de los escritores del siglo XVIII, no podemos dejar de hablar aun que más no sea que brevemente, por más que debiéramos haberlo hecho, antes que de Ben Jonson, por seguir la cronología, de otro poeta á quienes las musas británicas, le deben parte de su gran brillo.

Nos referimos á Spencer; poeta que figuró en la época de Isabel y que fué protegido por Felipe Sidney gran admirador de su talento, haciéndolo nombrar secretario de lord Grey, lugarteniente general de Irlanda. Es autor entre otras varias composiciones de un poema titulado: *La Reina de las Hadas (The fairy queen)*, obra que agradando mucho á la reina Isabel, le valió su favor. Publicó solo seis cantos de este poema, debiendo constar de doce, pero en un saqueo que sufrió su casa, cuando tuvo lugar una rebelion en Tryone, se extraviaron. Esta pérdida le produjo tan gran disgusto que ocasionó su muerte.

Este poema, es una alegoria del reinado de aquella reina; sus alusiones se concretan á todos los personajes de su córte, y es una continua alabanza de la regia persona.

Ese poema, aunque sea su lectura algo pesada, sin embargo, encierra tan vasta erudicion, que se advierte en su autor, un espíritu de primer orden y un profundo conocedor de la antigüedad y de la mitología, de la que hace uso, para adornar su obra, en el que no se puede negar existen verdaderas bellezas y mucho gusto literario.

Cuando en 1575—dice Demogéot—Roberto Dudley, conde de Leicester, recibió á la reina Isabel en su magnífico palacio de Kemilvorth; todos los juegos de la fantasía y de la erudicion clásica se representaron durante diez y nueve dias.

La reina, á su llegada, fué acogida y cumplimentada por la diosa del lago, acompañada de dos ninfas llevadas sobre una isla flotante, envuelta en los resplandores de una brillante iluminacion; apareciendo despues los gigantes de los tiempos de Arturo.

El cortejo tenia que atravesar un largo puente, en cuyos dos costados, se hallaban los dioses fabulosos Silvano, Ceres, Baco, Pomone, Neptuno, Marte y Febo, todos ofrecian sus ofrendas á los piés de la real visitante.

Juegos de toda especie, se sucedieron en seguida con más variedad que gusto bien ciertamente; combates, juegos de destreza, hechos cómicos, bailes, escenas rústicas, carreras, conciertos y festines. Durante una de las cacerías, la córte encontró á un salvaje vestido todo de yerbas, que con *Eco* sostuvo un diálogo en honor de la reina. A la vuelta, se vió aparecer un triton llevado sobre un mónstruo marino, y Arion cabalgando en su clásico delfin, á cuyos lados se oian músicos invisibles, cantando alabanzas del poder de la bella y de la casta soberana de Inglaterra.

Que estraño es pues, que Spencer, considerado como el más grande de su tiempo, despues de Sha-

kespeare, no compusiese un poema mitológico á la *Reina de las Hadas*?

Ese poema, de setenta y cuatro cantos, divididos en siete libros y que segun el plan del autor debia tener doce, parece aproximarse por su objeto á la Edad Media. Hallamos al príncipe Arturo, tan querido de nuestros trovadores, elevado por el encantador Merlin y partiendo, como verdadero caballero errante, para buscar por el mundo á Gloriana, la reina de las hadas, que ha visto en sueños, y que ama como debe hacerlo un caballero. Gloriana posee un gran número de apasionados; todos ellos la rodean y piden y obtienen de ella el encargo de llevar á cabo una empresa cualquiera, lanzándose despues cada uno por su lado trás la conquista de una tierra encantada, la que se transforma y se idealiza bajo sus pasos. Es el mundo de Fustan y de Lancelot del Lago, son las aventuras de Rolando y de Astolfo, de los gigantes y de los enanos, de las princesas desposeidas y encantadas, de jóvenes fugitivas, de castillos mágicos de mónstruos inauditos.

Todas estas formas, todas estas aventuras, pululan y se encuentran en la «Reina de las Hadas con una increíble fecundidad. Spencer imagina sin cesar «es aquel su estado natural, como dice un autor, no tiene más que cerrar sus ojos para despertar las apariciones; ellas afluyen en tropel; abundantes ligándose entre sí.»

Entre los que pueden parangonarse con estos

poetas debemos citar á autores como Fletcher, Masinyer, Ford, Middleton, Decker, Hoywood y otros más que aparecieron en el siglo XVII y los que pueden figurar con justicia y entre los buenos dramaturgos, y podríamos agregar, como muy bien dice Taine, en su excelente historia de la literatura inglesa, ochenta y tantos nombres más á esa lista, cifra que atestigua á la vez la fecundidad de aquel período literario y la inclinacion del público por los placeres y goces del teatro. Dejaremos tambien nosotros á la historia particular de su literatura, la apreciacion personal de todos ellos, ciñéndonos solo á hablar de los grandes génius, que cual astros de primera magnitud, aparecieron en la bella Albion, tan fecunda en talentos y genios de primer orden.

Aunque no como poeta, debemos ocuparnos antes de pasar adelante de uno de los más esclarecidos genios, no solo de Inglaterra, sino de la humanidad; hablamos de Bácon.

Ninguno bien ciertamente más digno que este de figurar entre la pleyade de genios inmortales, y, pues aun que no fuera poeta, por su viva imaginacion y por su estilo florido, debe colocarse entre ellos, y como gran filósofo, que sostuvo lo útil como principio de todo, sirviéndole de base para fundar su *Novum Organum*, en el que funda una nueva lógica diferente á la de Aristoteles.

Francisco Bacon era hijo de una familia distinguida; su padre era guarda-sellos de la corona en

tiempos de la reina Isabel. Se dió á conocer desde muy temprano por la viveza de su imaginacion concibiendo desde jóven el proyecto de hacer una reforma en las ciencias. Empleado en la embajada de su pais en Francia, volvió á Inglaterra, á consecuencia de la muerte de su padre, y se recibió de abogado, ejerciendo la jurisprudencia y dedicándose al estado del derecho. El Conde de Essex le hizo nombrar miembro de la Cámara de los Comunes, y á quien tan mal pagó, pues en la ejecucion arbitraria que sufrió, para captarse la buena voluntad de la reina, trató de justificar la sentencia, lo que no le dió resultado alguno, pues no consiguió adelantarse en su carrera política y solo obtuvo el nombramiento de consejero extraordinario de la reina.

Esto fué la causa, viendo el olvido en que habia caído, de que se dedicase con ahinco al cultivo de las ciencias y á la serie de trabajos que le han hecho inmortal. En el reinado de Jacobo I, sucesor de Isabel, ascendió al grado de procurador general, miembro del consejo privado, guardasellos y finalmente al rango de Gran Canciller. Despues de ejercer este empleo, fué acusado de corrupcion, por aceptar dinero para alcanzar algunas coneciones, y fué condenado á ser encerrado en la torre de Lóndres, y á pagar una multa de cincuenta mil libras, privándole de todas sus dignidades y del ejercicio de todo empleo público, castigo demasiado severo, como dice un biógrafo suyo, con lo que quiso el Parlamento no

tanto castigar el crimen de Bácon, como disminuir el poder é influencia del favorito del Duque de Buckingham, cuyas malversaciones, habia aceptado el débil canciller que era su hechura.

Entre las obras más notables suyas, debemos citar sus *Ensayos*, que tratan de cambiar el espíritu de las ciencias contemporáneas.

La obra de Bácon dice Mr. Demogéot, no es más que una vasta enciclopedia del mundo intelectual y físico. El plan está contenido en la obra que el autor denomina: *La gran restauracion (Instoratio magna)* publicada en 1620, y compuesta de seis partes, á saber; la revista de las ciencias, el método nuevo, la recoleccion de los hechos y observaciones, el arte de aplicar el método á los hechos recogidos, los resultados provisionales del método, y en fin los resultados definitivos en filosofía. De esas seis partes, tres solamente han sido ejecutadas; la primera, es el tratado del *adelanto de las ciencias* que apareció en inglés en 1605, y despues en latin con numerosas adiciones, la segunda es el *Novum Organum*, aparecido en 1620, donde el autor opone una lógica nueva, fundada en la observacion y la induccion, á la antigua lógica del *Organum* aristotélico, que procedia por deduccion sicologista; la tercera en diversos tratados sobre la historia natural, tales como la *Sylva silvanum* escrito en inglés, la *Historia vitae et mortis*, publicado en 1622, la *Historia ventorum* y la *Historia densi etrari*.

El carácter distintivo de Bácon como filósofo, consiste en dos cosas; el fin que propone á la ciencia y el camino que indica para alcanzarlo.

El fin fué para él lo útil, multiplicar los goces del hombre y endulzar sus sufrimientos (*commodis humanis inservire; efficaciter operari etc.*) Hasta entonces la filosofía, habia puesto su gloria, en buscar la verdad en sí, sin pensar en los servicios personales que las aplicaciones de la verdad podian dar. Ella enseñaba al hombre á sobreponerse á las necesidades, no á satisfacerlas. *Non est instrumentorum ad usus necessarios opifex* decia Séneca. Apartad la negacion, dice Mr. Macaulay y esta última parte definirá bien la filosofía de Bácon.

Indudablemente, hizo un gran servicio á las ciencias con su método, y dió un gran paso á la filosofía. De un espíritu sutil y á la vez profundo, dotado de una intuicion dominante, que vé y profundiza todo; con una imaginacion portentosa para la que no hay dificultades, todo se presenta claro, ofreciendo el raro fenómeno del contraste palpitante, que con la marcha ordinaria de su desarrollo intelectual, ofrece al principio la razon fria y tranquila, y el entusiasmo que crece á medida que transcurren sus años.

Tal fué el célebre Bacon de quien no hemos podido prescindir tratándose de los célebres escritores ingleses.

Ahora nos ocuparemos de uno de sus mas grandes poetas, que honran no solo á su patria, sino tambien á la humanidad entera.

Veamos lo que dice Mr. Demagéot sobre este célebre escritor y hombre público.

«Fué debido á Bolingbroke que la Francia recibiese los principios del *filosofismo moderno*. Fué en Francia y en lengua francesa, que escribió, en uno de sus destierros, sus *Cartas á Mr. Pouilly*, donde ataca á la vez el ateísmo y la fé cristiana; fué aun en Francia donde emprendió sus *Cartas sobre el estudio de la Historia*, donde dirige otro ataque contra el cristianismo. Fué en Francia que vió por vez primera á Voltaire y lo encantó por la libertad de sus pensamientos y la erudicion de su impiedad. Así, el libre exámen, la independencía anticristiana del saber, que una colonia de escéticos franceses eruditos, los Bayle, Basnaye y los Leclerc, habian establecido en Holanda, volvian de nuevo á introducirse en Francia en el siglo XVIII, con los principios y el método analítico de Locke y la propagacion de las ideas modernas de Bolingbroke.»

El reinado de la reina Ana, fué notable por la gran cantidad de escritores que se distinguieron en el campo de las letras, y aunque ninguno puede igualarse ni parangouarse con los de la época de Isabel ni aun de Cromwell, como los insignes poetas Shakespeare y Milton, génios de todo punto superiores que no aparecen sinó como *rara avis*; no obstante los hubo de gran reputacion y que merecen ocupar y ocupan un lugar distinguido en la literatura inglesa, como Addison, Swift,

Steele, Foé Gay, Sterne, Fulding y el célebre Pope que deben citarse entre los primeros que con mas justo título deben ocuparnos.

Addison, en quien conciernen como escritor los dotes de elegantísimo y muy correcto, con el conocimiento de las reglas del clasicismo, que dió muestras de conocer profundamente, ocupa como escritor un lugar distinguido, ya que como hombre público parece que no fué muy feliz. Siendo ministro de Estado, hizo un papel muy secundario. Aquel espíritu fino y culto, no tenia los dotes necesarios para presentarse en una asamblea deliberante, y en cierta ocasión que tuvo que dirigir la palabra, en nombre de las cámaras de que era miembro, no pudo continuar su discurso no saliendo de su primer período y se quedó perplejo y mudo ante una simple interrupcion. Le faltaban condiciones para desempeñarse en la direccion de los negocios públicos, sobre todo por una gran irresolución, que era lo que predominaba mas en su carácter, no espediéndose con soltura en nada que concerniese al ramo de que estaba encargado. Su reputacion de escritor lo habia llevado á formar parte del gobierno de su país, pero defraudó todas las esperanzas que en él habia cifrado su partido, conduciendolo al puesto que no supo desempeñar.

Su reputación poética tambien le ha sobrevivido poco; y sin embargo su prosa es digna de citarse por su convicción, su pureza y elegancia.

Sus trabajos de crítica publicados en el *Spectator* no tienen rival, pues llegan á la perfección. Sin duda la crítica literaria, dice Mr. Villemain, se ha hecho mas metafísica, mas refinada, mas sabia; ha tomado el bello nombre de estética. ¿Pero se ha hecho nada mejor que los elegantes y graciosos capítulos del *Spetactor* sobre la imaginación? El estilo inglés se hizo de más en más metódico y valiente. Blair al fin del último siglo, se acercaba en la prosa á la lógica rigurosa de Condillac y tenía mucho que tomar de la dición fácil de Addison. Pero ese estilo frio de Blair en su forma cosmópolis y medio francesa, se aproxima acaso al estilo espresivo del *Spetactor*? Y la pompa de Johnson ó el ímpetu desigual y las exageraciones fantásticas de Hazlett no están bien léjos de aquella razon superior y fina? Dejemos pues á Addison, el haber sido el moralista ingenioso y crítico, espiritual y sensato y sobre todo excelente escritor, siendo demasiado esto para una vida dividida entre la política y las letras.

Hablaremos ahora de Swift.

Este célebre escritor nació 1667 en Cashél en Irlanda, siendo hijo de padres muy pobres. Protegido por Guillermo Temple fué á Inglaterra muy joven; siguió la carrera eclesiástica obteniendo el protectorado de Kilrock y el decanato de Irlanda, que le daba una renta de mil libras esterlinas. Escribió mucho sobre la política de su país y se alistó en el partido de los

torys por su relación con los principales personajes de la corte. La duquesa de Malbourought lo protegió, pero á la muerte de ésta, perdió su prestigio y cayó en la indiferencia de la corte.

A Swift, es preciso encararlo como escritor bajo dos faces: como novelista y como satírico. Como novelista, ocupa un señalado lugar y aunque no tuviera más obra que los *Viajes de Gulliver*, sería siempre uno de los más espirituales y humorísticos de los romancistas.

Esta obra, tiene por objeto presentar á la especie humana, en un espejo en la que pretende hacerla ver bajo las formas más pequeñas y las más colosales, presentando así en su historia, primero un pueblo de enanos y luego otro de gigantes, sacando partido de esto, para producir los efectos más inesperados y verdaderamente cómicos. Esta obra que manifiesta el ingenio y raras dotes de Swift, interioriza todas las épocas de la vida. Mr. Augusto Filon en su excelente tratado de la *Historia de la Literatura inglesa*, refiriéndose á esta obra dice: «este libro ofrece un rasgo común con otros libros célebres, como las *Fábulas* de La Fontaine, ó con el *Quijote* de Cervantes. Se lee á los diez años y se vuelve á leer á los cuarenta, y en ambas edades se experimenta un sin igual encanto pero diferente.

En el primer caso, es la imaginación que se interesa; en el segundo, es la razón que toma

parte en una lección moral, á veces áspera, otras injusta pero siempre picante. En fin, para aquellos que estudian de cerca los sucesos, aparecerá una nueva significación en Gulliver: la sátira política de los personajes de su tiempo. ¡Feliz el libro que en el transcurso del tiempo mantenga el interés de contener una triple fuente de entretenimiento y de instrucción para niños, gente ilustrada y académicos!»

Swift, fué autor de otras obras del mismo mérito y escritas con la misma gracia tales como la *Batalla de los libros*, y el *Cuento del tonel*, por cuyos libros ha sido comparado con Rabelais y Voltaire.

Ricardo Steele, es otro de los escritores de más ingénio que ha producido la Inglaterra. Desde muy joven manifestó un talento precóz.

Escribió primeramente algunos dramas, pero no consisten en esos trabajos su verdadera reputación literaria, sinó que su fama está sentada como periodista. Con Addison de compañero se puso al frente de la redacción del *Espectador*, *El Mentor* y *El Hablador*, que contienen las más interesantes doctrinas políticas y literarias, escritas con un estilo picante é ilustrado, que ejercieron grande influencia en su país.

Esos artículos le dieron gran nombradía y ellos lo llevaron á ocupar un asiento en la Cámara de los Comunes, en donde prestó grandes servicios al partido, que lo había llevado al par-

lamento. Fué expulsado como libelista de la Cámara á la caída del ministerio *wigh* y después desterrado en la época de la reina Ana; pero en el reinado de Gorge I, recuperó su posición y desempeñó algunos otros empleos de consideración. Pero á pesar de esto murió en la miseria; había quedado paralítico y vivió hasta su muerte de la caridad de algunos amigos.

Vamos á ocuparnos de otro de los más célebres novelistas que existen, tanto por su originalidad é imaginación cuanto por su popularidad; nos referimos á Daniel Foé.

¿Quién no ha leído *Las aventuras de Robinson Crusóé*? Esa obro cuya argumento y simplicidad de narración; cuyo interés vá creciendo conforme se lee; encerrando un fondo moral y de filantropía prácticas; la de un hombre sólo, contando consigo únicamente; aislado y sin recursos, sabiendo sacar partido de su misma soledad hasta llegar á vencer todas las dificultades á fuerza de ingénio y de paciencia, tiene un interés admirable y seductor, y bajo el nombre de aventuras, encierra un ejemplo y una lección, de lo que el hombre puede conseguir por su ingénio y su valor, y su constancia.

Jamás novela alguna dice Demagéot, fué ménos novelesca, pues en él todo aparece como verdadero; incidentes, conversaciones, personajes; nada choca como impropio ni falso y es de un efecto de verdad completo. Esa variedad de

estilo; esa simplicidad de una narración en donde no hallamos ningún adorno ni descripción ni metáfora brillantes, contribuye poderosamente á la popularidad de esa obra. Es como un diario de viaje, que se convierte en lectura privilegiada de un pueblo de marineros y de viajeros, mientras que la grandeza filosófica del pensamiento, la feliz idea de poner al hombre sólo en la creación, frente á frente con Dios, y conducido á la virtud por la soledad, debió ejercer una seducción práctica en todos los animos. Era este el gérmen de la teoría desarrollada después por Rousseau; era esto alcanzar á las aspiraciones del Siglo XVIII, corrompido y gastado, hácia la eterna primavera de la vida.»

Daniel Sterne eclesiástico, es otro de los ingenios á quien se debe citar, que produjo la Inglaterra en el siglo, que nos ocupamos.

La obra de *Tistam Shand* es una colección de anécdotas, de diálogos, de relaciones interesantes, en que concentra el autor, todos sus pensamientos, sus impresiones y recuerdos, y estándolo escritos con ingenio, cultura á veces y otras con rudeza y grosería, pero de todas maneras, vemos un ingenio espiritual é ingenioso, como en el viaje *Viaje sentimental* en que se notan las impresiones más puras de una alma sensible.

Nadie há sobrepasado á Sterne, dice un autor, en la pintura de las emociones delicadas; y á

pesar de la ejecución ordinaria de su lenguaje, halla palabras las más adecuadas y más penetrantes para interesar al corazón. Se puede censurar con frecuencia, el cinismo diremos así, de Stérne, pero es imposible que deje de interesar al lector. Stérne ha ejercido sobre la literatura francesa, una influencia incontestable aun que no rápida; su Siglo XVIII, tan avanzado en ideas y cosas, respetaba muy profundamente las formas del lenguaje y el desarrollo metódico del pensamiento. En nuestros días, ocurre, que para despertar la curiosidad fatigada, se recurre á los mismos artificios que el pastor de almas inglésas. Se le ha tomado su marcha caprichosa, sus largas digresiones, el abandono pretencioso y descuidado de sus conversaciones.»

Enrique Fulding, es otro de los escritores notables como novelista. Autor de varias obras; se cita como una de sus mejores *Tom Jones*. Fulding era defamilia noble y estaba emparentado por consaguinidad con los emperadores de Alemania. Sin embargo, su estado fué siempre precario y casi alcanzaba á la miseria. Se propuso llevar una vida de disipación valiéndose de su ingénio. Al efecto, escribió para el teatro y para toda clase de espectáculos, con un frenesí sin igual, y en ese torbellino de escritos dramáticos, ya serios ó jocosos en que consistían sus obras; dos ó tres vez han podido librarse del olvido y dar lustre á su nombre.

Entre ellas, su comedia el *Avaro*, que no tiene nada de Molière ni de Plauto. Personifica el avaro, como un tipo que amante de lo bueno y luchando con la pasión del dinero, las pone en contraste lo que excita la curiosidad y da los resultados más inesperados. A medida que la acción del drama se precipita, la fantasía del escritor se excita; los rasgos abundan, los episodios nacen y crecen con un crescendo de chistes y de espíritu, que al lector sorprende.

Dejarémos á otros escritores, de igual talla á estos, para ocuparnos de uno de los más renombrados poetas de Inglaterra, de la época de que tratamos; del insigne Pópe.

Este poeta, que ocupa uno de los primeros puestos entre los más señalados génios de aquel país, se hizo notable desde muy temprano, por su talento, pues ya á la edad de doce años, había compuesto una *Oda sobre la Soledad*, que tiene verdadero mérito. Estuvo en contacto con los principales escritores de su tiempo, pero parece haberse inspirado en las composiciones de Drydén, pues admirador de éste, obtenía de algunas relaciones, el que lo condujesen á donde solía Drydén asistir para verlo y escucharlo.

Alejandro Pópe, nació en Lóndres en 1688. Parece que era contrahecho de naturaleza y muy delicado de salud. Sus obras principales son: *Ensayo sobre la crítica; El rizo de los cabellos*,

*El bosque de Windsor; Carta de Eloisa á Abelardo*; una traducción en verso de la *Iliada*, en que se hace notable por la dulzura de su verso; y su poema titulado *El ensayo sobre el hombre*, que puede reputarse como su mejor trabajo y que es considerado como una obra maestra de poesía y filosofía. Ninguno le ha igualado ni superado en la elegancia y en la fineza de su estilo, con que se distinguen todas sus composiciones. Tomaremos de algunos escritores lo que se refiere á este insigne poeta. Dice Demagéot: algunos meses ántes de la muerte de Drydén acaecida en Mayo de 1701, un niño de doce años, entusiasmado por la belleza de los versos de aquel poeta, obtuvo de algunos amigos de su familia, el favor de ser llevado al café de Wall, á donde Drydén iba siempre, á fin de poder verlo y admirarlo en medio de la sociedad literaria que parecía presidir.

Este niño precoz, era Alejandro Pópe, que debía continuar y perfeccionar el arte de Drydén. Ya en esa época era poeta, pues había escrito una *Oda á la Soledad*. A los catorce años tradujo el primer libro de la *Tebaida*; puso como Drydén su modelo en inglés moderno, algunos trozos de Chaucer, compuso á imitación de Denham y de Waller, una parte de su poema *El Bosque de Windsor*; escribió una comedia, una tragedia, un poema épico, que después más tarde hechó á las llamas; en fin á los diez y

seis años, entró decididamente en la carrera de hombre de letras, entreteniendo á los poetas y á los críticos de aquel tiempo con sus *Pastorales* que fueron impresas cinco años después. Un poeta de segundo orden, á quien le había leído esta obra, contribuyó á fijar su vocación: Valsh le mostró que quedaba una superioridad que adquirir en la poesía inglesa, aquella de la corrección desatendida por sus predecesores. El joven Pópe, siguió este consejo, y llevó esa dirección á donde lo arrastraban ya su carácter y su temperamento. Pequeño, contrahecho, enfermo, siempre sufriendo durante los cincuenta y seis años de su vida, buscó y supo encontrar un consuelo en los placeres de las letras y en la conversación. Para él, vivir, fué trabajar y escribir, gozar en los salones los triunfos de su amor propio. A los veinte años, publicó el *Ensayo sobre la crítica*, obra inferior como conjunto al *Arte poético de Boileau*, pero sorprendente por su espíritu, su vivacidad y concisión.

En esta obra, no se halla ninguna señal de inesperienza de la juventud: Pópe ya en ella muestra lo que había de ser. Su talento, no tuvo juventud: las mismas preocupaciones literarias le inspiraron otros escritos satíricos, que obtuvieron ménos éxito, eran como la *Dunciada*, imitación del *Mac Flenoc* de Drydén; sus *Sátiras*, en parte originales y en parte imitadas de Harnile, de Donne y de Rochéster. Todas estas

composiciones en donde sé vé la influencia de Swift, que herian á sus rivales y castigaba la malignidad pública, le proporcionaron lectores y enemigos que asentaron su celebridad literaria.

Pópe, conquistó los aplausos de las gentes de mundo y sobre todo de las damas por su obra, titulada: *El rizo de los cabellos arrebatado*, elegante juguete, en donde se coloca á la altura de Boileau y de Sterne.

Pero no creemos que los aventaje. El plan, la ilusión y sobre todo los caracteres del poema francés, nos parecen superiores; pero el estilo es más brillante, coquetó y galante conforme al objeto en la composición de Pópe.

Pópe con su prodigioso espíritu y la brillante facilidad de su versificación, es la más feliz expresión de esa escuela espiritual é imitadora que llaman continental. Es el reflejo del reinado de Luis XIV, en una inteligencia más elegante que original; es Boiléau con más facilidad. Pero hay una parte de sus obras en que Pópe se aparta de aquel, para parecerse á Voltaire; así es como aparece más elevado su génio. Siendo niño había leído, *El ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke; hombre ya, su renombre literario, le hizo entrar en amistad con Bolingbroke, cuyas relaciones con Voltaire conocemos.

Sin adivinar todas las tendencias anticristianas de aquel hombre de estado, á Pópe le sor-

prendieron la grandeza de algunos de sus principios, admirando aquella imaginación brillante y ambiciosa, en la doble carrera de la ciencia y del poder: lo vió con noble ambición, lanzarse como dice Chésterfield, *extraflammancia mœnia mundi*, y recorrer las regiones de la metafísica.

Fué por su inspiración que Pópe, escribió sus epístolas morales, á la cabeza de los cuales, es preciso colocar *El ensayo sobre el hombre*. En contacto de estos nobles sujetos, la musa ingeniosa del poeta, se engrandece repentinamente: pasa, como lo dice él mismo, de los sonidos á las cosas, de la fantasía al corazón.

That urged by thee, v turn'd the dunefut art  
Frum sounds to things, from fancy to the heart.

Su estilo mismo, revela otro carácter; su frase generalmente clara, viva, chispeante, apriada en pequeño disco, cuyo fin parece al último verso de un epígrama, y que hace salir una chispa del choque de cada rima, toma entonces de tiempo en tiempo, amplitud, facilidad y alocanza á la feliz armonía del período.

Mr. Agustín Filon, al referirse á esta obra dice: en el *Ensayo sobre el hombre*, Pópe sostiene que de las tres virtudes teologales, no entrañan más que una, que es la caridad: las demás las deja porque nos sirven sinó para confundir á los hombres. El secreto de la tolerancia de Pópe, está según creemos en su in-

diferencia. Seguramente no se habría inquietado en la más mínimo de tener una filosofía, si las conversaciones con el ardiente Bolingbroke, no se la hubiera dado ya hecha, y que Pópe tradujo en verso, sin haberla comprendido completamente. Este trabajo se compone de cuatro epístolas reunidas bajo el título de *Ensayo sobre el hombre*.

La primera epístola trata del hombre en relaciones con Dios, y con la naturaleza; es la más bella parte de su obra; en donde es más elevado y se sostiene mejor su poema. La segunda trata del hombre interior; analiza las pasiones y los fundamentos de la moral; es esta parte la más débil, pues se conoce en ella, que la psicología experimental no había aun nacido en Inglaterra. La tercera, estudia el hombre en sus relaciones con la sociedad, y la cuarta lo encara bajo el punto de vista de la felicidad. Estas dos últimas partes, abundan en rasgos felices, pero también sin vivacidad, sea que Pópe se hubiese apresurado, sea que la inspiración le faltase. En esta parte, el tono decae y deja aparecer las malignidades familiares que podrían haber sido relegadas en las sátiras.

En general el encadenamiento de las ideas no es tan riguroso como el autor lo cree; pero cada pensamiento tomado separadamente, es lucido y preciso. Una breve cita, sacada de la primera epístola dará una idea exacta de la doctrina y del estilo:

«Es Dios — dice — que se ilumina con el sol, refresca con la brisa, brilla en las estrellas y florece en los árboles, vive con toda vida y se extiende por todas partes, se espansa sin dividirse, respira en nuestra alma, anima nuestro cuerpo perecedero, tan entero, tan perfecto en el miserable que se desespera, como en el serafín que en éxtasis se consume de amor. Para él no hay ni alto ni bajo, ni grande ni pequeño; él llena, abarca, reúne y nivela todas las cosas, sacando como consecuencia de esto que todo es perfecto, porque todo es Dios. Y refiriéndose al hombre, Pope dice: «Todo lo que tú llamas azar es la obra de una inteligencia invisible; toda discordancia es una armonía incomprensible, todo mal parcial es un bien general, y en despecho del orgullo y en contra de una razón estraviada no hay más que una verdad segura; todo lo que existe es bueno.»

Hemos creído oportuno transcribir estos párrafos de dos escritores de nombradía al referirnos á Pope, ocupándonos de sus trabajos, con alguna detención, pues como poeta y escritor tiene uno de los primeros puestos en la literatura inglesa.

Indudablemente, considerándole como autor de las diversas obras anteriormente citadas, se encuentra al nivel de esa pleyada de grandes génius, que se han inmortalizado y que aparecen como astros de primera magnitud en las letras.

Ahora, reasumiendo, diremos que como escri-

tor viril y elegante, pocos lo han igualado y que es uno de los que más honran al siglo XVIII, habiendo alcanzado más que ningun otro poeta, al precepto de Horacio, *curiosa felicitas*, en todas ó en la mayor parte de sus obras.

Se critica de que Pópe, haya imitado en gran parte á los autores franceses, y que sus *Pastorales*, son como imitaciones, serviles de Virgilio, y en sus sátiras lo hace con Horacio y Boileau, de quienes copia casi íntegramente sus mismos conceptos; pero aunque en gran parte hay razón para esta acusación, su verso elegante, la novedad de la forma, y su estilo correcto, le hacen perdonar esos secuestros literarios, porque aún que sea pobre en invención, es muy elegante y de pensamientos sumamente delicados, y de una correccion extraordinaria, cosas que le habian faltado á Shakspeare y á Voltaire.

Pópe formó escuela, pero sus discípulos no pudieron llegar ni en mucho ni en poco, á donde el habia alcanzado. Todos quisieron continuar la senda que habia abierto á la literatura, y se cuentan como setenta y tantos poetas, que solo de nombre pueden citarse, dos ó tres, pues de los demás nadie se acuerda y están considerados en la categoría de poetastros.

Esa escuela ha sido dividida en dos categorías, llamados los odiosos y los grotescos, siendo un tal Dénis, la personificación más encarnada

de los primeros, y Blanckmore médico, que, según parece, escribía en su carruaje sus composiciones, mientras iba visitar á sus enfermos: el tipo mas acabado de los segundos.

Citaremos el juicio de Johnson sobre éste, dice: «las caidas literarias de este poeta, le hicieron mucho daño al médico: la clientela disminuyó. Entonces aprovechó de sus holganzas para componer tratados sobre la vacuna, el esplin, la gota, la ictericia, la fiebre y la peste. El desgraciado habia escrito tambien una historia de la revolucion de 1695 contra el rey Guillermo de gloriosa memoria. Se ocupaba de teologia tambien, y como testimonio hay está, los *Ariens modernes démasqués*; y de retórica, existe su *Predicador modelo*».

Sin embargo de esta pléyade de mediocridades que se habian propuesto imitar al célebre Pope, en su camino de correccion y elegancia, y que habian solo conseguido hacer una literatura monótona y sin variedad, la reaccion tenia que venir; y, desechando todas esas producciones pueriles, hacer una verdadera revolucion, y esos poetas fueron Joung y Thomson.

Eduardo Joung que sobresale como uno de los mejores poetas de aquel tiempo, nació en 1765. Dedicóse á la carrera religiosa, y recibíendose de sacerdote, fué empleado en palacio como capellan del rey Jorge II. Pero, habiendo perdido á varias personas de su familia, quedó solo, y se

constituyó en un absoluto retiro. En él, se entregó al estudio, y escribió las composiciones que en un tono lúgubre son conocidas por *Las Noches*, que son una especie de meditaciones melancólicas, con las que ha inmortalizado su nombre.

En ellas se hallan narradas magistralmente impresiones dolorosas de una alma desesperanzada: la fragilidad de la existencia, su miseria, las esperanzas y el terror de la eternidad, las dolorosas separaciones que la muerte hace entre las personas queridas; todos estos temas y otros por el estilo, de que su alma estaba poseida, á causa de las terribles pruebas por que habia pasado, forman la materia de aquel libro que ha conseguido una justa celebridad.

Los ingleses acostumbrados á oír la voz severa de sus predicadores, no pudieron dejar de acoger con aplauso aquel libro, en que existe una magnificencia de estilo magistral, unas ideas tan elevadas expresadas en un lenguaje tan dulce y bello, que poco puede igualarse.

La sensibilidad exquisita de sus pensamientos, lo hacen apreciar por todas las personas que lo leen; teniendo *Las Noches*, el raro mérito de despertar en el corazón el sentimiento de la poesía y de las cosas terrenales.

Así es que, el entusiasmo que despertó, fué indescriptible, y además del mérito real que contiene, debe tenerse en cuenta que Joung expresa en sus *Noches* las emociones de su alma.

Escribió otras poesias en el mismo estilo, las cuales, aunque no tienen el mismo mérito, sin embargo están bien inspiradas, y revelan al mismo autor. Jaime Jhonson, es otro de los poetas que honra á las letras con su famoso poema intitulado *Las Estaciones*, que es notable por la variedad y riqueza de imágenes, por la novedad de sus descripciones, y por la fluidez de su verso y el sentimiento con que expresa sus ideas.

*Las Estaciones* tienen todo el encanto de la naturaleza, la frescura de la vida vegetal, y la animacion y colorido del paisaje, que hace grata su lectura. Jhonson, dice un autor, abre su carrera tan frecuente y enojosamente recorrida despues de la poesia descriptiva, siendo el precursor de Delille y de su interminable escuela. Pero en vez de perderse, como sus imitadores, en las minuciosidades del paisaje, expresa la emocion profunda que el conjunto del cuadro produce en su alma. Los colores que emplea tienen toda la frescura de la vida: es la naturaleza en si misma que evoca, y ella no tiene nada de muerta ni de inerte. Sentimos con ella todos sus fenómenos, una grande alma simpática á la nuestra que nos habla un sublime lenguaje, con sus sombrías brumas, sus dulces primaveras, tan llenas de esperanza, sus enérgicos veranos, sus melancólicos otoños. El poeta mezcla su corazon en su obra, escribe como siente y humaniza lo que describe.

Y no es que su poesia sea irreprochable. El mis-

mo candor de carácter, el mismo calor de su alma que vivifica sus descripciones, lo arrastra á numerosos defectos, afectado por descuido, por exceso de candor. Acepta una expresion nacida, una imágen vulgar, para evitarse el trabajo de crear una nueva, y por que la crée tan buena como la que podria inventar. El arte es tan natural en esa obra, que cualquier defecto que puede tener, es oscurecido por las bellezas descriptivas que contiene.

Despues de estos escritores que ocupan tan gran rango en la literatura inglesa, en la época de que nos ocupamos, pocos son los que con justicia puedan citarse; y de estos solamente Gray y Aaron Hill pueden figurar, dejando aparte á Cowper, Roberto Burns, y los que con el nombre de *lakistas*, honran las letras con sus nombres, y entre ellos se destacan en primera línea: Coledrige Wordsworth y Tomás Moóre, poetas nacidos en Escocia, y Walter Scott, cuyas obras han causado la admiracion general, no solo en Inglaterra sinó en la Europa entera, y á quienes consagramos un capítulo aparte.

Gray, autor de *La Elegia en un cementerio*, no carece de ingenio y aun de elegancia y vigor en el verso, y particularmente en esta obra, revela condiciones aventajadas de ser un verdadero poeta, aunque adolesca del defecto de sujetarse á el espíritu de imitacion en muchas partes, que deslucen su obra.

---

Pero aun así mismo, hay en esa *Elegía*, pensamientos nobles y oportunos, elevadas imágenes y descripciones felices, que hacen agradable la lectura de esa composición, conservando aun en nuestro tiempo un mérito verdadero.

Aaron Hill, es famoso también por su traducción, en verso inglés, de la tragedia *Zaira* de Voltaire; y que fué acogida con entusiasmo por las personas de letras de Inglaterra, revolucionando con esa pieza el gusto dramático, y ajustándose á la observancia de las unidades, tan descuidadas ú olvidadas completamente por los que habían escrito para el teatro. Después de representarse esta traducción, sugetáronse los ingleses á las reglas del arte dramático, en que tanto se distinguieron los poetas de Francia en el siglo de Luis XIV.

---

### III

Despues de habernos entretenido dando cuenta del desarrollo intelectual á que habia llegado la Francia y la Inglaterra, aunque con menos extension de lo que hubiera sido preciso, tratándose de tantos hombres ilustres, que han honrado á las letras, pasarémos á ocuparnos del estado literario de la península española en el siglo XVIII.

España, que habia alcanzado en el anterior siglo á un adelanto relativamente superior en su literatura á los demás estados, habiendo servido sus obras y composiciones de tela para que se inspirasen en ellas, génios como Molière y Corneille, logrando á veces sobrepasar á sus modelos no alcanzados por otros; España que tuvo un Lope de Vega, denominado el fénix de los ingénios, dotado sin duda de númen extraordinario, y que aun hoy mismo es el asombro de todos los que han admirado la fecundidad

prodigiosa de sus inspiraciones; que tuvo un Calderon de La Barca, un Tirso de Molina, un Moreto y á tantos otros grandes poetas, en el siglo XVIII, habia llegado á un estado de completa inercia intelectual y á una situacion lastimosa de decadencia, que contrasta con la profusion de ingénios que habia tenido, y con la aridez y escasez de escritores de mérito, en el siglo de que nos ocupamos.

España no habia seguido el movimiento intelectual que habian iniciado la Francia y la Inglaterra en ese tiempo, y, triste es confesarlo, parecia aun más haberse divorciado completamente de todos aquellos adelantos que distinguen aquel siglo, viviendo alejada, y aun olvidada de la gran revolucion filosófica, política y literaria que se operaba en los otros estados.

Verdaderamente, no es posible atribuir á falta de ingenios, en un país que los habia producido con tanta fecundidad, aquella deplorable situacion á que habia llegado la España, sinó á otras causas que trataremos de demostrar.

El culteranismo, que se habia introducido en la literatura española, con los Gongora, Quevedo y otros, habia hecho escuela; y aunque atribuyan esta perniciosa influencia á origen italiano, en lo que hay gran fundamento, sin embargo de que los italianos lo dan como de origen español, fué sin duda, sin mezclarnos en su verdadera procedencia, causa muy principal de aquella decadente

situacion, pues, torcido el camino por donde se llega al arte imitando á la naturaleza, todo lo que salga de él, no puede producir sinó monstruosidades y verdaderos abortos literarios.

A los comienzos del siglo XVII, España resplandecía por su poderoso influencia política sobre los demás estados; extendidos sus límites y dueña de numerosas provincias, tantas como decia Carlos V, Rey de España y Emperador de Alemania: « que en sus Estados nunca se ponía el sol », habia abandonado, con la abundancia, la fertilidad de su suelo y las riquezas, toda clase de trabajo y de industria, y sus hijos se habian acostumbrado á la vida muelle y fácil; y de aquí la causa porque los ingenios españoles se ocuparan en escribir sobre cosas frívolas y en sutilizar ideas en gran parte ociosas, sinó inadecuadas, y á exagerar todo, dominando el mal gusto en casi todas sus obras literarias.

Se ha dicho que ese mal gusto literario es debido á la invasion Arabe en España; pero anterior á ella, en la dominacion Romana, se notan los mismos errores y gravísimas faltas en los escritores de la península, como con Séneca, Lucano y Marcial; y así es que el cargo es sin fundamento, y aun contraproducente. Sabemos tambien que los españoles nunca se unieron con los Arabes, y que vivieron en continua lucha mientras dominaron, lucha que se prolongó muchos siglos, hasta que al fin fueron expulsados de España; y

mal podrian haber influenciado su literatura, en lo malo que en ella se nota, cuando ni en sus costumbres, ni en sus leyes, ni en su religion pudieron ejercer influencia alguna.

El mal gusto literario, proviene pues, en gran parte de lo que hemos expuesto, como tambien á la falta de libertad, mas que todo, para desarrollar las ideas, con el poder despótico establecido por los reyes de la casa de Austria, que destruyeron los derechos de los pueblos y mataron sus libertades en los campos de Villalar, con la muerte de Padilla, Bravo y Maldonado, y con la intronizacion de la inquisicion, que fué el último golpe asestado contra el entendimiento humano.

Alcalá Galiano, en su *Historia de la literatura*, dice: que la inquisicion cuando quemaba en nombre del cielo á los herejes, cuando hacia más daño era cuando tenia sujetos los pensamientos de los españoles; de suerte que el entendimiento humano en España á mediados del siglo XVII, estaba todo bajo un mismo nivel, como una llanura, y sabido es como en lo físico las llanuras nada agradable presentan, asi en las letras nada sobresale, triste condicion es la de esos pueblos.

Su inquisicion y el despotismo, agrega, habian enseñado á los españoles á no pensar más que de un modo; de ahí se siguió que apenas habian carreras en que los hombres esperasen adelantos, sinó pocas y reducidas. ¿Qué habia de suceder

á una nacion de imaginacion tan viva? Lo que sucedió verdaderamente.

No teniendo disputas religiosas, no teniendo disputas morales, no teniendo disputas políticas, no gozando de libertad el pensamiento, y no pudiendo por otra parte estar completamente ocioso, se dió á sutilizar las ideas comunes, y de ahí nació el culteranismo.

Estaban los españoles muy llenos de su grandeza, de sus reyes y de su patria, grandeza que tenía poca base; pues si bien el poder de España abarcaba todos los ambientes del mundo, no habia bastante fuerza en la madre pátria que podia considerarse como cabeza de este cuerpo numeroso; era una cabeza desproporcionada al cuerpo que habia de dominar. Las ideas de grandeza hinchaban, inflaban los pensamientos, y con razon decimos inflaban, porque los pensamientos de aquel tiempo deben caracterizarse de inflados. Este fué el modo como la literatura española, sin poder tomar ideas nuevas, fué perdiéndose, porque cada escritor, ó imitaba exactamente á los escritores anteriores, ó tenía que adelgazar el ingenio para sutilizar los pensamientos. Vino así á esterilizarse de tal modo el campo de la literatura, que casi ninguna cosa se escribía; y lo poco que se escribía, adolecía de los vicios á que hemos aludido.

Hemos transcripto los juiciosos conceptos de Alcalá Galiano, porque, como español, no puede

ser mejor juez en el concepto de la literatura de su patria.

Indudablemente, causa ha sido, y muy poderosa el despotismo civil, político y religioso que España ha soportado por tan largo tiempo, para que no se desarrollasen, como en otros, estados ingénios de primer orden; y no siguiera alternativamente los progresos y desarrollo del pensamiento humano que la Francia y la Inglaterra habian tan resueltamente conquistado en el siglo XVIII.

Sin embargo de que la España habia producido, como hemos dicho antes, ingenios superiores, y parecia destinada á seguir el desarrollo iniciado; con todo estancóse, esterilizándose sus obras de imaginacion, y no produjo más que escritores adocenados, salvo algunas muy raras acepciones, en que el mal gusto y defectos son tan enormes que da verdaderamente pena. Aun asi mismo, en la época llamada del siglo de oro de la literatura española, se nota en los mejores autores, defectos verdaderamente lamentables, y en obras de mérito real, un pésimo gusto, que no se pueden explicar satisfactoriamente. Algunos autores lo atribuyen al clima ardiente que exalta la imaginacion y que debe poderosamente influir en las ideas y en el caracter de las personas, ó bien á otras causas que se han tratado de investigar, para explicarse ese mal gusto literario, que parece

innato en la literatura española, y que, aun los primeros poetas y escritores, no han podido librarse.

El tono enfático de sus obras, el estilo demasiado conceptuoso, hacen insoportable la lectura de la mayor parte de los autores españoles, sinó todos, en su mayor número: y aunque prevalezcan por la fecundidad y vigor de imaginacion, algunas de sus obras, siempre se encuentra el rastro de esos defectos que afean y deslucen sus escritos.

Como una excepcion podemos nombrar á Cervantes, cuyas obras, apesar de lo que la critica ha podido hallar censurable, son las que mas honran no solo á la España, sinó al entendimiento humano; pues son un verdadero monumento de composicion, de exposicion y de estilo, además de sus demás méritos.

Pero ¿cuán distantes no están los demás autores en casi su totalidad á Cervantes?

Nótase en todos ellos la hinchazon de estilo y el empleo de figuras demasiado rebuscadas; una tendencia que parece irresistible para ehar mano de argumentos imposibles, que contrastan con la verdad y que no se ajustan á la naturaleza en nada; y que, en el período á que vamos á entrar se hacen más notables, período de progreso y de verdadero desarrollo intelectual en otros estados y de la mayor decadencia para España.

Con los primeros monarcas de la casa de Aus-

tria que gobernaron la España, con una llamada de esplendor que iluminó el campo de las letras, y que despues se disipó y se trocó en verdadera esterilidad, perdiendo todo desarrollo intelectual con sus sucesores hasta el desdichado Carlos II, que se creia hechizado, atacado de verdadera monomania, manejado por ministros imbéciles y frailes vulgares: el espíritu del pueblo, tenía irresistiblemente que resentirse de aquellos malos gobiernos. De ahí la decadencia de los ánimos, que abatidos con la cadena no interrumpida de desaciertos, en que á cada paso se extraviaban sus monarcas, debian sentirse desalentados y aun humillados á sus propios ojos.

Grande es la influencia que ejerce, en el espíritu literario de un pueblo, la marcha de sus gobernantes; y cuando estos están dominados por hombres vulgares, como acontecia con el desdichado Carlos II, la decadencia es completa.

Aquel rey dice, el mismo Alcalá Galiano, (insistimos en citar su opinion, por lo mismo que es español), era la expresion de España en aquel estado de abatimiento, cuando el desdichado hizo aquel testamento, por el cual traspasaba la nacion á un príncipe extranjero, consultando para ello al papa y á otras potencias, pero sin consultar para nada á la nacion española, trayendo á reinar á Felipe V.

En los comentarios del marqués de San Felipe se lee el júbilo con que fué recibido el rey.

Acostumbrada la nacion á un monarca enfermo, de gesto desapacible, recibió con alegría á un monarca jóven cuya cara anunciaba lozanía. Era, segun parece, Felipe V de complexion robusta, color florido, cara verdaderamente francesa; y ya la casa de Austria, aunque conservaba el color rubio aleman, habia tomado una tinta enteramente española. Desgracia fué sin embargo para España, que al enfermo Cárlos II hubiera de sucederle un monarca igualmente enfermo; pues Felipe V estaba acometido de una verdadera hipocondria que ejerció tanto influjo en los actos de la vida.

Duro es tener que consignar, que aquella situacion que se prolongó por cerca de un siglo, en que nada sobresale, nada se produce, y que parece que la muerte hubiera envuelto en su sudario á aquel pueblo, tanto que Alberoni dijo con razon: la España es un cadáver que habia animado, pero que á su partida se habia vuelto á sepultar en su tumba.

La larga guerra de sucesion que no dió gloria, ni produjo ningun entusiasmo á España; pues si los catalanes y aragoneses defendian los derechos del Austria, y los castellanos los de los Borbones, no trajo sinó muchos males; pues, como guerra, fué una de las más funestas que España ha tenido.

Concluida aquella funesta lucha, Felipe V

trató de patrocinar las letras, queriendo hacer algo parecido á lo que habia visto en la suntuosa córte de su abuelo Luis XIV.

Aunque no era un hombre como aquel, dotado de las cualidades que le reconoce la historia, y habiéndose visto rodeado de los grandes escritores que lucieron en su reinado, Felipe V, con la cooperacion del marqués de Villena, miembro de la Academia de ciencias de Paris, fundó la *Academia de la lengua* en 1714, organizando la Academia bajo los estatutos de Francia, con encargo de formar un diccionario, una gramática y un arte poético; y concedió honores, primacias á sus miembros, y estableció premios á las mejores composiciones, en verso y prosa, que se hiciesen. Fundó más tarde la *Academia de la historia*, la de *Bellas Artes* y otra sociedad privada, que se reunia en casa de la condesa de Lemos, y que se titulaba *Academia del buen gusto*.

No fué por falta de iniciativa, ni por falta de cooperacion por parte de aquel monarca, que la literatura española no pudiese salir de la inercia en que yacia, y del estupor prolongado en que los ingénios habian caido.

El patrocinio del rey, que se manifestó con la creacion de las academias, abrió un nuevo siglo; porque, puede decirse que, el siglo XVIII de España no empezó hasta algunos años despues de terminada la guerra de sucesion. Entonces comenzó el renacimiento de la literatura española, pero no

la original, ni la que habia servido de modelo á los extrangeros, sinó, imitacion del espíritu francés, dominados por la influencia de su monarca.

Dos escuelas antagónicas sin embargo se establecieron: los que seguian al pié de la letra los preceptos de Boileau y la imitacion de la literatura francesa, los que fueron conocidos por afrancesados, y los que siguieron á Gongora, á Quevedo y á otros de tan errada escuela.

Así es como, dice Mr. Boret en su excelente obra sobre la literatura española, el gusto severo de las obras maestras francesas, revela toda la extension del mal producido por las doctrinas del culteranismo. Asi fué que la revolucion literaria acompañó de cerca á la revolucion política. Los ejemplos de Racine, los preceptos de Boileau predominaron sobre los ejemplos de Gongora, y sobre las teorías de Baltasar Gracian y los escritores se hicieron en su mayor parte afrancesados.

Vamos, pues, á ocuparnos de los que pueden ser citados como ejemplo de estos, y de los que figuran en aquel período, habiendo cultivado con más ó ménos éxito las bellas letras.

Entre ellos, empezaremos por citar á Ignacio Luzan, hijo de una noble familia de Aragon; se habia educado en Italia, donde tuvo relacion con Maffei y Metastasio. Fué despues secretario de embajada en Paris con el duque de Huesca.

El primer síntoma de su influencia literaria

que habia ejercido en su ánimo su permanencia en Italia y Francia, y la revolucion que debia operarse en su patria, con la literatura francesa, que se trataba de implantar en España, fué su obra titulada *La Poética*; que, á imitacion de la de Aristóteles y la de Boileau, fué el código literario que debian consultar los que se dedicasen al cultivo de las letras. Profundamente versado, dice Boret en la obra citada, en las literaturas antiguas y extrangeras, esclarecido por la conversacion de los espíritus más distinguidos de Francia y de Italia, bien colocado para conocer los defectos del gusto nacional, Luzan, sacó de fuentes extrangeras los principios de su *Poética*, obra sobresaliente por el génio y el gusto, pero que tiene el defecto de rebajar demasiado á algunos de los antiguos poetas nacionales, y entre ellos á Lope de Vega. Fueron reducidos entonces al silencio los miserables rimadores, que se entretenian en las extravagancias del culteranismo. Muy luego ya no se habló más del capitán de guardia Gerardo Lobo, de la abadesa de Méjico, del cura Pruime, sinó de Moratin, Cadalso y otros, que escribieron en conformidad con las doctrinas de Luzan. Este quizo unir el ejemplo al precepto, y compuso una oda sobre el ataque infructuoso de los Moros contra Oran; pero, éste trabajo que tenía pretensiones de lírico, se asemeja mucho á la oda sobre la toma de *Namur*, y prueba, que si el buen sentido es bastante para hacer una crítica,

es solo la naturaleza la que hace á los poetas.

Se puede fácilmente comprender, lo que podría ser la poesía española, con ese ensayo de renovación: tenía que luchar con las formas correctas; el clasicismo contra la índole, diremos así, de una literatura acomodaticia que se había arraigado en el espíritu del pueblo mismo y de sus mejores ingénios; así es que, el mismo Alcalá Galiano refiriéndose á Luzan, dice, que hizo un servicio y un daño á la literatura española; y los que afirman lo primero, y que ha sido opinion que ha estado en boga durante largo tiempo, aciertan, por que, en verdad, él no distinguió nada bueno en España. El gusto de nuestros escritores, agrega, era pésimo, y Luzan no quiso acudir sinó á las fuentes en donde entonces se bebia; acudió pues á Francia, y restableció, hasta cierto punto, el gusto literario. El mismo hizo justicia á la poesía sabia del siglo XVII; olvidó empero, y esto no se supo entonces, que nuestra poesía tiene dos ramas: la poesía sabia y la poesía académica, que empezó, puede decirse, con Garsilaso, aunque ya se encuentra algo de ella en Juan de Mena, el Marqués de Santillana y otros autores mas antiguos, y que en parte venía de la poesía italiana; y la poesía popular, la poesía del *Cancionero*, la de los romances del Conde de Claros y de Dirlas, poesía que Melendez y otros han imitado. Así mismo no conocen nuestra literatura dramática nacida en España, y que era la verdadera her-

mana de nuestros romances, literatura, que los italianos no habían conocido en sus tragedias; porque, aunque la comedia italiana tiene mucho de la escuela de Plauto y de Terencio, composiciones de bastante mérito, pues en el primero reluce particularmente la fuerza cómica que el mismo Molière ha imitado muchas veces, algunas las ha igualado, y otras se ha quedado corto; y Terencio se recomienda por la intensidad de sus afectos, por la elegante sencillez de su lenguaje, y por ser el autor de quien se han tomado mas sentencias; apesar de esto, aun la comedia latina, y mas todavía la italiana, carecian de cierta fuerza, así es que, ni las comedias de Maquiavelo, ni las de Ariosto habian dado alma á la escena cómica. De las tragedias italianas antiguas, nada se diga, valiendo poco todas ellas, aun las de Torcuato Tasso. Entonces apareció en España, Lope de Vega, pero antes, los cómicos españoles habían dado muestras de ciertas dotes, que habian de dar lustre á su escena, y de los defectos que los deslustran.

Luzañ no conoció ésto, ni el mérito, ó por mejor decir, la índole de los romances, ni nuestro teatro; habló de la poesía española, como poesía buena, pero imitadora, la cual algunas veces imitando se remonta mucho, y entonces, es digna de admiracion; pero en donde no hay nada original, no puede menos que desmerecer al lado de su hermana mayor la hermosa poesía ita-

liana. Estos fueron los yerros de Luzan. Es verdad tambien, que siguiendo con demasiado rigor á Aristóteles y al clasicismo francés, pretendió hacer un marco dentro del cual se cupieran, por decirlo así, todas las obras del ingenio, que, siguiendo reglas demasiado severas, no conocia que los diferentes tiempos requieren diferentes especies de composiciones, que la diversidad de pueblos y de gobiernos, hace variar el juicio que se forma de los cantos, y el espíritu que á estos debe animar.

Don José Cadalso es otro de los aventajados poetas que puede figurar con alguna distincion en el parnaso español, en la época de que nos ocupamos.

Escritor alguno estaria en mejores condiciones que Cadalso, para continuar la obra de reforma literaria de Luzan. Habia hecho sus estudios en Paris, y poseía una vasta erudicion, conociendo y siéndole familiares una porcion de idiomas. Siguió la carrera de las armas, en que se distinguió por su valor. Muy instruido como era, pronto se dió á conocer en las letras, y se puso al mismo nivel entre los que mejor las cultivaban. Sus poesías líricas tienen verdadero mérito; sus *Noches Lúgubres* están escritas con verdadero sentimiento, y se hacen leer con agrado. Sus *Cartas Marruecas*, que son una sátira de las *Cartas Persianas* de Montesquieu, están escritas con bastante ingenio; solo que, al pretender levantar

el patriotismo español sobre la ligereza hiriente con que Montesquieu lo ataca, no llega á igualarse á su modelo, quedando muy inferior como escritor á éste.

Los *Eruditos á la Violeta* del mismo, están escritos con verdadero ascetismo, y con un modelo de crítica y de sal ática.

Lástima fué, para las letras y para su patria, que se malograra tan claro ingenio en el vigor de su edad. En el sitio de Gibraltar, un casco de granada le arrebató la vida, cuando contaba cuarenta y un años, defendiendo los derechos de su patria.

Resucitó además, dicen los críticos, la poesía anacreóntica, olvidada completamente desde el melodioso Villegas, y que no se había cultivado.

Para una muestra de la facilidad de versificación de Cadalso, daremos algunas de sus composiciones, en que se ve la fluidez y naturalidad de su imaginación:

#### LETRILLA

De esta manera ponderaba  
Un inocente pastor,  
A la ninfa á quien amaba,  
La eficacia de su amor.  
¿ Ves cuántas flores al prado  
La primavera prestó ?  
Pues mira, dueño adorado,  
Mas veces te quiero yo.

¿Ves cuánta arena dorada  
Tajo en sus aguas llevó?  
Pues mira, Filis amada,  
Mas veces te quiero yo.

¿Ves al salir de la aurora  
Cuánta avecilla cantó?  
Pues mira, hermosa pastora,  
Mas veces te quiero yo.

¿Ves la nieve derretida  
Cuánto arroyuelo formó?  
Pues mira, bien de mi vida,  
Mas veces te quiero yo.

¿Ves cuánta abeja industriosa  
De esa colmena salió?  
Pues mira, ingrata hermosa,  
Mas veces te quiero yo.

¿Ves cuántas gracias la mano  
De las deidades te dió?  
Pues mira, dueño tirano,  
Mas veces te quiero yo.

---

#### ANACREÓNTICA

¿Quién es aquel que baja  
Por aquella colina,  
La botella en la mano,  
En el rostro la risa;  
De pámpanos y hiedra  
La cabeza ceñida;  
Cercado de zagales,  
Rodeado de ninfas,  
Que al son de los panderos

Dan voces de alegría,  
Celebran sus hazañas,  
Aplauden su venida ?  
Sin duda será Baco,  
El padre de las viñas,  
Pues nó, que es el poeta  
Autor de esta letrilla.

## LETRILLA

De amores me muero  
Mi madre acudid,  
Si no llegais pronto  
Vereisme morir.

Catorce años tengo  
Ayer los cumpli,  
Que fué el primer día  
Del florido Abril.

Y chicos y chicas  
Me suelen decir;  
¿ Porqué no te casan  
Mariquillo dí ?

Y á fé, madre mia,  
Que allá en el jardin  
Estando á mis solas  
Espacio me ví.

En el espejito  
Que me dió en Madrid,  
Las ferias pasadas,  
Mi primito Luis.

Miréme y miréme  
Mil veces y mil,

Y dije mirando,  
¡ Hay pobre de mí !  
    ¿ Porqué se me malogra  
Mi dulce reir  
Y tierno mirar ?  
¡ Ay niña infeliz !  
    Y luego en mi pecho  
Una voz oí,  
Cual cosa de encanto  
Que empezó á decir:  
    ¿ La niña soltera  
De qué ha de servir ?  
La vieja casada  
Aun es mas feliz.  
    Si por ese mundo  
No quisieréis ir  
Buscándome un novio,  
Dejádmelo á mí.  
    Que yo hallaré tantos  
Que pueda elegir,  
Y de nuestra calle  
No he de salir.  
    Al lado vive uno  
Como un serafin,  
    Que la misma misa  
Que yo suelo oír;  
Si voy sola, llega  
Muy cerca de mí.  
    Y se pone lejos  
Si tambien venis:  
Me mira, le miro,  
Si me vió le ví,  
    Se pone mas rojo

Que el mismo carmin.  
¿Y esto le pasa  
Al pobre, decid:  
    ¿Qué quereis mi madre,  
Que me pase á mí?  
En frente vive otro  
Tan tierno y sutil,  
    Que suele de paso,  
Mirarme y sonreir,  
Y disimulado  
Se viene tras mí.  
    Y á ver á donde voy  
Me suele seguir;  
Otro hay que pasa,  
Con paso gentil,  
    La calle cien veces,  
Y aun que diga mil;  
Y á nuestro criado,  
Le suele decir:  
    Bonita es tu ama,  
¿Te habla de mí?»

Don Nicolás Fernandez de Moratin es otro de los mas célebres poetas que honran á España en el siglo XVIII.

Moratin nació en Madrid en 1738, en el mismo año en que Luzan daba á luz su *Poética*. Se educó en el Colegio de jesuitas de Calatayud, pasando despues á estudiar leyes á Valladolid. Obtuvo el empleo de guardajoyas de la reina Doña Isabel Farnesio, á quien acompañó en su retiro, volviendo á Madrid á la muerte de Fernando VI,

en que entró ésta como regenta del reino, hasta que su hijo Carlos III no llegara á España y ocupara el trono que tanto habia de honrar; pues fué uno de los pocos monarcas españoles que mas hicieron por el progreso moral y material de su patria; tanto, que la historia lo reconoce por justo, benéfico y prudente, y por el verdadero padre de su pueblo.

Don Antonio Ferrer del Rio, en su *Historia del reinado de éste Monarca*, y que se recomienda por su lectura, dice: intelectualmente ganaron los españoles sumas ventajas bajo el reinado de Carlos III, por fruto de las grandes mejoras hechas en la instruccion pública, de los nuevos establecimientos de enseñanza, y de los poderosísimos estímulos para el estudio y de sus multiplicadas publicaciones; así es que, el nuevo y verdadero desarrollo literario, fué debido á aquel reinado.

Moratin se entregó completamente al cultivo de las letras entonces, y sus obras revelan un verdadero escritor y poeta.

Dió á luz *La Petimetra*, comedia original, y *Lucrecia*, tragedia hecha con entera sugesion á las reglas del arte dramático; y que aunque no sobresalgan por sus bellezas literarias, se recomiendan por su regularidad, y se hacen dignas de lectura.

Publicó tres discursos que tituló, *Desengaños al Teatro Español*, en donde combate los defec-

tos del teatro antiguo y moderno de su patria, mostrando sus vicios y defectos, y particularmente los célebres autos de Calderon, cuya representacion, entonces, prohibió el gobierno. Moratin, dice Quintana, era un verdadero poeta cuyo elemento es el arte, y que al parecer no vive ni respira, sinó por él y para él. Y á la verdad, que si sus medios correspondieran á su anhelo y sus producciones á sus medios, él solo restableciera la poesia española, no solo en la pureza del gusto, sinó tambien en la gala y en la abundancia antigua. Porque en su noble ambicion nada dejó por intentar, y su alma ardiente y atrevida se ensayó en todos los géneros, dando en los mas de ellos muestras de ingenio y de suma destreza; y en algunos, altas y admirables pruebas de un talento muy superior. El epigrama, la sátira, la égloga, la lírica, en todos sus tonos, el poema didáctico, la comedia, la tragedia, se ensayó en el poema épico en todos sus ramas; y lo que es mas de admirar, no son los mas difíciles, en los que se señaló menos. La naturaleza lo habia dotado de una imaginacion mas grande y robusta que amena y delicada, y su ingenio se inclinaba mas á lo fuerte que á lo apacible. Asi es que, en su poema *La Casa*, y en muchas obras líricas, en algunos trozos de sus tragedias, y sobre todo, en su poema épico sobre la destruccion de los naves de Cortés; donde quiera que la materia cuadraba con el carácter de su espíritu,

mostraba fuego, fantasía, viveza, audacia y originalidad en el decir; y sacaba de la lira española tonos mucho mas altos y felices que los de más poetas de su época, y dignos de los mejores tiempos de la musa castellana. Es lástima, sin embargo, que se abandonase tan fácilmente á su buen deseo, que escribiese tan de prisa, y que confiado en sus felices disposiciones y en el conocimiento que tenía de las reglas del arte, creyese que esto bastaba para ejercitarse en géneros tan distintos entre sí, y algunos tan opuestos á la índole de su ingenio.

Faltóle un Aristarco que le supiese contener en los límites debidos, le manifestase con franqueza la senda por donde debía marchar, para adquirir la gloria á que aspiraba, y cuya severidad le hiciese trabajar mas su estilo y sus versos, y no ser tan desigual á sí mismo; porque, hasta sus mejores composiciones, en medio de llamadas admirables de ingenio y de entusiasmo, se resienten frecuentemente de incuria y desaliño. Fué gran perjuicio á su gloria, y tambien á las letras españolas, su temprana muerte, cuando su talento iba, sin menoscabo de su fuerza, ganando en correccion y riqueza.

El canto épico, escrito en sus últimos años, manifiesta cuales eran sus progresos, y de cuanto fuera capaz, á haber vivido mas tiempo. Adviertese, en aquella obra, el prolijo estudio que entonces hacía de nuestras tradiciones históricas,

delas genealogías, blasones y costumbres caballerescas de los tiempos antiguos, y el partido práctico que su imaginacion sabía sacar de estos objetos, para dar mas novedad y consistencia al fondo de sus versos, que no siempre se señalan por la profundidad del pensamiento, ni por la gravedad y fuerza de la sentencia. Tuvo además de éste motivo puramente literario, otro muy poderoso: en el ardiente amor á su país, que era la prenda moral mas sobresaliente en él. Todo lo que lo rodeaba era para él bello y poético, y tomaba en su imaginacion el aspecto mas agradable y majestuoso. Jamás se pintarán, con mas amor ni efusion, las circunstancias locales y las costumbres de un pueblo; y: Madrid, sus contornos, sus calles, sus teatros, su circo, sus mugeres, sus concursos y funciones, toman en la fantasía de Moratin, formas grandes, elegantes y poéticas, que se manifiestan frecuentemente con rasgos breves y expresivos, generalmente los mas felices de su estilo; y descubren que, aquel noble y bello sentimiento, era su númen que le inspiraba.

Insertarémos algunas de sus composiciones, para poder apreciar la excelencia de su fácil vena poética.

## ANACREÓNTICA

## EL ARROYO

Vagaba por los montes  
Un arroyuelo humilde,  
Jamás acostumbrado  
A salir de su linde.  
Vinieronle deseos  
De ver el mar horrible,  
Monado de las cosas  
Que de él la fama dice;  
Y con ocultos pasos  
Enfre espadaña y mimbres,  
Hizo que por el valle  
Sus aguas se deslicen.  
Ya que llegó á la orilla  
Que las ondas embisten,  
Los peligros le asustan,  
Sus golfos y las sirtes.  
Y cuando ver creía  
Palacios de cristales,  
Y en trono de corales  
Neptuno y Anfitrite;  
Halló las bramadoras  
Tempestades terribles,  
Cadáveres y tablas  
De naves infelices.  
Atrás volver al paso  
Quizo, pero le impiden  
Erizados peñascos,  
Montes inaccesibles;

Sin amparo en la tierra,  
El de los cielos pide:  
¿Hubo marinos dioses  
Que no invocarse humilde?  
Pero á sus ruegos sordos  
La súplica no admiten;  
Que haber suele ocasiones  
En que el llanto no sirve;  
Así sucede al hombre  
Que su quietud despide;  
Y á los vicios se entrega  
Que alhagúeños le brinden,  
Que al verse aprisionado  
Entre pasiones viles,  
Intenta salir, cuando  
Salir es imposible.

---

## SONETO

Un alto y generoso pensamiento,  
Inspiracion del cielo soberano,  
Me puso la aérea cítara en la mano  
Para cantar el dulce mal que siento.  
Y fué tan grato el sonoro acento,  
Que la ancha vega, el apacible llano,  
Y el cavernoso monte carpetano,  
Mostraron compasion de mi tormento.  
Turbóse el rio de cerúleo manto,  
Oculto entre los álamos sombríos,  
Al ver el cisne lamentarse tanto.  
Moviéronse los brutos mas impíos  
Y los ásperos troncos á mi llanto;  
Y no la que causó los males míos.

Insertarémos también algunos trozos de su mejor composición, sintiendo no darla extensa por ser demasiado larga.

## CANTO ÉPICO

---

### LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS

Canto el valor del capitán hispano  
 Que echó á fondo la armada y galeones,  
 Poniendo en trance, sin auxilio humano,  
 De vencer ó morir á sus legiones;  
 El que holló el ancho imperio mejicano,  
 Apesar de tan bárbaras naciones:  
 Empresa digna de su aliento solo,  
 Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

Y tu sacra Pieride, si alguna  
 Hay en el Parnaso por feliz destino,  
 Que á engrandecer la hispánica fortuna,  
 El hado dichosisimo previno:  
 Mi pecho enciende en llama cual ninguna  
 Vierte en mi labio cántico divino,  
 Que está esperando la impaciente España  
 Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Díctame Musa, como ya arrollado  
 El mejicano golfo, turbulento,  
 En mil combates vencedor del hado,  
 Coyunda impuso al bárbaro sangriento,  
 Y como á Vera Cruz el nombre ha dado,  
 Edificado en sólido cimiento;  
 Freno á las gentes fieras y remotas  
 Escala y puerto á las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un día  
Con pompa y gala, y en vistoso alarde,  
Asombra la feroz caballería;  
Tal es el fuego que en los brutos arde.  
La valerosa española infantería  
Aliento infunde al pecho más cobarde;  
Tocan clarines y las cajas suenan,  
Mares y playas y montañas truenan.

Muestrase altivo el ínclito guerrero  
Sandoval digo, en un caballo armado,  
Monte parece de bruñido acero,  
Apenas por su dueño sugetado:  
Ancho pavés sin cifra ni lebrero,  
Y el peñasco de Amaya relevado,  
Solar en su linaje; y por decoro  
La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo gaban de fino paño,  
Con gorbion de encarnado y amarillo,  
En un revuelto pisador castaño,  
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo;  
Y Dávila, soberbio en génio extraño,  
Fatiga los hijares de un tordillo,  
Llevando en el escudo sin cuarteles  
Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha la cadera,  
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,  
Muy briososa de juego y de carrera,  
Sin temor de arrecifes ni barrancos,  
De bordada melanía la pechera,  
Y bélicas cubiertas de las ancas,  
Rige una yegua Pedro de Alvarado,  
Que à tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,  
 Descubre el peto y espaldar bruñido,  
 Vuelan las plumas de color celeste,  
 Sobre el almete de oro guarnecido;  
 É indicando cuan poco le moleste,  
 Roto el arco y las flechas de Cupido,  
 Era su empresa: en potros jerezanos  
 Le siguen y respetan sus hermanos.

. . . . .

Cortés el gran Cortés... Divina Clio,  
 Tu alto influjo mi espíritu levante.  
 ¿Quién jamás tuvo objeto como el mio,  
 Ni tan glorioso capitán triunfante ?  
 ¡ Con qué aspecto real y señorío  
 Se le muestra á su ejército delante !  
 ¡ Oh, qué valor que ostenta, y qué nobleza !  
 ¡ Cuánta heroicidad y gentileza !

Ricas armas de esmero y maestría  
 Listadas, de oro centellantes,  
 Con pernos de preciosa pedrería,  
 Hebillas y chatones de diamantes,  
 Gorgal grabado, en cuyo canto había  
 De perlas y crisólitos punzantes,  
 Cegando como el sol, á quien parece  
 El arnés con que, armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada  
 Cual fúlgido cristal resplandeciente,  
 Con plumajes y airon empenachada,  
 Que el céfiro alhagaba mansamente;  
 El brazal y la esquinela burilada  
 Rayos sacan de luz como el oriente:

Juntas forman, guarnecidas de oro,  
Templadas piezas, al crugir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola,  
Favonio airosamente, y con lazadas  
De plata y seda atado en una sola,  
Que vuelve las vislumbres duplicadas,  
Roja banda afollada en la pistola  
Con muchos rapacejos y enredadas  
Puntas al cinturón, y allí pendiente  
De Toledo la espada resplandeciente.

La gruesa lanza estriada y revestida  
De barras de metal lleva en la cuja,  
Y un pendón ó bandera asida,  
Que bordó con primor sutil aguja;  
Y, al encuentro veloz arremetida,  
Hace el impulso que corriendo cruja  
Cuando, con duro y resonante callo,  
Embiste en su hermosísimo caballo.

. . . . .  
Cortés recorre así los escuadrones,  
Con vivos ojos, plácido semblante,  
Siendo, por ademán y por acciones,  
Á cosa mas que humana, semejante;  
Y afable dice: ¡Oh, fuertes campeones!  
¿Cuál órgano mortal será bastante  
Á cantar tanta hazaña celebrada,  
Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros,  
Habeis triunfado con asombro mío,  
No ignore España, ilustres compañeros,  
Cuanto la ensalza vuestro heróico brio;

¿Quiénes serán los audaces mensajeros,  
 Que, al mar salado por el norte frío,  
 Corten al sesgo con tajante quilla,  
 A llevar tales nuevas á Castilla ?

Y al rey D. Cárlos, al monarca hispano,  
 Refieran accion tan señalada,  
 Y como tiene ya, por vuestra mano,  
 Su España en tierra y nombre duplicada;  
 Decid primero, como el monstruo insano  
 De la envidia en Velasquez halló entrada,  
 Y estorbar quiso heróicos pensamientos,  
 Apesar de enemigos elementos.

Y que triunfando de él y de las olas,  
 Y vencedores del terrible infierno,  
 Vió Cozumel las naves españolas,  
 Y el simulacro con escarnio eterno;  
 Y, en el rio tambien de Banderolas,  
 A Grijalba siguiendo su gobierno,  
 Tomamos puerto, en la obstinada tierra  
 Que el paso defendió con cruda guerra.

¿ Y quién ha de callar la memorable  
 Batalla de Tabasco y gran conquista ?  
 ¿ El poder de los indios formidable ?  
 ¿ Su arrogancia increíble por no vista ?  
 ¿ Y cómo, al tren de gente innumerable,  
 A los campeones que la cruz alienta,  
 Humilló al fin la indómita cabeza  
 Y al bárbaro tezon de su bravura ?

. . . . .

Todo el resto de esta composicion, de largo aliento, está escrito con igual maestría, y es indudable que es su mejor obra.

Al frente de estos dos poetas y de otros, de quienes nos ocuparemos despues, se presentó en escena un adversario apasionado, don Vicente Garcia de la Huerta, poeta ruidoso, más que verdaderamente instruido, que combatió duramente la nueva escuela introducida por Luzan y continuada por Moratin, Cadalso y otros; queriendo hacer revivir la escuela española, pero siguiendo desgraciadamente las huellas de Gongora y discípulos, siendo aquel el modelo que imitó.

De aquí provino una guerra encarnizada, que se siguió en la prensa y en los libros, y que indudablemente contribuyó en gran parte á desarrollar muchas ideas, y á formar el gusto literario, á pesar de la violencia con que se dirigian los ataques, en que la Huerta no salió muy bien parado, sin embargo de su obstinado apasionamiento por aquella lucha.

En apoyo de sus opiniones, la Huerta publicó una coleccion escogida de algunos dramas antiguos españoles, que no sobresalen en nada, ni por su gusto ni discernimiento, y lo mismo como una coleccion de antiguas poesias.

Sin embargo, la Huerta ha dejado la *Raquel*, que no puede menos de ocupar un lugar distinguido en la literatura de su país, y con una particularidad bien singular, que sin tal vez pretenderlo, se ha valido aun mismo de las teorías que combatia, y ha sobresalido en ellas, particu-

mente en la traducción de *Zaira*, del teatro francés.

Poeta por génio, dice un escritor, pero sin luces, no teniendo aun ni la mas leve sombra de gusto, la Huerta no pudo hacer predominar sus pretensiones de restaurar la antigua escuela española, por sus desordenados errores.

El principal competidor que tuvo la Huerta fué don Tomás de Iriarte, que se hizo célebre por sus fábulas literarias, y por su afición á las letras, que cultivó con verdadero éxito.

Era sobrino de don Juan de Iriarte, bibliotecario en tiempo de Fernando VII, quien había sido educado en Francia, en el colegio de San Luis el Grande, teniendo por profesor al célebre padre Porée. Bajo la dirección de su tío Tomás hizo sus estudios, y, sin duda alguna debió influir en su ánimo la preferencia con que éste se inclinaba á la literatura francesa.

A los diez y ocho años, escribió la comedia literaria *Hacer que hacemos*, en que hay notables escenas y verdadera gracia.

A la muerte de su tío, el monarca, teniendo en cuenta las dotes que adornaban á éste jóven, le confirió el mismo cargo que aquel desempeñaba; y, años despues, fué nombrado archivero general del Supremo Consejo.

Publicó sus obras en dos tomos, conteniendo el primero sus *Fábulas literarias*, y el segundo sus demás trabajos.

Sus *Fábulas* son conocidas por todos, siendo Iriarte el primero que introdujo la verdadera novedad de aplicar la fábula á los vicios de los literatos, y es el autor de esta innovacion en ese género, en que nadie ha sobresalido como él. Iriarte ha sido juzgado diferentemente en su pátria. Algunos, le censuran algo de aridez en sus composiciones, y le reprochan algo de prosaismo en su poesia, sacrificando la claridad y simplicidad á otros adornos poéticos; otros, admitiendo que, aun cuando haya sobresalido muy poco, en los diversos géneros literarios que ha tratado, no se puede negar que no tiene rival en el Apólogo, y que sin ser un *La Fontaine*, es preciso reconocer que es único en su género, y, en los apólogos de su propia invencion, no tiene competidor.

Don Tomás de Iriarte, dice Alcalá Galiano, era el modelo de lo que puede hacer la instruccion varia y amena, en una de las imaginaciones mas heladas que jamás se han conocido. Sin embargo, al acometer diferentes empresas, sin duda creyendo que, por lo mismo que no se sentia con vocacion para determinadas cosas, podia abarcar muchas y varias, falta propia de ingénios medianos, á lo cual á veces los superiores obedecen, como sucedió con Voltaire y algunos otros varones insignes, tuvo la gloria de introducir en nuestra literatura el cultivo de una rama de poesia, hasta entonces desatendida por los

escritores castellanos, y de introducirle de un modo nuevo, en la literatura antigua y moderna; dando por la vez primera, en lengua española, una coleccion de fábulas, y haciendo que estas sirvan de ilustracion de una máxima de crítica, en vez de una de moral, por lo que las tituló literarias, con completa exactitud. Mucho se debe alabar, en las composiciones á que ahora me refiero, pues su invencion es por lo comun felicísima, teniendo las mas veces el mérito de la verdad absoluta, y otras el de reproducir bien una idea antigua, y siendo su estilo noble á la par que llano, su diction correcta y purísima, su versificación fluida, llena y muy variada, con atrevimiento y acierto en la eleccion de consonantes, y siendo los preceptos que inculca sanos todos y dignos de ser seguidos.

¿Qué falta, pues, á tal obra para calificarla de perfecta? Le falta la poesía, y aunque esta no sea falta igualmente notable, en semejante clase de composicion, como en las de otro género; y, si bien el autor se muestra en ellas poeta, mucho más que en sus otras producciones, al fin poesía son las fábulas, aunque de índole diversa de aquellas en que mas se remonta la fantasía, ó en que se expresan los defectos y las dotes de verdadero poeta, de que carecía el autor, aun cuando con su ingenio y ciencia mejor acertaba á suplir las faltas.

Transcribiremos algunas de sus mejores fá-

bulas que tienen un verdadero mérito intrínseco y literario, por su elegancia y sencillez.

### FÁBULA

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un oso, con que la vida  
Ganaba un Piamontés,  
La no muy bien aprendida  
Danza, ensayaba en dos piés.

Queriendo hacer de persona,  
Dijo á una mona: ¿qué tal?  
Era perita la mona,  
Y respondiolo, muy mal.

Yo creo, replicó el oso,  
Que me haces poco favor,  
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primcr?

Estaba el cerdo presente,  
Y dijo: ¡bravo! ¡bien vá!  
Bailarin mas excelente  
No se ha visto ni verá.

Echó el oso, al oír esto,  
Sus cuentas allá entre sí,  
Y, con ademan modesto,  
Hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba  
La mona, llegué á dudar;  
Mas ya que el cerdo me alaba,  
Muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo  
Esta sentencia un autor:

Sí el sabio no aprueba, malo,  
Si el nécio aplaude, peor.

---

### FÁBULA

#### EL PATO Y LA SERPIENTE.

A orillas de un estanque  
Diciendo estaba un pato:  
¿ A qué animal dió el cielo  
Los dones que me ha dado ?

Soy de agua, tierra y aire,  
Cuando de andar me canso,  
Si se me antoja, vuelo;  
Si se me antoja, nado.

Una serpiente astuta  
Que le estaba escuchando,  
Le llamó con un silvido,  
Y le dijo: seo guapo !

No hay que echar tantas plantas,  
Pues no anda como el gamo,  
Ni vuela como el sacre,  
Ni nada como el barbo;

Y así tengo sabido  
Que lo importante y raro,  
No es de entender de todo,  
Sinó ser diestro en algo.

---

### LOS HUEVOS

Mas allá de las islas Filipinas,  
Hay una que ni sé como se llama,  
Ni me importa saberlo, donde es fama  
Que jamás hubo casta de gallinas,

Hasta que allá un viajero  
Llevó por accidente un gallinero.  
Al fin tal fué la cria, que ya el plato  
Mas comun y barato  
Era de huevos frescos; para todos  
Los pasaban por agua, (que el viajante  
No enseñó á componerlos de otros modos.

Luego, de aquella tierra un habitante  
Inventó comerlos estrellados.  
¡Oh, que elogios se oyeron á porfia  
De su rara y fecunda fantasía!  
¡Pensamiento feliz!... otro rellenos....  
Otro inventó hacerlos escalfados....  
¡Ahora sí que están los huevos buenos!  
Uno inventa despues la tortilla,  
Y todos claman ya ¡qué maravilla!

No bien se pasó un año,  
Cuando otro dijo: sois unos petates,  
Yo los haré revueltos con tomates;  
Y aquel guiso de huevos tan extraño,  
Con que toda la isla se alborota,  
Hubiera estado largo tiempo en uso,  
A no ser porque luego los compuso,  
Un famoso extranjero á la hugonota,

Esto hicieron diversos cocineros:  
Pero, ¡qué condimentos delicados  
No añadieron los reposteros!  
Moles, dobles, hilados,  
En caramelo, en leche,  
En sorbete, en compota, en escabeche,  
Al cabo todos eran inventores,  
Y los últimos huevos los mejores.

Mas un prudente anciano  
 Les dijo un día, presumis en vano  
 De estas composiciones peregrinas,  
 ; Gracias al que nos trajo las gallinas !  
 ; Tantos autores nuevos  
 No se pudieran ir á guisar huevos,  
 Mas allá de las islas Filipinas ?

### EL RATON Y EL GATO

Tuvo Esopo famosas ocurrencias,  
 ; Qué invencion tan sencilla ! ; qué sentencias !..  
 He de poner, pues que la tengo á mano,  
 Una fábula suya en castellano.

Cierto, dijo un raton en su agujero,  
 No hay prenda mas amable y estupenda,  
 Que la fidelidad; por eso quiero  
 Tan de veras al perro perdiguero.  
 Un gato replicó: pues esa prenda  
 Yo la tengo tambien.... Aquí se asusta  
 Mi buen raton, se esconde,  
 Y torciendo el hocico le responde:  
 ; Cómo ? ; La tienes tú ? Ya no me gusta,

La alabanza que muchos creen justa,  
 Injusta les parece,  
 Si ven que su contrario la merece.  
 ; Qué tal, señor lector ? La fabulilla,  
 Puede ser que le agrade, y que le instruya,  
 Es una maravilla.

Dijo Esopo una cosa como suya....  
 Pues mire usted, Esopo no la ha escrito;  
 Salió de mi cabeza.... ; Con que es tuya ?  
 Sí, señor erudito.

Ya que antes tan feliz le parecia,  
Critiquemela ahora porque es mia.

Todas sus fábulas tienen igual facilidad de versificación, y son de una naturalidad extraordinaria, como las que hemos transcripto.

Terminaremos dando otra, que es una verdadera crítica de la tendencia que existía en España á tomar palabras extranjeras y añejas, mezclándolas con la lengua patria, lo que producía un verdadero galimatías. Está escrita con verdadero gusto, y héla aquí:

#### EL RETRATO DE GOLILLA

De frase extranjera el mal pegadizo  
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja,  
Pero habrá quien crea que no habla castizo,  
Si, por lo anticuado, lo usado no deja.  
Voy á entretenerle con una conseja;  
Y porque le trae mas contentamiento,  
En su mismo estilo referirla intento:  
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de ogaño  
Veía, como agora, gran loa y valía  
Alcanzan algunos retratos de antaño,  
Y, el no remedallos, á mengua tenía;  
Por ende, queriendo retratar un dia  
A cierto rico home, señor de gran cuenta,  
Juzgó, que lo antiguo de la vestimenta  
Extraña, de rancio al cuadro daría.

Segundo Velazquez creyó ser con esto,  
Y así que, del rostro toda la semblanza

Hubo trasladado, golilla le ha puesto,  
Y otros atavíos á la antigua usanza  
La tabla á su dueño lleva sin tardanza,  
El cual espantado fincó, desde que vido  
Con añejas galas, su cuerpo vestido;  
Magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino á las mientes  
Con que al retratante dar su galardón.  
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,  
Antiguas monedas, en su viejo arcon.  
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,  
Allende de algunas de Carlos Primero,  
De entrambos Felipes, Segundo y Tercero;  
Y henchido de todas, le endosó un bolson.

Con estas monedas, ó siquier medallas,  
El pintor le dice, si voy al mercado,  
Tornaré á mi casa con muy buen recado.  
Pardiez, dijo el otro, ¿no me habeis pintado  
En traje que un tiempo fué muy señoril,  
Y agora le viste solo un alguacil?  
Cual me retratasteis, tal os he pagado.

Llevaros la tabla, y el mi corbatín,  
Pintadme al proviso, en vez de golilla,  
Cambiadme esa espada, en el mi espadín,  
Y, en la mi casaca, trocad la ropilla,  
Ca no habrá naide, en toda la villa,  
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.  
Vuestra paga, entonces, contaros me presto,  
En buena moneda corriente en Castilla.

Ora pues, si á risa provoca la idea  
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,  
¿No hemos de reirnos siempre que chochea,

Con ancianas frases un novel autor ?  
Lo que es afectado, juzga que es primor,  
Habla puro á costa de la claridad;  
Y no halla voz baja para nuestra edad,  
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

Al lado de Iriarte está don Félix María Samaniego, cuyas fábulas morales son las mas naturales y bien escritas.

Samaniego imitó en sus fábulas al famoso La Fontaine, y lo hizo con tanta felicidad, que los mismos franceses le denominan el La Fontaine español; pues se hallan en ellas aquella naturalidad é intencion que tanto distinguió á su modelo, y en que Fedro, maestro de ambos, fué inimitable; alcanzando por ello, la justa celebridad que ha logrado llegar hasta nuestros dias.

Fué Samaniego amigo de Iriarte, en sus primeros tiempos, enfriándose despues su relacion, por cuestion de celos literarios. Hizo parte de la Sociedad de amigos de la Pátria, que formaron los pueblos vascongados, para enaltecer y estrechar los vínculos de fraternidad y felicidad públicas. Sus fábulas están escritas en los caracteres preciosos para desarrollar la inteligencia de la niñez, de los que solo citaremos algunas de las mejores, por ser demasiado conocidas de todos:

#### EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes, por áspero camino  
Tropezando con una y otra peña,

Iba un viejo cargado de sueño,  
Maldeciendo su mísero destino.  
Al fin cayó, y viéndose de suerte  
Que apenas levantarse podía,  
Llamaba con colérica porfía,  
Una, dos y tres veces la muerte.  
Armada de guadaña, en esqueleto,  
La parca se le ofrece en aquel punto;  
Pero el viejo temiendo ser difunto,  
Lleno mas de terror que de respeto,  
Trémulo le decia, y balbuciente:  
Yo.... señora.... os llamo desesperado.  
Pero.... acaba: ¿qué quieres desdichado?  
Que me cargues la leña solamente.  
*Tenga paciencia quien se crea infelice,  
Que, aún en la situacion mas lamentable,  
Es la vida del hombre siempre amable,  
El viejo de la leña nos lo dice.*

---

## EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA

Un labrador cansado,  
En el ardiente estío,  
Debajo de una encina,  
Reposaba pacífico y tranquilo.  
Desde su dulce estancia,  
Miraba agradecido  
El bien que la tierra  
Premiaba sus penosos ejercicios.  
Entre mil producciones,  
Hijas de su cultivo,  
Veía calabazas,

Melones por los suelos esparcidos,  
¿Porqué la Providencia,  
Decía entre sí mismo,  
Puso á la ruin bellota  
En elevado proeminente sitio?  
¿Cuánto mejor sería  
Que, trocándose el destino,  
Pendiesen de las ramas  
Calabazas, melones y pepinos?  
Bien oportunamente,  
Al tiempo que esto dijo,  
Cayendo una bellota  
Le pegó en la cara de improviso.  
Pardiez, prorrumpió entonces  
El labrador sencillo,  
Si lo que fué bellota  
Algun grueso melon hubiera sido,  
Desde luego pudiera  
Tomar á buen partido,  
En caso semejante,  
Quedar desnarigado, aunque vivo.  
Aquí la Providencia  
Demostrarle quiso,  
Que supo á cada cosa  
Señalar sabiamente su destino.  
*A mayor bien del hombre  
Todo está repartido,  
Preso el pez en su concha,  
Y libre por el aire el pajarillo.*

---

## LOS ANIMALES CON PESTE

En los montes, valles y collados,  
De animales poblados,  
Se introdujo la peste de tal modo,  
Que en un momento lo infeccionó todo.  
Allí donde su córte el leon tenía,  
Mirando cada dia  
Las cacerías, luchas y carreras,  
De mansos brutos y de bestias fieras,  
Se veian los campos ya cubiertos,  
De enfermos miserables y de muertos.  
Mis amados hermanos;  
Exclamó el triste rey, mis cortesanos,  
Ya veis que el justo cielo nos obliga  
A implorar su piedad, pues nos castiga  
Con tan horrenda plaga;  
Tal vez se aplacará conque se le haga  
Sacrificio de aquel mas delincuente,  
Y muera el pecador, nó el inocente.  
Confiese todo el mundo su pecado:  
Yo cruel, sanguinario, he devorado  
Inocentes corderos,  
Ya vacas, ya terneras;  
Y he sido, á fuerza de delito tanto,  
De la selva terror, del bosque espanto.  
Señor, dijo la zorra, á todo eso,  
No se halla mas exceso  
Que el de vuestra bondad, pues que si se digna  
De tener en la sangre, rama indigna  
De los viles cornudos animales,  
Los sacros dientes y las uñas reales.

Trató la córte, al rey de escrupuloso;  
Allí del tigre, de la onza y oso  
Se oyeron confesiones  
De robos y muertes à millares;  
Mas entre la grandeza, sin lisonja,  
Pasaron por escrúpulos de monja.  
El asno, sin embargo muy confuso  
Prorrumpió: yo me acuso  
Que al pasar por un trigo este verano,  
Yo hambriento y él lozano,  
Sin guarda ni testigo,  
Caí en la tentacion, y comí el trigo.  
¡El trigo! ¡Y un jumento!  
Gritó la zorra; horrible atrevimiento,  
Los cortesanos claman: éste, éste,  
Irrita al cielo que nos da la peste.  
Pronuncia el rey, de muerte la sentencia;  
Y ejecútala el lobo á su presencia.  
*Te juzgarán virtuoso*  
*Si eres aunque perverso, poderoso,*  
*Y aunque bueno, por malo, detestable,*  
*Cuando te miren pobre y miserable,*  
*Esto lo hallará en la córte quien te vea*  
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

Vamos ahora á tratar de un poeta, de quien tanto se han ocupado, y de quien tan diversas opiniones ha habido, unos en su elogio, y otros en su vituperio.

Nos referimos á Melendez.

De este poeta tenemos gran cantidad de com-

posiciones, en que se hallan versos fáciles fluidos y sensibles, en que ha querido imitar y seguir los antiguos poetas de su patria pero por desgracia infructuosamente; pues, apesar de las dotes sobresalientes, que como poeta que es de verdadero sentimiento, peca, en casi todas sus composiciones, de una monotonia fastidiosa, en que prueba la pobreza de ideas y la estrechez de imaginacion, apesar de los conocimientos bastante considerables que posea.

Don Juan Melendez Valdés nació en 1754, hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca, graduándose de doctor en jurisprudencia. Amigo de Cadalso, parece que fué este quien lo inclinó al manejo de la poesia, á la que era, desde sus tiernos años, sumamente apasionado, siguiendo desde entonces su decidida vocacion.

Su égloga titulada *Batilo* es una de sus mejores composiciones que encierra el elogio de la vida campesina, y que fué premiada por la Academia, como tambien las *Bodas de Camacho*, su comedia pastoral, que tambien obtuvo aquella digna y alta distincion.

Despues de estas composiciones dió á luz sus *Poesias liricas* que fueron recibidas con verdadero entusiasmo, y que dedicó al Príncipe de la Paz, valido del rey Carlos IV, lo que le mereció su proteccion, obteniendo algunos empleos de importancia.

Los trastornos políticos de su patria, en aquel

tiempo, y la invasion francesa le hicieron tomar parte activa en los sucesos, teniendo que emigrar, muriendo expatriado en la ciudad de Montpellier en 1817. Dejó correjidas á su muerte, muchas de sus composiciones, y segun parece en perjuicio de ellas.

Melendez, dice Quintana, era muy esmerado en la correccion de sus versos, antes de imprimirlos, y esto lo hacía bien mientras le duraba el calor de la composicion. Pero cuando, despues de publicados, y pasado tiempo sobre ellos, trataba de enmendarlos y de añadirlos, casi siempre los echaba á perder. Era dificil, sinó imposible, agrega, que á los setenta años, se pusiese en aquella situacion de ánimo precisa para corregir y aumentar con acierto, aquello que habia hecho como jugando, como cuando tenía veinte. Así es que, las ideas, el tono, la diction y hasta la cadencia se resientan de su edad, en estos parajes correjidos y añadidos, que tienen todo el aire de sobrepuestos, y disminuyen la ligereza y la gracia nativa de aquellas amables composiciones. A veces, por quitar descuidos leves, que apenas se percibian, incurría en defectos menos disimulables.

Ya lo hemos dicho, Melendez ha sido juzgado, por diferentes autores, de muy diversa manera; y entre los extrangeros, como, Blair: Sismondi, Bouterive y Schlegel, ha sido considerado como uno de los mejores poetas españoles de aquel

tiempo; mientras que, en su patria, pasado el primer entusiasmo que produjeron sus obras, ha sido sumamente censurado; y su reputacion como poeta, ya no de primer orden, sinó de orden mas inferior, no se ha sostenido, tratándolo con mucha severidad.

Oigamos las opiniones de algunos de sus compatriotas.

Dice Alcalá Galiano: Las poesías de Melendez se acercan á las antiguas castellanas en algo, y por otra parte se desvian de ellas considerablemente. Este poeta, solo mediano en imaginacion é ingénio, estaba sin embargo dotado de singular facilidad, de alguna ternura natural, y de mucha facilidad y de conocimientos bastante extensos.

Seguia la escuela de sus dias, esto es, un clasicismo degenerado, por el cual, reconociéndose un ídolo ó un modelo, se equivocaba el modo de darle culto, ó de imitarlo. Conoció bien los poetas franceses é italianos, y aun quizás los ingleses, y en todos ellos tenía puesto la mira, procurando hacer una amalgama de sus distintos méritos, con los de los antiguos poetas de su patria.

Tuvo la desgracia de florecer, cuando pasaban por poetas de primer orden, Metastasio en Italia, Delille en Francia, y aun el suizo Gerner, cuyos idilios coronan con sumo aplauso, esto es, cuando reinaba en la composicion una elegancia floja, pasando por ser puntual imitacion de la clásica antigüedad, en sus mejores obras, y acertada aplicacion de sus doctrinas.

Perjudicaba también á Melendez la dote peligrosa de su misma facilidad, y como sabía hacer versos de mérito muy superior, en punto á sonoridad y fluidez, al de sus inmediatos predecesores y contemporáneos, hubo de creer que con esto se elevaba á la mayor altura; de lo cual contribuía á persuadirle el general aplauso, por ser muy comun entre los pueblos del medio día, y con especialidad entre los españoles, por lo mismo que tienen una lengua melodiosa en alto grado, dejarse cautivar demasiado por el efecto ingrato de los sonidos.

Además Melendez, secuaz de los preceptistas, era imitador, y se anardecía, cuando creía que era conveniente, ó cuando quería seguir á otros en su vuelo, y no cuando su fuego natural lo arrebatava.

Sus *Anacreónticas* fueron las composiciones que primero le dieron fama, gozando, por largos años, del crédito de ser el primero en este género, entre sus compatriotas y contemporáneos, y aun digno émulo del poeta de Teos, ó de cuanto se habia señalado en el mismo género de composicion, en todas las naciones y en todas las edades.

No faltaba quien pusiese en duda esa primacía de Melendez, pues críticos de opuestas escuelas, y entre sí enemigos, suscitaron dudas, ó expresaron opiniones desfavorables sobre la excelencia de las *Anacreónticas* de dicho autor.

En suma, Melendez es casi siempre imitador,

aunque imitador acertado en punto á la felicidad de la expresion, si bien no, en todas las ocasiones, de mayor tino en escoger lo que imita. No es, con todo, de admirar que la inimitable felicidad de su estilo y diction, aunque nó de la correccion mas completa, haya seducido á los lectores, deslumbrándolos al tasar los méritos de Melendez. No son estos de poca entidad, aun en sus *Anacreónticas*, y parecen mayores, puestos en cotejo con lo desmayado ó escabroso de la versificacion de los que vivieron en su tiempo, ó le fueron inmediatamente anteriores ó posteriores, en los cuales, por otro lado, tampoco había lo de que carecía Melendez; no habiendo notable escritor alguno de la misma época, por la originalidad ó aun por la valentía de sus conceptos. No ha de entenderse que, cuando pongo las prendas de una expresion bella y fácil en su lugar, pretenda colocarlas en uno mas bajo.

El hecho mismo de concedérselas la naturaleza á pocos, declara no ser comunes, ni de bajo precio. Pero conviene advertir aquí, que hay dos clases de méritos en los escritores, uno que desaparece al perder su forma, y otro que se conserva, aun cuando esta se altere. Las obras de ingenio de primera nota, traducidas, pierden mucho de su belleza; pero, con todo lo que pierden, conservan no poco de lo principal, en que su perfeccion consiste.

Por esto, Cervantes con algunos mas, entre los

antiguos y modernos, son siempre admirables y aun admirados por quienes solo los conocen por traducciones. Por esto mismo, aun obritas de mucho menos valer, como las coplas de Jorge Manrique, *La Noche Serena* de Fr. Luis de Leon y varios de nuestros romances antiguos, agradan bastante á lectores extrangeros, aun no teniendo de ellas otro conocimiento que el de verlas vertidas en sus respectivas lenguas. No sucede esto con Melendez, que por mas que, con razon, leido en su lengua pátria, deleite y hechice á sus compatriotas.

Don Manuel Revilla, en su excelente obra sobre la literatura española, dice, con respecto á Melendez: mientras que algunos como Quintana, han ponderado con verdadero apasionamiento su mérito, otros lo han rebajado en demasía, con injusticia notoria.

Melendez no era un poeta de primer orden, pero tampoco carecía de talento y buenas condiciones poéticas.

Su mérito relativo era mayor que el absoluto. Los versos se distinguen principalmente por la dulzura, pero no causan emocion ni entusiasmo. Y es, que las dotes de este poeta son la delicadeza, la flexibilidad, la gracia, la fluidez y la propiedad descriptiva; y no el vigor, los grandes vuelos de la fantasía y la energía de las expresiones. En las *Anacreónticas*, los *romances* y las *églogas*, es un poeta aventajado; las composicio-

nes de esta clase, que se distinguen principalmente por la facilidad y fluidez, están esmaltadas de primores.

*Batilo*, la mejor de sus églogas, es, por mas que no sea original en sus pensamientos, un modelo acabado de las de su clase, por la pureza y ternura de efectos, y por las bellezas de lenguaje que en toda ella se encuentran; esta égloga fué premiada por la Academia en 18 de Mayo de 1780.

En las odas, descubre Melendez no pocos defectos, y se manifiesta poco poeta, exceptuando la titulada *A las Artes*, en la que hay calor, entusiasmo, descripciones valientes y exactitud. Pero, apesar de esto, y de que hoy apenas es leído, Melendez era en su tiempo un excelente poeta, que influyó mucho en la restauracion literaria llevada á cabo en el reinado de Carlos III.

Don José Gomez Hermosilla, en su famoso *Juicio Crítico* de los principales españoles de esa época, tratando duramente á este mismo, protesta solamente, que lo han movido á escribir la crítica de sus poesias, el amor á la verdad y el deseo de que, en sus obras, no se confundan lo bueno con lo malo, como ya lo han hecho los que, por haber adoptado sus arcaismos y sus frases neológicas, se han considerado poetas de primer orden.

Y no se piense, agrega, que es el primero que se atreve á criticar á Melendez. Ya el autor de

su vida, dijo lo siguiente, hablando de las composiciones añadidas á la edicion de 1797; apesar de su relevante mérito, y apesar tambien de los bien merecidos elogios que de Italia y de Francia se unieron á los de España, para congratular al autor, es fuerza confesar que la aceptacion que tuvieron estas poesias, no fué tan grande, ni tan general como la que habian logrado las primeras.

Este es el juicio de casi todos los que, con mas imparcialidad, han tratado de este autor; si no ha sido, como Quintana, admirador de sus obras, ó bien ha sido, por otros, criticado con verdadera pasion.

No es Melendez, de la talla de los grandes maestros del arte poético, pero no debe ser desdenado, hasta el punto de hallar malo todo lo que ha escrito.

Tienen sus versos, muchos de ellos, grandes defectos, pero no dejan de poseer algunas de sus composiciones, verdaderas bellezas, como la de *Batilo* y otras mas.

Sentimos no poder reproducirla por su mucha extension, pero ya que no íntegra, incluiremos algunos párrafos de esa magnífica composicion, para dar una idea de la facilidad y belleza que encierra.

## BATILO

BATILO, ARCADIO, POETA

*Batilo*

Paced, mansas ovejas,  
La hierba aljofarada,  
Que el nuevo día su lumbre dora,  
Mientras, en blandas quejas,  
Le cantan la alborada  
Sus tiernasavecillas, á la aurora:  
La cabra trepadora,  
Ya suelta, se encarama  
Por el monte enramado;  
Vosotras de este prado  
Paced la hierba y la menuda grama,  
Paced, ovejas mias,  
Pues de abril tornan los alegres días,  
    Mejórase la tierra  
De verdor coronada,  
Y aparecen de nuevo ya las flores;  
Desciende de la sierra  
La nieve desatada,  
Y ejercen sus contiendas los pastores;  
Todo el prado en amores,  
Retoñan los tomillos,  
Las bien mullidas cunas  
Componen, en las ramas  
A sus hembras, los dulces pajarillos;  
Y con susurro blando,  
Yá el arroyo las flores salpicando,  
Así cual es sabroso,

Despues de noche fría,  
El rocío del alba al mustio prado,  
O cual, tras enojoso  
Invierno, la alegría,  
Serenosol de abril, vuelve al ganado;  
Así cual, al cansado  
Pastor, que tras hambriento  
Lobo corrió, es la fuente,  
Tras el marzo inclemente;  
Tal es, á mí, del céfiro el aliento;  
Y cual á la abeja, la rosa  
Del campo, así la vida deliciosa.  
Mas por aquella loma  
Tras sus vacas manchadas,  
El pastoril acento al viento dando,  
El dulce Arcadio asoma:  
Sus voces regaladas,  
Mas y mas, cada vez se van notando,  
Tambien viene cantando  
Cual yo, de la florida  
Estacion. Salir quiero  
A encontrarle primero;  
Algo á caso dirá de mi querida,  
O la nueva tonada  
Que Tirsi canta á su Licori amada,

*Arcadio*

¿Quién, viendo la alegría  
De este florido prado,  
Y el brillo y resplandores del rocío,  
O la hambrienta porfía  
Con que pace el ganado,

Y el soto lejos, plácido y sombrío;  
Y el noble señorío  
Con que el claro sol nace,  
O las ondas sin cuento  
Que hace en la hierba el viento;  
Y los hilos de luz que el aire hace;  
No sentirá movido  
El corazón y el ánimo embebido?  
No á mi gusto sea dado  
Riquezas enojosas,  
Ni el oro que cuidados da sin cuento,  
    No ir embarazado  
Entre galas pomposas,  
Ni corriendo vencer al raudo viento;  
Mas sí cantar contento  
Sentada á par mi Elisa,  
Viendo desde esta altura  
Del valle la verdura,  
Y de mi querido bien la dulce risa,  
Y pacer mi ganado,  
Y al Tormes deslizarse sosegado.  
    Pero, aquel que allí veo  
Que por el prado viene,  
¿No es Batilo el zagal?  
Tan de mañana;  
¡Cuan bien á mi deseo  
La suerte lo previene!  
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

*Batilo*

La gracia sobrehumana  
De tu rabel y canto,

Guarde del lobo odioso;  
Y sigue en tan sabroso  
Tono, que de los valles es encanto  
Y el ganado alboroz  
Y el choto jugueton por él retoza.

*Arcadio*

Tú, mas antes al viento  
Suelta esa voz suave,  
Que á todos los zagales enamora,  
Tañendo el instrumento  
Que el desden vencer sabe,  
Y ablandar como cera á tu pastora,  
Y la letra sonora  
Cántame, que le hiciste,  
Cuando te dió el cayado  
Por el manso peinado  
Que con lazos y esquila la ofreciste;  
O bien la otra tonada  
De la vida del campo descansada,  
Premio será á tu canto  
Este rabel, que un día  
Me dió en premio de amor el sabio Elpino,  
Y en él, con primor tanto,  
Pintó la selva umbría,  
Que muestra bien su ingénio peregrino,  
Del Tormes cristalino  
Formó en él la corriente,  
Que parece ir riendo,  
Y á lo largo paciendo  
Los manchados rebaños mansamente,  
Y la ciudad de lejos,  
Del sol como dorada á los reflejos.

Vamos á hablar ahora de un poeta, á quien han puesto en parangon con Melendez, y que unos han creído superior en fuerza y en estro poético, y otros inferior; pero que, de todas maneras, ocupa uno de los primeros rangos en el campo de la poesia española.

Nos referimos á don Leandro Fernandez de Moratin, hijo del célebre don Nicolás Fernandez Moratin, de quien nos hemos ya ocupado.

Don Leandro F. de Moratin nació en Madrid en 1760. Su educacion fué formada por si mismo, y como á escondidas; segun Quintana y algunos mas dicen lo mismo, y otros como Hermosilla, sostienen lo contrario: que fué su padre quien formó su buen gusto, en la poesia, y en los estudios de humanidades, haciéndole conocer y traducir á su presencia, los poetas clásicos latinos, franceses é italianos, haciéndole comprender sus bellezas y sus defectos.

Nos inclinamos mas á este juicio que al anterior, pues, aunque los padres casi siempre desconozcán el mérito y el talento de sus hijos, y apesar de que no pensase darle la carrera de las letras, puesto que lo destinaba primeramente á la profesion de la pintura, y despues al de la joyeria, no por esto se puede admitir que un padre esclarecido como era don Nicolás, habria de descuidar la instruccion de su hijo, hasta el punto de dejar de cultivar su inteligencia.

Lo que se puede afirmar es que, recibiendo de

la naturaleza excelentes disposiciones para la poesía, el ejemplo de lo que habia producido su padre, su gloria como escritor y poeta, dieron á sus inclinaciones el desarrollo que habia de asombrar aun al mismo autor de sus dias; pues, á los nueve años, componía ya versos, y, á los diez y ocho, ganaba el segundo premio en el concurso de la Academia, por su romance heróico sobre la *Toma de Granada*.

Esta composicion, como otras, las habia escrito bajo nombre supuesto; y se cuenta que su padre estaba ageno á que su hijo fuese el autor de ella, hasta que fijándose en el anagrama con que estaba firmada, sospechó que fuera suya; y preguntándole si conocia quien la habia escrito, si era alguno de sus amigos ó conocidos, le contestó ruborizándose que era su autor. Entonces el padre, refiere Hermosilla, le replicó: ¿Y no me has dicho nada? ¿Pero tendrás alguna copia? Sí, señor, repuso el hijo. Pues tráela para que la veamos.

Salió el jóven á buscarla, y cuando ya estaba fuera de la sala, el padre lleno de orgullo, como era natural, y mirando á sus amigos, repitió sonriendo las frases de una de sus tragedias: *Es Guzman, y es hijo mio*.

Pocos años despues obtuvo otra vez el accesit, tambien por su sátira contra los vicios, titulada *Seccion Poética*, y suscrita bajo un nombre supuesto.

Su verdadero mérito permaneció oculto hasta el año de 1787, en que fué agregado al Conde de Cabarrús, en su mision á Francia, por recomendacion de Jovellanos.

En Paris, se puso en relacion con los principales escritores de aquel centro, y allí fué donde conoció al poeta cómico italiano Goldoni, con quien estrechó íntima amistad.

Por aquel tiempo se contrajo á escribir algunas piezas dramáticas. *El viejo y la niña* fué su primer ensayo en este género, pero tuvo la poca fortuna de no poderla representar por dos veces: pues no agradó, apesar de que ya su nombre era conocido ventajosamente por sus trabajos literarios.

Siguieron á estas obras, otras tituladas: *La Mogigata*, *El Café*, y además *El Baron*.

Estas obras dramáticas son verdaderas joyas del teatro español, pues, aunque no se distinguen por la fuerza de la invencion, están tan bien escritas, y se sujetan tanto á los preceptos del arte, que se recomiendan por ello. Tradujo, en buen español y con verdadera maestría, *L'école des Maris*, y *Le Médecin malgré lui*, del célebre Molière, como tambien existe una traduccion suya del *Hamlet* de Shakspeare, llena de notas, que es célebre.

Moratin sostuvo correspondencia con los principales literatos de su patria, y fué muy favorecido por la opinion de ellos. Protejido por

Godoy, célebre valido de Cárlos IV, y despues por Florida Blanca, obtuvo empleos de alguna consideracion, con los que podia vivir holgadamente.

Pero, envuelto despues en las turbulencias de su país, tuvo que sufrir los vaivenes de la política y las consecuencias de la invasion de los franceses: teniendo que expatriarse como otros hombres de letras, siéndole secuestrados todos sus bienes.

En el reinado de Fernando VII, se le confirió un alto empleo, pero no lo admitió. Dice Quintana: Las turbulencias que amenazaron la península en 1808, con la invasion de Bonaparte, acabaron con su fortuna y con su sosiego: él siguió la opinion de aquellos que no creyeron posible la resistencia á las armas francesas; de aquí todas las vicisitudes de su fortuna, y de su residencia, desde entonces, ya en España, ya en Francia, ya en Italia.

Parece que, en sus últimos años, le habia acometido el terror de las persecuciones, pues se imaginaba verse rodeado por turbas de bandidos que lo amenazaban de muerte. Despues de viajar de un pueblo á otro, fijó su residencia, en 1820, en Burdeos, en compañía de don Manuel Silvela, con quien se trasladó á Paris, en 1827, falleciendo en aquella ciudad, el 21 de de Junio de 1828.

Sus cenizas reposan al lado de las del céle-

bre Molière, cuyas obras habia traducido, y cuyo imitador feliz habia sido, segun la opinion de Quintana.

Moratin, como poeta y escritor, es indudable que ocupa un rango de primera importancia, en el período de que nos ocupamos; y, tal vez, nada le es superior, aun comparándolo con otros de los tiempos de mayores celebridades, y del siglo de oro de la literatura española.

En todo cuanto su ingenio se ensayó, se manifiesta correcto, inspirado y de fácil vena: nada hay que no contenga bellezas, en lo que ha escrito; y si no se remonta á grande altura, se mantiene siempre á una elevacion que solo un verdadero poeta puede alcanzar.

Veamos algunas de sus composiciones, para juzgarlo.

## IDILIO

—

### LA AUSENCIA

Este es Guadiela, cuyas ondas puras  
Van á crecer del Tajo la corriente;  
Esta la selva deliciosa, donde  
Gozan las horas del ardor estio,  
Las bellas Hamadriades, formando  
Ligeras danzas y festivos coros.

. . . . .

Inarco, ¡ay infeliz! ¡así la cumbre  
 Vuelves á ver de aquel nuboso monte;  
 Así á pisar esta rivera vuelves?  
 Prófugo, triste, en mi destino incierto  
 Dejé mi choza y alegres campos,  
 Y los muros de Mantua generosa,  
 Y el bienhadado Coridon y Aminta,  
 Y al constante en amor Alfesibeo;  
 Todo lo abandoné. Por ignorada  
 Senda me aparto, con errante huella,  
 Y atrás volviendo alguna vez los ojos,  
 Adios mi pátria, sollozando dije,  
 Adios, praderas verdes, donde oculto,  
 Entre juncos y débiles cañerías,  
 Manzanares humilde se adormece,  
 Sobre urnas de oro, adios, y acaso  
 Para nunca volver. A la espesura  
 De incultos bosques y profundo valle  
 La planta nuevo apresuradamente,

. . . . .

Bien como el ciervo, al conocerse herido  
 De enarbolado arpon, las cumbres altas  
 Sube; desciende de la sierra al llano,  
 Y los anchos arroyos atraviesa;  
 En vano, ¡ay triste! en vano, que el agudo  
 Hierro, teñido en la caliente sangre,  
 Cerca del corazon lleva pendiente.

Yo así, en el pecho abrasadora llama  
 Siento: ni la distancia, ni los dias  
 Alivian mi dolor; que en la memoria  
 Mi bella ausente y sus hechizos duran.

. . . . .

Si alguna vez á mi dolor se presta  
Benigno el sueño con amigas alas,  
Hijo de la callada hórrida noche,  
Al fatigado espíritu aparece  
De mi partida el infeliz instante,  
Miro los ojos de esplendor divino,  
Que en lágrimas se inundan amorosos,  
Su trenza ondosa deslazada al viento,  
Suelta la veste cándida, y escucho  
La conocida voz, las dulces quejas  
Que serenar el ímpetu espantoso  
Pintan del mar su tempestad oscura,  
Tiemblo, y en vano la funesta imàgen  
Quiero de mi apartar. Ya me parece  
Que con alhagos de pasion nacidos  
La linda Isaura mi partida estorba;  
Ya que indignada á su amador acusa  
De ingrato y desleal; ya que rendida  
A su afliccion, la voz y el llanto cesan,  
Yo ¡mísero! ciñendo el cuello hermoso,  
Y á su labio tal vez uniendo el mio,  
Juro á los cielos que primero falte  
Mi aliento débil, que en ajenos brazos  
Llegue á mirarla, que la pierda, y viva  
Antes que olvide mi pasion primera.  
Mas ya se acerca el trance aborrecido;  
Late oprimido el corazon.... Entonces,  
Al violento pesar de mi se aparte,  
Leve la imàgen de la muerte triste  
Mas que la muerte inexorable y dura

. . . . .

Daremos ahora la trascripcion de su famosa

*Elegia á la batalla de Trafalgar*, no pudiendo hacerlo mas que en fragmento, por no extendernos.

### LA SOMBRA DE NELSON

Cuando al estrago de naval pelea,  
 Cayó sin vida el adalid britano,  
 Fiero terror del mar, la yerta cumbre  
 Del opulento Gerion sepulcro,  
 Todo, en las sombras de la profunda noche,  
 Arder se vió con pálidas centellas,  
 Y á la dudosa lumbre, pavoroso  
 Espectro apareció de sangre y humo  
 Y de mortal amarillez cubierto,  
 La frente herida, y á sus plantas rota  
 Naval corona y militares lauros.

Y en voz terrible, que el estruendo pudo  
 Y el ímpetu calmar de espumoso  
 Piélagos, hinchado en las tartesias ondas

. . . . .  
 «Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el temido  
 «Instante que los cielos señalaron  
 «En su furor contra mi patria!  
 «Nunca la suerte amiga sublimará  
 «Tu gloria y tu poder, para que fueras  
 «Ejemplo del mundo en la fatal ruina,  
 «Que ya cercana, inevitable miro.  
 «¡Ambiciosa Albion! Vive y el trono  
 «Ocupa, que afirmo, de Clodoveo,  
 «El gran caudillo, cuyo nombre adoran  
 «El Sena y el Tesin precipitado,  
 «Y dos coronas á su frente ciñe.

«Vive, y sus armas vencen, y al sonido  
«De sus trompetas vuelan fugitivas,  
«Sus águilas augustas. Inflama  
«En belicoso ardor la fuerte Hesperia,  
«Une á las rojas cruces de Pelayo  
«El blason imperial que en sus pendones  
«Tiende el francés al aire. Poderosa  
«Union, que tanto aborreciste y temes

. . . . .  
«Tronó el cañon y huyendo de las playas  
«Corvas, al mar se entregan animosos:  
«Entre enemigos vientos, niebla oscura,  
«Hórrida tempestad....! Yo ví el sangriento  
«Choque, el incendio y la comun ruina;  
«Yo de tus armas el honor temido  
«Sostuve, en tanto que á la suerte plugo:  
«Supe en los tuyos, excitar crueles  
«Alientos, supe acometer terrible,  
«Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas  
«Cóncavas suena, del peñasco enorme  
«Gloria de Alcides, funeral lamento,  
«Debido á tanto horror. Las crespas ondas  
«Sacan bramando á la desierta orilla  
«Los que el furor de sus voraces monstruos  
«No deformó, cadáveres desnudos;  
«Los que no oculta su profundo seno,  
«Naves soberbias, que á merced llevadas  
«Del huracan, contra su muro embisten.  
«¡Oh Calpe! tu, que de esperanza llena  
«Hoy meditabas aclamar festivo  
«El triunfo, y dar coronas á mi frente;  
«Cubre la tuya de ciprés funesto,

«Y mi cuerpo, insepulto, destrozado  
 «Vuelve á la patria, y para siempre llore,  
 «Que es justo su dolor..... No es esto solo,  
 «Víctima, no, los hados enemigos  
 «A nuestra gente su rigor limitan;  
 «Mayor desolacion y estragos piden

. . . . .

. . . . . Dijo, y triste

Voz sonando en el puerto de Mnesteo,  
 A los cielos clamó: ¡*Guerra y venganza!*  
*Venganza*, repitió desde sus muros  
 De bronce armados Cadiz Eritrea,  
 Y el espartario golfo, y la fragosa  
 Cumbre que cierra el seno brigantino,  
 Clamó, ¡*Venganza!*.... Al gran rumor confuso,  
 El ánimo feroz, gimiendo rompe  
 La vestidura fúnebre; y abierto  
 En ancha boca el monte, hasta el profundo  
 Abismo, en él se precipita airado.

Esta composicion es una de las mejores que ha producido Moratin, y repetimos, que sentimos no poderla dar íntegra, por no alargarnos demasiado.

Daremos cabida á otras poesias del mismo autor, que son realmente notables, y que harán comprender que era un verdadero poeta; y las cuales se recomiendan para los que quieran poseer buenos modelos, en todos los géneros á que se dedicó Moratin.

## AL NACIMIENTO DE LA CONDESA DE CHINCHON

¿Qué voz, hiriendo la region vacia,  
 Turba el silencio de las selvas, donde  
 Vivo feliz las fugitivas horas,  
 Que al culto de las Musas, al reposo  
 Dedico y al placer?

. . . . .  
 . . . . . Su fama es esta;

Sí, la conozco. Rápido girando  
 Dilata el aire las doradas plúmas,  
 Suelto el cabello que su frente adorna,  
 Desceñida la túnica celeste,  
 Y el son escucho de la trompa de oro,  
 Y absorta al gran rumor calla la tierra

. . . . .  
 ¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo  
 Populosas ciudades, devastadas  
 La verde pompa de Pomona y Céres,  
 Teñido en sangre el mar, rotas diademas,  
 Trastornados imperios!...

. . . . .  
 Si alguno inflama  
 Pura centella del saber divino  
 Á la mente mortal; si en el futuro  
 Girar del tiempo investigar es daño;  
 ¡Cuantas debe gozar la patria un día,  
 Mercedes altas de la mano eterna,  
 Si, ya depuesto el que vibró indignada  
 Rayo fulminador, de su inefable  
 Suma bondad el don primero es este.

Véase ahora con que galanura se expresa el poeta por la recién nacida, á quien tributa su homenaje.

¡Oh! musas, adornad de nuevas flores  
La móvil cuna, y al rumor suave  
Que al aire esparcen las heridas cuerdas  
Descanse, en oro y púrpura la dulce  
Prenda de vuestro númen generoso,  
Grato sueño inspiradle, al blando arrullo  
De acorde voz, sombra la cerque oscura,  
Reine muda quietud, ni el viento mueva  
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.  
Viva; y en torno de ella los amores,  
Las Gracias puras, la inocente risa,  
La virtud y el placer unidos duren;  
Y al estrecharla en cariñosos nudos  
Su ilustre madre, repetida admire  
Su imágen celestial....

La parte de esta composición es bellísima; y no puede expresarse, con mas acierto y mas interés, el objeto que se propone, al saludar el nacimiento de la hija de su protector y amigo, el Príncipe de la Paz.

Hé aquí una de las epístolas morales, digna de mencion, y que produjo entre otras el mismo autor.

### EPÍSTOLA

A UN MINISTRO SOBRE LA UTILIDAD DE LA HISTORIA

Ya no existís, naciones poderosas,  
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,

Persépolis, y tu, fiera Cartago,  
Enigma del pueblo de Quirino,  
Ya no existís. Dudoso el caminante,  
    En hórrido desierto  
    Os busca, y el bramido  
De las fieras lo aparta. La corriente  
Sigue al Eufrates que tronando suena,  
    Y el lugar desconoce  
Donde la asiria Babilonia estuvo,  
Que al héroe macedon miró triunfante,  
Hoy cenagosos lagos, corrompido  
    Vapor, caliente arena,  
Aspera selva, inculta, engendradora  
    De monstruos ponzoñosos,  
Encuentra solo; y la ciudad que pudo  
    Del vencedor romano  
El yugo sacudir, Palmira, ilustre,  
    Yace desierta ahora,  
Sus arcos y obeliscos suntuosos  
Montes son ya de trastornadas piedras,  
    Sus muros son ruinas,  
Hundió del tiempo la invisible mano,  
Entre arbustos estériles y hiedras,  
    Sus pórticos del foro  
En columnas de Paros sostenidas,  
Basas robustas y techumbres de oro,  
Donde el arte expreso, formas divinas....  
Memorias de dolor! Allí apacienta  
Su ganado el zagal, y absorto admira  
Como repite el eco sus acentos,  
Por sus concavidades retumbando

. . . . .

## Y como desatado

Suele el torrente, de la yerta cumbre,  
Bajar el vado, y resonando lleva,  
Roto el márgen con ímpetu violento,  
Arboles, chozas y peñascos duros,  
Rápido, quebrantando espumoso  
De los puentes la grave pesadumbre,  
Y la riqueza de los campos quita,  
Y soberbio en el mar se precipita;  
Así barbaras gentes, descendiendo  
Del norte helado, en multitud inmensa,  
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,  
Muerte y esclavitud la destinaron,  
Y al orbe que oprimió dieron venganza.

Así, en edad distinta,  
Osado el trace, sin hallar defensa,  
Excediendo el suceso à la esperanza,  
Trastornó los imperios del oriente,  
El trono de los Césares, la augusta  
Ciudad de Constantino,  
Grecia humilló su frente;  
El Araxes y el Tigris proceloso,  
Con el Jordan divino,  
Que al mar niega el tributo;  
Las Arabias y el Egipto fabuloso,  
En servidumbre dura,  
Cayeron en opresion. Gimió vencida  
La tierra, que llenó de espanto y luto,  
De sus vagos ejércitos impíos  
La furia poderosa.

. . . . .

Esta composicion es magistral, y como dice Hermosilla, esto sí que es hacer hablar á las Musas, el lenguaje superior de la filosofia y de la moral. ¿Y las bárbaras catervas, agrega, que están atrincheradas en nuestro Parnaso, dirán que Moratin solo fué poeta cómico? Moratin fué eminente poeta lírico, bucólico, didáctico, satírico; y lo hubiera sido descriptivo, didascálico, trágico y épico, si hubiera escrito composiciones de esta clase; y hubiera sido otro Lafontaine, si hubiera compuesto fábulas.

Sin exagerar el mérito de Moratin como poeta, ni apasionarnos, como lo hace Hermosilla, por sus indisputables dotes, no podemos dejar de apreciar, en su verdadero valor, las relevantes prendas que adornaban el espíritu y génio de este autor; y verdaderamente, en aquel tiempo, en que escaseaban los talentos y génios, y en que no aparecian los astros de primera magnitud, como en la época de los Argensolas, Lope de Vega, Luis de Leon, Rioja y otros, Moratin despierta el interés de todos los que saben apreciar las dotes sobresalientes de un poeta verdadero, que, aunque no se remonte en alas del Parnaso, como hemos dicho, y llegue al empíreo, donde se hallan los grandes génios que se han inmortalizado, inspira verdadera simpatía, y se lee, y se admira por sus notables producciones.

Vamos á dar algunas otras composiciones ligeras, que segun el mismo Hermosilla, es en donde

se muestra mejor el talento y la habilidad del poeta, mas que en asuntos grandiosos y poéticos por si mismos.

## SÁTIRA

CONTRA LOS PEDANTES QUE HABLAN LO QUE NO ENTIENDEN

. . . . si entender pudiera

Lengua que no aprendí, traduciria,  
 En culta frase de Leon y Herrera,  
 Los garabatos que del norte frio  
 Vienen al Tajo mendigando ahora  
 Glosa y comentador,

. . . . .

Como sucede

Una vez y otras muchas, al cuitado  
 Que no tiene comercio, hacienda, casa,  
 Ni oficio ni pension, ni renta, y vive  
 Tranquilo; en tanto que la numerosa  
 Turba á quien debe el aire que respira,  
 Se afana en perseguirle. El escribano  
 Le cita, el alguacil le acecha y busca,  
 Manda Marquina que sus deudas pague,  
 Y no las paga; al soberano acuden,  
 Manda que pague, y su pobreza extrema  
 Privilegio le da, seguro y cierto,  
 De no pagar jamás. Yo así, fiado  
 De la ignorancia que padezco y lloro,  
 Venciendo el precepto que me impone  
 Mi generoso protector, me eximo  
 De obediencia. . . . .  
 Solo el pedante vocinglero, hinchado  
 De vanidad y ponzoñosa envidia,

Todo lo sabe. En el café gobiernan  
 Los imperios del orbe; y mientras bebe  
 Diez copas de licor, sorprende, asalta,  
 Gana de Gibraltar el puerto y muro;  
 Consultadle, señor, vereis que pronto  
 Cubriendo el mar de naves españolas,  
 Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa;  
 Y los tesoros de Jamaica os pone  
 En la calle Mayor. Quereis oírle  
 Por tres horas no más? Latin, Tudesco,  
 Arabe, Griego, Mejicano y Chino,  
 Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera  
 Haber, los sabe. Erudicion historia,  
 Náutica, esgrima, metalurgia y leyes;  
 En todo es superior, único y solo.  
 Poco estima á Mozart: nota con ceño  
 Que Cimarosa, en tal ó cual motivo,  
 No estuvo muy feliz. Habla y decide  
 En materia de escorzos y contrastes,  
 Tonos de luz, degradacion de tintas,  
 Pliegues y grupos. Convulsion padece  
 Con el silabizar de Garcilaso,  
 ¡Tan delicado tímpano es el suyo!  
 Las faltas ve de propiedad y estilo,  
 En que deslizó la mal tajada  
 Peñola de Cervantes. . . . .

Esta composicion puede figurar entre las mejores de las que han escrito los poetas españoles, y es émula de las que produjeron los Argensolas, que como sabemos, pocos son los que los han alcanzado en la sátira.

Transcribiremos otra de sus composiciones, pues que tenemos un placer en consignar en nuestro libro, verdaderos modelos de poesia; mucho mas en aquella época de escasez de poetas de primer orden, en la península española, aunque tengamos que extendernos mas de lo que debemos.

### EL FILOSOFASTRO

.....Don Ermeguncio, aquel pedante  
 Locuaz, declamador. . . . .  
 No tan solo es importuno,  
 Presumido, embrollon, que sinó, á tantas  
 Gracias, añade la de ser goloso,  
 Mas que el perro de Filis. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . . Vieras conducida  
 Del rústico gallego que me sirve  
 Ancha bandeja con tazon chinesco,  
 Rebosando de hirviente chocolate,  
 (Racion completa para tres prelados  
 Benedictinos) y en cristal luciente,  
 Agua que serenó barro de Andujar;  
 Tierno y sabroso pan, mucha abundancia  
 De leves tortas y biscochos duros  
 . . . . .  
 No con tanto placer el lobo hambriento  
 Mira la enferma res que en solitario  
 Bosque perdió el pastor, como el ageno  
 Huesped el don que le presento ópimo  
 . . . . .

Antes de comenzar el gran destrozo,  
Altos elogios hizo del fragante  
Aroma que la taza despedía,  
Del esponjoso pan, de los dorados  
Bollos del plato, del mantel, del agua;  
Y empieza á devorar. Mas no presumas  
Que por eso calló: diserta y come,  
Engulle y grita, fatigando á un tiempo  
Estómago y pulmon.» ¡Qué cosas dijo!  
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,  
Vengan al caso ó nó, godos y etruscos!  
Al fin en ronca voz: «¡Oh! edad nefanda,  
«Vicios abominables ¡Oh, costumbres!  
«¡Oh, corrupcion! exclama; y de camino  
Dos tortas se tragó. «Que á tanto llegue  
«Nuestra depravacion, y, un placer solo,  
«Tantos afanes y dolor produzca  
«A la oprimida humanidad! Por este  
«Sorbo llenamos de miseria y luto  
«La América infeliz; por él Europa,  
«La culta Europa, en el Oriente usurpa  
«Vastas regiones; porque puso en ellas  
«Naturaleza el cinamomo ardiente;  
«Y para que mas grato el gusto adule  
«Este licor, en duros eslabones,  
«Hace gemir al atezado pueblo  
«Que en Africa compró, simple y desnudo;  
«¡Oh, que abominacion!» Dijo, y llorando  
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
Cuanto en el hondo canjilon habia

.....

. . . . . No hay picaro, ni tramposo

Venal, entremetido, disoluto,  
Infame delator, amigo falso,  
Que ya no ejerza autoridad censoria,  
En la puerta del Sol, y allí gobierne  
Los estados del mundo; las costumbres,  
Los ritos y las leyes mude y quite.  
Procúrenlo que se viste, calza y come  
De calumniar y mentir: publica  
Centones de moral. Nevio, que puso  
Pleito á su madre y la encerró por loca,  
Dice que ya la autoridad paterna  
Ni apoyos tiene, ni rigor, y nace  
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata  
De no pagar á su pupila el dote,  
Habiéndola comido el patrimonio  
Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
Dice que no hay justicia, y le condeue  
De que la probidad es nombre vano.  
Rufino, que vendió por precio infame  
Las gracias de su esposa, solicita  
Una insignia de honor. Camilo apunta  
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
En ilustres garitos disipando  
La sangre de sus pueblos infelices;  
Y habla de patriotismo.... Claudio;...  
Todos, en fin, predicán virtud, como el hambriento  
Don Ermeguncio, cuando sorbe y come  
¡Dichoso solo aquel, que la practica y calla!

Hermosilla compara esta sátira con las mejores que produjo Horacio; y en verdad es excelente.

En la despedida que hace para siempre á musas, y á no cultivar ya mas el campo de la poesía, pues veia ya cercano el fin de sus dias, hay trozos magistrales, y son sus versos de una gran sensibilidad, expresando los afectos de su alma en un tono que no tiene nada que le sea superior.

### ELEGIA

#### Á LAS MUSAS

Esta corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro,  
Y máscaras alegres que algun día  
Me disteis, sacras musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe  
Que fuera intento osado repetirlo.  
He visto como ya la edad ligera,  
Apresurando á no volver las horas,  
Robó con ellas su vigor al númen.  
Sé que negais vuestro favor divino  
A la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas  
Ninfas del verde Pindo moradoras,  
No me negueis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre  
Dilatarle famoso, á vos fué dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo  
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
A prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente

Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambicion, la patria mia  
Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces  
A dominar y perecer, tiranos:  
Atropellarse efimeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.  
Vi las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse  
Vencido y vencedor, hijos de España,  
Y el trono desplomarse al rendido  
Impetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
A los que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desórden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago;  
Asi cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revienta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tibre en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia  
Que dá sepulcro al sucesor de Cristo.

¿Quién pudo en tanto horror sonar el plectro,  
Quién dar al verso acordes armonias,  
Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad; bramó iracundo  
El huracan, y arrebató á los campos  
Los frutos, su matiz, la rica pompa  
Destruyó de los árboles sombríos,

Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido en el espanto mudas;  
No mas trovas de amor; así agitaron  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Solo en region estraña, el oprimido  
Ánimo hallar dulce descanso y vida.  
Breve será, que ya la tumba aguarda  
Y sus mármoles abre á recibirme,  
Ya los voy á ocupar. . . . Si no es eterno  
El rigor de los hados; y reservan  
A mi patria infeliz mayor ventura;  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Serà para ella. Prevenid en tanto  
Flébiles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral, musas celestes;  
Y donde á las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de lauros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.

¡Qué magníficos pensamientos encierra esta elegia!

¡Cuánta expresion feliz, y cuánta naturalidad!

No se puede expresar mejor todo el sentimiento que el alma del poeta encerraba, al despedirse para siempre de las Musas; así es que Hermosilla declara, que es la mejor en su linea, que contiene el Parnaso español, y con justa razon; agregando que no hay en ella una palabra que no saliese del corazon.

Para terminar, daremos cabida, para comprobar la facilidad que poseía Moratin para la

versificación á algunos trozos de otra de sus composiciones en castellano antiguo, dedicada al Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, su protector y amigo.

## CANTO

A vos<sup>2</sup>el apuesto garzon,  
 Asmandovos grato la peñola mia,  
 Vos face la omildesa la sua cortesía.  
 Con metros pulidos vulgares en son;  
 Ca non era suyo latino sermon  
 Trovar e con ese decirvos loores;  
 . . . . .  
 Por ende si tanto la mente me da  
 Magtíer que vos digan roman paladino  
 Fiducia me viene que tiene e vecino  
 La gen acuciosa mi carta vera,  
 . . . . .  
 E vimosle a guisa de diestro adalid,  
 Faciendo reseña la hueste real  
 Mandar sus hileras, e a son de atabal  
 Ansi de los muros miró de Madrid  
 La plebe agarena venir a cercalla,  
 Desnuda tizona, en tren de batalla,  
 Al bravo caudillo que dijeron el Cid.  
 ¡Oh, fuerale dado seguir el pendon  
 Que bordan castillos, cruces e leones,  
 Romper hazañoso por los escuadrones  
 Barbaros, de sangre teñido el troton!  
 Timidos fuyeron ginete e peon,  
 En llama aburando sus tiendas caidas  
 E a la funerea matanza e feridos

Cuidaran que fuese Jacobo el patron

.....  
 E ved de cual arte ser grato pensó  
 El rey, que sesudo catara sus fechos;  
 Ayuntale dende con nudos estrechos  
 Al mesmo abolorio de donde nasció.  
 E luego, e de sí voceros mandó  
 Que cedo a la rica Toledo se vayan,  
 E aquesa manceba garrida le trayan,  
 Fija del infante que Dios perdonó.

La flor delindeza, donaire e mesura,  
 En ella se adunan, la bien paresciente;  
 De rojos corales su boca riente,  
 Sobrando a la nieve su tez en albura;  
 La luz de sus ojos esplendida e pura,  
 La voz falagosa, gentil su ademan,  
 Florinda, la causa del nuevo desman  
 Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entrambos en placida union  
 No nunca empescida de fado siniestro  
 Leyendo en el siglo crimoso nuestro  
 De virtud excelsa dechado e blason;  
 La fama do quiera, con alto pregon  
 Su prole ventura perinclita cante,  
 E aquisten ilustre memoria durante  
 Su nome, sus fechos, su clara nacion

.....

Vamos ahora á ocuparnos de otro de los  
 poetas de aquel tiempo, que gozó de igual fama  
 de los que ya hemos hablado.

Nos referimos á don Nicasio Alvarez Cienfuegos.

Nació este poeta en Madrid en el año de 1764. Hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca, en donde fué condiscípulo de su amigo Melendez, con quien le unieron hasta su muerte los vínculos estrechos de un cariñoso afecto; debiéndole á este la pasion, que lo dominó, por la poesia. Terminados sus estudios universitarios, se dedicó completamente al culto de las musas, dando á conocer algunas de las obras líricas, como dramáticas, las que fueron muy aplaudidas, y con estas composiciones acreditó su nombre literario.

En la invasion de los franceses á España, Cienfuegos tuvo que expatriarse y seguir la dura suerte que les impuso Murat á los que defendian el sagrado suelo de la patria, habiéndose expuesto á ser fusilado por las tropas invasoras, por su lealtad y decision á la noble causa que sostenia. Murió en 1809, en Ortés, poco despues de haber llegado á Francia.

La crítica imparcial, despues de haber pasado la época de admiracion á muchos de sus trabajos literarios, le ha dado el lugar que le corresponde, entre los que han pulsado la lira poética, y es un lugar secundario. Cienfuegos pudo ser un buen poeta, dice Hermosilla; pero no lo fué, por haber errado el camino. Sus versos son casi todo llenos,

rotundos, sonoros; y los pensamientos son tambien oportunos por lo general; pero el estilo y el lenguaje son detestables, en la casi totalidad de sus obras. Así este buen ingenio se malogró, por la manía de singularizarse en su modo de hablar, y por haberse empeñado en afectar una sensibilidad que no poseia, ni venia muchas veces al caso, en los asuntos que trataba. Testigos de ello son, sus dedicatorias en prosa, y señaladamente la que dirigió á la marquesa de Fuerte Hjar. Léase y dígase, si es posible escribir una carta familiar, con mas pedantesca afectacion.

Sin embargo tiene en sus obras algunas que merecen leerse.

Daremos á continuacion algunos fragmentos de sus mejores composiciones:

### EL OTOÑO

¡Oh! salve, salve, soledad querida,  
Do en los alhagos de abril hermoso,  
Vine á cantar en medio á los amores  
Mi eterno desamor! Salve, ó florida,  
O calma vega! Ah! tu feliz reposo  
Tornó otra vez, y, entre tus nuevas flores,  
Enjugando el sudor que á Sirio ardiente  
Pagó en tributo lánguida mi frente,  
Veré al otoño levantarse ufano  
Sobre la árida tumba del verano.

Sí, le veré; que la balanza justa,

Las sombras y la luz igual partiendo,  
En sus frescos palacios aprisiona  
Voluble el sol, que de su sien augusta  
La inflamada diadema desciñendo,  
De rayos mas benignos se corona.  
Otoño, clama de su carro de oro,  
Y otoño entonces entre el favonio coro  
Que agosto adormeció, la faz alzando  
El florido frescor vuela soplando.

A su dulce volar, ¡cual reverdece  
La tierra enriqueciendo su ancho manto  
De opulento verdor! La tuberosa  
De albo cáliz en su honor florece,  
Y la piramidal, y tú, ¡oh, amaranto!  
De mas largo vivir. Tu flor pomposa,  
Que adornaba de mayo los amores,  
Hoy halla frutos donde vió las flores;  
Oyó quejarse el ruiseñor primero  
Y ya recibe su cantar postrero.

Tu le viste brillante y florecido  
A este rico peral, que ahora agobiado  
Del largo enjambre de su prole hermosa  
La frente inclina; Céfito atrevido,  
De una poma tal vez enamorado,  
Bate rápido el ala sonora,  
Y la besa, y la deja, y torna amante  
Y mece sus tiernas hojas, é inconstante  
Huye y tórnala á mecer, y cae su amada,  
Y toca el polvo con la faz rosada.

.....

Esta otra composicion es digna de leerse.

### MI PASEO SOLITARIO DE PRIMAVERA

Dulce Ramon, en tanto que dormido,  
A la voz maternal de primavera,  
Vagas errante, entre el insano estruendo  
Del cortesano mar siempre agitado;  
Yo, siempre herido de amorosa llama,  
Busco la soledad, y en su silencio  
Sin esperanza mi dolor echalo.  
Tendido allí sobre la verde alfombra  
De grama y trébol, á la sombra dulce  
De una nube feliz que marcha lenta,  
Con menudo llover regando el suelo,  
Late mi corazon, cae y se clava  
En el pecho su lánguida cabeza,  
Y por mis ojos violento rompe  
El fuego abrazador que me devora.  
Todo desapareció: ya nada veo,  
Ni siento sinó á mí, ni ya la mente  
Puede enfrenar la rápida carrera  
De la imaginacion, que en un momento,  
De amores en amores va arrojando  
Mi ardiente corazon, hasta que pruebas  
En cuantas formas el amor recibe  
Toda su variedad y sentimiento.  
De una hermosa virtud, ante mis ojos  
Está Clarisa, el corazon palpita  
A su presencia, tímido no puede  
El labio hablarla; ante sus piés  
Me postro, y con el llanto mi pasion descubro,

Ella suspira, y con el silencio amante  
Jura en su corazon un amor eterno,  
Y llora y lloro, y en su faz hermosa  
El labio imprimo, y donde toca ardiente,  
Su encendido color blanquea. . . . .

.....

Sin dejar de apreciar en su justo mérito estas y otras composiciones de Cienfuegos, no debemos dejar de consignar nuestra opinion sobre ellas, como de las demás de este poeta, y es, que pecan de falta de naturalidad y de un tono altisonante y ampuloso que las afean, en gran parte.

Por lo demás, no es tan falto de mérito, como lo cree Hermosilla y otros críticos; y aunque no puede ponerse en parangon con los primeros poetas, no son de despreciar muchas de sus composiciones, en donde hay bastante originalidad, y en donde se hallan trozos de bastante mérito.

Don Vicente Garcia de la Huerta, fué uno de los que mas valientemente sostuvo, en aquel tiempo, la causa de la literatura antigua española.

Era este autor de gran imaginacion, poseyendo el arte de espresarse con facilidad y fluidez; y mereció el honor de ser nombrado miembro de la Academia española y de la de historia, siendo secretario de la Biblioteca real.

Se ensayó en la tragedia, y aunque no

sobresalió en ellas, sin embargo en *Raquel* ha sobrevivido del olvido del tiempo, y se lee aun con agrado. Existen en ella, algunas bellezas de versificación, y aun se encuentran pensamientos llenos de nobleza; pero, algunos conceptos malamente intercalados, le quitan en gran parte su mérito intrínseco.

Vamos ahora á ocuparnos de un escritor, de quien debíamos haberlo hecho antes, pues que figura á principios del siglo de que hablamos; pero que, por el carácter de sus obras, lo hemos dejado postergado, á pesar de la trascendencia que tuvieron sus escritos en su país.

El padre Feijóo es uno de los escritores de aquella época, que debe citarse, y que por la variedad de sus trabajos, ha sido denominado el Voltaire español; y á quien, segun el Sr. Lista, debia levantársele una estatua, y quemar al pié de ella todo lo que habia escrito.

El padre Feijóo habia nacido en Galicia, en una época, para España, de verdadero atraso y oscurantismo, y se hace mas de admirar, aunque sus obras no sobresalgan por muchos motivos, y nada menos que para compararlo con Voltaire, que se hiciese superior á su tiempo, y rompiera con todas las preocupaciones y con el espíritu de rutina que aletargaba á los mejores ingenios de su patria.

Dejando á parte los muchos defectos que presentan sus trabajos, es la verdad que prestó

un grande y señalado servicio á las letras, aun cuando no fuera mas que estableciendo el libre exámen y un juicio crítico á todo, en su pais.

Es muy de admirar, dice Alcalá Galiano, que un monge, de nacimiento ilustre, nacido en un extremo de Galicia, en un siglo de ignorancia, con todo lo que lo rodeaba, inclinándole á seguir el ciego espíritu de rutina, es muy de admirar, que semejante hombre se hiciese superior á las preocupaciones, concibiese la idea de que todo debe examinarse, y no aprobarse sin exámen; rompiese de una vez con el clamor vulgar, se atreviese en un opúsculo á decir, que la voz del pueblo no era la de Dios, sinó todo lo contrario; se decidiese á acometer las preocupaciones, haciéndose un nombre, y abriendo un camino, que despues han recorrido mejores ingénios, á quienes alumbró la luz de la verdadera filosofía. ¿Qué vale que casi todos sus escritos fueran traducciones, ya del *Diccionario de los Sábios*, ya de obras mas vulgares?

El mérito está en no haberse arredrado por cosa alguna, en haber sabido escoger lo que traducía, en no haber retrocedido, ni ante el clamor popular, ni aun ante el tribunal de la inquisicion, que todavia estaba en pié, y que le habria atropellado, á no haber sido protegido por el rey; el mérito está en no haberse

dejado intimidar tampoco por el clamor de los que lo rodeaban, clamor, al cual, el hombre que viene en sociedad, tiene que ceder muchas veces, á no tener, como suele decirse, el pecho armado de triple acero. Hasta se atrevió á hablar, con elogio, de Voltaire; cuya fama es verdad que ni en bueno, ni en malo se habia remontado entonces á la altura que despues subió, pero en quien ya asomaba aquel espíritu de irreligion que le dió despues tanto renombre. Hablando de la historia de Cárlos XII rey de Suecia, dice Feijoó, que se debe á la delicada pluma de Voltaire.

¡ Cosa singular, que hiciese el elogio de aquel escritor, un monge español de principios del siglo XVII!

El clamor que se habia levantado contra él era grande: Feijoó seguía combatiendo las preocupaciones, haciendo ver que no habia duendes ni brujas, negando á veces hasta los milagros, como aquel en que se decia haber visto la imagen de san Francisco de Paula sobre el altar, estando en manifiesto el Santísimo Sacramento; combatiendo toda clase de errores, atreviéndose á sostener el sistema de Copérnico, cuando en aquel tiempo nadie lo sostenia; dando razon de los primeros descubrimientos de Descartes, y hasta de Newton, á quien todavia combatia el patriotismo francés, y luchando infantigable contra los enemigos, y que eran muchos, en sus

ideas tan adelantadas, que lo hacen un hombre insigne. Solo sí, el estilo de sus obras adolece de varios defectos; abunda en galicismos y al mismo tiempo tiene los resabios del mal gusto de la época, pero en general es claro, plantea un argumento, y cumple cabalmente con el objeto que se propone.

A otro escritor que no debemos relegar al olvido, es al jesuita don José Francisco Isla, conocido por el padre Isla, autor de varias obras que han merecido elogios, y que aun muchas de ellas se léen, lo que hace ver su valor, sino literario, su originalidad, cuando han sobrevivido al tiempo.

Su *Historia de Fray Gerundio de Campazas*, á pesar de sus muchos defectos, es una excelente crítica del abuso que se hacia de la elocuencia del púlpito y de las gerundiadas, y que cortó, en gran parte, los males, que espíritus mediocres cometian desde la cátedra santa.

Los que se sintieron heridos por su acerba crítica, encerrada en las páginas de esta obra, la combatieron con teson; consiguiendo que el tribunal de la Inquisicion la prohibiese, lo que la hizo mas popular, pues fué hasta traducida al inglés, al francés y al alemán.

Era Isla de vastísima erudicion y de verdadero talento; tenia un carácter alegre y festivo, y una natural disposicion para la sátira.

Tiene otras obras de verdadero mérito, como

son: el *Triunfo del Amor*, *La lealtad*, *Cartas de Juan Encina*; que aunque pobres por su argumento, no dejan de ser de entretenida lectura. El *Día grande de Navidad*, que pasa por uno de sus mejores trabajos, y en el que mezcla chistes, aunque no siempre del mejor gusto, que le han granjeado el aprecio de sus lectores; no sabiendo á ciencia cierta, si en dicha obra, Isla se propuso hacer el elogio ó la crítica de los Navarros, lo que realzó mas sus propósitos.

Fué traductor del *Compendio de la Historia de España*, del padre Duchesne, y de la famosa obra *Gil Blas de Santillana*, de Lesage, que tanto se ha disputado su verdadera procedencia, y de la cual Isla dice, que al traducirla, no hace mas que volverla á su verdadero idioma; afirmando, haber sido escrita en español antes que en francés.

Y á propósito de esta obra, de la que tanto se ha hablado, y tanto y tanto se ha discutido, y sobre la cual muchos españoles han opinado como el padre Isla, y otros se han inclinado á que sea debida exclusivamente al autor francés; dejaremos hablar á uno de los que mas juiciosamente, á nuestro parecer, opinan sobre ella, y que siendo español tiene mas importancia.

Dice Alcalá Galiano: imposible es al mentar esta obra, dejar de dar mi parecer sobre quien es el autor verdadero, cuestion reñida con

tan agudo ingénio, con erudicion tan diligente; y forzoso es decirlo tambien, con tan poco juiciosa y tan arrebatada parcialidad, de aquella que justificándose á sus propios ojos, con llamarse patriotismo, á nada atiende mas que á triunfar por cualesquiera medios; que hablar sobre ella chocando con respetables autoridades, es excesivo atrevimiento. Nadie ignora que en esta averiguacion puede poco el deseo de acertar con la verdad, y mucho el empeño de españoles y franceses; aquellos en convencer á Lesage de plagiario, y estos otros de sacarle acreditado de original enteramente.

El padre Isla, traductor del *Gil Blas*, afirmó lo primero con singular osadia, pero no pasó de la afirmacion á la prueba, no mereciendo el nombre de tal los excesos y débiles razones que en abono de su opinion emplea.

Con harta mas sutileza y muy superior copia de datos, ha sostenido Don Juan Antonio Llorente la misma causa, pero de ningun modo con pruebas, de aquellas victoriosas, que producen por fuerza el convencimiento. Volviendo M. de Neufchateau por la honra de su paisano el escritor francés, y por la fama literaria francesa, no sin fuertes argumentos, defiende que la historia de *Gil Blas*, es francesa, y de parte de ella, casi llega á probarlo, pero no ciertamente de toda la obra.

Otros franceses, ni se dignan entrar en la

disputa, y dan la novela por de Lesage, como cosa no cuestionable é incontestable. Tampoco faltan españoles, que por el lado contrario afirman ser *Gil Blas*, un plagio averiguado, como si la obra original española existiese conocida, ó como si su existencia, aunque ella misma no fuese un hecho notorio.

Entretanto, como por ser españoles, ni debe quitarnos la calidad de justos, ni la de discretos, bien será que no perdamos de vista, que interin no aparezca un *Gil Blas* original castellano, ó una prueba cierta de que lo hay, ó ha habido, si bien no es fácil dar con ella; asiste á los franceses derecho para mirar y dar la composicion como del autor que la publicó, llamandola suya. Hame dicho una persona erudita, que en una de nuestras posesiones del Asia, en las islas Filipinas ha visto un manuscrito, en que está contada la anécdota del licenciado Pedro Garcia, y su alma enterrada, segun sirve de prólogo al *Gil Blas*; pero contada en estilo y frase tan del gusto y corte de los siglos XVI, ó XVII, que no es posible atribuir la composicion á otro; distinguiéndose por cierta clase de chiste y de diction, solo en aquellos dias conocida, y perdida en los nuestros, aunque sustituida con otro género de perfecciones. No dudando yo, como no debo, de la veracidad del testimonio, desconfio sin embargo del juicio del testigo, aunque erudito y entendido parcial,

y que pudo ver, en una traduccion bien hecha, primores que cuadraban con su deseo, sin contar con que en un trozo corto como el de que se trata es fácil imitar el estilo y diction de una época, hasta engañar al juez mas habil y ejercitado. Sin hacer, pues, alto en esta circunstancia, que solo probaria ser una parte del *Gil Blas*, original española, osaré decir cual es mi juicio, fundándolo en los datos que poseemos. Pareceme, segun ellos, que una parte de la obra es debida al ingenio de Lesage, y que otra hubo de deberse á alguna ó algunas obras españolas, que tuvo á la vista. Sin contar con que, en la novela de que tratamos, se encuentran caracteres y sucesos conocidos en Francia y de cierta época, como ha advertido M. de Neufchateau, una parte muy considerable de Lesage es una pintura nada fiel de las costumbres españolas; y al contrario, otra parte lo es tan fiel y acabada, que no parece haber salido del pincel de un extrangero, y menos de uno que nunca visitó á España.

Los caballeros cortesanos de *Gil Blas* tomando rapé, cenando con comediantas, haciendo juicios críticos de las comedias, no son ciertamente de la corte de Madrid, reinando Felipe III, sinó de la de Francia, durante la regencia del Duque de Orleans, que es cuando el autor escribia. Lo que de estos, puede decirse de otros personajes y de sucesos, aun no tomando

en cuenta el lance de Inesilla de Cantarilla, de quien se enamoró su hijo; y sabido por él ser su madre, se dió muerte á sí propio, lance que saben todos que pasó á la célebre cortesana francesa Ninnon de L'Enclos, hasta en su vejez de peregrina hermosura. Por el contrario, pintura de cosas y personas hay en la misma obra tan españolas y castizas, que solo por mano de autor español pueden haber sido hechas. Tengo pues, por probado, que *Lesage*, tuvo un manuscrito español á la vista, y que si en parte lo tradujo, le añadió no poco, lo enmendó y aun lo mejoró, comunicando á su trabajo el colorido propio de su ingenio; haciendo lo que con el *Diablo cojuelo*, de Guevara, pero haciendo mas por el estilo, hasta el punto de hacer á *Gil Blas* mas obra suya propia que la otra.»

Hasta aquí la cita; y agregaremos uno de los mas fuertes argumentos que no se ha podido desbaratar ni destruir, es de que ningun autor de la época en España, habria podido escribir una obra semejante, ni habia quien pudiese competir con *Lesage*. Ninguno ciertamente; y solo atribuyéndola á un autor desconocido; lo que no es probable, podia dar base para creer que *Lesage* hubiere hecho un plagio. Pero *Lesage*, tiene otros trabajos, sinó fuera el *Gil Blas*, que atestiguan que ha sido el autor de esta novela.

Indudablemente se ha servido de algunos

manuscritos ó bien de algunos bosquejos incompletos, en que se retrataban las costumbres españolas, que ha venido á sus manos, quien sabe como, pues como sabemos nunca estuvo en España; y les dió vida y colorido, haciendo una obra que es y será imperecedera y de mérito real, pues no solo los caracteres y las costumbres están retratadas con mano maestra, de la España de la época que describe, sinó que existe un estudio profundo, en ella, de la naturaleza humana.

No debemos dejar de citar á uno de los escritores mas originales de la época de que hablamos y es de don Ramon de la Cruz Cano.

Nació este poeta en Madrid, en 1731, muriendo en 1795. Hizo sus estudios de abogado y fué nombrado catedrático de filosofía, que ejerció algun tiempo. Llevado por su natural inclinacion á la poesia, se ensayó en algunas composiciones que fueron bien recibidas, y muy luego dió algunas obras cómicas, mereciendo la justa aceptacion del público, dedicándose desde entonces al teatro. Las composiciones de don Ramon de la Cruz son infinitas, y forman uno de los mejores cuadros de las costumbres de los españoles de la época; estando retratados en aquellos sainetes y entremeses, con tal colorido de verdad, que no se puede pedir mas. Aunque sus producciones podian haberle dado, como para que pudiera vivir holgadamente, sin embargo ellas

no fueron bastantes para proporcionarle recursos para su existencia; no vivió sinó en la miseria, y á espensas de lo que los cómicos y algunas otras personas le daban. Tenia además de los méritos de poeta original que se traslucen en sus obras, una excelente alma, pues cifraba toda su felicidad en socorrer á los desvalidos. Entre sus muchas composiciones las hay de mérito verdaderamente notable, y pueden citarse entre otras muchas mas: *El Divorcio feliz*, *El licenciado Farfulla*, *El Dia de Noche Buena*, que no podemos dejar de recomendar su lectura; pues poséen, ademas de pinceladas de verdadero arte dramático, una gran naturalidad que campea siempre en todos los trabajos de este autor, y que lo hacen altamente acreedor á ocupar un lugar distinguido, en trelos escritores del siglo XVIII.

Y como dejar de hablar de uno de los hombres mas ilustres de la época, que tanto honró las letras, y que figura á la par entre los mas grandes políticos, como hombre de estado, dando acabadas pruebas de sabiduría; debiéndole en gran parte el desarrollo moral, intelectual y material que su patria alcanzó, en aquel reinado de Cárlos III, que se cuenta como uno de los mas prósperos para España.

Don Pedro Rodrigo, Conde de Campomanes, ocupa, por la profundidad y extension de conocimientos, uno de los rangos como escritor y

académico, mas sobresaliente en las letras de su patria. Fué abogado, y de tal manera se distinguió en tan noble carrera, que mereció en su país los mas distinguidos puestos, y fué por muchos años, director de la real Academia española.

Uno de sus biógrafos dice: Campomanes supo siempre desempeñar, con tanto acierto como facilidad, los cargos mas difíciles: cuando hablaba en el Consejo, la casa se llenaba de gente para oírle; la fiscalía de Campomanes, como dice el académico Vicente Gonzalez Arnao, en su elogio, fué el tiempo de la concordia del sacerdocio y del imperio de España; lo fué de la vivificación de la agricultura, industria y comercio; fué de la regeneracion de los estudios públicos, y lo fué últimamente del consuelo de los hombres desdichados, sin culpa suya.

Entre sus mejores trabajos se cuentan sus *Memorias de la Academia*; cuya institucion le debe, en gran parte, muchas de las adquisiciones que posee, en libros, manuscritos, monedas y antigüedades, que son el mejor timbre de su gloria.

Como ministro, le debe su patria muchos de sus adelantos; los grandes caminos, puentes y calzadas, fueron iniciados y llevados á cabo por él; hizo porque se hermoseasen los pueblos, y tambien para proteger el comercio de América, habilitó á varios puertos, privándolos de muchas trabas que pesaban sobre su desarrollo.

A la par de este debemos tambien citar al ilustre Florida Blanca, uno de los mas preclaros varones de la época.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, no solo hizo por su pátria cuanto le fué dado en la época aciaga por que atravesó con la invasion francesa, y los sucesos que se desarrollaran en su país, sinó que honra las letras figurando su nombre entre los mas esclarecidos escritores de la época preparando su entendimiento, como dice Quintana, á aquellas tareas que tanta utilidad habian de ofrecer despues á su pátria, dando lustre á las letras y tanta gloria á su nombre.

Sus primeros trabajos literarios fueron el *El Delincuente honrado*, y el *Pelayo*, en que se ven sus notables disposiciones de poeta, y que son dignas de figurar entre los mejores composiciones de aquel tiempo. Pero ademas de estas y otras diferentes obras poéticas que tituló *Ocios juveniles*, que encierran composiciones de un gusto esquisito, escribió su *Discurso sobre la necesidad del conocimiento de la historia para la jurisprudencia; Memoria sobre las diversiones públicas; el Elogio histórico de las nobles artes españoles; el Elogio del rey Carlos III*, y sobre todo su notable trabajo sobre la *Ley Agraria*, que coloca su nombre de profundo pensador, no solo en su pátria sinó en el extranjero. Dice el mismo Quintana que hemos citado, que no hubo operacion ninguna de utilidad pública en su

pátria en que Jovellanos no figurase, ni instituto literario que no se gloriase de tenerlo por que colaborador, y en donde sus trabajos no contribuyesen poderosamente, al honor del cuerpo en que se hacian, y al bien general del estado, que era el objeto primario y esencial de todos sus afanes y tareas.

Jovellanos sufrió las persecuciones del Poder, y despues de haber desempeñado diferentes cargos públicos, y haber ocupado el ministerio de Gracia y Justicia, se le condenó á prision y destierro, por uno de esos actos de arbitrariedad que se ejercian en aquella aciaga época de España.

Hé aquí uno de sus bellos sonetos que prueba su maestria en la poesia.

#### A CLORI

Sentir de una pasion viva y ardiente  
Todo el afan, zozobra y agonía,  
Vivir sin premio un día y otro día;  
Dudar, sufrir, llorar eternamente;  
Amar á quien no ama, á quien no siente,  
A quien no corresponde, ni desvía:  
Persuadir á quien cree y desconfía,  
Rogar á quien otorga y se arrepiente:  
Luchar contra un poder justo y terrible,  
Temer mas á la desgracia que á la muerte,  
Morir en fin, de angustia y de tormento  
Víctima de un amor irresistible;  
Vé aquí mi situacion; esta es mi suerte,  
¿Y aún pretendes, cruel, que esté contento ?

Los demas poetas son secundarios; y no merecen que nos ocupemos de ellos, con relacion al mérito poético de los que hemos hablado.

Sin embargo, y á pesar de que debiéramos colocarlo en el siglo diez y nueve, aunque sus primeros trabajos literarios son del diez y ocho, debemos hablar de uno de los mas preclaros ingénios que la península ha producido: de un verdadero y gran poeta, digno de figurar entre los primeros de su patria; de don Manuel José Quintana.

Nació este renombrado poeta, en Madrid en 1772, haciendo sus estudios en Córdoba, la célebre, y en Salamanca, la no menos célebre, que tantos ingénios produjo. Desde muy jóven se dedicó á la poesia, teniendo por profesores á Melendez y Cienfuegos. Sus primeros trabajos datan de 1795, y en 1801 escribió la tragedia el *Duque de Viseo*, que fué representada en el teatro de la Cruz, y que fué muy aplaudida, Al año siguiente publicó una coleccion de poesias, que le granearon la estimacion pública, y lo colocaron en el rango de los primeros poetas de su país.

Dió á la escena en seguida otra tragedia titulada *Pelayo*; y otra obra salió de su pluma, que asentó completamente su reputacion literaria por aquel tiempo, que fué: las *Vidas de los españoles célebres*, trabajo concienzudo y de verdadero estudio, y tambien de crítica.

En esta obra, sobre las demas de que fué autor, como dice uno de sus biógrafos, se muestra Quintana historiador apreciable, elocuente prosista, buen crítico y gran poeta.

Mereció durante su vida grandes honores; fué miembro de la Real Academia de San Fernando y de muchas otras sociedades nacionales como extranjeras; siendo presidente de la direccion general de estudios de su país. Obtuvo grandes empleos; hasta que en 1823, cuando dominó en España el absolutismo, fué privado de ellos; y, perseguido por sus ideas liberales, tuvo que abandonar la corte y retirarse á un pueblo de la ciudad de Extremadura.

Por el año de 1835, fué nombrado senador del reino y encargado de la enseñanza de la reina Isabel segunda, siendo nombrado presidente del consejo de instruccion pública y senador vitalicio.

Los argumentos de sus composiciones tan solamente bastarian para inmortalizarlo; pues, en casi todos ellos, se vé el profundo amor á la madre patria, que rebosaba su alma; y la energía y robustez de sus versos, pueden ponerse en parangon, como dice un escritor, con los de Tirteo.

Vamos á extractar algunas de sus poesias, no sabiendo cual elegir, pues todas ellas son de mano maestra, y por lo mismo dignas de su génio. Júzguese por las que van en seguida.

## A LA INVENCION DE LA IMPRENTA

¿Será que siempre la ambicion sangrienta  
O del sólio el poder pronuncie solo,  
Cuando la trompa de la fama alienta  
Vuestro divino lábio hijos de Apolo ?  
¿ No os da rubor ? El don de la alabanza,  
La hermosa luz de la brillante gloria,  
¿ Serán tal vez del nombre á quien daría  
Eterno oprobio ó maldicion la historia ?  
¡ Oh ! despertad: el humillado acento  
Con majestad no usada  
Suba á las nubes penetrando el viento,  
Y si quereis que el universo os crea  
Dignos del lauro en que ceñis la frente,  
Que vuestro canto enérgico y valiente  
Digno tambien del universo sea.

No las aromas del loor se vieron  
Vilmente degradadas  
Así en la antigüedad: siempre las aras  
De la invencion sublime,  
Del génio bienhechor las recibieron.  
Nace Saturno, y de la madre tierra  
El seno abriendo con el fuerte arado  
El precioso tesoro  
De vivífica mies descubre el suelo,  
Y grato el canto le remonta al cielo,  
Y Dios le nombra de los siglos de oro.  
¿ Dios no fuiste, tambien tu, que allá un día  
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,  
Y trazandola en letras, detuviste  
La palabra veloz que antes huía ?

Sin ti se devoraban  
Los siglos á los siglos, y á la tumba  
De un olvido eternal yertos bajaban.  
Tu fuiste: el pensamiento  
Miró ensanchar la limitada esfera  
Que en sn infancia fatal le contenia,  
Tendió las alas, y arribó á la altura  
De do escuchar la edad que antes viviera,  
Y hablar ya pudo con la edad futura,  
; Oh gloriosa ventura !  
Goza génio inmortal, goza tú solo  
Del himno de alabanza y los honores  
Que á tu invencion magnífica se deben.  
Contemplala brillar; y cual si solo  
Á ostentar su poder ella bastara,  
Por tanto tiempo reposar natura  
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba  
La plugo hacer de si, y el Rin helado  
Nacer vió á Guttemberg. ; Con que es en vano  
Que el hombre al pensamiento  
Alcanzase escribiendole á dar vida,  
Si desnudo de curso y movimiento  
En letárgica oscuridad se olvida?  
No basta un vaso a contener las olas  
Del férvido Oceano,  
Ni en solo un libro dilatarse pueden  
Los grandes dones del ingénio humano;  
; Qué les falta? ; Volar? Pues si á natura  
Un tipo basta á producir sin cuento  
Sereis iguales, mi invencion la siga;

Que en ecos mil y mil sienta doblarse  
Una misma verdad y que consiga  
Sus alas de la luz al desplegarse.

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento  
Vieras la Europa atónita, agitada  
Con el estruendo sordo y formidable  
Que hace sañudo el viento  
Soplando el fuego asolador que encierra  
En sus cavernas lóbregas la tierra.  
; Ay del alcázar que al error fundaron  
La estúpida ignorancia y tiranía!  
El volcan reventó, y á su porfia  
Los soberbios cimientos vacilaron,  
¿Que es del monstruo decid, inmundo y feo  
Que abortó el Dios del mal, y que insolente  
Sobre el despedazado Capitolio  
A devorar el mundo impunemente  
Osó fundar su abominable sólio?

Dura si; mas su inmenso poderío  
Desplomandose vá; pero su ruina  
Mostrará, largamente sus estragos.  
Así torre fortísima domina  
Su altiva cima de fragosa sierra,  
Su albergue en ella y su defensa hicieron  
Los hijos de la guerra,  
Y en ella su pujanza arrebatada  
Rugiendo los ejércitos rompieron,  
Despues abandonada,  
Y del silencio y soledad sitiada,  
Conserva, aunque ruinosa, todavia  
Su aterradora faz que antes tenia,

Mas llega el tiempo y la extremece y cae;  
Cae, los campos gimen  
Con los rotos escombros, y entretanto  
Es escarnio y baldon de la comarca  
La que antes fué escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes  
Ornó de la razon, mientras osada,  
Sedienta de saber la inteligencia,  
Abarca el universo en su gran vuelo.  
Levántase Copérnico hasta el cielo,  
Que un velo impenetrable antes cubria,  
Y allí contempla el eternal reposo  
Del astro luminoso  
Que da torrentes su esplendor al día,  
Siente bajo su planta Galileo  
Nuestro globo rodar, la Italia ciega  
Le da por premio un calabozo impío;  
Y el globo en tanto sin cesar navega  
Por el inmenso piélago del vacio,  
Y navegan con él impetuoso,  
Á modo de relámpagos huyendo  
Los astros rutilantes; mas lanzado  
Veloz el génio de Newton tras ellos,  
Los sigue, los alcanza  
Y á regular se atreve  
El grande impulso que sus orbes mueve.

« ¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos  
Hallar la ley en que sin fin se agitan  
La atmósfera y el mar, partir los rayos  
De la impalpable luz, y hasta en la tierra  
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna

Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,  
 Vuélvete al hombre.» Ella volvió y furiosa  
 Lanzó su indignacion en sus clamores.  
 « ¡Con que el mundo moral todo es horrores!  
 ¡Con que la atroz cadena  
 Que forjó en su furor la tiranía,  
 De polo á polo inexorable suena,  
 Y los hombres condena  
 De la vil servidumbre á la agonía!  
 Y el cuchillo y el fuego á la defensa  
 En su diestra nefaria apercibieron.

¡ Oh, insensatos! ¿ qué haceis? Esas hogueras  
 Que á devorarme horribles se presentan  
 Y en arrancarme la verdad porfian,  
 Fanales son que á su esplendor me giran,  
 Antorchas son que á su victoria ostentan

. . . . .

Llegó pues el gran día  
 En que un mortal divino, sacudiendo  
 De entre la mengua universal la frente,  
 Con voz omnipotente  
 Dijo á la faz del mundo « El hombre es libre.  
 Y esta sagrada exclamacion saliendo  
 Va en los estrechos límites hundido  
 Se vió de una region; el eco grande  
 Que inventó Guttemberg la alza en sus alas;  
 Y en ellas conducida,  
 Se mira en un momento  
 Salvar los montes, recorrer los mares,  
 Ocupar la extension del viento,  
 Y sin que el trono ó su furor le asombra,

Por todas partes el valiente grito  
Sonar de la razon; « Libre es el hombre »  
. . . . .

---

A LA ESPEDICION ESPAÑOLA  
PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMÉRICA.

---

¡Virgen del mundo, América inocente!  
Tú que el preciado seno  
Al cielo ostentas de abundancia lleno,  
Y de apacible juventud la frente;  
Tu, que á fuer de mas tierna y más hermosa  
Entre las zonas de la madre tierra,  
Debiste ser del hado,  
Ya contra tí tan inclemente y fiero  
Delicia dulce y el amor primero;  
Oyeme: si hubo vez en que mis ojos,  
Los fastos de tu historia recorriendo,  
No se hinchasen de lágrimas; si pudo  
Mi corazon sin compasion, sin ira  
Tus lástimas oír, ¡ah! que negado  
Eternamente á la virtud me vea,  
Y bárbaro y malvado  
Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos,  
En el eterno libro de la vida,  
Esos dolientes gritos  
Que tu labio afligido al cielo envía.  
Claman allí contra la patria mía,  
Y vedan estampar gloria y ventura  
En el campo fatal donde hay delitos.

¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes  
 Tres siglos infelices  
 De amarga expiacion? Ya en estos dias  
 No somos, no, los que á la faz del mundo  
 Las alas de la audacia se vistieron  
 Y por el ponto Atlántico volaron;  
 Aquellos que el silencio en que yacias,  
 Sangrienta, encadenado te arrancaron.

Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto  
 Por eso ha de cesar? Yo olvidaria  
 El rigor de mis duros vencedores  
 Tu atroz codicia, su inclemente saña  
 Crimen fueron del tiempo, y no de España  
 Mas, ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males  
 Podré olvidar que aún mísera me ahogan?  
 Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme  
 Si el horror no os lo veda, emponzoñada  
 Con la peste fatal que á desolarme  
 De sus funestas naves fué lanzada.  
 Como el árida miés hierro enemigo,  
 Como sierpe que infecta y que devora,  
 Tal su ala abrasadora  
 Desde aquel tiempo se ensañó conmigo;  
 Miradla embravecerse y cual sepulta  
 Allá en la estancia oculta  
 De la muerte mis hijos, mis amores,  
 Tened ¡ay! compasion de mi agonía  
 Los que os llamais de América, señores;  
 Ved que no basta à su furor insano  
 Una generacion, cientos se traga;  
 Y yo, expirante, yerma, á tanta plaga,

Demando auxilio y lo demando en vano

. . . . .  
. . . . .

De tanta gloria á la radiante lumbre  
En noble emulacion llenando el pecho,  
Alzó la frente un español, «No sea,  
Clamó, que su magnánima costumbre  
En tan grande ocasion mi pátria olvide  
El don de la invencion es de fortuna;  
Gozela allá un inglés; España ostente  
Su corazon espléndido y sublime,  
Y dé á su magestad mayor decoro  
Llevando este tesoro  
Donde con mas violencia el mal oprime.  
Yo volaré; que un monarca me lo manda,  
Yo volaré; del férvido Oceano  
Arrostraré la furia embravecida  
Y en medio de la América infestada  
Sabré plantar el árbol de la vida.

Dijo; y apenas de su labio ardiente,  
Estos ecos benéficos salieron  
Cuando tendiendo al aire el blando lino,  
Ya en el puerto la nave se agitaba  
Por dar principio á tan feliz canino,  
Lánzase el argonauta á su destino.  
Ondas del mar, en plácida bonanza  
Llevad ese depósito sagrado  
Por vuestro campo límpido y sereno;  
De mil generaciones la esperanza  
Vá allí, no la negueis, guardad el trueno

Guardad el rayo y la fatal tormenta,  
 Al tiempo en que, dejando  
 Aquellas playas fértiles, remotas,  
 De vicios y oro, y maldicion preñadas  
 Vengan triunfando las soberbias flotas

. . . . .

Llegas enfin, la América saluda  
 A su gran bienhechor, y al punto siente  
 Purificar sus venas

El destinado bálsamo; tú entonces  
 De ardor mas generoso el pecho llenas;  
 Y obedeciendo al númen que te guía,  
 Mandas volver la resonante prora  
 A los reinos del Ganges y á la aurora.

El mar del Mediodia  
 Te vió alumbrando sus inmensos senos  
 Incansable surcar; Luzon te admira  
 Siempre sembrando el bien en tu camino,

. . . . .

¡ Digna empresa, hombre grande era de tí !  
 Bien digna de aquella luz altísima, divina,  
 Que en dias mas felices,

La razon, la virtud aquí encendieron !  
 Luz que se extingue ya; Balmis, no tornes,  
 No crece ya en Europa

El sagrado laurel con que te adornes,  
 Quédate allá, donde sagrado asilo  
 Tendrán la paz, la independencia hermosa !  
 Quédate allá, donde por fin recibas  
 El premio augusto de tu accion gloriosa.

. . . . .

Magnífica composicion que nunca acabaremos de admirar; y como estas son las demas que escribió el laureado poeta.

Veamos ahora algunas de sus composiciones á los héroes de su patria.

#### A GUZMAN EL BUENO

---

Ya con lira sonora,  
Himnos dí á la beldad hija del cielo,  
Y al amor canté que sin cesar la adora;  
Mas, ¿ cómo al fin mi generoso anhelo,  
Podrá exaltarse de la hermosa fama  
Hasta el templo inmortal? Ella me llama,  
Y ya en mi pecho hierve  
El canto de loor, sin que mis ojos  
En esta sirte miserable vean  
El grande objeto que ensalzar desean.

Cantara yo los haces españolas,  
En Pirene temblando el éco horrendo  
Con que Mavorte en rededor rugia?  
¿ O á las naves británicas huyendo  
Nuestra misera escuadra entre las olas  
Amedrentadas ya con su osadía?  
No España patria mia;  
No son eternas, no, las torpes huellas  
Que de su noble frente  
Empañan el honor; tú en otros días,  
Con victorioso patriotismo bellos,  
De gloria ornados y esplendor te veias

¡ Ah ! ¿ Porqué yo infeliz no nací en ellos ?  
Entonces los Alfonsos esforzados,  
El hijo de Jimeno y gran Rodrigo,  
Rayos horribles de la gente mora,  
Con sus nervudos brazos, no cansados  
Desolacion del bárbaro enemigo  
Eran siempre en la lid espantadora,  
¿ Quién diera á mi deseo  
Tantos lauros contar ? Cada llanura  
Fué campo de batalla,  
Cada colina vencedor trofeo;  
Los sitios mismos que el baldon miraron,  
Miraron la venganza, y las afrentas,  
En torrentes de sangre se lavaron.

« Venid, venid, el árabe decía,  
Volad, hijos de Agar; ya los esclavos  
El yugo intentan sacudir, que un día  
En su arrollado cuello  
Vuestro valor indómito cargara.  
¿ Lo sufrireis ? Las naves aprestemos,  
Y el ancho valladar con que el destino  
La Europa y Libia dividió salvemos:  
Venid, venid; que nuestra fiera saña  
Estremecida España,  
Sienta otra vez; acometed y abiertas  
De Calpe y de Tarifa os sean las puertas.

Mas no las puertas de Tarifa entonces  
Al pérfido Julian obedecian;  
El valor y el honor las defendian,  
El honor y el valor que siempre fueron  
Escudo impenetrable el mas seguro.

¿Qué sin ellas valer el alto muro  
Ni el grueso torreón jamás pudieron ?  
¡ Oh, pueblo numantino !  
El hombre es solo quien guarnece al hombre.  
¡ Oh sagrada ciudad de alto renombre !  
¿ Quién sinó tu constancia ceñía  
Cuando las olas del poder romano  
Sobre tí vanamente se estrellaban  
Y sus feroces águilas temblaban ?

Tal Guzman impertérrito defiende  
Su fortaleza en donde  
Quebraba el moro su pujanza via;  
Que atacó en vano, y de furor se enciende  
Y truena, al fin, con la espantable saña  
La nube que se rompe  
Con estruendo fragoso en la montaña.  
« ¿ Así será que la esperanza mía  
Un hombre solo á contrastar se atreva ?  
Oye, Guzman: las leyes del destino  
Esta prenda infeliz de tus amores  
A mi venganza dieron:  
Hijo es tuyo; ¿ lo ves ? Si en el momento  
Ante mis piés no allanas  
La firme valla del soberbio fuerte,  
Tú que le distes el ser, tú le darás la muerte, »

Así la iniquidad habla á la tierra,  
Cuando, de orgullo y de poder henchido,  
Mueve á los hombres espantosa guerra,  
Oh ! ; no tembleis ! Magnánima á su encuentro  
La virtud generosa se levanta,  
Y los soberbios ímpetus quebranta,

Ella elevó á Guzman; de ella inspirado,  
 «Conóceme, tirano, respondía;  
 Y si es que espada en tu cobarde mano  
 Falta á la atrocidad, ahí va la mia;  
 Que yo consagro mi inocente hijo  
 Sobre las aras de mi pátria amada.»  
 Esto sereno dijo,  
 Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido  
 Al vacilar la víctima, do esconde  
 Su punta aguda el inclemente acero.  
 Calpe con gritos de dolor responde  
 Al grito universal, y del guerrero  
 Tambien la faz valiente  
 Brotando riega involuntario el llanto.  
 ¡ Ah ! tú padre de España eras primero;  
 Mira cual ella la segura frente  
 Alza y su númen titular aclama;  
 Mira á tu gloria dispertar la fama,  
 Que, sus doradas alas desplegando  
 Y sonando la trompa refulgente,  
 Dos grandes ecos de tu nombre envia  
 Del norte al mediodía  
 Del templo de la gloria al occidente.

. . . . .

Esta magnífica composicion es una de las que engalana la poesia castellana; ¿ pero cuál de las del mismo autor no tiene igual ó mayor mérito ?

Veamos esta otra composición:

A JUAN DE PADILLA

---

Todo á humillar la humanidad conspira,  
Faltó su fuerza á la sagrada lira,  
Su privilegio al canto  
Y al génio su poder. ¿ Los grandes ecos  
Do están, que resonaban  
Allá en los templos de Grecia un dia,  
Cuando en los desmayados corazones  
Llama de gloria de repente ardia.  
Y el son hasta las selvas convertia  
A los tímidos ciervos en leones ?  
Oh ! ; cuál dichosa yo si el dios del Pindo  
Poder tan grande á mi acento diera !  
Con que vehemencia entonces la voz mia,  
Honor, constancia y libertad sonando  
De un mar al otro mar se extendería.

; Pátria ! nombre feliz, nunca divino,  
Eterna fuente de virtud en donde  
Su inextingible ardor deben los buenos;  
; Patria ! .... La vista atónita no encuentra  
Patria en torno de sí, ni el labio implora  
Con voz tan bella al simulacro yerto  
Que se muestra á su vez. Pálido, triste,  
De negro luto y de pavor cubierto,  
Ni aun á esquivar se atreve  
La mano asoladora  
De la furia execrable quien inclemente

Su seno oprime, su beldad desdora.  
Sangre destila si afligido llora  
El lúgubre alarido  
Rompe los aires, y en dolor bañado,  
Viene horroroso á lastimar mi oido.

¡ Perдона, madre España ! ; La flaqueza  
De tus cobardes hijos pudo sola  
Asi enlutar tu sin igual belleza!  
¿ Quién fué de ellos jamás ? ; Ah! vanamente  
Discurre mi deseo  
Por tus fastos sangrientos, y el continuo  
Revolver de los tiempos; vanamente  
Busco honor y virtud: fué tu destino  
Dar nacimiento un día  
A un odioso tropel de hombres feroces,  
Colosos para el mal; todos te ollaron,  
Todos ajaron tu feliz decoro.  
¡ Y sus nombres aun viven ! ; y su frente  
Pudo orlar impudente  
La vil posteridad con lauros de oro !

¡ Y uno solo ! ; Uno solo!... ; Oh! de Padilla  
Indignamente ajado  
Nombre inmortal! ; Oh! gloria de Castilla,  
Mi espíritu agitado,  
Buscando alta virtud, renueva ahora  
Tu memoria infeliz. Sombra sublime,  
Rompe el silencio de tu eterna tumba,  
Rómpela, y torna á defender tu España,  
Que atada, opresa, envilecida, gime  
Si, tus virtudes solas,  
Solo tu ardor intrépido podria

Volvemos al valor, y sacudido  
Por tí solo seria  
Nuestro torpe letargo y largo olvido  
En el único ya fuiste  
Que así arrostrar con generoso pecho  
Al huracan deshecho  
Del despotismo en nuestra playa triste  
Abortole la mar mas espantosa  
Que los monstruos que encierra en su hondo seno;  
Y él respirando su infernal veneno,  
Entre ignorancia universal marchaba,  
Destruyendo sus piés cuanto corrieron.  
¿De qué pues nos valieron  
Siete siglos de afan y nuestra sangre  
A torrentes verter? Lanzado en vano  
Fué de Castilla el árabe inclemente,  
Si otro opresor mas pérfido y tirano  
Prepara el yugo á su infelice frente.

Ofendida, indignada,  
Se alzó, se estremeció y arrojó el grito  
De venganza y de horror. «Vuela hijo mio,  
Vuela y ahuyenta la espantosa plaga  
Que me insulta y me amaga;  
Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brio  
Su curso infausto asolador quebranta,  
Dijo; y cual rayo que volando asuela  
O como trueno que bramando espanta,  
El héroe de Toledo, recorría  
Un campo y otro campo: el pueblo todo,  
Conmovido á su voz, ardiendo en ira  
Y anhelando vencer, corre furioso

A la lucha fatal que se aprestaba.  
Padilla le guiaba  
Y de la Pátria en su valiente mano  
El estandarte espléndido ondeaba.

¡ Oh estrago ! ¡ oh frenesí ! Dos veces fueron  
Las que el génio feroz de la impía guerra  
Entre muerte y dolor mezcló las haces;  
Haces que nunca combatir debieron !  
Un hábito, una tierra  
Eran, y una su ley, unas sus aras,  
Una su habla. ¡ Ah bárbaros !  
¿ Y en vano, naturaleza os diera  
Vínculos tantos ? Suspended los hierros  
Que sedientos de sangre en vuestras manos  
Contemplo con horror; ¿ no sois hermanos ?  
Todos á un tiempo, todos,  
Revolved; al furor de vuestros brazos  
Caiga rota en pedazos  
La soberbia del déspota insolente  
Que á todos amenaza.... ¿ en los oídos  
No os dan los alaridos,  
Las tristes quejas de la edad siguiente  
Que á ominosa cadena  
Vuestra discordia pérvida condena.

De polvo en tanto la confusa nube  
Nuncio ya del furor, turbando el día,  
Hasta el Olimpo sube;  
Y del bronce tronante el estallido  
El viento sacudido  
Raudo dilata por Castilla toda  
En ecos de horror, corre la sangre,

Vuela la muerte. . . ¡ Oh Dios!  
 ¿ Por qué dispersas las huestes vencedoras  
 Se derraman así? Sólo en el llano  
 De arena y sangre y de sudor cubiertos,  
 Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,  
 Que al fin cayó: su mísera caída  
 La libertad vendida  
 Llevó tras sí. Cayó; cuando salieron  
 Los últimos suspiros  
 Al seno augusto de la Patria huyeron.

¡ Y nada encuentra! Y la bárbara venganza  
 Nada indultó ¡ La bárbara violencia  
 La inocente morada  
 De la opresa virtud, sufrir no pudo.  
 Derrocóla: en su vez sólo, afrentoso,  
 El padron del oprobio allí se mira,  
 Que á dolor congojoso  
 Incita el pecho y á furor sañudo  
 Cuando contempla á la ignorancia dado  
 Tan santo sitio y al silencio mudo.  
 ¡ Mudo silencio! No; que en él aun vive  
 Su grande habitador; vedle cuan lleno  
 De generosa ira  
 Clamando en torno de nosotros grita.

. . . . .

¡ Qué imágenes tan preciosas encierra esta com-  
 posición; qué robusta entonacion y cuánto amor  
 patriótico se descubre en su autor!

. . . . .  
 Tenemos que resignarnos á no prolongar mas

esta transcripcion, como otras de sus magnificas y bellas composiciones, por no estendernos demasiado en el vasto estudio que hacemos, y cuando debemos recorrer otros estados, en donde florecieron génios de verdadero mérito.

Baste, con los bellos trozos de inspirada poesía que hemos dado lugar en nuestra obra, para reconocer y justipreciar los relevantes dotes del inmortal Quintana, que debe ocupar un lugar distinguido entre los preclaros génios de su patria.

---

## IV

Vamos ahora á hablar de la Italia, de ese pueblo que siempre ha mantenido el fuego sagrado en sus hijos, por el arte en todas sus manifestaciones; que ha sido la cuna de las letras y de las ciencias, y que siempre ha producido varones ilustres, en todos los ramos de los conocimientos humanos; patria de poetas inmortales como el severo Dante, el dulce Petrarca, el inspirado Tasso y de otros, de que ya nos hemos ocupado en nuestro libro anterior; de ese culto y fecundo pueblo, que cuando de lo bello se trata, sobresale en primera linea, en todos los tiempos y en todas las cosas, y que, como dice César Cantú, «en la Italia, la literatura, tuvo siempre grande importancia, y el arte y el sentimiento de lo bello, fué innato en sus hijos, como

entre los ingleses la moral seria y positiva y entre los franceses la razon y el espiritu.»

La Italia, no obstante, despues de haber producido aquellos grandes génios, habia tenido tambien su época de postracion y decadencia, no tanto como España al comenzar el siglo XVIII. Y sin embargo, tuvieron entre otros famosos autores á Vico, célebre escritor, y famoso jurisconsulto é historiador, y tambien critico, cuyos raros méritos, fueron desconocidos por sus contemporáneos, siendo como fué un verdadero sabio.

Es autor de la *Ciencia nueva*, que revela en esa obra, todo el caudal de sus vastos conocimientos, tratando en ella, cuestiones de verdadera importancia histórica y científica. Fué uno de los fundadores de la filosofia de la historia; estudió, con acierto y profundidad, las grandes cuestiones de razas, de lenguas y de emigraciones, encerrando en su vasto plan la historia del género humano. En su vuelo atrevido como escritor, se deja arrastrar á veces á concepciones algo aventuradas y á hipótesis arriesgadas; pero es tan vasta su ciencia, tan profundos sus conocimientos, que se le deben perdonar esos lunares que son debidos á la fogosidad de su imaginacion.

Su principal obra, es indudable que es la que ha asegurado su nombre en la república de las letras, es á la que nos hemos referido. En ella, Vico divide á la humanidad en tres edades, la divina ó de idolatría; la edad heróica ó tiempos de barbárie; y la hu-

mana ó época de la civilizacion, afirmando que todos los Estados pasaban por esa metamórfosis, y que cuando alcanzaban al último período, volvian nuevamente á comenzar por el primero; recorriendo de este modo, siempre el mismo círculo; presentando como personificaciones de ciertos períodos históricos á Hércules, Rómulo y á otros héroes fabulosos, ó á poetas tambien como Homero, para explicar la analogia de intereses y sentimientos.

Este célebre escritor, vivió privado de riquezas y pasó por muchas escaseces, y sólo pocos años antes de su muerte, le fué otorgado el empleo de historiógrafo del rey de Nápoles con que pudo vivir con alguna menor miseria.

Oigamos lo que con respecto á sus trabajos dice el célebre historiador Cantú: Vico, que es mas que probable que no conocia á Bossuet, consideró en su *Ciencia nueva*, á las naciones en sí mismas, y sus acciones como parte de su existencia, aunque no mostrase los designios de Dios, es su obra. Halló los tipos racionales; anunció ser la lengua la parte íntima de la historia civil de los pueblos. Siempre hablando con todo similitud, creyó que al par del pueblo Romano, todos los pueblos hubiesen pasado por tres régimenes; monarquía aristocrática, fundada sobre la autoridad divina; república aristocrática; y república popular, la cual concluia por monarquía popular; así que de lo mucho se va á lo poco, de lo poco á lo mucho, de lo mucho á lo primero. En la civilizacion griega como en la romana, fué en el

principio adorada la Providencia; despues vino la fortuna, y en seguida la razon. De aqui que se sucediesen de la edad divina, la heróica, y de ésta la humana; cada cual dotada de ideas y de lenguaje propios á esos cambios; correspondiéndole tres especies de costumbres, religiosa, violenta, oficiosa; tres jurisprudencias, la mística, la séria y la prudente, que espone el valor de la forma material, y la humana; tres especies de lenguas, de caracteres, de costumbres y de autoridad; tres tiempos, el religioso, el heróico y el civil; tres gobiernos, divino, heróico y popular libre; fuera monarquía ó república, donde todos los hombres fuesen iguales.

Veia en la historia el hecho; la omnipotencia de los grandes hombres en todos ellos, y bien que hiciese de todo uno la ciencia y la belleza, admirado como es su clasicismo ó sea estilo histórico, medio en prosa y verso, y fuese considerado por sus contemporáneos sólo como humanista, se esconde en una forma escabrosa é intrincada, que ninguno podia entenderlo y fué completamente desconocido de sus contemporáneos; y fué tan sólo comprendido, cuando otros habian alcanzado hasta lo que escribió y aun mas allá.

Y sin embargo, á pesar de tantos errores, que alguien ha llamado sublime sonambulismo del génio, maravillosa conquista, realiza este génio ignorado, que dominado por esa especie de melancolia que se acerca á la grandeza; hace la filosofia de las fábulas, adivinando por el presente el venidero, siendo el pri-

mero en sugetar la historia, á una ley suprema y á una excelsa moralidad.

Tambien debe contarse entre los famosos escritores á Beccaria, en la época que nos ocupamos. Su obra sobre la legislacion penal, ha sido y es una fuente de profundo estudio filosófico; estableciendo en este trabajo, los fundamentos y límites del derecho de los castigos, ajustando las proporciones de la pena al delito, y proclamando la abolición de los bárbaros suplicios, y tratando de evitar en todo lo posible los crímenes, mas bien que tener que reprimirlos. Su obra, se funda en el principio de que, no teniendo nadie el derecho de disponer de su vida, y siendo la sociedad una agrupación de individualidades, no se le puede reconocer derecho de disponer de ésta, lo que no le es permitido al hombre aisladamente; á lo que Benjamin Constant ha opuesto, que siguiendo tal principio, se llegaría á que no se pudiera dictar pena ni represión alguna.

Aunque este principio sea factible de controversia, diremos que la base que sirvió á Beccaria para su obra, siendo Voltaire su modelo, que escribió en el mismo sentido, sobre las leyes bárbaras, que dominaban en Francia sobre penalidades, fué noble, bajo el fin que se propuso, que no fué otro, que desterrar de su país, la dureza de los castigos y la cualidad de los suplicios, con que aun nos horrorizamos leyéndolos en la historia de la humanidad.

Y á propósito, dice un escritor: imposible es dejar de admirar que se levantase una voz en

medio de las tinieblas cuando todavía reinaban en Europa, en aquellos días respecto á la naturaleza de las leyes penales; cuando en la ilustrada Francia, estaba aun en uso el atroz suplicio de la rueda en circunstancias ordinarias, y en casos extraordinarios otros rigores de crueldad mas esquisitas; cuando en Italia, como en todo el mundo, salvo en Inglaterra, se empleaba la bárbara prueba del tormento, en un país sujeto al despotismo y hasta á la inquisicion, si mas mansa que la de España, no por eso ajena de opresora crueldad, Esa voz elocuente, aunque no fuese de la mejor clase de elocuencia, é intérprete de una sensibilidad, aunque estremada, es digna de respeto y aprecio, para pedir en nombre de la razon y de la justicia, á favor de los acusados y aun de los delincuentes, mejoras cuya necesidad estaban generalmente ignoradas, y que al ser pedidas, tenian el inconveniente de ser una protesta de la parte desvalida de la sociedad contra los poderosos que predominaban.

Y lo que mas merece celebrarse en esa obra son las consecuencias que tuvo; pues si bien algunas de las ideas que encierra, que están hoy con razon desacreditadas, las humanas doctrinas sostenidas y ampliadas por otros, han llegado ha prevalecer y han triunfado en los códigos de todas las naciones, desterrándose de ellos los actos bárbaros que antes afeaban la legislacion y solian acarrear descréditos y odio.

Encarando su obra bajo la faz literaria, se reco-

mienda por su estilo lleno de sencillez, y se ve en ella el entusiasmo por los principios que sostenia, y todo el candor que rebosa.

Ahora hablaremos de otro escritor, que sobresalió por aquella época tambien en las letras, de quien tenemos una obra, que ha sido comparada con la de Montesquieu, por su célebre obra titulada *El espíritu de las leyes*, y aun ha habido quien lo ha considerado superior.

Nos referimos á Filangieri, autor de la obra que lleva por título *Ciencia de la legislacion*.

Esta obra que desgraciadamente quedó incompleta por la brevedad de su existencia, pues murió su autor á la edad de treinta y seis años, se compone de cinco libros ó bien siete tomos; que tratan primeramente de las reglas generales de la legislacion; en segundo lugar, espone la aplicacion de sus leyes á la politica, y despues á la economía, á la religion y á la educacion. Un vasto plan encierra este trabajo que fué una lástima que no fuese terminado. A pesar de la importancia de dicha obra, que la tuvo en la época en que fué escrita, por el espíritu reformador sobresale en ella, ha decaido en nuestros dias, pues pocos son los que tratan de leerla; habiendo otros que han adelantado la difícil ciencia de la legislacion, inmensamente.

Y como dice el autor que hemos citado antes, pues siempre queremos en nuestras apreciaciones sobre todos los escritores, robustecer nuestra opinion, con la de otros autores mas competentes que nos-

otros; que la obra citada de Filangieri, contiene algunas máximas sanas, y de ellas, algunas no poco triviales y yerros en número no corto, siendo en total una obra mas propia para acreditar las rectas intenciones y loable celo de su autor, que la elevacion del entendimiento. En cuanto á los méritos literarios de dicha obra, se reducen asimismo á una respetable mediania.

Adoleciendo Filangieri de los mismos defectos que Beccaria, así en el modo de tratar las materias que son argumento de su obra, como en gran parte en el estilo, como su antecesor, se muestra discípulo de la escuela francesa, en las formas de su composicion y en su estilo, como en sus pensamientos, y siendo harto mas declamador, tiene alguna mas perfeccion y tambien son mayores sus faltas, no siendo la menor la de que no pueda leerse su obra sin fastidio, lo cual no sucede bien ciertamente con Montesquieu, cuyo estilo, aun con grandes faltas, deleita y suspende, y produce en los lectores completo y seguro interés, aun dejando aparte la superioridad en el valor de sus ideas y doctrinas.

Todos estos escritores, pertenecian en gran parte al espíritu dominante de la escuela francesa, y bien ciertamente, que no se pueden poner en parangon con los grandes génius que produjo aquella nacion, pues no pasaban sino de respetables medianias, comparativamente á los nombres inmortales que hacen la gloria de aquella gran nacion con sus grandes escritores y poetas.

La situación de Italia en lo religioso y lo civil, dice otro escritor, no era propicia para satisfacer ánimos levantados, y esto mismo llevó á varios escritores á estudiar y admirar, y aun querer copiar, no á sus autores antiguos, sino á extranjeros, en cuyas obras habia doctrinas que eran adecuadas á los graves males de su patria. Milan fué en donde primero se fundó esta escuela, á la cual pertenecia un hombre de ingenio agudo y ameno, por algun tiempo de fama muy superior á sus merecimientos, á la que parte de aquella sociedad que ocupaba sus ocios y servia al entretenimiento y á la vez á las amargas burlas del filósofo duro, mezcla de buenas y malas condiciones, pero en quien predominaba la mala intencion, hija de la falta absoluta de sensibilidad; del Famoso Federico II de Prusia. Ese escritor fué Algarotti, que gozó de gran valimento con el monarca prusiano, con el cual vivió algun tiempo, entre otros ingenios, que como él no pasaban de la mediania; y vuelto á su patria despues de haber recorrido á Alemania, Francia é Inglaterra, contribuyó á propagar el sistema de Newton y la filosofia de Voltaire. Las calidades del estilo de este autor, el cual daban mas valor, sus relaciones que sus obras, eran todas francesas y el mismo carácter tuvieron las de otros escritores, sosteniendo las mismas doctrinas.

El conde Firmain, gobernador de Milan, era en aquellos tiempos un protector, no sólo de la literatura sino hasta de la filosofia, y de ésta, no segun

la acepcion que se daba entónces, que venia á ser la propagacion y la defensa de doctrinas innovadoras y reformadoras. Aunque reinaba por los mismos dias en Austria, la piadosa y nada literata Maria Teresa; todavia no era su gobierno opuesto del todo á la secta filosófica, aunque tampoco le fuese hostil, siendo de aquella corte donde debia salir el filósofo poco atinado pero sincero y ardiente José II, y el más moderado y feliz Leopoldo, cuyo despotismo ilustrado, conforme á las ideas de su época, dió, andando el tiempo, tanta felicidad, y á la par tanta satisfaccion al gran ducado de Toscana.

En cuanto á los escritores milaneses y de otras partes de Italia, de esta escuela, su número es corto, imitando á los franceses, no los imitaban en lo mejor, y así como tomaban de su filosofia sino lo peor, lo mas vago y menos práctico, así de su estilo solian copiar lo declamatorio, arrastrándolos á hacerlo así, el sincero y ferviente, pero exagerado amor á la humanidad, que estaba de moda entre no pocos pensadores y autores de aquella época.

Sin embargo, á pesar de esa tendencia á imitar á los autores franceses, tanto en Italia como fuera de Italia, por aquellos tiempos, á mediados del siglo XVIII, hubieron en la primera, como existieron en otras partes, algunos escritores que se inspiraban en la escuela de sus antiguos maestros y grandes poetas, aunque produjesen ideas de su época.

Tiraboschi es uno de ellos. Su historia literaria como obra de crítica, debe colocarse en primera

*línea, aunque se limita tan sólo á las formas y al empleo de las palabras, y por su parte literaria es también digna de apreciarse. Debe sólo sentirse que no se inspirase más en sus propias opiniones para determinar el mérito intrínseco de los autores de que trata, y como dice Cantú, no manifiesta su conciencia de lo que habla, confunde el mérito con la medianía, encontrando en todos grandes hombres, haciendo todo lo contrario, de lo que se proponía al querer escribir de la literatura y no de los literatos de Italia. Sin embargo, su obra será siempre un gran tesoro de materiales, y que espera aun quien le infunda la chispa de la vida, y que la mire desde aquel punto elevado, donde se halla la unidad armónica y el real significado de la obra de un verdadero escritor.*

Hemos hablado de estos autores de mérito relativo hasta cierto punto, como introducción al período de que nos estamos ocupando, y dejamos de hablar de otros muchos más, que no dejan de tenerlo de igual manera, aunque por otros caminos sobresalieran en aquel siglo. En ese siglo puede decirse que nació el drama lírico, en aquel pueblo que es considerado, y con sobrada justicia, el país de la música y de la armonía.

El drama lírico como es sabido había nacido en Francia con las óperas de Quinault, quien fué tan combatido por Boileau y admirado por Voltaire, y entre cuya divergencia de opiniones no se puede negar que gozó de reputación como poeta, aunque no

de la fuerza de quien lo impugnaba ó lo defendia, teniendo el mérito de haber sido en su patria, quien imaginase esta nueva forma de poesia aplicada al teatro y á la música; siendo en Italia su introductor Apolonio Zeno.

El sentimiento musical, se puede decir que es innato entre los italianos, y forma parte de las costumbres del pueblo, asi es que no se puede, como dice Cantú, ya citado, adivinar propiamente el verdadero origen del drama lírico.

Baste saber que anteriormente se habian ya hecho algunos ensayos y que la *Dafne* de Renucini habia sido representada en 1594, y la *Euridice* del mismo lo fué tambien en ocasion del casamiento de Enrique IV con Maria de Medicis. Asi Florencia que al parecer ha sido privilegiada por el cielo, tuvo en todo la iniciativa, reuniendo en la ópera lo selecto de la fábula, lo esquisito en la poesia, la espression de la música y la ilusion de la escena.

Vamos ahora á hablar del célebre Metastasio, poeta de los mas ilustres de Italia. Nació en Roma, en 1698, y murió en Viena en 1782, habiendo sido su protector el no menos célebre jurisconsulto y escritor Gravina, fué quien lo instruyó en las letras griegas y latinas, dejándole á su muerte todos sus bienes. Su verdadero nombre era Pedro Trapassi, y desde sus primeros tiempos se distinguió por sus grandes dotes poéticos, como improvisador ó repentista.

Como poeta, sin embargo, no carece de defectos,

y no se eleva al grado de los poetas mas celebrados de Italia. Este insigne poeta, dice el autor ya citado, cuyo concepto ha andado algunos años bastante decaido en la misma Italia, no carecia de talento dramático, y lo tenia lirico, si bien era de la escuela de los autores cuya elegancia adolece de falta de nervio, cuya fantasia sólo se eleva en la region media, y siguiendo vuelos agenos, y cuya ternura mas que profunda ó intensa, es amable y graciosa. En sus manos la lengua italiana, de suyo sonora y musical, toma un carácter de dulzura un tanto uniforme y aun con algunas escepciones llega á la afeminacion que con poco y no justo motivo echan en cara los extranjeros al idioma que lo fué del Dante. Achácanle sus paisanos y censores haber usado aun de la lengua únicamente con notable preferencia un corto número de voces, con lo que aminoró el caudal de su idioma patrio. Como poeta dramático puramente tenia dotes no cortas, pero de calidad comparativamente inferiores y carecia de muchos de los requisitos indispensables para remontarse á una mayor altura, esto es, á la creacion de caracteres y al arte de desenvolver el progreso de las pasiones, y desarrollar por medios naturales, el nudo y desenredo de la accion en el drama, si bien es verdad que lo novelesco y falso de sus personajes, procedian en parte de culpa del poeta y de la errada escuela que seguia, y en otra parte procede de la naturaleza del drama lirico, incapaz de perfeccionar lo que va perdiendo aun lo que Metastasio llegó á darle.

Su tragedia única titulada *Didone abandonata*, causó inmensa admiracion en Nápoles donde fué representada llamando la atencion universal.

El Emperador Cárlos VI, le conedió el titulo de poeta cesareo, y en la Corte de Viena, dió á luz *Giuseppe riconosciuto*; la *Clemenza di Tito*, y otras obras mas; habiendo escrito la *Olimpiada*, que toda Italia llamó divina. Todas sus obras, componen un total de sesenta y tantas tragedias liricas y óperas, cuarenta cantatas y un sinnúmero de elegias, idilios y sonetos. Tan fecunda era la imaginacion de Metastasio, que produjo tanta admiracion, y en cuyas obras se ve la dulzura que es el fondo de todas.

Mas, se imprimen con gran facilidad sus versos en la memoria de quien los lee. Sus canciones improvisadas generalmente, son las que mas se quedan impresas. Sus dramas, están organizados con maestría y desarrollados con arte bastante; sin embargo que no sigue en nada en muchos de ellos, la verdadera tradicion, ni observa las reglas del tiempo, ni pinta bien las costumbres, ni los pueblos, en que tienen lugar. Pero estos defectos se oscurecen, ante la magnificencia de sus argumentos y su inteligencia supera todos los lunares.

Entre tantos elogios desmedidos, y criticas acerbas, que se han hecho de Metastasio, como poeta lirico, no podemos menos que admirar entre todas sus obras sus cancionetas, y árias.

Su Primavera tan conocida, tiene versos que, como dice un autor, con sólo recitarlos, se cantan,

y si á ello se agrega, la perfeccion de su estilo, sus graciosas imágenes, la hacen mas seductora, como cuando exclama :

«Oh! primavera gioventú dell'anno  
Oh! gioventú, primavera de la vita.

O bien :

Già riede Primavera  
Col suo fiorito aspetto,  
Già grato il zeffiretto  
Scherza sul'erbe è i fior,  
Tornan le fronde agli alberi,  
L'erbette ai prati tornano,  
Sol non ritorna a me  
La pace del mio core.

Y con cuanta maestria no pinta la estacion del estio :

Or che negó i doni suoi  
La stagion de'fiori amica,  
Cinto il crin di bionda spica  
Volge a noi la state il piè;  
E già sotto al raggio ardente  
Così bollono le arene,  
Che alla barbara sirene  
Più innocente il sol non è.»

Imposible es traducir versos tan preciosos como

estos, pues desaparecería la belleza que encierran, al verterlos á otro idioma que el que están escritos.

Pero sobre todo en lo que sobresale Metastasio, es en la pintura del amor, que es verdaderamente su fuerte, y en el que todos sus dramas juega rol tan importante.

Véanse estas estrofas del amor en la vejez:

Mi conduca il fato mio  
A i Numidi o al mar gelato  
Io saró sempre beato  
Idol mio, vicino a tè;

. . . . .  
En quei sui non più vivace  
Rivolgendomi talora  
Sulla man che m'innamora,  
Freddi bacci imprimeró.

En la parte de sus dramas líricos que se relacionan con los coros, existen bellezas de primer orden, particularmente en la *Olimpiada*, como tambien en muchas de sus árias.

Los argumentos de sus dramas, que son generalmente ficticios, ó de personajes novelescos, quitanle en gran parte su mérito, y á pesar de ello, encierran dulces afectos, aunque los caracteres estén adulterados.

Y hay quien lo crea superior á Racine, en su *Ifigenia*, comparándola con el *Achille* de Metastasio, en que pinta una pasión celosa en estos versos:

Involarmi il mio tesoro,  
Ah! dov'è quest'alma ardita?  
Ha di togliermi la vita  
Chi vuol togliermi il mio ben,  
M'avilisce in queste spoglie  
Il poter di due pupille  
Ma io so ch'io sono Achille  
E mi sento Achille in sen.

Estos versos que sentimos no poder traducir al español, porque perderian la belleza del original, son preciosos.

Es verdaderamente poeta, y lo es, con la inspiracion que nace del corazon; todas sus ideas son correctas; la pintura é imágenes de la mayor parte de sus composiciones, son de un gusto exquisito, y nos revelan los dones con que la naturaleza lo habia dotado.

Poeta de sentimiento, hace brotar de su corazon los versos que como hemos dicho antes, se imprimen en la mente de los que los oyen.

Por mas que los críticos censuren su excesiva dulzura, siempre será justamente apreciado, y aunque el tiempo haya modificado en gran manera el juicio apasionado, que se tenia por el poeta cesáreo, cuya admiracion no tenia límites, decayendo despues hasta apostrofar sus méritos, siempre ocupará un lugar predilecto entre los poetas de la dulce Italia.

Léanse estas estrofas de otra composicion preciosa del mismo:

«Vo sulcando un mar crudele  
 Senza vele, è senza sarte :  
 Trema l'onda ; il ciel s'imbrama,  
 Cresce il vento e manca l'arte  
 E il voler de la fortuna  
 Son costretto a seguitar.  
 In felice in questo stato  
 Son da tutti abandonato ;  
 Meco solo e l'innocenza  
 Che mi fa naufragar.»

La extremada dulzura de Metastasio, dice Galiano, cuyo acento suena mas como el de Tasso, su autor preferido, que como el de Ariosto, y en nada como el de Dante, cuyo eminente valor estaba casi ignorado en los días del *poeta Cesáreo*, trajo en pos de sí, despues de excesivos aplausos, censuras no menos extremadas. Con mas motivo admiradores del poeta de quien hablamos han encomiado el arte de sus exposiciones. Citaré, por ejemplo, un caso citado ya, y al traerle á cuenta, entraré en una menudencia; porque en mí entender es, segun advierte el crítico italiano, su elogiador, un modelo en el difícil arte de esponer un argumento de un drama sin violencia.

Es el paraje á que se alude la exposicion de *Artajerjes*, cuyas primeras palabras empiezan así :

ARBACES — Addio.

MANDANE—¿ Sentimi Arbaces?

ARBACES — Ah che l'aurora.

Advinta Mandane è già vicina  
E se mai noto a Jerjes fu che ad onta  
Del barbaro suo cenero  
Io venni a questa regia  
In mia difesa,  
A me non basterebbe  
Un trasporto d'amor che mi consiglia  
Non basterebbe a te d'esserti figlia.

Aquí se nota desde luego, que sin forzar el plan, naturalmente, y no para enterar á los espectadores de lo que debian saber y tenerse dicho los personajes del drama, que los dos interlocutores son amantes, que se despiden, cuáles son sus nombres, á qué hora de la noche se citan, que la conferencia es en palacio, que Jerjes es padre de Mandane, y ha prohibido á Arbaces la venida á palacio; en suma, casi todo el nudo del drama segun está en el momento primero de formarse. Quien conozca cuanto suelen pecar por este lado insignes poetas, apreciará el mérito de la esposicion á que nos referimos; quien dé el valor debido á cada calidad poética, convendrá en que esta habilidad en la mecánica del drama, si digna de alabanza y nada comun, no constituye un merecimiento de primera clase. Y aquí bien será que notemos un yerro de bulto del insigne critico Villemain, que profesando hablar sólo de la literatura francesa del siglo XVIII, se entra en la de otros pueblos, y diciendo que no quiere hablar de Metasta-

sio le trata con dureza en parte injusta; y llega á censurar á Voltaire por haberle elogiado, citando en falso, á escritor tan conocido, como el patriarca de la literatura y filosofía francesa durante su larga vida. Dice Mr. Villemain, que Voltaire califica un trozo de Metastasio de digno de Corneille cuando no es declamador, y de Racine cuando no es débil, y desistiendo de este parecer, procede á examinar el pasaje así alabado, y lo encuentra en la bella alegoría en una ária de Arbaces en el citado *Artajerjes*, fallando con razon de poco dramático este pasaje, aun sin negarle el mérito que en clase de poesia lírica le corresponde.

Sólo añadiré, hablando todavia de Metastasio, que en lo heróico y en lo patético, en la *Olimpiada*, en la *Clemenza di Tito*, en la *Dido*, y en casi todas sus óperas y en sus oratorios, sin dejar de merecer la tacha de novelesco y aun de imitador, todavia suele caminar por las huellas de Virgilio y de otros con paso firme y gracioso, causando sino admiracion, satisfaccion en grado no poco subido.

Los dramas como tragedias de Metastasio, durante mas de medio siglo, han entretenido á los italianos.

Mr. Etienne dice: Los héroes de la Grecia y de Roma, los reyes y los emperadores de la antigüedad, para Metastasio, han cantado todos á la vez en la escena. Se crée que sus composiciones generalmente reprodujesen la tragedia griega con su melopea, sus coros, su aparato teatral; nada se encuentra de eso

en Eurípides ni en Sófocles, que interrumpa la acción. Metastasio se consagraba mas en echar mano de aquello que mas poético le parecia en su propósito y lo mas tocante de una situación. Así es que la Italia creyó ver en ello un verdadero teatro, y que todos los grandes hombres de la historia se plegaban perfectamente á las exigencias de la música. En efecto: conquistadores, grandes reyes, grandes ciudadanos, todos con Metastasio pagan su tributo al amor.

Al lado de cada heroína, habia un triunvirato compuesto de un padre ó de un tirano, de un pretendiente, de un esposo preferido, es decir, notas para un bajo, para un tenor, ó una soprano. La conformidad de tales roles es de una clara evidencia.

A pesar de toda la filosofía, toda la moral, y todo el interés que llenan el teatro de Metastasio, sus obras concluyeron por la afeminación de la literatura de Italia. Es el Albano de la poesía; amor naciente, amor satisfecho, amor arrebatado, amor reconcentrado, amor furioso, amor tranquilo, ha cantado, en fin todos los amores.

No es que no supiese espresar otros sentimientos, como lo hace con el amor; sino que se dejaba arrebatado por el gusto de su época y cambiaba en elegantes arietes las observaciones morales de una ingeniosa ternura; conocia á los antiguos y daba generalmente á sus sentimientos, la popularidad de un aire musical. Regulo, Temistocles, tienen nobles recitativos por el amor de la patria. ¿Quién lo cree-

ria? agrega el mismo autor, á que nos hemos referido, los pensamientos políticos, se mezclan algunas veces con frivolidades galantes de que sus óperas están llenas.

Todo esto se convertia en un medio de gobierno; un ministro hacia representar en la corte de Augusto III, *La clemencia de Tito*, para obtener el perdón de un hombre de estado; y *Arminio* fué cantada en Viena, para excitar el espíritu nacional de Alemania y de Prusia contra la Francia en la guerra de sucesion. »

El siglo dieciocho no fué notable, en Italia por sus prosadores de talento; Gionnoni, sólo fué un abogado de fama que halló en los litigios entre los poderes temporal y el espiritual, la oportunidad de escribir una historia; Vico de quien hemos hablado y Muratori, fueron solos eruditos, no respondiendo en nada á las exigencias de la historia; todos ellos compilan ó disertan, en vez de relatar los hechos.

Pedro Giannone, habia sido procurador en Nápoles y algunos procesos le inspiraron el deseo de buscar en la legislacion de su país los títulos de independencia civil, frente á frente de la iglesia y la lucha de estos dos poderes. En ninguna parte, esos conflictos eran mas vivos y mas constantes, que en ese reino que la santa sede consideraba como su vasallo; en ninguna parte, la libertad de los escritores no era mas precaria que en un Estado, que no tenia ninguna política nacional, donde el príncipe era extranjero residiendo lejos, y sujeto á cambio; donde los grandes

mostraron su poder, como en un país conquistado y habituado á serlo, donde el pueblo vegetaba en la ignorancia, la empresa de Giannone, era pues muy peligrosa. Publicó la *historia civil del reino de Nápoles*, contando con la proteccion del Austria que era entonces señora de Nápoles: Sarpi habia tambien combatido á la Santa Sede y hasta donde pudo el Consejo de los Diez, lo rodeó con su proteccion; pero Sarpi era prudente; estaba defendido por las lagunas y por un poder siempre respetable. Giannone, esperaba que la proteccion de un soberano siempre lejano tuviese la proteccion eficaz de la República de Venecia. El populacho reunido insultó al abogado temerario y tuvo que refugiarse en Viena, donde el emperador lo amparó y pensionó, pero esto fué transitorio, pues cuando Nápoles volvió á ser de los españoles, Giannone se quedó sin amparo ni recursos, y lo que es mas, comprometido con la iglesia.

Muratori, es autor de los *Anales de la historia de Italia*, escrita año por año, que se recomienda no tanto por su importancia cuanto por el mérito del estilo de su composicion. Esa obra está escrita, como dice el mismo Etienne, más para autores que para lectores. Sus disertaciones en latin abreviadas en italiano, tratan de todas las antigüedades que de Brosses, en su disgusto por la Edad Media, llama vegeces; habla de los orígenes de la lengua, dando una gran importancia á las dominaciones bárbaras. Segun la costumbre de su tiempo, cultivó las musas ocupándose de la teoria del arte de hacer versos y

puso en escrito la vida de muchos poetas. Se entregaba á ese placer cuando salia del polvo de su biblioteca y cuando no se entregaba al reposo de la campaña. Su *perfecta poesia*, encierra una teoria del gusto, conforme á las tradiciones del siglo dieciocho. Es parecida á la *Historia de la poesia* de Crescimbeni, pero es mas sóbrio, mas juicioso y mejor informado de las literaturas extranjeras. Ella cerró bien dignamente el reino de la Arcadia y la época de renovacion á los clásicos italianos.

Vamos ahora á ocuparnos de otro poeta, que es digno de figurar entre los primeros escritores italianos del siglo que nos ocupamos, y es de Cárlos Goldoni, primer poeta cómico.

Goldoni nació en Venecia en 1700, y desde sus tiernos años dió muestras de su vocacion por el teatro.

Su abuelo excitó en su ánimo las primeras impresiones por el arte dramático, pues componia comedias que se representaban en su casa y que se exhibian en un círculo de amigos. Sin embargo de esto, siguió los estudios de leyes y medicina hasta terminarlos.

A la edad de veintidos años, se dió á conocer como poeta cómico y logró adquirir justa nombradia en su patria, tanto que se le consideró como el Moliere italiano.

Fué despues á París ingresado en una compañía dramática, y allí consiguió abrirse camino, siendo empleado como profesor de las princesas de Fran-

cia, permaneciendo en aquella ciudad los últimos treinta años de su vida.

Es autor de ciento veinte comedias de cuyo mérito daremos la opinion muy autorizada de César Cantú, á quien no debemos dejar de atender, tratándose de las letras italianas, como ya lo hemos hecho con otros escritores de su país.

Dice así: pocos hombres fueron dotados tan privilegiadamente como el abogado Cárlos Goldoni; pero no se cultivó y fué desconocido de su patria y de su tiempo; porque en vez de revelarse como Shakspeare á la exigencia del gusto, se mostró inclemente; atendiendo poco á las letras sino á la sociedad, sin mostrarse ni melancólico ni metafísico. Rico de aquel espíritu de observacion y de imitacion que sabe elegir la verdad y reproducirla, revela los caracteres, no con frases y reflexiones, pero sí con situaciones y contrastes; pinta el vicio mas con la idea de hacérnoslo aborrecer, que siguiendo sus propias observaciones y atendiendo á las exigencias del arte. Pero, como en Venecia no era permitido mezclarse en la política, pues que bastaba tan sólo que un noble se creyese ofendido para arruinarlo, sus observaciones se limitaron á escogerlas entre la gente baja, donde describió tipos triviales; el gondolero, el siervo, la criada, el *pisa-verde*, el bailarín, el parásito, el aventurero, el galante, el usurero, el avaro; pero no el patricio en su propia corrupcion, ni en su prepotencia; nada que ennoblezca el sentimiento y que eleve el intelecto. Y sin

embargo, ¿quién mejor que él, maneja la escena y el diálogo? ¿Quién descubre mejor los caracteres y dónde hallar tanta abundancia de estilo familiar?

La persecucion y la injuria de sus compatriotas, Goldoni las soportó sin rencor; hallando consuelo en Francia y expresando los aplausos que allí recibió, no encontró expresion mas adecuada que decir: «Parecia hallarme en la patria mia»; y allí murió, como Metastasio habia muerto en Viena, no impidiendo el furor de la revolucion que le fuesen tributado honores.

Goldoni á quien se le ha dado el nombre del Moliere italiano sin razon, debiendo como dice Guberti darle el titulo que mas le es adecuado de *Menandro italiano*. Su teatro y su vida son el reflejo una de otra.

Su familia era noble y de buena burguesia, amante de la alegria y entregada á las diversiones dramáticas, Goldoni hizo sus primeros ensayos en un teatro de títeres de que era su padre el encargado complaciente. Se le hizo estudiar la medicina primero, despues el derecho; no faltándole talento para la carrera de abogado, y se nota ello, en sus piezas; pero un gusto irresistible lo llevaba al teatro, y los viajes que le hicieron hacer por sus estudios no sirvieron sino para aumentar su tesoro de observaciones, que favorecia los estudios diferentes de aquellos que deseaban sus padres. Sus memorias, escritas en Paris, segun Gibbon, son aun mas cómicas que sus comedias. Él las ha llenado como sus demás obras de

incidentes curiosos, de dulce alegría, de pensamientos morales, puestos en una acción rápida, sobre todo en cuadros incorporados, bien colocados y delineados con mano ligera. Escribió una sola tragedia lírica *Amalante* que fué rechazada. En su despecho la echa al fuego lanzándole su anatema. Asiste al sacrificio con una sangre fría melancólica. Todo ha concluido; pero mientras que da vueltas con las tenazas las cenizas de aquello que había constituido su esperanza, le viene al pensamiento « que jamás, por ninguna contrariedad no había renunciado á su comida; llama al sirviente, ordénale que le sirva, come bien, bebe mejor y duerme con un sueño el mas profundo. » Tal era el carácter de aquel hombre de génio. Se trasladó á Paris en una compañía de cómicos en 1761, habiendo compuesto ya mas de ciento cincuenta dramas de diversos géneros, obteniendo el empleo de lector y profesor de la lengua italiana en la corte, pasando el resto de su vida en medio de la alegría como había nacido.

Veamos el juicio que Mr. Etienne forma de este autor: « Se han equivocado en llamarle el Moliere italiano, correspondiéndole mejor el título de *Menandro italiano*.

Es filósofo sin abusar de las máximas, y moralista sin tomar gran parte en los grandes vicios y las pasiones funestas. A este respecto se acerca á Des-touches, pero que no tiene el estilo correcto y castigado ni aun su frialdad. No presenta ninguna traza del énfasis de Diderot ni aun de la monotonía de Chaussé.

Goldoni tiene el verdadero método de poeta cómico; vá de la observacion á la filosofía, y no de la concepcion filosófica á la observacion. Ha observado la pasion vanidosa de sus conciudadanos, por sus ciudades, y traza una pintura brillante de ello, en su *Villeggiatura*: esta pasion toma todas las formas posibles; son los mil artificios de los patrones de casa para ocultar sus medios, é impacientar á los abastecedores; los esfuerzos de las mujeres para borrar sus celos, sus falsas intrigas; son los pretendientes, los sigilosos, los parásitos á quien se temen por lo mismo que viven con vosotros.

Cuando se escriben dieciseis piezas en un año, es preciso comprender que se hagan algunas en el mismo tema; la *Villeggiatura*, le dió tres argumentos; los preparativos para ir á campaña, los inconvenientes de esa residencia en medio de invitados que tienen sus pasiones personales, las dificultades del retorno cuando hay que pagar los gastos y poner remedio á los inconvenientes. Es así como Goldoni hacia su cosecha y podia decir como Moliere que el estudio del mundo le bastaba.

Goldoni ha dado á la Italia la comedia moderna, aunque no haya creado la lengua cómica, se siente de que en vez de irse á fijar en Francia, no se hubiese ido á instruir al *Mercato vecchio*, como Ariosto, y prestar su oido á los *ciane* de Florencia; no seria mas correcto ni mas clásico, pero seria mejor comprendido del pueblo y por todos.

Hemos hablado de los *sigisbeos*. Este nombre

viene de alguna vieja palabra veneciana que significaba hablar al oído y designa el favorito de una dama, y cual puede ser sino el sirviente, caballero sirviente, con el nombre de *Patito*. Este personaje singular estaba en toda su voga en el siglo dieciocho, y Goldoni fué acusado, porque lo ponía con frecuencia en escena, con el fin de alimentar intenciones hostiles contra la nobleza. No se ve que haya jamás mezclado á sus concepciones el menor pensamiento político; tenía sus partidarios entre los patricios, y si Gozzi lo acusaba de adular á las gentes del pueblo y á los gondoleros, él le reprochaba de hacerlo con los grandes con bajeza.

La reaccion contra la Arcadia á que se habian entregado todos los espíritus, imitando cervilmente los autores antiguos, fué obra de Parini.

«La Italia ilustrada no quiere mas oír el balido de los carneros, que han balado demasiado entre nosotros; ella no quiere mas oír hablar de carneros, ni de pastores, ni de cabras, ni de bueyes, ni prestar el oído á los suspiros de los pastores.» Así Passerani exclamaba, tomando la delantera para desterrar los rebaños de la Arcadia que parecia no ser fácil empresa del Parnaso italiano. La eterna égloga, dice Mr. Etienne, de las Arcadias, favorecen el sueño de una nacion que se desinteresaba de la vida real, y dejando á otros el cuidado de sus destinos pierden el recuerdo de sus destinos. Ninguna poesia mas apropiado que esas pastorales y esas ineptias rimadas para la holganza de los espíritus, para ese escepti-

cismo puramente italiano que consistía en decir: « A que el progreso debido al trabajo que no hace ni la felicidad, ni da la salud, ni largos días de vida. Gozar de la naturaleza y de sus bienes, dejar á los pobres en su pobreza, sosteniéndolos merced á esa virtud puramente nacional, la caridad; he aquí el secreto de la vida y la garantía de la paz. Porque ocuparse en crear riquezas que hacen la vida mas difícil y los gastos mas caros! De ahí nacen las revueltas y las revoluciones! Dejemos vivir á esas buenas gentes como han vivido durante tantos siglos y riámonos de esa política estraña, tomada de los libros franceses, que ponen en confusión el espíritu de nuestros jóvenes y que no harán jamás el bien de la Italia; » tal es el discurso que bajo el pseudónimo de « Un maquiavelista » se publicaba y es citado por Baretti en Milan en 1818 y que dá una idea de aquel país en aquella época.

Es remarcable que la hora de la resurrección de las letras de aquel pueblo, repercutiese en sus dos extremidades de la Italia; en Lombardia y en Nápoles, los dos dominados por el poder español.

Así es que los escritores de aquellos dos pueblos y también filósofos, fueron los que encabezaron el movimiento científico y literario que ligó sus ideas con las demás naciones de Europa, siendo un escritor lombardo quien dió una nueva faz á la poesía que siempre ha tenido un representante en cada etapa de la literatura en los siglos que se han sucedido.

Parini, de quien tratamos, es todo un poeta satírico; pero también es lírico, y como tal, se hace ver, grande en el segundo período del siglo dieciocho. Los cuarenta años de tranquilidad que le aseguró la paz después del tratado de Aix la Chapelle en 1748, fué fecundo en bienes para la península.

El carácter de la poesía, que había de nacer con aquella paz era esencialmente práctica.

«Mi ardiente fantasía va siempre por los caminos descuidados buscando lo útil; ella no es feliz sino cuando puede unir lo útil al mérito de una canción alhagadora.»

Así se expresaba Parini y mostraba el carácter de su númen en una de sus obras, en donde se manifiesta verdaderamente poeta.

«¡Oh tierra feliz de mi buen lago de Eupilis; en fin, tu me recoges en tu seno, tu me encubres con mi aire natal, tu inundas mi ávido pecho!

«En fin, en mis pulmones dilatados se hinchan y respiran ese soplo vivificador que conforta á los espíritus que languidecen, que renuevan las fuerzas y dilatan los corazones.»

Una especie de democracia rural y una doctrina nueva, dice el citado Mr. Etienne, de igualdad, respiran las odas de Parini. No es él quien cantaría como Spolverini los desgraciados que infectan el aire y hacen leer sus versos en los rostros pálidos de los pobres paisanos. El poeta Parini es de ese alegre país de Brianza que el lago de Como encierra con ternura entre sus dos brazos, y entre las dos be-

llas riveras se prolonga. Manzoni, es de ese mismo lugar.

Así la Lombardia moderna fué de una fecundidad intelectual extraordinaria que no debia estancarse; la ciudad feudal y rica de Verona daba á la Italia al noble y docto Maffei, al ingenioso y docto Spolverini, y la tierra y los lagos le daban poetas que nunca se extinguieron. Es allí donde Parini se recogió para escribir su poema titulado el *Giorno*, que es una irónica pintura de la vida perezosa de la aristocracia milanese.

Los sentimientos de humanidad que se hallan en sus obras, muestran bien la tendencia general del siglo dieciocho; se hallan en ellas el desinterés puro y toda apariencia de declamacion literaria. *L'innesto del Vapiolo*, la *Inoculation*, son piezas, engastadas de retórica como todas sus composiciones, donde Parini pretende elevar su accion y aumentar su cuadro; en la *Música*, sobre un cierto género de mutilacion que hacia la vergüenza de la Italia, es mas sincero y mas elocuente; Parini estaba tan fuertemente preocupado, agrega Mr. Etienne, de este motivo, que un dia, habiendo perdido las pruebas del diario que el Conde de Firmain le habia encargado de redactar, llenó esa falta con falsas noticias.

Esta invencion le valió á Clemente XIV una carta de felicitacion de Voltaire.

Si el siglo dieciocho ha tenido su edad de oro filosofica y su poética, es cuando la Italia renacia á la vida bajo gobiernos tales como aquellos de Milan, Ná-

poles, Parma y Florencia, disputando entre ellos la palma de la humanidad, de la justicia y de las reformas; cuando Parini versificaba el progreso de buena fé, sin rabia, sin otra pretension que aquella de hacerse estimar por la independencia. Esa igualdad natural, legitima que proclamaba, la pedia con los gentiles hombres mas esclarecidos, con los patricios mas ilustres de su tiempo, con Pedro Nerri, con Beccaria y todos los redactores del célebre y poco afortunado diario titulado *El Café*, cuyos artículos no son mas que el abundante comentario de las poesias filantrópicas y burguesas de Parini. De esta idea, de una sábia democracia á una igualdad de derechos comunes en todos los pueblos de Italia, no habia mas que un paso. La desigualdad perpetuaba las divisiones y es á partir de ese período que un lazo de fraternidad comenzó á unir á todos los ciudadanos de la misma patria.

La palabra extranjero, *forastero*, empleada, entre habitantes de pueblos hermanos, fué condenada como una ofensa á la nacion. «Seamos todos italianos para no dejar de ser hombres» exclamaba con elocuencia Pedro Nerri.

Vamos ahora á ocuparnos de los que en Italia sobresalieron en la tragedia, en el siglo de que hablamos.

Vicente Gravina, de quien ya hemos hecho mencion, hablando del célebre Metastasio, de quien fué protector, fué autor de un excelente tratado en que se ocupa de la tragedia, aspirando al titulo del Só-

focles italiano. Sus vastos estudios de jurisprudencia, tal vez le impidieron lograrlo, pues sus obras se resienten de la perfeccion necesaria que hacen inmortales los trabajos intelectuales.

Fué fundador de la célebre academia llamada las Arcades de Roma; y logró reformar los estudios del derecho, inspirándose para ello en los mejores tratadistas.

Voltaire llegó á compararlo con Sófocles, pero al mismo tiempo hacia de sus obras una violenta crítica, propio de su genialidad.

Francisco Scipion Maffei, es otro de los escritores que en este género debemos citar. Su primer trabajo trágico *Merope* fué un verdadero acontecimiento en Italia, pues con ella dió una forma útil al arte dramático de su país. Escribió al mismo tiempo la Historia de Verona con que asentó su reputacion de hombre de letras, no sólo en su patria sino en la Europa toda. En Francia, donde fué en 1732, llegó á ser recibido con muy buena acogida; lo mismo que en Inglaterra, Holanda y Austria, recibiendo en todas partes las mismas señales de distincion y aprecio, á que era acreedor.

De vuelta á su país, formó una rica coleccion de inscripciones antiguas á la que le puso el nombre de *Museum Veronense*. La tragedia á que nos hemos referido, de este autor, *Merope*, fué imitada por otra del mismo género por Voltaire. Cuál de ellas es la mejor, puede ser materia de opinion, sin embargo de que la primacia se da á Maffei.

La trama de la *Merope* es basada en una tragedia sin el recurso de los amores ni accesorios románticos, fundando el interés del drama por el peligro que una madre espone á su propio hijo, queriendo vengar sus ofensas, lo que hace verdaderamente dificultoso mantener el interés dramático, en una obra tan escabrosa como la tragedia, en que uno de los primeros recursos son las violentas pasiones y el móvil mas grande, el amor.

Ocupáronse otros mas, con mas ó menos éxito en tan difícil arte, que los ya citados, pero ninguno ocupa el rango como el célebre Alfieri de quien vamos á hablar.

Victor Alfieri, nació en Asti, en el Piamonte, en 1749. Era hijo de familia noble. Su educacion fué muy descuidada, arrastrando una juventud turbulenta y desarreglada; por la mayor parte empleada en viajes de placer, en busca de impresiones y aventuras, hasta la edad de veinticinco años, en que con una fuerza de voluntad extraordinaria reaccionó y se puso á estudiar con ardor, dando al teatro las obras que lo han inmortalizado. Se cree que lo que fué causa de tal transformacion fué la condesa de Albany á quien conoció en Florencia y de quien se enamoró perdidamente, y que el deseo de agradarla le inspiró el deseo de distinguirse en las letras. Sus tragedias están escritas con un nervio varonil, que peca á veces por demasiado duro; pero que contienen bellezas de primer orden. Hizo en ellas caso omiso de todas las situaciones accesorias, suprimiendo personajes inútiles y confidencias escusadas.

En menos de nueve años escribió catorce tragedias que sin algunos defectos en general son verdaderas obras maestras en su género.

Al mismo tiempo escribía en prosa el célebre *Tratado de la tiranía*, que lo coloca en el mismo nivel de Maquiavelo, y un poema titulado *La Etruria vengada*.

Su odio á la Francia parece dimanar de que estando en aquel país, al que habia ido para imprimir algunas de sus obras, y por respirar el aire de la libertad, se impresionó de tal manera, por los excesos y crímenes de la revolucion de que fué él también víctima; pues fué tratado como emigrado, perseguido, secuestradas sus obras, y despojado de los dineros que habia depositado en las casas bancarias de aquel país; teniendo que retirarse á Francia completamente descorazonado, horrorizado y preparado su ánimo contra aquel sistema de sangre y exterminio que habia presenciado, llevando su venganza hasta hacer cruda guerra á los escritores franceses.

En los últimos años de su vida aprendió el griego, con el objeto de conocer en su original á los grandes maestros del arte trágico, como Eschylo, Sófocles y Eurípides, y como él mismo dice «hallándose en la edad de cuarenta años bien sonados, y habiendo bien ó mal ejercitado el arte de poeta lírico y trágico, durante veinte, y no haber leído aun ni los trágicos griegos, ni á Homero ni á Pindaro, ni á ninguno en suma, cierta vergüenza me asaltó y al mismo tiempo una laudable curiosidad de conocer

á fondo lo que habian dicho aquellos padres del arte.»

Vamos ahora á consultar algunos autores que han dado en juicio sobre las obras de Alfieri.

Dice Cantú: «Educado en la independendencia de un patricio, Alfieri, con estudios salteados, consumió su juventud en los errores de un hombre no vulgar, que aun no ha encontrado su punto de apoyo, y ya que á su actividad, ni la patria ni el tiempo, ofrecian estímulo, se apasionó por la libertad, pero no con un culto sério, tal como si aceptase por ella grandes abnegaciones, aunque declamadora, en el fondo abstracta y unida á todas las pasiones y á la debilidad aristocrática que entónces se predicaba. A sus criados, y aun á su Secretario no le hablaba mas que por señas; fácil á enojarse y á cometer violencias, creia poderlas reparar con dinero. Fué despues de haber gastado su juventud con las mujeres y los caballos, que se dedicó á escribir y se inclinó con preferencia á la tragedia. «No sobra de ella nada mas que lo que habia visto representar en el teatro, y fácilmente debemos creer que no conocia ni á los autores españoles ni á sus dos paisanos contemporáneos, y á penas á Shäkspeare, de una mala traduccion francesa que admiró y olvidó para ser original. Segun él, no conocia aun las obras maestras francesas, y sin embargo ha tomado de ellas las formas, buscando el fin de la pureza, arriesgaba en caer en la monotonia reteniendo á la imaginacion ningun vuelo romántico.»

Dice Alcalá Galiano, en su historia de la literatura del siglo de que nos ocupamos, hablando de Alfieri, hay hombres cuya vena es fecunda y varia, que tienen el don de crear caracteres á la par nuevos y verosímiles, y de entrar dentro de sus mismas creaciones, de sentir, de pensar, de declarar sus pensamientos y afectos como harian ellos, si en vez de ser hijos de la fantasia, fuesen como parecen realidades. De esta clase son los buenos poetas dramáticos, los autores de poemas, en que hay accion larga y diversos caracteres, donde se abre campo á la expresion de las pasiones humanas, y en prosa los novelistas. Hay otros, que vivos y ligeros, con sensibilidad, pero de aquella que se hermana con la risa, comprenden y pintan ciertos afectos que sienten, y de esta clase son los compositores de anacreónticas, de elegias, de epístolas y aun de sátiras festivas al modo de las de Horacio. Los hay tambien en cuyas almas arde un fuego violento, pero que sólo se entienden á sí mismos ó á la naturaleza, con la que se corresponden, en quienes la sátira es declamacion amarga, y la contemplacion del mundo externo, motivo de desahogo á la pasion propia; y de esta clase son algunos liricos, y aun satíricos á la moda de Juvenal; clase á la cual correspondia Alfieri que es el insigne italiano á quien nos referimos. En el Piamonte situado en los lindes de Francia é Italia, donde es la lengua vulgar, un dialecto grosero, con mezcla de francés, donde las clases superiores usan el idioma del país vecino mas que el italiano,

mas ó menos adulterado de que se vale la gente culta, y esto no siempre en el Piamonte, donde pocos habian entónces cultivado las letras con aprovechamiento, ó á lo menos alcanzado con su cultivo, un puesto siquiera de mediana eminencia ó nota en la region literaria del mundo todo, nació y se crió un mancebo de espíritu alentado, de condicion desabrida y violenta, mal avenido con sus superiores; pero dando solamente á mostrar las singularidades de su carácter en ejercicios corporales ó en rarezas; en montar caballos briosos, y domarlos y correr con ellos; en hacer viajes á alejadas tierras, deteniéndose poco en ellas, tal que no se presumia poder cosechar observaciones sino que le servian para llenar una necesidad imperiosa de actividad de que parecia presa. Nadie sospechaba, ni él mismo sentia el menor indicio de que hubiese encerrado en aquella cabeza algo de lo que sienten los poetas.

Sin embargo, alguien, con alguna sagacidad podria haber congeturado que en aquella mente inquieta y osada, si faltaban muchos de los elementos poéticos, otros se encontraban en alto grado, si bien en confuso, en embrion, necesitando algo que lo despertase, que lo pusiese en juego y aun que lo sacase del caos que existia en él. Acaso no se consiguió todo, pero sí alcanzó mucho.

Por su desgracia, cuando este jóven vehemente y poco instruido á la sazón, quiso ser poeta, aunque obedeció á una inspiracion propia, no hubo de conocer bien la calidad del agente que le movia, y creyó,

ó satisfacer un capricho de los varios á que se entregaba, ó probar su habilidad en cierto trabajo, en que podria llegar á sobresalir, empleando la observacion y señalándose y observando ciertas reglas. Aun así, habiendo echado por buen camino ó hallado una guia entendida y juiciosa, habria arribado á mayor altura que á lo que se remontó, si bien no fué poca, porque en él habia sin duda fuerzas grandes. Pero Alfieri se dedicó á la tragedia, sin que á ello le llamase su verdadera vocacion, y se dedicó á tratarla sin enterarse bien de su idolo tal cual habia sido en los tiempos antiguos, y en los varios pueblos modernos.

Lo que mas conocia era la tragedia francesa, y aun puede decirse la única que conocia, pues sólo aprendió el griego, ya adelantado en la edad madura, y cuando tenia adquirido su fama y formado su carácter de poeta trágico, y debió de manejar poco los poetas latinos, y sí uno como Séneca, muy propio para descaminarlo, y hay motivo para creer que no obstante sus varios viajes á Inglaterra y su pasion favorable á las cosas de aquel país, poco, si acaso algo, atendió á sus autores dramáticos; siendo además de presumir que ningun caso hizo de los españoles caidos en aquellos dias en menosprecio, ó del teatro aleman cuya fama comenzaba.

Así, vió que Racine en su tono y aun en concebir algunos de sus caracteres, pintaba cortesanos de Luis XIV, y no advirtió que en sus buenos momentos entendia cual ninguno, y copiaba la sencillez y

legítima pasión de la musa griega ó la exquisita elegancia y ternura de la latina ó la viva é intensa exaltación de espíritu de la poesía hebrea; y por eso se figuró que conquistar al poeta francés sus confidentes y sus relaciones y ciertos cumplimientos á la moderna que gastaban entre sí sus personajes, lograria sacarlo mejorado. Así, vió en Corneille los mismos defectos, y notó en sus romanós con mucha hinchazón, hermosos rasgos donde estaban bien retratados; y no advirtió que si en el poeta francés aparecian con notable mejora reproducidos Lucano y los españoles modernos, habia tambien en él una vena de poesía en lo grande y lo patético, aunque no siempre pura, sobremanera rica, y creyó que con despojarle de las faltas comunes en las formas del teatro francés, y ser mas breve y natural, se podria hacer algo superior á lo que él hizo, conservando sus primores y evitando sus lunares. Mal pudo ver en que pecaba Voltaire, salvo en no desviarse de las prácticas de sus antecesores, porque entónces no se conocia que tan admirable escritor rara vez era poeta, sino cuando daba salida á sus pensamientos de epicúreo, ó en los casos en que su talento de primera clase, aun yendo contra su natural corriente, acertaba por momentos, aunque no por inspiración propia, con la poesía. Pero Alfieri, cuando se puso á componer tragedias, no pensó en los dos grandes modelos dramáticos que, en géneros diferentes, con perfecciones entre las cuales es difícil dar justa preferencia á unas sobre otras, merecen admiración y aprobación:

el teatro de la Grecia antigua y el de Inglaterra de principios del siglo XVII, con cuyas glorias debe ir asociado, aunque puesto en inferior lugar, el de la misma época de España.

Así Alfieri, reprobando el gusto francés, le siguió en gran parte, y sobre todo en las formas que en el poema dramático influyen bastante en el alma de la composición, y hubo de creer estas formas las únicas posibles en el drama moderno, aunque con alguna alteración, y que alteradas, como debían, con ellas se tendría una reproducción fiel de la tragedia de la clásica antigüedad. Su plan, pues, fué el siguiente:

Observar rigurosamente las tres unidades de tiempo, lugar y acción, y la última con escrupulosidad, descartando todo episodio, suprimir los confidentes, y poner en su lugar monólogos, sustituyendo así á una improbabilidad otra mayor; reducir el número de personajes de los dramas, no obstante ser el de los franceses bastante corto; huir de toda amplificación, poniendo en su lugar una concisión extremada. Con esto y con decir *donna*, mujer, cuando los poetas franceses decían *madame*, señora, creyó haberse puesto tan cerca de los griegos y romanos, cuanto distantes estaban de ellos los objetos de su desaprobación y censura.

Tan equivocado concepto formado de la naturaleza de la composición dramática, hubo de convencerle de que era á propósito para poeta trágico, y de aumentar las faltas y dirigir mal las prendas que él poseía para emplearlas en el cultivo de su enten-

dimiento y particularmente en ser poeta. En Alfieri, como anteriormente hemos dicho, habia un gran fondo de pasion vehemente y profundo. Empleóla en un punto que era en el odio á la tirania y aun en personajes que se pusieron á la cabeza de las repúblicas. Considerándole políticamente, es de notar que en ardor republicano, formado por modelos antiguos, no le llevaba el deseo de dar ensanche y seguridad á los derechos de los particulares; ni aun á mirar con gusto el gobierno de la plebe; siendo su adorada libertad la de los patricios, á cuya clase correspondia; y considerando el pueblo como un aprobante de los hechos de sus superiores en contraposicion á los monarcas, en los cuales ó en los que aspiran á serle, tan sólo veia tiranos. Bien es cierto que en el papel de *Icilio* en su *Virginia*, sale de esta regla; pues aboga por la plebe contra los patricios; pero esto hubo de ser hijo de sus preocupaciones, acordes con las vulgares, al entender y juzgar la historia romana; preocupaciones por las cuales guiados al entender por el amor á la cosa vaga y confusa llamada libertad, se declaran los mismos hombres parciales á la causa del primer Bruto que substituyó la aristocracia á la monarquia de no pocos tribunos, y del campeon del senado Pompeyo, que sustentaba contra César, la causa de la nobleza y de la antigüedad moribunda. Pero dejando á parte esta entrada por el campo de la politica, fuese ó no bien dirigido el odio de Alfieri á los tiranos, era vehemente, apasionado y hasta poético. Se habia mos-

trado ya en una obra suya en prosa, titulada *De la tiranía*, donde hay poco juicio y muy escaso conocimiento de la política, y muy equivocadas ideas sobre la historia, pero donde se muestra la pasión, no sin dar belleza á las formas con que se viste.

En este punto, era Alfieri poeta.

Así, pudo comprender y pintar bien á un tirano y á un tribuno. Así, espresó las pasiones de este último con alguna monotonía, pero con legitimo estro.

Así, descubrió en el segundo éxito, adelgazar del ingenio, para el uso del poder absoluto en provecho de las peores inclinaciones de la condicion humana; descubrimiento de aquellos que hace la pasión al odio, cuando discurre y sutiliza para encontrar con qué fortificarse.

Además de esto, era Alfieri sensible. Lo era con aspereza á la par que con ímpetu tierno. Esta particularidad de su condicion, hubo de revelarle alguna de las batallas internas en que se combaten con furor encontrados vanos afectos, ó en que hecha una pasión contra los preceptos del deber ó del recto juicio. Por esto, en una de sus composiciones por él mirada con predilección excesiva, acertó en gran manera á pintar un amor que era un gran delito, reprimiéndose, consumiéndose á la que le sentía, y al fin rompiendo con violencia, pero para matar á la que lo declaraba. »

Hasta aquí el juicio que sobre Alfieri han hecho dos distinguidos escritores y literatos y que hemos querido consignar en nuestra obra.

De lo que hemos transcrito podemos conocer que este insigne poeta adolecia como tal de grandes defectos, que se notan en muchas de sus tragedias, pero que tambien no se le puede negar dotes sobresalientes. Alfieri interpretó mal lo que constituia la tragedia moderna, pero el nervio conque sostiene el interés de ella, los caracteres viriles que describe son de mano maestra. Entre otras, citaré su tragedia «Felipe», que considero una de sus mejores. Está el déspota á nuestro modo de ver, bien retratado, y conforme á lo que nos dice la historia, y en el concepto que todos se habian formado de él, en el siglo de que nos ocupamos. Su *Myrra* es otra de las dos tragedias que á nuestro modo de ver, es digna de encomiar.

Se encuentra en ella manejada con inmensa habilidad y génio una pasion furiosa y los combates del alma. Su *Bruto Primo*, es digna de figurar entre las mas notables tragedias de este escritor. *Polinice*, *Antigona*, *Maria Estuardo*, *Orestes* *Merope*, *Myrra* y otras mas son de un mérito trágico fuera de toda duda. Uno de los mas graves cargos que se le han hecho á sus tragedias, es la excesiva concision que existe en muchas de ellas, pero como hemos dicho antes, esto se oscurece ante las bellezas que encierran. Sus tragedias tienen el don de interesarnos y aun conmovernos, y en algunas el de admirarnos y tambien entusiasmarnos, y tanto son mas de aplaudirlas, cuanto por la escasez de accesorios y de confidencias y adornos supletorios, realzan su mé-

rito pues se ve vencida con maestría tan inmensa dificultad de reducir todo su plan al fin que se proponía, sin valerse para nada de otros incidentes con que otros poetas trágicos y dramáticos acumulan en sus obras. Hablaremos ahora del estilo en que las tragedias de Alfieri están escritas. Él es cual corresponde á la tragedia, noble y elevado, como lo emplearon los franceses en sus obras, sin declamacion no obstante; y lejos de las groserias que se hallan en algunos de los dramas de Shakspeare, que son como lunares, entre las muchas bellezas que contienen, y que rompen en gran manera el encanto en muchas partes con que se sigue su desarrollo.

Cuando Alfieri llega á interesarnos mas, es cuando con su elevado ingenio nos describe los tiranos.

Entónces es que se ve toda la pasion que lo dominaba por la libertad, y su talento se desenvuelve con tanta felicidad que es imposible igualarlo con ningun otro escritor del mismo género. Es que todas sus condiciones se adoptaban para ello: su modo de ser, y su carácter.

Véanse estos versos de Antigone:

Non nella pena,  
 Nel delitto è l'infamia. Ognor Creonte  
 Sarà infelice; del suo nome ogn'uomo  
 Sentirà horror, pietà del nostro,

.....

E il cittadin che più far altro omai  
Che obedirme e tacersi?

.....  
Acchiusa e spesso  
Nel silenzio? vendette;

.....  
Ecco il don de'tiranni il non tornulla  
Seggio di sangue e d'impietade il trono.

Y como concision de sus tragedias daremos algunos ejemplos tomados de algunas escenas.  
De la misma Antigone:

CREON. — ¿Scegliesti?

ANTIGONE — Ho scelto.

CREON. — ¿Emon?

ANTIGONE — Morte.

CREON. — L'avrai. —

Que traducido es así:

CREON. — Elegiste.

ANTIGONE — Sí.

CREON. — ¿Emon?

ANTIGONE — Muerte.

CREON. — La tendrá. —

Y en su tragedia Felipe II:

FELIPE — ¿Udisti?

GOMEZ — Udii.

FELIPE — ¿Vedesti?

GOMEZ — Io vidi.

FELIPE — ¡ Oh rabbia !

¿ Dunque il mio sospetto ?

GOMEZ — È omai certezza...

Tal concision, aunque verdaderamente tenga su mérito, es indudable que de ella no se ha de abusar, porque se peca en aridez de pensamientos, aunque en ciertos momentos de pasion y de agitacion del espiritu esté bien empleada.

Veamos algunas de las escenas de sus mejores tragedias:

En la tragedia Felipe II, á pesar de lo que la critica ha dicho sobre el argumento de ella, que siendo notablemente bien trágico que un padre por celos, se decida á matar á su propio hijo, siendo esto verdaderamente horrible, hay pasages notables y los caracteres como los de aquel tercero, son pintados con mano maestra.

## ATTO TERZO

CARLO *ed* ISABELLA

CARLO — Scusa, deh! scusa l'ardir mio novello:

S'io richieder ti fea breve udienza

Dalla tua Elvira in ora tarda e strana,

Alta cagion mi vi stringea.

ISAB. — Che vuoi?...

Perchè a me non mi lasci? a che più tormi

La pace ch'io non ho?... Perchè venn'io?

CARLO — Deh! non sdegnarti; or or ti lascio; ah! sorte!  
 Ti lascio, e torno all'usato mio pianto.  
 Odimi. Or dianzi al genitor tu ardisti  
 Qui favellare a favor mio: gran fallo  
 Tu festi; a dirtel vengo; e al ciel deh piaccia,  
 Ch'io sol n'abbia la pena! Ei di severa  
 Pietà fea pompa; ed il perdon mi dava,  
 Pegno in lui sempre di più atroce sdegno.  
 Grave oltraggio al tiranno è un cor pietoso:  
 Ottima tu, non tel pensavi allora;  
 A rimembrartel vengo: a dirti a un tempo,  
 Che in lui foriera è d'ogni mal pietade.  
 Terror, che in me mai non conobbi io prima,  
 Da quell'istante il cor m'invase: oh cielo!...  
 Non so: nuovo linguaggio ei mi tenea;  
 Mostrava affetto insolito. Deh! mai,  
 Mai più di me non gli parlare.

ISAB. — Ei primo  
 Menzion mi fea di te; quasi a risposta  
 Ei mi sforzava; ma, placarsi appieno  
 Parve a' miei detti il suo furore. E or dianzi,  
 Allor che appunto favellato ei t'ebbe,  
 Teneramente di paterno amore  
 Pianse, e laudotti in faccia mia. Ti è padre,  
 Ti è padre in somma: e fia giammai ch'io creda,  
 Ch'unico figlio, il genitor non l'ami?  
 L'ira ti accieca; un odio in lui supponi,  
 Che allignar non vi può... Cagion son io,  
 Misera me! che tu non l'ami.

CARLO — Oh donna!  
 Mal ci conosci entrambi: è ver ch'io fremo,  
 Ma pur, non l'odio: invido son di un bene,  
 Ch'ei mi ha tolto, e nol merta; e il pregio raro,

No, non ne sente. Ah, fossi tu felice!  
Men, mi dorrei.

- ISAB. — Vedi: ai lamenti usati  
Torni, malgrado tuo. Prence, ti lascio.  
Vivi sicuro omai, ch'ogni mio detto,  
Ogni mio cenno io peserò ben pria,  
Che di te m'oda favellar Filippo.  
Temo anch'io;... ma più il figlio assai, che il padre.
- CARLO — Oh nobil core! In diffidar mal dotta,  
Ove sei tratta?... Ma, chi vien?...

## ATTO QUARTO

ISABELLA e FILIPPO

- ISAB. — O cielo!  
Che miro? oimè!...
- FILIPPO— Donna, che fia?
- ISAB. — La reggia.  
Tutta di meste grida dolorose  
Udía dintorno risuonare...
- FILIPPO— Udisti  
Flebile suono; è ver...
- ISAB. — Dal tuo cospetto  
Non vidi io il prence strascinato a forza?
- FILIPPO— Tu ben vedesti; è desso.
- ISAB. — Il figliuol tuo?...
- FILIPPO— La mia consorte impallidisce, e trema,  
Nel veder trarre?
- ISAB. — Io tremo?
- FILIPPO— E n'hai ben donde. —  
Il tuo tremar... dell'amor tuo... non lieve  
Indizio m'è.. Pel tuo... consorte or tremi:

Ma, riconforta il cor ; svanì il periglio.

ISAB. — Periglio!... e quale?

FILIPPO— Alto periglio io corsi.

Ma omai mia vita in securtà...

ISAB. — Tua vita?...

FILIPPO— A te sì cara e necessaria, è in salvo.

ISAB. — Ma il traditor?...

FILIPPO — Del tradimento pena

Dovuta avrà. Più non temer ch'io mai

Per lui riapra a pietà stolta il core.

*Passò stagione: or di giustizia il solo*

Terribil grido ascolterò.

ISAB. — Ma quale,

Qual trama?...

FILIPPO— Oh ciel! contro a me sol non era

Forse ordita la trama. A chi del padre

Il sangue vuol, (s'ei la madrigna abborre

Del padre al par) nulla parrebbe il sangue

Versar della madrigna...

ISAB. — In me?... Che parli?...

Ahi lassa!... Il prence...

FILIPPO— Ingrato, i tuoi non meno,

Che i miei cotanti beneficj obblia. —

Ma tu, in te stessa torna: e lieta vivi;...

E a me sol fida la importante cura

Di assicurar la tua con la mia pace.

ISAB. — ...Oh detti!... oh sguardi!... A gran pena ripiglio

I sensi miei. Che mai diss'egli? avrebbe

Forse il mio amor?... ma no; racchiuso stammi

Nel più addentro del core... Eppur, quegli occhi

D'ira avvampanti, ed in me fitti... Ahi lassa!...

Poi di madrigna favellò... Che disse

Della mia pace?... Oh cielo! e che risposi?

Nomato ho il prence? Oh! di qual freddo orrore  
 Sento agghiacciarmi! Ove corr'egli... ah! dove?  
 A che si appresta? ed io, che fo? — Seguirlo  
 Voglio; ma il piè manca, e il vigor...

## ATTO QUINTO

### SCENA PRIMA

CARLO

Ch'altro a temer, ch'altro a sperar mi resta,  
 Che morte omai? Scevra d'infamia almeno  
 L'avessi!... Ah! deggio dal crudel Filippo  
 Piena d'infamia attenderla. — Un sol dubbio,  
 E peggior d'ogni morte, il cor mi punge.  
 Forse ei sa l'amor mio: nei fiammeggianti  
 Torvi suoi sguardi un non so qual novello  
 Furor, mal grado suo, tralucer vidi...  
 E il suo parlar colla regina or dianzi...  
 E l'appellarmi; e l'osservar... Che fia...  
 (Oh ciel!) che fia, se a lui sospetta a un tempo  
 La consorte diventa? Oimè! già forse  
 Punisce in lei la incerta colpa il crudo;  
 Chè del tiranno la vendetta sempre  
 Suol prevenir l'offesa.... Ma, se a tutti  
 Il nostro amor, ed a noi quasi, è ignoto,  
 Donde il sapria?... me forse avrian tradito  
 I sospir miei? Che dico? a rio tiranno  
 Noti i sospir d'amore?... A un cotal padre  
 Penetrare il mio amor mestier fors'era,  
 Per farsi atroce, e snaturato? Al colmo  
 L'odio era in lui, nè più indugiar potea.

Ben venga il di, ben venga, ov'io far pago  
 Della mia testa il posso. — Ahi menzognera  
 Turba de amici della sorte lieta!  
 Dove or sei tu? nulla da voi, che un brando  
 Vorrei; ma un brando, onde all'infamia tormi,  
 Nessun di voi mel porgerà... Qual sento  
 Stridor?... la ferrea porta si disserra!  
 Che mi s'arrecà? udiam... Chi fia?

## SCENA II

ISABELLA e CARLO

- CARLO — Chi veggio?  
 Regina, tu? Chi ti fu scorta? Oh! quale  
 Ragion ti mena? amor, dover, pietade?  
 Come l'accesso avesti?
- ISAB. — Ah! tutto ancora  
 Non sai l'orror del tuo feral destino:  
 Tacciato sei di parricida; il padre  
 Ti accusa ei stesso; un rio consiglio a morte  
 Ti dannà; ed altro all'eseguir non manca,  
 Che l'assenso del re.
- CARLO — S'altro non manca,  
 Eseguirassi tosto.
- ISAB. — E che? non fremi?
- CARLO — Gran tempo è già, ch'io di morir sol bramo.  
 E il sai ben tu, da cui null'altro io chiesi,  
 Che di lasciarmi morire ove sei.  
 Mi è dura, sì, l'orrida taccia; è dura,  
 Ma inaspettata no. Morir m'è forza;  
 Fremer ne posso, ove tu a me lo annunzi?
- ISAB. — Deh! non parlarmi di morte, se m'ami.

¿ Cedi per poco all'impeto...

CARLO — Ch'io ceda?

Or, ben mi avveggo; hai di avvilirmi assunto  
Il crudo incarco; il genitore iniquo  
A te il commette...

ISAB. — E il poi tu creder, prence?  
Ministra all'ire io di Filippo?...

CARLO — A tanto  
Potria sforzarti, anco ingannarti ei forse.  
Ma, come or dunque a me venirne in questo  
Carcer ti lascia?

ISAB. — E il sa Filippo? Oh cielo!  
Guai, se il sapesse!...

CARLO — Oh! che di'tu! Filippo  
Qui tutto sa: chi mai rompere i duri  
Comandi suoi?...

ISAB. — Gomez.

CARLO — Che ascolto? Oh! quale,  
Qual profferisti abominevol nome,  
Terribile, funesto!...

ISAB. — A te nemico  
Non è, qual pensi...

CARLO — Oh ciel! s'io a me il credessi  
Amico mai, più di vergogna in volto  
Avvamperei, che d'ira.

ISAB. — Ed ei pur solo,  
Sente or di te pietà. L'atroce trama  
Ei del padre svelommi.

CARLO — Incauta! ah! troppo  
Credula tu! che festi? ah! perchè fede  
Prestavi a tal pietà? Se il ver ti disse  
Dell'empio re l'empissimo ministro,  
Ei col ver t'ingannò.

ISAB. — Ma il dir, che giova?  
 Di sua pietà non dubbj effetti or tosto  
 Provar potrai, sea' apregghi miei ti arrendi.  
 Ei qui mi trasse di soppiatto; e i mezzi  
 Già di tua fuga appresta: io ve l'indussi.  
 Deh! non tardar, t'invola: il padre sfuggi,  
 La morte, e me.

## SCENA III

FILIPPO, ISABELLA ed CARLO

FILIP. — Ora di morte è giunta:  
 Perfido, è giunta: io te l'arreco.

ISAB. — Oh vista!  
 Oh tradimento!...

CARLO — Ed io son presto a morte:  
 Dammela tu.

FILIP. — Morrai, fellow: ma pria,  
 Miei terribili accenti udrete pria  
 Voi, scellerata coppia. — Infami, io tutto,  
 Sì, tutto io so: quella, che voi d'amore,  
 Me di furor consuma, orrida fiamma,  
 M'è da gran tempo nota. Oh quai di rabbia  
 Repressi moti! oh qual silenzio lungo!...  
 Ma entrambi al fin nelle mie man cadeste.  
 A che dolermi? usar degg'io querele?  
 Vendetta vuolsi; e avrolla io tosto; e piena,  
 E inaudita l'avrò. — Mi giova intanto  
 Goder qui di vostr'onta. Iniqua donna,  
 Nol creder già, che amata io t'abbia mai;  
 Nè, che gelosa rabbia al cor mi desse  
 Martirio mai. Filippo, in basso loco,

Qual è il tuo cor, l'alto amor suo non pone ;  
 Nè il può tradir donna che il meriti. Offeso  
 In me il tuo re, non il tuo amante, hai dunque.  
 Di mia consorte il nome, il sacro nome,  
 Contaminato hai tu. Mai non mi calse  
 Del tuo amor; ma albergare in te sì inmenso  
 Dovea il tremor del signor tuo, che tolto  
 D'ogni altro amor ti fosse anco il pensiero.—  
 Tu seduttor, tu vile;... a te non parlo;  
 Nulla in te inaspettato; era il misfatto  
 Di te sol degno. — Indubitate prove  
 M'eran (pur troppo!) ancor che ascosi, i vostri  
 Rei sospiri; e il silenzio, e i moti, e il duolo,  
 Che ne' vostri empj cori al par racchiuso  
 Vedevo, e veggo. — Or, che più parlo? eguale  
 Fu in voi la colpa; ugual fia in voi la pena.

CARLO — Che ascolto? In lei colpa non è: che dico?  
 Colpa? nè l'ombra pur di colpa è in lei.  
 Puro il suo cor, mai di sì iniqua fiamma  
 Non arse, io'l giuro: appena ella il mio amore  
 Seppe, il dannò...

ISAB. — ... In me il silenzio nasce,  
 Di timor no; stupore alto m'ingombra  
 Del non credibil tuo doppio, feroce,  
 Rabido cor. — Ripiglio al fin, ripiglio  
 Gli attoniti miei spirti... Il grave fallo  
 D'esserti moglie, è al fin dover ch'io ammendi.—  
 Io finor non ti offesi: al cielo in faccia,  
 In faccia al prence, io non son rea: nel mio  
 Petto bensì...

En la tragedia Orestes hay escenas verdaderamente interesantes como esta:

- ELETTRA— Pilade, Oreste, entrambi  
Sgombrate ogni timor; non mento il nome.  
Al tuo furor, te riconobbi, Oreste;  
Al duolo, al pianto, all'amor mio, conosci  
Elettra tu.
- ORESTE — Sorella; oh ciel!... Tu vivi?  
Tu vivi? Ed io t'abbraccio?
- ELETTRA— Oh giorno!...
- ORESTE — Al petto  
Te dunque io stringo? Oh inesplicabil gioja!  
Oh fera vista! La paterna tomba?...
- ELETTRA— Deh! ti acqueta per ora.
- PILADE — Elettra, oh quanto  
Sospirai di conoscerti! Tu salvo  
Oreste m'hai, che di me stesso è parte;  
Pensa s'io t'amo.
- ELETTRA — E tu, cresciuto l'hai;  
Fratel secondo a me tu sei.
- PILADE — Deh! meco  
Dunque i tuoi preghi unisci; ah! meco imprendi  
A rattener di questo ardente spirto  
I ciechi moti. Oreste, a duro passo  
Vuoi tu ridurci a forza? Ad ogni istante  
Vuoi, ch'io tremi per te? Finora in salvo  
Qui ci han scorti pietate, amor vendetta;  
Ma, se così prosiegui...
- ORESTE — È ver; perdona,  
Pilade amato;... io fuor di me... Che vuoi?...  
Qual senno mai regger potea?... Quai moti,  
A una tal vista inaspettata!... — Io'l vidi,  
Sì, con questi occhi io'l vidi. Ergea la testa  
Dal negro avello: il rabuffato crine  
Dal viso si togliea con mani scarne;

E sulle guance livide di morte  
 Il pianto, e il sangue ancor rappreso stava.  
 Nè il vidi sol; che per gli orecchi al core  
 Flebil mi giunse, e spaventevol voce,  
 Che in mente ancor mi suona: «O figlio imbelle,  
 «Che più indugj a ferire? Adulto sei,  
 «Il ferro hai cinto, e l'uccisor mio vive?»  
 Oh rampogna!... Ei cadrà per me svenato.  
 Sulla tua tomba; dell'iniquo sangue  
 Non serberà dentro a sue vene stilla:  
 Tu il berai tutto, ombra assetata; e tosto.

ELETTRA—Deh! l'ire affrena. Anch'io spesso rimiro  
 L'ombra del padre squallita affacciarsi  
 A quei gelidi marmi; eppur mi taccio.  
 Vedrai le impronte del sangue paterno  
 Ad ogni passo in questa reggia; e forza  
 Ti fia mirarle con asciutto ciglio,  
 Finchè con nuovo sangue non l'hai tolte.

ORESTE—Elettra, oh quanto, più che il dir mi fora  
 Grato l'oprar! Ma, fin che il dì ne giunga,  
 Starommi io dunque. Intanto, a pianger nati,  
 Insieme almen piangerem noi. Fia vero  
 Ciò ch'io più non sperava? Entro al tuo seno,  
 D'amor, d'ira e di duol, lagrime io verso?  
 Non seppi io mai di te più nulla: spenta  
 Ti credea dal tiranno: a vendicarti,  
 Più che a stringerti al sen, presto veniva.

ELETTRA—Vivo, e ti abbraccio; e il primo giorno è questo,  
 Che il viver non mi duole. Il rio furore  
 Del crudo Egisto, che fremea più sempre  
 Di non poter farti svenar, mi fea  
 Certa del viver tuo: ma, quando udissi,  
 Che tu di Strofio l'ospitale albergo

Lasciatò avevi, oh qual tremore!...

PILADE —

Ad arte

Sparse il padre tal grido, a fin che in salvo  
Dalle insidie d'Egisto, ei rimanesse  
Così vieppiù sicuro. Io mai pertanto,  
Mai nol lasciai, nè il lascierò.

ORESTE —

Sol morte

Partir ci può.

PILADE —

Né lo potria pur morte.

ELETTRA—Oh, senza esempio al mondo, unico amico! —

Ma, dite intanto: al sospettoso, al crudo  
Tiranno, or come appresentarvi innanzi?  
Celarvi qui, già nol potreste.

PILADE —

A lui

Mostrar vogliamci apportator mentiti  
Della morte d'Oreste.

ORESTE —

È vile il mezzo.

ELETTRA—Men vil, ch'Egisto. Altro miglior, più certo,

Non havvi, no: ben pensi. Ove introdotti  
Siate a costui, pensier fia mia, del tutto,  
Il darvi e loco, e modo, e tempo, ed armi  
Per trucidarlo. Io serbo, Oreste ancora,  
Quel ferro io serbo, che al marito in petto  
Vibrò colei, cui non osiam più madre  
Nomar dappoi.

ORESTE —

Che fa quell'empia? In quale

Stato viv'ella? Ed il non tuo delitto  
Come a te fa scontar, d'esserle figlia?

ELETTRA—

Ah! tu non sai, qual vita ella pur tragge.

Fuor che d'Atride i figli, ognun pietade

Ne avria... L'avremmo anche pur troppo noi: —

## ESCENA III

CLITENNESTRA, ORESTE E PILADE, *in disparte*

- ORESTE — Non giunge,  
Mai non giunge costui?
- PILADE — Dove t'inoltri?
- CLIT. — Amo Egisto, pur troppo!...
- ORESTE — Egisto? Oh voce!  
Chi veggio? È dessa: io la rimembro ancora.
- PILADE — Vieni; che fai? T'arrètra.
- CLIT. — Agli occhi miei  
Chi si appresenta? Oh! chi se' tu?
- PILADE — Deh! scusa  
Il nostro ardir; stranieri noi, tropp'oltre  
Veniamo or forse: al non saper lo ascrivi,  
Ad altro no.
- CLIT. — Chi siete?
- ORESTE — In Argo...
- PILADE — Nati  
Non siamo...
- ORESTE — E non d'Egisto...
- PILADE — Al re ci manda  
Di Focida il signor...
- ORESTE — Se qui re...
- PILADE — Quindi,  
Se tu il concedi, entro la reggia il piede,  
Di lui cercando, inoltreremo.
- CLIT. — In Argo  
Qual vi guida cagione?
- ORESTE — Alta.
- PILADE — Narrarla

Dobbiamo al re.

CLIT. — Del pari a me narrarla  
Potrete; or sta fuor della reggia Egisto.

PILADE — Ma torneravvi...

ORESTE — Spero.

CLIT. — Intanto, il tutto  
A me si esponga.

ORESTE — Io tel vo' dir...

PILADE — Se pure

Tu ce l'imponi; ma...

CLIT. — Sul trono io seggo  
D'Egisto al fianco.

ORESTE — E il sa ciascun, che degna  
Tu sei di lui.

PILADE — Sarebbe a te men grata,  
Che ad Egisto, la nuova.

CLIT. — E qual?...

ORESTE — Che parli?

Qual può il consorte udir grata novella,  
Che alla moglie nol sia?

PILADE — Tu sai, che il nostro  
Assoluto signore a Egisto solo  
C'impon di darla.

ORESTE — Egisto ed essa, un'alma  
Sono in due corpi.

CLIT. — A che così tenermi  
Sospesa? Or via, parlate.

PILADE — Acerbo troppo  
Ti fia l'annunzio; e tolga il ciel, che noi...

ORESTE — Assai t'inganni: a lei rechiamo intera  
E sicurezza, e pace.

CLIT. — Omai dovrete  
Por fin...

- ORESTE — Regina, arrechiam noi la morte...
- CLIT. — Di chi?
- PILADE — Taci.
- CLIT. — Di chi? Parla...
- ORESTE — D'Oreste.
- CLIT. — Oimè! che sento? Del mio figlio?... Oh cielo!...
- ORESTE — Del figlio, sì, d'Agamennòn trafitto. .
- CLIT. — Che dici?
- PILADE — Ei dice, che trafitto Oreste  
Non fu.
- ORESTE — Del figlio del trafitto. .
- PILADE — Insano,  
Spergiuro, a me serbi così tua fede?
- CLIT. — Misera me! dell'unico mio figlio  
Orba...
- ORESTE — Ma forse, il più mortal nemico  
Non era Oreste del tuo Egisto?
- CLIT. — Ahi crudo!  
Barbaro! in guisa tal la morte annunzi  
D'unico figlio ad una madre?
- PILADE — Ei troppo  
Giovine ancora, e delle corti ignaro,  
(Scusalo, deh!) per appagar tua brama,  
Incautamente con soverchio zelo,  
La mia tradiva. Udir tal nuova poscia,  
D'Egisto a senno, e dal suo labro solo  
Dovuto avresti; e il mio pensier tal era.  
Ma, s'egli...
- ORESTE — Errai fors'io; ma, spento il figlio,  
Secura omai col tuo consorte...
- CLIT. — Ah! taci.  
D'Oreste pria fui madre.
- ORESTE — Egisto forse

T'è men caro d'Oreste?

PILADE — Or, che favelli?

Che fai? Con vani, ed importuni detti  
Di madre il pianto esacerbare ardisci!  
Lasciala; vieni; il lagrimare, e il tempo,  
Sollievo solo al suo dolore...

ORESTE — Egisto

Alleviar gliel può.

PILADE — Vieni: togliamci

Dal suo cospetto, che odiosi troppo  
Noi le siam fatti omai.

CLIT. — Poichè la piaga

Mi festi in cor, tu d'ampliarla, crudo,  
Godrai: narrami or come, dove, quando  
Cadde il mio figlio.— Oreste, amato Oreste,  
Tutto saper di te vogl'io; nè cosa  
Niuna udir più, fuor che di te.

ORESTE — Lo amavi

Tu dunque molto ancora?

CLIT. — O giovinetto

Non hai tu madre?

ORESTE — ... Io?... L'ebbi.

PILADE — Oh ciel? Regina,

Soggiacque al fato il figliuol tuo: la vita...

ORESTE — Non gli fu tolta da nemici infami;

Ai replicati tradimenti atroci,

No, non soggiacque...

PILADE — E ciò saper ti basti.

Chi ad una madre altro narrar potrebbe?

ORESTE — Ma se una madre udir pur vuole...

PILADE — Ah! soffri,

Che la storia dolente al re soltanto

Si esponga appien da noi.

ORESTE — Godranne Egisto.  
 PILADE — Troppo dicemmo; andiam. Pietà ne vieta  
 Di obbedirti per or. — Seguimi: è forza,  
 È forza al fin, che al mio voler t'arrendi.

ESCENA IV

CLITENNESTRA

Figlio infelice mio!... Figlio innocente  
 Di scellerata madre!... Oreste, Oreste ..  
 Ah! più non sei! Fuor del paterno regno  
 Da me sbandito, muori? Egro, deserto,  
 Chi sa, qual morte!... E al fianco tuo, nell'ore  
 Di pianto estreme, un sol de' tuoi non v'era?  
 Nè dato a te di tomba onor nessuno...  
 Oh destino! Il figliuol del grande Atride,  
 Errante, ignoto, privo d'ogni ajuto...  
 Nè madre, nè sorella, col lor pianto  
 Lavaro il morto corpo tuo! Me lassa!  
 Figlio amato, mie man non ti prestaro  
 L'ultimo ufficio, chiudendoti i lumi  
 Moribondi. — Che dico? Eran mie mani  
 Da tanto? Ancor del sangue del tuo padre  
 Lorde e fumanti, dal tuo volto, Oreste,  
 Le avresti ognora, e con ragion, respinte.  
 Oh di madre men barbara tu degno!...—  
 Ma, per averti io'l genitor svenato,  
 Ti son io madre meno? Ah! mai non perde  
 Natura i dritti suoi... Pur, se il destino  
 Te giovinetto non togliea, tu forse,  
 (Come predetto era da oracol vano)  
 Rivolto avresti nella madre il ferro!...

E tu il dovevi: inemendabil fallo,  
Qual mano altra punir meglio il potea?  
Deh! vivi, Oreste; vieni; in Argo torna,  
L'oracol compì; in me, non una madre,  
Ma iniqua donna che usurpò tal nome,  
Tu svenerai: deh! vieni... Ah! più non sei...

En la tragedia Mirra hay tambien pasages interesantes como este:

## ESCENA II

PEREO, MIRRA E EURICLEA

PEREO — D'inaspettata gioja hammi ricolmo,  
Mirra, il tuo genitore: ei stesso, lieto,  
Il mio destin, ch'io tremando aspettava,  
Annunziommi felice. Ai cenni tuoi  
Preste saranno al nuovo albòr mie vele,  
Poichè tu il vuoi così. Piacemi almeno,  
Che vi acconsentan placidi e contenti  
I genitori tuoi: per me non altra  
Gioja esser può, che di appagar tue brame.

MIRRA — Sì, dolce sposo; ch'io già tal ti appello;  
Se cosa io mai ferventemente al mondo  
Bramai, di partir teco al nuovo sole  
Tutta ardo, e il voglio. Il ritrovarmi io tosto  
Sola con te; non più vedermi intorno  
Nullo dei tanti oggetti a lungo stati  
Testimon del mio pianto, e cagion forse;  
Il solcar nuovi mari, e a nuovi regni  
Irne approdando; aura novella e pura  
Respirare, e tuttor trovarmi al fianco

Pien di gioja e d'amore un tanto sposo;  
 Tutto, in breve, son certa, appien mi debbe  
 Quella di pria tornare. Allor sarotti  
 Meno incresecevol, spero. Aver t'è d'uopo  
 Pietade intanto alcuna del mio stato;  
 Ma, non fia lunga; accèrtati. Il mio duolo,  
 Se tu non mai men parli, in breve svelto  
 Fia da radice. Deh! non la paterna  
 Lasciata reggia, e non gli orbatì e mesti  
 Miei genitor; nè cosa, in somma, alcuna  
 Delle già mie, tu mai, nè rimembrarmi  
 Dèi, nè pur mai nomarmela. Fia questo  
 Rimedio, il sol, che asciugherà per sempre  
 Il mio finor perenne orribil pianto.

PEREO — Strano, inaudito è il tuo disegno, o Mirra:  
 Deh! Voglia il ciel, ch'ei non t'incesca un giorno!—  
 Pur, benchè in cor lusinga omai non m'entri  
 D'esserti caro, in mio pensier son fermo  
 Di compier ciecamente ogni tua brama.  
 Ove poi voglia il mio fatal destino,  
 Ch'io mai non mertì l'amor tuo, la vita  
 Che per te sola io serbo (questa vita,  
 Cui tolta io già di propria man mi avrei,  
 S'oggi perderti affatto erami forza)  
 Questa mia vita per sempre consacro  
 Al tuo dolore, poichè a ciò mi hai scelto.  
 A pianger teco, ove tu il brami; a farti,  
 Tra giuochi e feste, il tuo cordoglio e il tempo  
 Ingannar, se a te giova; a porre in opra,  
 A prevenir tutti i desiri tuoi:  
 A mostrarmiti ognor, cual più mi vogli,  
 Sposo, amico, fratello, amante, o servo.  
 Ecco, a quant'io son presto: e in ciò soltanto

La mia gloria fia posta e l'esser mio.  
 Se non potrai me poscia amar tu mai,  
 Parmi esser certo, che odiarmi almeno  
 Neppur potrai.

MIRRA — Che parli tu? Deh! meglio  
 Mirra e te steso in un conosci e apprezza.  
 Alle tante tue doti amor sì immenso  
 V'aggiungi tu, che di ben altro oggetto,  
 Ch'io nol son, ti fa degno. Amor sue fiamme  
 Porrarmi in cor, tosto che sgombro ei l'abbia  
 Dal pianto appieno. Indubitabil prova  
 Abbine, ed ampia, oggi en veder ch'io scelgo  
 D'ogni mio mal te sanator pietoso;  
 Ch'io stimo te, ch'io ad alta voce appello,  
 Però, te sol liberator mio vero.

PEREO — D'altra gioja or m'infiammi: il tuo bel labro  
 Tanto mai non mi disse; entro al mio core  
 Stanno in note di fuoco omai scolpiti  
 Questi tuoi dolci accenti. — Ecco venirne  
 Già i sacerdoti, e la festosa turba  
 E i cari nostri genitori. O sposa,  
 Deh! questo istante a te davver sia fausto,  
 Come il più bello è a me del viver mio!

Si era difícil—dice Mr. Etienne—el reformar la comedia italiana, lo era mas fundar la tragedia en aquel país. Para este género de representaciones el teatro verdadero no existia. Se escribian piezas á imitacion de Maffei, del abate Conti, de los autores franceses, pero lo difícil era verlos representar bien en lo que no se pensaba. Un poeta deseaba entrar en esa carrera, sin estudiar la escena, los actores,

el público, sin frecuentar aun mismo los espectáculos ó bien la comedia, los máscaras, la ópera, sobre todo, que reinaba entónces; estudiaba la *Poética* de Aristóteles, leía algunas obras de Corneille, de Racine y de Voltaire, se proponia sobrepasarlos y lo creia fácil alcanzarlo, practicando mas fielmente los preceptos del filósofo griego. Cuando hubo concebido la idea de un drama ó lo que le parecia tal, se imaginaba haber hecho una tragedia.

Ningun teatro permanente, ninguna tradicion, ninguna esperiencia, ninguna autoridad directiva ni en el empresario ni en las deliberaciones de una compañía regular: los autores estaban mal retribuidos. Venecianos ó lombardos, que no sabian hablar aun la lengua toscana; el arte de la declamacion estaba descuidado y casi no existia, y las repeticiones de las piezas no bastaban para crear todos esos recursos exteriores, pero indispensables del arte, y hubiese sido preciso que alguno de los pequeños príncipes de Italia, se entusiasmase por la tragedia con la misma pasion que habian favorecido en otras épocas las tentativas de la comedia y de la fábula pastoral.

Pero el favor de los príncipes estaba consagrado á la ópera, y no eran bastante ricos para proteger dos teatros; Metastasio era dueño de todo y se recitaban cuando no se cantaban sus versos.

Tal era el arte dramático cuando Alfieri comenzó su obra; de un lado, algunos autores que escribian para una representacion puramente ideal; de otro,

actores mal preparados que pasaban del rol de Arlequin á Melpomene cuando no podían menos.

De su parte Alfieri no entraba á escribir sus ideas preconcebidas—el arte no era para él un fin sino un medio.

«Creo firmemente—decía—que los hombres deben aprender en el teatro á ser libres, fuertes, generosos, apasionados por la verdadera virtud é impacientes contra toda violencia, amantes de la patria; conociendo sus derechos, y en todas sus pasiones ardientes, rectos y magnánimos. Tal era el teatro en Atenas; tal debe ser el que bajo la sombra de un príncipe cualquiera que sea, se erija.»

Alfieri buscaba una tribuna, y era natural que contase menos para crear la tragedia italiana, sobre la composición de sus dramas, y sobre su ejecución que sobre las ideas que le servían de vehículo.

La mayor parte de sus piezas son destinadas á desarrollar algún pensamiento político. «Filippo», conocido en Francia bajo el título de Felipe II, tiene por fin mostrar que el poder absoluto destruye en el corazón los sentimientos más legítimos; al lado del rey, la corte estaba representada con los colores más negros. En «Polinice» idéntica cosa se reproduce.

«¿Tienes, tú, virtudes?» Pregunta Yocasta á Polinice, «deja á los perjuros el trono, ¿quieres vengar á tu hermano? ¿quieres producir el horror en Tebas, en la Grecia, á los Dioses? Déjalo reinar. Yo mismo, nacido en el seno de un trono, he pasado

dias miserables en esas pompas vanas; dias de lágrimas, envidiando la condicion mas humilde. ¡Oh! trono odioso! que eres tú sino una injusticia antigua; siempre sufrida y siempre aborrecida.»

Hemos consignado la opinion de algunos escritores sobre Alfieri, porque es uno de los mas preclaros genios de la Italia del siglo dieciocho. Dejó gran cantidad de obras además de sus tragedias escritas, y murió en 1803 á los cincuenta y cuatro años de edad.

Vicente Monti, es otro de los poetas que contribuyó con su génio á honrar las letras en el siglo de que nos ocupamos, aunque bien podria figurar en el siglo actual.

Nació este escritor en 1733, y murió en 1828. Fué Secretario del príncipe Braschi, sobrino del Papa Pio VI, y queriendo disputar la gloria de Alfieri como poeta trágico, escribió las tragedias *Cayo Graco* y *Aristodemo*, que no pueden competir de manera alguna con ninguna de las de aquel. Escribió varios poemas á imitacion de Dante, *Prometeo* y la *Basviliana* que se considera su mejor obra y que asentó su reputacion como poeta entre los primeros de sus contemporáneos.

Se le ha atacado mucho, y con razon, por su inconstancia en sus opiniones, pues tan pronto ponía por las nubes á Luis XVI, cuando era aun rey de Francia, como lo llenaba de vituperios, cuando habia caído; lo mismo que con Napoleon, que anatematizó al principio y despues fué uno de sus

mas fervientes aduladores, lo que le hizo perder la estimacion pública.

Celebrándose la conmemoracion del suplicio de Luis XVI, hizo una estupenda cancion, dice Cantú, del mismo que habia en la *Basviliana*, presentando no sólo como el rey mas piadoso, pero el rey mas grande, semejante al *Justo* que pedia en la cruz por los que lo crucificaban y del mismo decia :

Il tiranno è caduto! sorgete ;  
 Genti oppresse, natura respira,  
 Re superbi, tremate, scendete,  
 Il più grande dei troni crolló.  
 ....Son percosse dal vile Capeto,  
 Lo spergurio che il cielo stancó  
 Tingi il dito in quel sangue spietato,  
 Francia, tolta alle indigne catene ;  
 Egli è sangue alle vene sugiato  
 De'tuoi figli che il crudo tradi,  
 Cittadini che all'armi volate,  
 In quel sangue le spade bagnate :  
 La vittoria nei bellici affanni,  
 Sta sul brando che i regi ferì.

Al leer estas estrofas sublimes, nos llenamos de espanto al pensar que se pueda tener tanta inspiracion, aunque hablando contra sus convicciones ó habiendo cambiado de opiniones tan profundamente.

Y sin embargo, él mismo dice que no bastaba todo vencer aquella fatal combinacion de circunstancias que lo habian sentenciado á ser cortesano

del despotismo. « ¡ Cuánto no habría amado un destino, que nadie hubiera envidiado! Pero ese flajelo de los hombres honestos se me ha arraigado á la carne y no espero librarme de él, á menos que no tome el partido de volverme un malvado para ser afortunado. Crei haber venido á las bodas de una bella virgen, y me despierto en brazos de una meretriz».

La *Mascheroniana* es mas pulida que la *Basviliana*, y el sentimiento de la patria es mas puro, y estrofas como estas que van á continuacion serán siempre admiradas:

Vedi, prima il dolor mesquino  
 Di cotal nuova libertà vestita,  
 Che libertà, nomossi e fù rapina....  
 Altri stulti, altri vili, altri perversi,  
 Tiranni molti, cittadini pochi,  
 E i pochi o morti, o insidiati, o sparsi,  
 Tal s'allaciò in senato la zimarra  
 Che d'elleboro ha d'uopo e d'esorcismo....  
 Tal vi trama che tuto parosismo  
 Di dilfca mania, vate più destro  
 La calunnia a filar che il silogismo....  
 ¡ Oh iniqui! e tutti in arroganti inchiesto  
 Parlar virtude, e se dir Bruto e Gracco,  
 Gennuzi essendo, Saturnini e mostranno  
 Libertà? di che guisa?... a cotal patto  
 Chi v'uol franca la patria e un traditore,  
 Dal calzato allo scalzo le fortune  
 Migrar fur viste; e libertà divine  
 Merce di ladri e furia di tribune....  
 Squallido, magro il buon soldato, e pieno

Di polvo, di sudor, di custuce  
 Chiedea plorando del suo sangue il frutto,  
 Ma l'inghiottono l'arce voratrici  
 Di onnipossenti duci e gl'ingordi alevi  
 Di questori, protetti e meretrici....  
 Sai come s'arrabatta esta genia,  
 Che ambiziosa, obliqua, entra e penetra  
 E fora e s'apre ai primi onor la via

.....

El canto dedicado á Napoleon despues de su campaña de Egipto, es digno de transcribirse, sintiendo sólo no poderlo traducir al español pues perderia su verdadero mérito como con la anterior composicion:

Sputo, o Alpe, si desse, è l'Alpe apprissi  
 E tremò dell'eroe sotto le piante....  
 Liete da lungi le lombarde valli  
 Risposero a quel muggio, e fiumi in tanto  
 Scendean d'arte, di bronzi e di cavalli,  
 Levò la fronte Italia, e largo le scorrea dal ciglio,  
 Carga di ferri e lacerato il manto,  
 Pur venisti, diceva, amato figlio....  
 L'erce.... alla vendetta del materno affanno,  
 In Marengo discese fulminando,  
 Mancò alle stragi il campo, e l'alemanno  
 Sangue ondeggiava, e d'un sol di la sorte  
 Volse di sette e sette lune al danno,  
 In un suol punto tutto, e ghirlande anno  
 Dodice lauri in un sol lauro il forte.

A su vuelta á Italia, lo saluda con los siguientes versos que todos han cantado, cuando han comido el amargo pan del destierro :

Bella Italia, amate sponde,  
Pur vi torno a riveder!  
Trema in petto e si confonde  
L'alma oppressa dal piacer.

Ugo Foscolo, es otro de los buenos poetas italianos, que figuran en la pléyade de escritores de aquel siglo, y que hacen tambien parte de éste.

Nació este poeta en 1776 y murió en 1829. Se dedicó á la poesia, y sus obras poseen una gran naturalidad y originalidad, hallándose en ellas mezclados el gusto literario italiano con el griego. Sus tragedias *Thieste* y *Ajax*, poseen verdadero mérito y pueden competir con las mejores que se han escrito; el canto *de los sepulcros*, es tambien notable, y las *cartas de Jacobo Ortiz*, es una novela de interesante lectura que se recomienda.

Sobre esta obra, transcribiremos lo que dice Mr. Etienne, en su excelente obra sobre la literatura italiana.

Dice así: «la casualidad le proporcionó el título de su novela y el nombre de su héroe. Jacobo Ortiz era de la provincia de Trious, estudiante de la Universidad de Padua y se habia dado muerte con dos golpes de puñal. Nadie supo los motivos de este suicidio; el estudiante descendió á la tumba, sin de-

jar ni una palabra escrita á sus padres ni la posibilidad de hacer una simple conjetura á los curiosos. »

Foscolo se identifica con aquel jóven á quien no conocia; le presta sus amores, algunas de sus aventuras y le toma su nombre, y ese suicidio que debia pasar ignorado, le sirve de tema para su obra que no podia impedirse de admirar.

Silvio Pellico le dirigia mas tarde esta octava que traducimos libremente:

« Tu libro de amor desesperado, bien que haya cosechado innumerables aplausos; bien que te fuese querido como tu propia gloria; bien que te pareciese una obra digna de tí, tu gemias no obstante por lo que ella ofrecia á la juventud, un licor envenenado de cólera feroz contra el destino humano, siendo tu Ortiz, un ídolo para esos espíritus señalados. »

Existe en ese libro un defecto voluntario de unidad: el corazon de Ortiz está dividido entre el amor por su patria y su pasion por Teresa. El acto de atravesarse con el puñal con que se hiere es tal vez incitado por los celos, pero el fantasma de la patria espirante que lo ha puesto en sus manos, inscribe en el catecismo del ciudadano el suicidio; temiendo ser á sus ojos un deber político cuando la libertad está perdida sin esperanza de recuperarla. Así se continúa en él la tradicion de Alfieri, cuyo teatro presenta sin cesar la imágen de la muerte voluntaria; así se confirma la moral de un fanatismo falso y declamatorio que ha contado despues muchos adeptos. Tommaseo, relata el fin de uno de estos fanáticos de la tumba,

dotado no obstante de facultades las mas felices, pero que la lectura de Alfieri y de Foscolo lo condujeron á un fin funesto.

Ortiz no se deja arrastrar á la muerte, no se precipita á saltos como en el fatalismo de Werter; marcha con la frente serena y hace gala de su corage. Foscolo no se prometia anteriormente imitar á Goëthe; habia emprendido descubrir la historia de un suicidio politico entremezclando cartas de amor que le pertenecian. No conoció la obra alemana sino despues de haber escrito parte de la suya; de aqui previno que tuvo que cambiar parte de ella, no pudiendo dejar de escaparse de la comparacion. De ahí proviene tambien esa correspondencia mitad real, mitad ideal, que encierra esa novela sin ofrecer una accion verdaderamente interesante. La imitacion fué en efecto para Foscolo, un sacrificio al cual se resignó para obtener un resultado. Sin duda, Jacobo Ortiz no es simplemente un Caton italiano; Teresa prometida á otro, tiene mucha parte en su desesperacion, resultando esa persona compleja, no pudiendo producir el efecto superior y concluyente cuyo secreto está en la unidad.

El uso habia desterrado de enterrar los muertos al rededor de las iglesias y en las iglesias mismas. Las sepulturas se erigian afuera de las ciudades, pero aquellos que no dejaban cómo pagar un monumento fúnebre, se les depositaba en la tierra confundido con los demás muertos y no quedaba nada que los recordase á los ojos de sus amigos. El

poeta Parini murió pobre y su última morada permaneció ignorada.

Esto fué lo que inspiró los bellos versos de los *sepulcros*. Dos sentimientos dominan en esa composición: el autor es á la vez demócrata y discípulo apasionado de la antigüedad. Ugo Foscolo, nacido en Zanta, la Zaeguthe de Homero, era súbdito de la República de Venecia é italiano por adopción. Pagano, á fuerza de ser clásico, no comprendió la poesía religiosa que servían de pisa á nuestras iglesias, y se diría que había perdido el sentido cristiano. En religion es Callimaco—es Alejandrino por su espíritu cuanto por el abuso que hace de la mitología.

Foscolo sirvió en los ejércitos de Francia y en los del reino de Italia, se halló en el sitio de Génova y en la campaña de Boloña; dejó la espada para subir como profesor en una cátedra de Pavia, reapareciendo en nuestras filas en nuestros reveses de fortuna. La firmeza indomable de su carácter y su negativa de obedecer absolutamente á sus nuevos señores, lo hicieron ir al destierro, muriendo en Londres en 1827, á la edad de cuarenta y nueve años: Alfieri, Monti y Foscolo son, en fin, los triunviro de la literatura italiana en la época revolucionaria; esos nombres eminentes en la poesía y en la crítica aun, son las verdaderas glorias de aquel siglo, que había de desarrollar tantas ideas y señalar tantos progresos morales, políticos y literarios.

Y la Italia que siempre ha visto nacer preclaros ingenios, identificándose con su poeta Alfieri, ha podido profetizar lo que sería en estos versos:

«Un dia vendrá, y volverá el dia en que, renaciendo á la vida, los italianos se reunirán bajo sus armas y no al servicio de nadie.» Y no se equivocaba, pues Alfieri se anunciaba valientemente como el precursor de la Italia moderna, como dice Mr. Etienne, á quien hemos ya citado,—y no se ha engañado; su nombre, su vida y sus obras, sirven de prelude natural á la época de transicion violenta á que hemos llegado. Hallamos todos los gémenes de todos los principios de libertad y de desorden, que el nacimiento de este siglo tenia á todos en confusion, siendo por excelencia un verdadero escritor revolucionario, y nadie despues de él, habiendo predicado la revolucion, la ha maldecido y despreciado mas.

El idioma italiano es una lengua verdaderamente literaria, y no es estraño que siempre haya contado con ingenios de primer orden.

La formacion de su sonora y dulce lengua, arranca de diversos dialectos, en que el florentino y despues el toscano, se asimilan y triunfan de los demás, siendo mas adaptados á la literatura y llegan á la perfeccion con poetas como Dante, Ariosto, Bocaccio y otros.

Así estos representan desde 1265 á 1375 tres generaciones sucesivas que han formado las bases de su desarrollo estraordinario intelectual de Italia.

Despues de ellos, viene el periodo de la omnipotencia del partido de los güelfos que concluye con la revolucion reconocida por los *Ciampi*, donde los

pobres se sublevaron contra los ricos, empezando desde entonces la decadencia de las libertades y naciendo la gran fortuna de los Médicis. Los treinta y tres años que transcurren desde 1498, con la muerte de Savonarola hasta 1531, con el fin de la república de Florencia y de la libertad italiana, señalan el tiempo mas brillante del siglo dieciseis.

El período que sucedió y que se señala desde la caída de la república florentina hasta la muerte de Tasso, en 1595, encierra dos generaciones que corresponden, la una al trabajo de reforma emprendida por el Concilio de Trento, y la otra es la época de reaccion religiosa que fué consecuencia de la primera.

Esta época, muy distinta de la precedente, podría dividirse en dos partes con relacion á la literatura; pero sus diferencias no son tales que se haga necesario mantener esa division. Lo mismo los cuarenta años de paz que fueron asegurados por el tratado de Aix la Chapelle en 1748, á la Italia, hasta entonces siendo el lugar donde se decidian las campañas de los ejércitos de Europa, fueron testigos de un renacimiento de su literatura. Su revolucion y el imperio agitaron la península y sufrieron un fuerte embate las letras. De ahí ese período que no tiene ni la tranquilidad del precedente ni las tendencias precisas de aquel que la siguió.

Este último desde 1815 á 1747 ha preparado por las doctrinas filosóficas, y por el teatro y por otros escritos, la época actual, de la que nos ocuparemos.

En resúmen: la historia de la literatura italiana nos parece confirmar en todo esa ley, que cada generacion activa y vivaz en el órden del espíritu, tiene su propia literatura, imágen de su pensamiento, siendo el escritor que mas ha producido y llamado la admiracion, quien la representa mejor y con mayor exactitud. Así Ariosto, Machiavelo, Tasso, Parini, Alfieri y Manzoni, sirven como de verdaderos astros en los periodos que han vivido, resplandeciendo con luz brillante, como astros de primera magnitud y señalando sus épocas de una manera decisiva, por sus obras originales. No nos referimos á Dante, Petrarca y Bocaccio que no sólo reasumen, pero sino, que llenan toda su época.

Refiriendo la vida y los escritos de cualquiera de esos hombres de ese órden, es un siglo entero que se relata.

Por lo demás, la historia de una literatura debe ser referida sin inclinacion de partido; pero es imposible que un pensamiento dominante no se desprenda por el estudio de los monumentos literarios de un pueblo. Uno de los rasgos necesarios de estos estudios debia ser la idea general de la unidad italiana. Ésta aparece en las obras de Dante, se vela en Petrarca y Bocaccio, reaparece en los escritos de Lorenzo de Médicis y se anima y se designa netamente en Machiavelo. Discutido por Guichardini, combatida por los historiadores honorables, el poder de los Médicis, sobre todo por Ammirate, se refugia de algun modo en Turin, cuyos soberanos

---

conciben desde los principios del siglo diecisiete, la esperanza de fundar un reino de la Italia Setentrional; el publicista piomontés Botero, entrevée el engrandecimiento de sus príncipes por la conquista. La idea de unidad aparece olvidada en el siglo diecisiete, hasta tal punto que su lengua misma parece amenazada y que los dialectos hallan acogida favorable. Pero en el siglo dieciocho, de que nos hemos ocupado, el espíritu nacional se remueve y se agita, tomando la Italia parte en el movimiento que arrebata á los demás pueblos, y esta emulacion estrecha los lazos entre las ciudades de ese país que hasta entonces vivian aislados, la evolucion, la revolucion francesa, trasporta mas allá de los Alpes, las vicisitudes de la guerra. Los filósofos y los publicistas de ese tiempo han legado al siglo presente una nacion preparada á vivir de una misma idea, independiente y señora de sus propios destinos.

Cuando alcancemos al siglo actual nos ocuparemos de los escritores que mayor influencia han ejercido en ese desarrollo y que se han distinguido mas en el florido campo de la literatura de aquella grande nacion.

---



## V

Vamos ahora á entrar en el período mas culminante y de mayor trascendencia para la humanidad: el del final del siglo dieciocho.

Nos referimos, al decir esto, á la revolucion francesa, que debia cambiar las instituciones de los pueblos, partiendo de alli, como una chispa eléctrica, el vasto incendio que habia de hacer bambolear los tronos y dar por tierra con las añejas costumbres, con las prerogativas odiosas, sepultando en un abismo sin salida, todas las odiosas diferencias entre los hombres y proclamando la libertad, la igualdad y la fraternidad para todos, sin distinciones de clases ni de castas.

A esa revolucion que le debe la humanidad sus derechos, usurpados por una clase favorecida, se

agruparon génius verdaderos como Mirabeau, talentos como Siéyes, hombres públicos como Turgot, Necker, Malheshesbes; tribunos y oradores que pueden competir con los de la mas clásica antigüedad; hombres de estado y guerreros, y poetas como Chenier y publicistas de todo orden de ideas, en aquel período verdaderamente monstruoso y extraordinario, que distingue aquella época de transformacion política y social.

Las arengas y discursos de Mirabeau son un monumento de erudicion y son tambien como un torrente desencadenado de apóstrofes y recriminaciones, que encierran la luz del genio, y son fuente de verdadera inspiracion, por la causa que sostenia con tanto ardor, como aquellas palabras que recordamos dirigidas á los ugieres del rey que venian con la orden de disolver la asamblea que se habia reunido en el juego de pelota: *«Id à decir à vuestro amo, que aquí estamos por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»* Pero donde se vé su génius verdadero en todos sus destellos de fulgurante luz, es en todas las cuestiones que trata desde lo alto de la tribuna; en sus numerosos escritos y correspondencias en donde desarrolló sus vastos y profundos conocimientos. Era un atleta de la palabra, y que, como dice Cormenin, cuando sacudia la melena, era como el leon de Numida. Imponia por la inflexion de su voz, por su actitud y por el imperio que tenia su palabra.

Este fué el hombre llamado providencialmente á

ser el precursor de la revolucion y que mas hizo por ella, pretendiendo ligar los intereses del pueblo con los del rey bajo la égida de la libertad y de la igualdad; mezcla de un ser extraordinario y de corrupcion, de grandeza de ánimo y de afeminacion y venalidad, de aventuras y de escándalos, de gloria y de génio.

Era hijo del marqués de Mirabeau, el autor del *amigo de los hombres*, con quien vivió en continua lucha y separado completamente.

Sostenia en sus escritos los principios de libertad y de filantropía y era un déspota de la familia, pues fué mal esposo y peor padre.

El gran orador nació en Bigmon en 1749, cerca de Némours.

Su juventud fué muy borrascosa y fué encerrado por raptor y adulterio en la prision de Vincennes.

Pasó á visitar á Lóndres, donde despues de haber salido en libertad, se dedicó completamente á la politica y al estudio, pareciendo haberse arrepentido de sus antiguos estravíos. Le fué dado por el Ministro Calonne una mision secreta acerca del gobierno de Prusia. Dió á luz un porcion de escritos que le dieron popularidad, debiendo á esto que el tercer estado de Aix lo nombrase su representante de los Estados generales de 1789. Sabemos todo lo que hizo en aquella asamblea, que cambió completamente las instituciones de su país, dominando muy en breve á todos los oradores por la fogosidad de su palabra y los conocimientos profundos que poseia, y

sobreponiéndose á la gloria de los hombres de estado; fué la cabeza y nervio de la revolucion que debia operar tan grandes resultados en provecho no sólo de la Francia sino de la humanidad entera.

Sus mas notables discursos son, entre todos los que pronunció, *sobre la bancarrota, sobre la constitucion civil del clero, sobre la sancion real, sobre el derecho de paz y de guerra, un mensaje sobre la retirada de las tropas de Versailles y su respuesta al abate Maury sobre los bienes eclesiásticos.*

Fué, indudablemente, un gran reformador, pero se le acusó de venalidad con la corte, y se le descubrió estar en relaciones con la monarquía, como lo comprobó la larga correspondencia que despues de su muerte, se halló en el armario secreto del infortunado Luis XVI. Esto le hizo perder mucho de su popularidad, cuando una breve enfermedad lo condujo á la muerte el 2 de Abril de 1791, pudiendo decir que fué una suerte, pues tal vez hubiera visto en vida su desprestigio, mientras que á su muerte se le hizo un soberbio apoteosis.

Pudo decir, con alguna razon, al inclinar su cabeza sobre la almohada en los brazos de su confidente, en el lecho de muerte, « que dejase descansar la cabeza que mas pesaba en Francia, » pues fué un orador atrevido, y á sus vastos conocimientos, reunia las dotes mas escepcionales de orador y de hombre de estado.

Al lado de este astro de primera magnitud en la

oratoria, de este Demosténes francés, lo rodeaban otros espíritus que cual satélites, recorrían y no salían de su órbita.

Sieyès, cuyo silencio era una calamidad pública, según la expresión del mismo Mirabeau, era un profundo político. Era Vicario General de Chartres cuando Luis XVI decretó la convocación de los estados generales. Con este motivo fué electo Diputado por Paris. Sabemos la gran influencia que ejerció en las nuevas ideas que debían desarrollarse en Francia. Publicó muchos folletos con tal motivo y fué quien propuso á los representantes del pueblo se reuniesen en asamblea constituyente nacional. Fué autor de una Constitución que no mereció ser tomada en consideración. Quisieron nombrarlo arzobispo de Paris, pero declinó ese honor. Votó por la muerte de Luis XVI, pero sin pronunciar lo que se ha repetido, *la muerte sin frases*. Fué miembro de la junta de salud pública y tomó parte en las negociaciones de la paz de Basilea.

Fué enemigo de la Constitución del año III y cuando se formó el directorio, no quiso figurar en él.

Figuró en el concejo de los Quinientos en el que tuvo gran ascendiente, siendo electo miembro del Directorio en 1728, formando parte de él hasta la aparición de Bonaparte en que participó como cónsul del poder supremo, siendo poco después como sabemos, reducido á dejar su puesto por la ambición de aquel que se acaparó todo el poder. Es indudable que fué el primer político de su época y aunque de

difícil palabra, pues nunca habló en público, sus consejos y sus escritos, sus trabajos para hacer prevalecer el tercer estado, y las mas sabias medidas de la revolucion, la formacion de la asamblea general, la declaracion de los derechos, la division territorial fué su obra, y aquella como ésta, constituyen su mayor lauro, pues la primera es el código de la humanidad y de la igualdad de derechos y la segunda dió por tierra con la influencia de provincias y de privilegios.

El mas célebre de sus folletos que dió á luz en 1789, es el que tiene por encabezamiento: «¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué ha sido hasta aquí? Nada. ¿Qué es lo que quiere? Llegar á ser algo.»

Se citan tambien algunas frases célebres y entre otras: «Quieren ser libres y no saben ser justos», condenando las supresiones que decretaba la asamblea sin retribucion.

Como tambien preguntándole lo que habia hecho durante la revolucion, años despues de haber tenido lugar; contestó *he vivido*.

¡Y al par de estos, cuánta elocuencia no hay en los oradores que constituyeron la asamblea que componia aquella inmortal asamblea! Barnabeu; que creia rivalizar con Mirabeau, y tantos otros, hacian brotar á raudales la elocuencia en aquella época en que nacia las ideas y se producian los hechos y surgian los hombres de talento como de una manera providencial.

Y no sólo en la Asamblea, sino en los clubs;

en las plazas nacian oradores y entre ellos, Camilo Dermonlins, autor de una obra titulada «Revoluciones de Francia y de Brabante» siendo el que, el 13 de Julio de 1789, arengando al pueblo reunido en el palacio real, y dando á todos por distintivo una hoja de árbol, los lleva á la Bastilla y echan por tierra aquella prision que habia encerrado tantas victimas, y donde yacian aun muchos desgraciados, siendo aquel valuarte un verdadero padron de ignominiosa afrenta, para un pueblo libre y que debia ser dueño de sus derechos. El inspirado autor de la *Marsellesa*, de ese himno guerrero que hizo estremecer los tronos y los tiranos, Rouget de Lisle. «Como fué inspirado este sagrado canto—dice Gaboriau—de la patria armada, en Estrasburgo, á dos pasos del enemigo, en la enardecida atmósfera de los batallones voluntarios, nadie lo ignora.»

Los voluntarios partian al dia siguiente para marchar contra el enemigo. El alcalde de Estrasburgo los reunió en un banquete, al cual acudieron á estrechar su mano los oficiales de la guarnicion, las señoritas Dietrich y algunas jóvenes de la Alsacia, asistian á ese banquete de despedida, todos con el corazon oprimido y disimulando mal sus lágrimas.

A los postres, mientras que se chocaban las copas, quisieron cantar canciones patrióticas pero..... ¿cuales? No era la salvaje *Carmañola* ni el cólerico *Ca irá*, las que podrian traducir las emociones de aquellos convidados, unidos en fraternal

comunion de ideas, antes de afrontar en el sagrado nombre de la libertad las balas del enemigo.

Se buscaba algo mejor y más á propósito y uno de los voluntarios con acento inspirado lo hizo.

Uno de ellos habia gritado *¡A las armas!* Estas palabras las decian todos. Un oficial de veinte años, Rouget de Lisle se apoderó de ellas; se precipitó fuera de la estancia, y recogido se puso á escribir y un instante despues, con el rostro inspirado por el gérmen de la revolucion, entró cantando el himno que lo debia hacer inmortal.

Aquel canto que oian por primera vez, lo sabian todos al terminar el banquete; y ellos lo extendieron por toda la Francia y por el mundo entero, pues ese himno electrizaba y con él triunfaba la revolucion.

Para conducir á la victoria de la libertad á aquellas legiones de voluntarios que partian cantando la Marsellesa, Dios debia darles, y les dió, capitanes como á Kellerman, Macdonald, Massera, Desaix, Ney, Bernadotte, Dumouriez, Jourdan, Arge-reau, Monceau, Joubert y otros muchos más, que cualquiera de ellos, solo, hubiera sido suficiente en todos tiempos para ilustrar al país.

Aquella revolucion que engendró tanto, é implantó tantas utopías tambien, que vió al lado de hombres tan superiores como los Girondinos, en cuya primer fila figura Vergniaud, el célebre orador tan lleno de amor por la patria y cuyos discursos contribuyeron á inflamar los ánimos de los pa-

triotas, y que están rebotando elocuencia y aticismo, dió tambien hombres depravados, y sanguinarios, como Marat asesinado por Carlota Corday, Robespierre, Danton, Saint Just y otros que implantando el terror, se llenaron de crímenes pretendiendo la completa reforma social, humana y divina. Entre los Jacobinos, dice Mr. Taine en su historia de la Revolucion Francesa; tres hombres, Marat, Danton y Robespierre, poseyeron la preminencia y la autoridad, de los tres, Marat es el menos monstruoso; acercándose al alienado, pues ofrecia sus principales rasgos, la exaltacion furiosa, la sobrecitacion continua, la actividad febril, el flujo inagotable de escribir, el automatismo del pensamiento y el tétano de la voluntad imperiosa y la direccion de una idea fija; además de esto, los sintomas fisicos ordinarios, el insomnio, la tez pálida, la sangre alborotada, sus trajes y su persona descuidados, tanto que segun Honmand, decia, se vestia poco más ó menos como un cochero de mala muerte. Su mirada era inquieta y sus movimientos cortos, rápidos y una movilidad continua daba á sus músculos y á su cara una contraccion convulsiva, que se extendia hasta en el andar, pues no caminaba sino saltaba.

Este era el célebre Marat que pedia en el consejo de la Comuna cuarenta mil cabezas que era necesario hacer caer, y que seis semanas despues, el acceso social habiendo así incubado prodigiosamente, su cifra estaba en proporcion y era entonces doscientas

setenta mil que pedia para asegurar la tranquilidad pública, á condicion de encargarse él mismo de la ejecucion, y de esa operacion tan solamente como justicia sumaria y temporaria. Todo lo demás menos esto le fué concedido, por los miembros del tribunal revolucionario de Paris, los degüellos de Lyon y Tolon, y los ahogados de Nantes.

Tal era este verdadero aborto de la naturaleza, este engendro del mal, que segun Mr. Taine es el menos monstruoso comparado con Robespierre y Danton.

Despues de esta ligera reseña histórica, que hemos creído deber hacer vamos ahora á ver cuáles fueron los progresos que resultaron para las letras con aquella gran revolucion, asi como lo habia hecho con la libertad.

El siglo dieciocho es el siglo del espiritu—dice Mr. Albert en su excelente obra «La literatura Francesa»; es el siglo de las ideas, el gran siglo. Es el que ha preparado á la Francia actual y lo que será despues. Todo lo que se ha hecho y todo lo que se hará de grande en nuestro siglo, ha tenido y tendrá su punto de partida en la Revolucion Francesa, el hecho más considerable de la historia del mundo desde la predicacion del Evangelio.

Tan divididos como puedan estar los hombres de nuestro tiempo, sobre ese punto concuerdan todos; conviniendo unánimemente en hacer dimanar á 1789 el origen y la causa de los sucesos que se desarrollan ante nuestros ojos. Unos la maldicen,

otros la glorifican, pero nadie desconoce la importancia de la obra realizada por aquella revolucion.

Hay necesidad entonces de decir que esta obra, la miremos como legitima y bienhechora?

Qué serian y qué harian aquellos mismos que dan contra ella? La ingratitud no es solamente un vicio del corazon, lo es tambien del espíritu.

Seria un trabajo de interés trivial y sin alcance el limitarse á investigar las modificaciones sufridas entonces por tal ó cual género literario; es preciso dejar á los críticos esto que las ideas les asusten ó los pongan mal con ellos mismos. Es el génio, es el alma misma del siglo XVIII que debemos describir.

Los literatos puros, aquellos que escriben por escribir, nos serian de poco concurso; son de muy escaso número y tienen muy poco lugar—en fin, parece que no fueran de su tiempo. La atencion pública se vuelve contra esas bagatelas y se apasiona por aquellos que piensan y hacen pensar. Filosofia, naturaleza, razon, justicia, hé aqui las palabras que continuamente están en la pluma de los escritores; son la divisa del mismo siglo y son como el programa de la Revolucion. Hé aqui un hecho nuevo y capital. La literatura no será ya una diversion puramente de perezosos; es una fuerza temible y mas activa que nunca. Aqui la obra de los políticos y de los hombres de estado es bien poca cosa; ellos mismos lo reconocen y declaran altamente que son los escritores á quienes se debe todo. La Revolu-

cion, tambien lo proclama; lleva impresa únicamente en su origen todo el génio de los filósofos.

No se limita á reclamar tal ó cual detalle de reforma; sino que funda los principios absolutos, universales. Dejad á los políticos positivos el sentir que la Asamblea nacional hubiera perdido muchas sesiones para redactar la *Declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano*, susceptibilidades metafísicas, á su modo de pensar, y sin embargo, era aquello el fundamento de la nueva era.

¿Crees que sea una obra mediocre para la Francia, de haber la primera promulgado á la faz del mundo los principios eternos y universales de la justicia y del derecho?

Ella ha merecido bien de la humanidad; mostrado el camino á todos los pueblos, y para ellos ha trabajado y afrontado las más terribles pruebas. Los ingleses, mas sensatos, pero menos generosos sobre todo, tuvieron dos revoluciones, una en 1640 y otra en 1688, pero fueron dos revoluciones puramente inglesas, locales y limitadas á un objeto determinado.

Que esto sea mas político, ¿quién lo niega?

Pero ¿dónde hallar en ellos la pureza fecunda del corazón?

Es en nosotros que se halla.

Es una necesidad que la Francia sienta de exponerse y de irradiar su ley por todas partes.

Sabian bien los hombres de ese tiempo que lanzando al mundo los dogmas de la fé severa, iban

á levantar y á exasperar todos los despotismos, y no se arredraron sin embargo. Es que habian sido formados en la escuela de los pensadores, de los utopistas si se quiere clasificarlos así, si es una utopía el querer comunicar á todos los hombres los bienes que son el mas seguro patrimonio de la humanidad.

¿Cómo esas gentes de letras, la mayor parte sin titulo de nacimiento, sin fortuna, luchando contra persecuciones de todo género, pudieron ejercer una influencia tan considerable?

Es lo que es preciso explicar de antemano; y es la introduccion natural á esos estudios del siglo XVIII.

Recordemos en pocas palabras cuál era la posicion de las gentes de letras en el siglo XVII.

Nada mas humilde y mas dependiente. Pobres la mayor parte; á las dádivas de un gran señor, pensionados por Colbert (sabemos con cuál discernimiento y qué generosidad), no existian sino cuando gustaban á la corte y era ella que hacia y deshacia reputaciones. Ser distinguido por un ministro, por un principe, por el rey hé ahí la mas grande ambicion de un escritor. Racine y Boileau, no se les crée personajes sino cuando dejan de ser poetas, para ser promovidos á la dignidad de historiógrafos. Mezerai que pretende conservar alguna independendia, ve suprimir su pension.

Desde 1672, el rey, aceptando el protectorado de la Academia francesa, suprime, sin pensarlo tal vez,

la poca libertad que tenia esta sociedad. Sobre una palabra suya, Boileau, es admitido á pesar de las resistencias de sus cófrades; La Fontaine y Chanlieu, son delegados y algunos patriotas como el obispo de Noyon y tantos otros son impuestos.

La Academia parecia no existir sino para celebrar la gloria de Luis XIV. Los méritos del rey, las virtudes del rey, las perfecciones infinitas del rey, he ahí los únicos motivos que pone en concurso para el precio de la poesia. No se respira sino un pesado olor de incienzo que desvanece. En vano la nacion miserable gemia bajo el peso de aquel despotismo servil y egoista; en vano los Fénelon y Váuban se atreven á levantar la voz: sus protestas, sus súplicas se pierden en el inmenso concierto de adulaciones que entretienen la conciencia de Luis XIV y la adormecen.

No hay ningun acto de ese reinado; ningun desórden del príncipe, que no haya sido absuelto y glorificado por los heraldos sonoros de la idolatría monárquica. ¿Tienen patria; tienen conciudadanos? Se han preguntado jamas lo que significan esas palabras, francesas ante todo, libertad, derecho, justicia? Se está en el caso de estar siempre recitando el famoso trozo de La Bruyére, el único en su género, sobre los *animales feroces*, esa perla verdadera de estilo, donde creemos ver brillar una lágrima de piedad? Han asistido impasibles á esa odiosa revocacion del edicto de Nantes; qué de dramas dolorosos, espantosos, han debido herir sus ojos!.... Se han conmovido?

Sí; de admiracion por los verdugos; de reconocimiento para el gran rey que exterminaba la heregia. Próximo á morir y á morir en destierro por la voluntad del rey, el gran Arnauld, defiende á los franceses desterrados de su patria: contra ese rey que va muy pronto á ordenar la destruccion del Port Royal y hacer echar á los perros los cadáveres de los solitarios. Ellos eran de su tiempo, se nos dirá; no habia entonces en Francia sino súbditos sometidos y respetuosos.

¡ Tristes tiempos ! diremos á nuestra vez aquellos. Asi, buscad, qué lugar ocupaban en la sociedad la gente de letras, qué influencia ejercian, ninguna. Versailles desprecia á Paris, que desprecia la provincia, que desprecia la campaña, y opinion pública no existe en ninguna parte.

La literatura era una de esos accesorios de la monarquía, una decoracion del trono.

Política, religion, moral, todo esto le es prohibido ó se interdice por sí, desde Descartes el circunspecto. Una ortodogia universal ha nivelado todas las inteligencias y Bossuet y Dangeau participan de las mismas ideas.

A la muerte de Luis XIV todo cambia. Las instituciones subsisten es cierto, pero el prestigio ha desaparecido. Frente del reino, de la nobléza, de la iglesia, de los parlamentos, se levanta una fuerza nueva, la nacion, los súbditos se proclaman ciudadanos; se arrogan el derecho de juzgar los actos de los Poderes establecidos. Se forma una opinion

pública, poder temible, que tiene siempre la última palabra, y la gente de letras son su escudo.

Su influencia, muy limitada al principio; se concentra y se acrecenta de día en día á medida que la autoridad moral de los gobiernos se agota. La vispera de 1789, nada parece haber cambiado exteriormente y todo está minado en su base, y al primer impulso la vieja máquina se destrozará.

Reasumamos en algunos rasgos ligeros el cuadro de esa decadencia universal.

La idolatría monárquica no sobrevive mucho á Luis XIV.

La nobleza, el parlamento; podemos decir, la nación entera, rompe el testamento insolente del viejo rey en favor de los bastardos. Se destierra al jesuita Telber, á la vieja Maintenon, se ensalza á Fénelon, se le transfigura, se va hasta hacer un apostolado de su tolerancia á un obispo á penas cristiano.

El Telémaco es impreso, Masillon expresa en antítesis atrevidas las lecciones del sábio Mentor. El abate de Saint-Pierre, camarero de la reina, hace el inventario de los gastos fastuosos del déspota; el autor de las *Cartas Persianas* asimila el gobierno del gran rey al del gran turco. Se forma en la corte misma del regente, toda una escuela de políticos que repetía la máxima divina, como la llama Saint-Simon, *que los reyes son hechos para los pueblos y no los pueblos para los reyes*.

El regente mismo piensa presentar la revocacion del edicto de Nantes, esa monstruosa y absurda ini-

quidad del reino precedente. Voltaire empieza ya en la *Henriada* esa inmortal campaña en favor de la tolerancia. Sin embargo, la nacion entera es monárquica; ama al hijo del duque de Borgoña, ese pequeño Luis XV, en quien espera ver florecer las virtudes paternas. ¡Cuánto fanatismo de fé y de sumision se halla en nuestros antepasados del siglo dieciocho! Durante unos veinticinco años, querian esperarlo todo de un príncipe, que no amaba más que la crápula con que se rodeó toda su vida. Nada más instructivo, nada más triste al mismo tiempo que seguir, año por año, esa ruina lenta y cruel de las ilusiones de los franceses de entonces (1).

Todo lo malo en el gobierno se le imputa á los ministros; todo lo bueno al rey. Se enferma en Metz, la Francia entera se sume en la desolacion y se embriaga de alegría á la noticia de la victoria de Fonteney. Pero, insensible, sumido en un egoismo ávido, se aleja mas y mas de ese pueblo confiado y bueno. Muy luego, algunos ruidos siniestros se esparcen; á los desastres de los ejércitos se agregan las ignominias que Versailles y el Parc-aux-Cerfes no pueden sino aumentar el disgusto general. Sobre el pedestal de la estatua del monarca se hallan inscripciones despreciativas como esta: *statua statuæ*, ó como esta otra indignidad:

« Il est ni comme a Versailles.

« Il est sans cœur et sans entrailles ».

(1) Vease particularmente las memorias de Argenson y las del duque de Luines.

En 1744, los súbditos fieles habian encomendado á Nuestra Señora seis mil misas por la cura del rey; en 1759 cuando fué herido por Damiens, no se encargaron mas que seiscientas, y en 1774, en su última enfermedad no se dijeron mas que tres. ¿Luis XV, ha pronunciado realmente las palabras que se le atribuyen: «Despues de mí, el diluvio»?

Ello es posible y verosímil; en todo caso habia hecho todo lo posible para que su profecía se realizase.

¿Qué era la decadencia de la iglesia al lado de la monarquía?

Los dos poderes permanecieron asociados y su impopularidad aumenta. La religion del Estado, que tenia aun cierta majestad bajo Luis XIV, no se escapó al odio bajo Luis XV, sino para derramar el ridículo. Recordemos los interminables debates de la famosa bula *Unigenitus*, los sacramentos administrados bajo la presion de la fuerza armada, los convulsonarios, los milagros, toda esa fantasmagoría de alucinados, que se agitan, la intervencion de la autoridad real impotente, la magistratura comprometida, y el público regocijándose de todo.

La Sorbona comprueba cada día mas por la impotencia de sus anatemas el descrédito profundo en que ha caido. Ella condena á Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Buffon, Marmontel y tantos otros mas, que se rien de sus condenaciones. Los Parlamentos celosos de la Sorbona, lanzan tambien sus decretos, queman libros, envian al suplicio á inocentes como

Calas, á aturridos como el caballero La Barre, y no consiguen sino levantar la indignacion y el disgusto.

La opinion pública juzga severamente ese clero que se señala por su intolerancia, y que es tan indulgente para sí. Sabemos lo que valian los principes de la iglesia, los Dubois, los Tencin, los Bernis, los Rohan. Los abades recorren los salones, los gabinetes, los bastidores; se les hallaba en todas partes, menos donde debian estar. ¿Dónde están esas virtudes? ¿Dónde esos talentos? No hay una sola institucion; no hay un dogma de la Iglesia que no sea atacado por los filósofos; ¿quién conoce el nombre y la obra de un apologista de la religion? ¿Qué decir en fin del clero regular? Las memorias del tiempo no dejan de hablar sino de las bondades de esos monjes de todo órden, ricos, perezosos, disolutos.

Los jesuitas únicamente fueron echados en 1672 como los mas comprometidos; pero si eran mas peligrosos no eran menos corrompidos.

Ahora bien, esa autoridad moral que se escapa del reino de la Iglesia, de los Parlamentos, de la Sorbona; podemos decirlo á la nobleza, en fin; son los escritores que la heredan. Tan pronto se adelantan á la opinion pública; tan luego la siguen, mostrando los abusos como pidiendo su reparacion. Muchos de entre ellos, notablemente Voltaire y Montesquieu, tratan de comprometer al gobierno á tomar la iniciativa de las reformas indispensables, pero no consiguen mas que hacerse sospechosos; el

despotismo podía realizar la obra de la libertad? Decepcionados por este lado, buscan y se hacen los intérpretes de los deseos del pueblo y de la nación. Á la teoría de la autoridad de derecho divino oponen el principio de la soberanía del pueblo, y el contrato entre rey y sus súbditos, y otros como Rousseau y Mably irán mas lejos aun. Todos están unánimes para combatir la intolerancia y reclamar la libertad de conciencia, la libertad de pensar y de escribir.

Hacen una guerra encarnizada á los privilegios, á esa monstruosa iniquidad, que hacia pesar todas las cargas del pago sobre una sola clase, la mas meritoria, aquella que no era nada y que debía muy luego ser todo.

Pero ¿á qué continuar este inventario? Recordemos solamente un hecho. Cuando se despojó de las prerrogativas á las tres órdenes, se pudo comprobar que cada una exigia reformas radicales que no debian ser soportadas por las dos otras. Así la opinion pública representada por esos mandatarios autorizados, exigian una revolucion general. Esto no es bastante para mostrar su perfecta legitimidad!

Pero dirán, ¿por qué proceder así de una manera absoluta y por lo mismo tan peligrosa? Porque no eran políticos de profesion, sino pensadores que han elaborado el plan de reformas y que no se daban cuenta de las dificultades prácticas; no viendo ni mostrando sino los principios. Así es, como dice perfectamente M. de Tocqueville, erigieron arriba

de la sociedad real una sociedad imaginaria, donde todo parecia simple y coordinado, uniforme, equitativo y conforme á la razon? Conforme á la razon, hé ahí un bello elogio y bien merecido.

Tal fué la obra de los escritores; imaginemos la autoridad que se les confiara en una sociedad que atormentaba el sentimiento de sus miserias de todo género y que buscaba por todo el remedio. Y no fué otra cosa cuando los poderes se pusieron á su servicio? Lo arbitrario apareció á todos los ojos bajo la forma mas terrible y sublevó todas las conciencias. Encerrar, desterrar á un autor que ha osado decir lo que todo el mundo piensa, ensayar de herir por una condenacion ignominiosa, hacer quemar su libro por la mano del verdugo, castigarlo bajo el nombre de los tres poderes ejecutivo, judicial y teológico, y esto sin defensa aun, ¡qué abuso y qué imprudencia! Desconocido la víspera, el escritor castigado se convierte en un personaje; entra en la Bastilla como mártir y sale triunfante.

Su obra, fuese aun la mas mediocre del mundo, fuese un Belisario, es reimprimida clandestinamente, por manos valientes, decorada y puesta en las nubes. Hasta en la corte y aun cuanto rodea al príncipe tienen las simpatías mas interesadas; Malesherbes, director de la libreria es sino el colaborador, á lo menos el cómplice de Rousseau y de Diderot: es debido á él, que los manuscritos de la Enciclopedia, hallan un refugio en el instante en que se piensa quemarlos; es el que recibe los pliegos del *Emilio*,

saliendo de prensa. Una conspiración universal; sostiene é inflama todos aquellos que baten en brecha el edificio vetusto de las viejas instituciones. Relegadas al principio á los cafées, al de Procopio sobre todo, penetran muy pronto en los salones y les imprimen su gusto. Mme. du Deffond, Mme. Geoffrian, Mlle. de Lespinasse, tienen una corte de filósofos. Los financistas se pican de emulacion; los Bouret, la Popelinier, los d'Epinau, las Helvetius, los d'Holbach, se ponen en campaña para preparar á la filosofía y á sus representantes, lugares de reunion agradables y asilos seguros. Un principe de sangre, Conti, un amigo particular del rey, Luxembourg, se disputan el honor de recoger y de proteger á Rousseau el mas revolucionario de todos.

El rey de Polonia, el suegro de Luis XV le hace el honor de discutir con él las ideas de su primer discurso. ¡Y qué de hechos análogos se podrian citar!

La popularidad de los escritores se esparcia por el extranjero y excitaba un verdadero entusiasmo. A toda sentencia infamante que alcanzaba un filósofo, los Federico, los Catalina, los José, los reyes de Dinamarca y de Suecia contestaban con distinciones as mas entusiastas. « *Aceptad una pension que soy muy honrado de ofreceros; deseais ocupar la presidencia de mi Academia de Berlin; os suplico de que os encargueis de la educacion de mi hijo, destinado á reinar un gran pueblo; deseo que sea formado por vos para ese dificil oficio de reinar; vos sereis el maestro absoluto de la direccion á imprimir*

*à sus estudios: vuestro sueldo será de cerca de cien mil libras.* » Se haría en este sentido un volúmen de las memorias de los escritores con los soberanos extranjeros, sobre este género.

La mayor parte de ellos se mostraron muy dignos y sin altivez rechazaron. Voltaire tuvo el débil de imponer mucho valor á esas adulaciones interesadas con los reyes: se curó de esa debilidad en los últimos años de su vida, y no los iba á buscar sino que los esperaba. Los mas firmes de todos fueron Rousseau y d'Alembert; este sobre todo, que queria que todo escritor tuviese por divisa las tres palabras: *libertad, verdad y pobreza.*

. . . . .  
Hemos querido consignar en este estudio estas bellas reflexiones de este escritor, sobre lo que era la Francia antes de la revolucion, y lo que ésta le debe por sus filósofos y escritores.

Vamos á tratar de hablar de aquellos que se distinguieron en las letras, en esa gran época de transformacion completa, social, política y literaria, y á quien tanto debe la humanidad.

Empezaremos nuestro estudio por Beaumarchais.

Nació éste en Paris, en 1732, siendo hijo de un relojero; ejerció el oficio de su padre, con bastante inteligencia, pues le debe la relojería una especie de escape de que fué inventor. Era músico tambien y sobre todo, en la guitarra y en el arpa sobresalia, tanto que esto lo llevó á la corte, para ser encargado de dar lecciones de estos instrumentos á los prínci-

pes. Hizo en la corte relacion estrecha con algunos personajes y sobre todo con Duverney, asentista de palacio, con quien se asoció y en poco tiempo se enriqueció, entrando en negociaciones que le dieron feliz resultado, tanto que levantó una fortuna colosal.

Fué en la guerra de la independenciam de Norte-América proveedor de elementos militares y esto contribuyó tambien á sus riquezas.

Empezó su carrera literaria escribiendo unas memorias judiciales que tuvieron mucho éxito, pues están escritas con verdadera elocuencia, y algunas obras teatrales que tienen verdadera originalidad y que produjeron gran entusiasmo, pues aun hasta en la corte se representaron, no desdeñándose la infortunada reina María Antonieta de hacer el papel de Rosina, en el *Casamiento de Figaro*, y de ser dirigida por Beaumarchais siendo esto principio de su cadena no interrumpida de calumnias y de desgracias.

En la época de la revolucion fué nombrado miembro de la municipalidad, pero renunció muy luego ese cargo para dedicarse á sus especulaciones financieras.

No fué tan feliz en esta ocasion, pues perdia grandes cantidades y casi se arruinó, en dinero que desembolsó tambien en la provision de armas para los soldados de la república. En la época del terror, fué preso pero se escapó de la prision y del cadalso, manteniéndose oculto mucho tiempo; y murió en 1799.

Entre sus producciones las mejores son el *Barbero de Sevilla* y el *Casamiento de Figaro*, que sigue á aquel, la que son de una originalidad bastante sorprendentes y que pueden figurar entre las obras de algun mérito.

Hay un profundo estudio de caracteres y de pasiones; el brillo, el nervio, la audacia, el espíritu y el ímpetu de una inteligencia superior, en esas dos obras; hay tambien un estudio detenido de costumbres de lo que era la España en aquella época, no tan superior como el *Gil Blas*, pero que revelan cuánto no debía conocerla.

Aquel Figaro, barbero, y que se presta á facilitar los amores de Almaviva con Rosina, encerrada bajo la vigilancia de don Bartolo, y de don Basilio, su maestro de piano, con Marcelina, camarera, representa perfectamente el carácter español de la época y tiene tal colorido local que salta á la vista; la importancia del rol que jugaba el tipo que con el nombre de *Figaro*, aparece en aquella comedia, pues sabemos que era una de las tres entidades de aquel pueblo, el Cura, el alcalde y el barbero.

Así Figaro es un tipo acabado de naturalidad y de originalidad; fácil, ligero, charlatan, prestándose á todo, consultándolo en todo, es el verdadero barbero español, á lo menos.

¿Y qué decir de don Basilio? Es lo que hay de mejor concebido aquel retrato de un fraile dando lecciones de canto y de música y que don Bartolo, en sus desconfianzas perpétuas y en sus continuas alar-

mas contra su pupila, con quien quiere casarse, no halla mejor amigo que éste para vivir tranquilo. Y éste es un ser egoísta, con todos los vicios y defectos de tal; desconfiado, interesado que mira con ojos buenos ó malos las cosas segun el resultado que den en su provecho, como cuando quieren hacerlo ir de casa de don Bartolo y le hacen creer que tiene la fiebre escarlatina, donde al conde de Almaviva, lo reemplaza como profesor de Rosina, vestido de padre de iglesia; y le da un bolsillo con dinero, entonces tan solo se deja convencer; ó bien cuando se niega á consignar el casamiento de Rosina con Almaviva, en que se le pone en la disyuntiva entre una pistola al pecho ó un anillo, inmediatamente se decide á tomar éste.

En la *Calunnia* es donde se revela completamente el carácter suspicaz de don Basilio, y es en donde le hace comprender á don Bartolo todo lo que puede originar la maledicencia.

Y don Bartolo ¿qué tipo más original y mejor retratado del personaje ridículo, qué anciano, quiere á su pupila guardarla y casarse con ella?

Que á pesar de toda su vigilancia y de todas sus medidas, Rosina se le escapa de las manos y se casa con el conde de Almaviva, dejándolo completamente chasqueado.

¿Y qué decir de Rosina y de Almaviva, convertido en Lindoro?

Aquella Rosina es verdaderamente la jóven alegre, de carácter español puro, que le gusta esos

amores furtivos, llenos de peligros, que ofrecen emociones, lo mismo que *Almaviva*, que lo arrastra lo imposible y se enardece cuanto más difícil le parece su conquista, hallando tan buen mensajero en *Figaro* para su correspondencia con *Rosina*.

Es, pues, una obra excelente y que encierra un gran estudio, no sólo de costumbres, sino que revela su autor en ella un profundo conocimiento del corazón humano, aunque tenga grandes defectos.

Con razón el *Barbero de Sevilla* ha sido tanto tiempo representado y ha jugado un gran rol en la época de la revolución y después de ella; habiendo sido un intérprete feliz, para poner esa pieza magnífica en música, el inmortal *Rossini*, haciendo una ópera llena de tanta originalidad como la de *Beaumarchais*, sino más, de aquel argumento.

Cada vez que leemos esa comedia nos parece siempre nueva; lo que prueba su valor, y creemos que á todos les sucederá lo mismo.

Creo, dice un escritor hablando de *Beaumarchais*, que no existe más que un busto oficial de este escritor.

Está en el peristilo de la Comedia Francesa, en compañía de los *Corneille*, *Racine* y *Molière*, pero se ve bien que no es de la familia. Mejor estaría, puede ser, colocado en la Bolsa, pues era un gran hombre de negocios de su tiempo; ó en la Cámara de Abogados, pues nadie defendió mejor ó escribió más hábiles y elocuentes memorias. Figuraría también en una galería de editores célebres, pues á él

se le debe la primera edicion de las obras completas de Voltaire.

Si los americanos pusiesen en práctica el reconocimiento, deberian consagrar un recuerdo á ese francés que les proveyó de avios y municiones durante la guerra de su independenciam. En fin, se le podria colocar sin gran sorpresa en alguno de los rincones de la prefectura de policia; pues fué uno de los agentes mas útiles y sentenciosos que sirvieron de refuerzo á la diplomacia oficial y que hicieron lo que se hubiera encargado á un gran embajador. Lo complejo es la esencia misma de este personaje; las especulaciones, las intrigas, los placeres tienen inmensamente mejor lugar en su vida que la literatura, y no me atrevo á decir del arte; pues es una palabra que no se puede pronunciar á propósito de Beaumarchais.

Su figura es abierta, ardiente, muy viva; se ve la movilidad, la incesante agitacion; nada que indique un pensador y menos un soñador, uno de aquellos que el *infinito atormenta*; nada menos que un artista perdido en la contemplacion de lo bello, recogido, meditando la obra de su alma. Su espresion dominante es la seguridad, la petulancia aun la fatuidad. Su cabeza alta, su mirada, su boca todo respira una exuberancia, de vida, una confianza en sí mismo que sorprende. Lo que le falta es la elevacion; no se sabe mas que lo que él desea; ningun repliegue secreto, ninguna de esas profundidades misteriosas que nos complacemos en descifrar, y lo que sentimos

menos por él, es el respeto. Beaumarchais ha inspirado todos los sentimientos, tal como éste, y para ser justos, es preciso agregar, que lo ha merecido. Tal como lo conocemos, es decir, todo en detalle, despues de los dos volúmenes que le ha consagrado M. de Lomenie, ha ganado mas bien que perdido; es decir, que parece valer mas que su reputacion. Queda en él mucho de *Figaro*, pero hay mas generosidad y bonhomia en su persona. Amamos verlo en el interior de su familia, con su anciano padre, sus hermanas, sus tres mujeres de quienes fué adorado, los numerosos amigos que tenia, á ese hombre siempre en movimiento, siempre enardecido, agitado, intrigante, en fin, pero que no era un egoista. Cómo no tener alguna indulgencia con ese especulador que dejó al morir novecientos mil francos de créditos que no eran mas que verdaderas dádivas? Su liberalidad era inagotable; su bolsa, su influencia, estaban siempre á disposicion del primer venido.

Bien podemos creer que los clientes no le faltarian; solamente no fueron los Calas, ni los Sirven, ni los Montbailly; aquellos que se dirigian á él, eran ó pobres diablos que nada tenian, ó jóvenes que muy confiados en una infiel que no se queria casar, ó en mujeres muy sensibles aprisionadas por maridos demasiado vengativos.

Lo que llama mas la atencion, desde que penetramos en el detalle de su vida, es que en medio de todas sus locuras, sus disipaciones, sus imprudencias, la firme voluntad de hacerse el lugar que

precisa. Es un hombre que quiere á todo trance surgir, cueste lo que cueste. Tiene la conciencia de su fuerza, conoce la sociedad de su tiempo; sociedad ligera, que quiere ser divertida y que perdona todo á la audacia y al espíritu.

Si no es noble aun, lo espera serlo muy pronto; no le falta para ello mas que algunos veinte mil escudos que le permitan comprar un cargo de secretario del rey. Lo adquiere en 1761 y podrá responder victoriosamente mas tarde á los que se permitian poner en duda la legitimidad de su nobleza:

*Monsieur j'en ai la quittance!*

Y era hombre de emplear argumentos por ese estilo. A un cortesano que se disponia á humillar su altivez presentándole su reloj, que tenia necesidad de reparacion, le contestaba: «Os prevengo, que me he hecho muy torpe,» y dejaba caer al suelo el reloj. A otro, el caballero C..... hablándole en un tono violento, Beaumarchais, lo arrastró á un duelo y lo mató en seguida.

En medio de sus complicaciones de negocios, novedades de incidentes románticos (donde el dinero tiene siempre el principal papel) algunos viajes que hace, particularmente en España donde va á proteger á una hermana victima de un canalla llamado Clavijo, y pretende allí hacerse dar la concesion del monopolio de negros y tiene tiempo de hacer representar dos dramas; *Eugenia* que tuvo poco suceso, y *Los dos amigos* que tuvo una caída estruendosa.

Esperó diez años antes de arriesgarse de nuevo en la excena.

Y no debemos quejarnos de ello.

Entre *Los dos amigos* y el *Barbero de Sevilla*, nos dará sus memorias que es su obra maestra.

Son de un género nuevo y que contribuye á la gloria del siglo dieciocho. No hallamos en el siglo precedente sino las memorias de Pelisson por Fouquet, obra estimable, pero fria, sin elocuencia, que ni reanima de ninguna manera los hechos ni los hombres, que se aferra de generalidades, no atreviéndose á lidiar cuerpo á cuerpo contra las acusaciones y los acusadores, ó mejor dicho contra el único, el verdadero acusador que nadie se atreve á nombrar, y que todo el mundo ve de pié, detrás del prevenido, pronto á aplastarlo.

.....  
 Como escritor no ha perdido nada; se puede decir que gana todos los dias; por sus calidades y defectos se acerca al siglo actual.

De todas las piezas del siglo dieciocho, son las suyas las que se léen mas frecuentemente y siempre con resultado; se acaban de publicar ediciones de lujo que encuentran compradores, en fin, para emplear una espresion que bien ciertamente no le desagradaria, están en alza. Los contemporáneos parecen haberse dado la palabra para no tomar en sério el suceso inaudito del *Barbero de Sevilla* y del *Casamiento de Figaro*; segun ellos no contienen mas que bufonias, tonterias y es de ver al público regocijarse con tales tonteras; pero eso pasará; el buen gusto recuperará sus derechos; se apercibirá en fin,

que esas pamplinas no cuentan; hé aquí lo que repiten sobre todos los tonos, los críticos autorizados ó subalternos: Grenion, La Harpe, Suard, Geoffroy, Aubert, todos folletistas como Beaumarchais los llama. Todos se han engañado y ¿por qué? Porque sus obras tienen originalidad verdadera; el movimiento, el brillo, el nervio, en fin que hace época.

Los defectos son numerosos y saltan á los ojos, pero nunca sus obras. Un solo hombre podia escribir así; aquel que se habia lanzado al combate de la vida con la audacia, el capricho y la impetuosidad sin escrúpulos que caracterizaban á Beaumarchais. En el teatro como en su conducta, es un innovador; existe entre la obra y el autor la mas íntima armonia. Santa rutina, viejos medios, conveniencias, medidas y respeto de las distinciones establecidas, de clases, de géneros, de reglas de todo género es para los tontos, los tímidos: para Beaumarchais se precisa algo mas.

No es que piense en crear una literatura nueva, nada de eso, que pretenda tampoco restablecer nuevo un arte dramático, menos; para Beaumarchais, la literatura no fué mas que un pasa tiempo, y jamás pensó en la gloria de ser jefe de escuela; pero sentia apasionadamente en todo, como pensaba que los cuadros viejos, los añejos procederes estaban usados; que lo artificial, lo convenido, mataba el teatro y que era necesario rejuvenecerlo.

Si, como todos los literatos de su época, se hubiese limitado á continuar en la imitacion de los modelos

clásicos; si hubiese admirado en buen hora el yugo de la tradicion; si hubiese aspirado á ganar premios ó un sillón en la Academia, hubiese escrito como La Harpe, Marmontel, Chamfort y tantos otros en versos alejandrinos, sonoros y heróicos y fatigado de homenaje á Melpomene ó Talia; pero era un ignorante, que no habia estudiado, que era de naturaleza y de temperamento completamente extraño á lo que se llama elevada literatura, que no vivia sino del presente y para el presente; las preocupaciones del arte, el recogimiento del trabajo solitario, el delicado pudor del gusto, la medida, el ideal, en fin, de todo esto no tiene para él ni la mas simple idea ni siente el menor cuidado. Los criticos le atacan fundándose y mostrando que esto ó aquello no es de buen gusto, ni de buen género, ni de buen estilo, ni de buen francés, ¿qué le importa?

Es que ha pensado en escribir una composicion ortodaja?

Sabe que hay reglas; se le ha repetido demasiado, pero tambien sabe que no quiere sugetarse á ellas.

Con qué irreverencia este insurgente trata las buenas doctrinas.

— «He tenido la debilidad — dice — de presentaros, señor, en diferentes épocas dos pobres dramas, producciones monstruosas, como se sabe, pues, entre la tragedia y la comedia, se sabe que no existe nada, es un punto decidido; el maestro lo ha dicho, la escuela lo ha establecido, y para mí estoy tan plenamente convencido de ello, que si quisiera poner en

accion á una madre anegada en llanto, á una esposa traicionada, una hermana burlada, un hijo desheredado para presentarles decentemente al público, comenzaria por suponerlos en un bello reino donde habrian reinado lo mejor posible; en uno de esos archipiélagos ó bien en cualquier otro rincon del mundo; seguro que despues de esto, lo inverosimil del romance, la enormidad de los hechos, la hinchazon del estilo, lo gigantesco de las ideas, lejos de reprochármelo, seguramente asegurarian su suceso».

Y en el prefacio del *Casamiento de Figaro*:

« Oh, cómo tengo pesar en no haber hecho de este motivo moral una tragedia bien sanguinaria! Poniendo un puñal en las manos del esposo ultrajado, que no hubiera puesto el nombre de *Figaro*, en su furor celoso, lo habria hecho noblemente apuñalear al magnate vicioso; y como habria vengado su honor ultrajado en versos sonoros, ampullosos que mi héroe todo celoso, cuando menos figurando como un personaje, todo menos que un general de ejército, teniendo por rival á algun tirano bien terrible, y reinando lo mas mal posible sobre un pueblo desolado, todo ello muy distante de nuestras costumbres, y lo hubieran aplaudido y gritado *bravo! obra bien moral!* y nos hubiéramos salvado mi salvaje Figaro y yo! »

Dejando la parte literaria de este hombre tan singular y complejo, es una opinion generalmente admitida que Beaumarchais, fué uno de los que contribuyó á su manera y en cierto medio al movi-

miento de las ideas nuevas que debian producir el gran acontecimiento de la revolucion, y sin duda alguna participacion se le debe en gran parte el haberse acelerado, pues si Voltaire y Rousseau con los enciclopedistas y tantos otros escritores lo habian precedido por sus grandes trabajos en pro de la libertad del pensamiento y de la conciencia, aquel extraño personaje, aunque directamente no tomase parte en aquel gran movimiento que debia producirse, fué una causa indirecta tal vez para hacer precipitar los sucesos.

Sabemos que la representacion del Casamiento de Figaro, en el *Petit Trianon* á que nos hemos referido, condensó las nubes que en el sereno cielo de los monarcas habian de convertirse en desencadenada tempestad.

J. Francisco Marmontel, es otro de los poetas de la época, que aunque figura desde tiempo de Voltaire, alcanzó hasta la revolucion.

Nació en Bort en 1728 en el Limosin y murió en 1799.

Era de familia pobre y fué destinado á seguir la carrera eclesiástica; pero su inclinacion á los libros lo hizo dejarla para dedicarse completamente á ellos.

Obtuvo algunos premios en los *juegos florales*, otorgados por la Academia. Fué amigo de Voltaire y de los escritores de aquel tiempo.

Se dedicó al teatro y dió á representar algunas tragedias; entre las mejores que escribió se cuentan

*Dionisio el tirano, Cleopatra, Aristomeno*; pero la mejor, á pesar de sus muchos defectos, es la primera pues está retratado aquel sombrío personaje con mano maestra.

Al mismo tiempo publicaba unos cuentos morales que tuvieron mucha aceptación, y sus artículos dados á luz en la Enciclopedia sobre literatura, le dieron celebridad.

Madama Pompadour fué su decidida protectora, y por ella le fué concedida la direccion y privilegio de la publicacion del *Mercurio*, lo que le produjo cantidades considerables; pero muy pronto perdió este privilegio por haber en uno de sus artículos ofendido á un cortesano, habiendo sido encerrado en la Bastilla á consecuencia de esto.

Entre sus trabajos existe una *Poética francesa* que no carece de algun mérito; y *Belisario*, novela filosófica en la que se propuso defender la tolerancia y que fué condenada por la *Sorbona*.

Esta obra, que nadie habrá dejado de leer, fué durante la revolucion elevada hasta las nubes, y se hicieron de ella muchas ediciones, á pesar de su poco mérito literario.

Marmontel, durante la revolucion, se ausentó de Paris, siendo nombrado diputado en el Consejo de los Ancianos, y despues fué excluido y desechado.

Juzgándolo como escritor diremos, que no fué sino una mediania, pues en todos los géneros que se ensayó, no pudo alcanzar á lo que otros talentos habian llegado en su patria, y no se distingue como un

gênio superior en nada ; pero á pesar de ello, es un escritor puro, correcto y elegante, y tal vez lo mejor y lo que mas ha contribuido á no dejar su nombre en el olvido, es esto mismo, y sobre todo sus *Cuentos morales* que para nuestra opinion son de todos sus escritos su mejor trabajo.

Fué nombrado historiógrafo y miembro de la Academia francesa, despues fué Secretario perpétuo. Escribió tambien sus *Memorias*, obra dedicada á la instruccion de sus hijos, que no carece de interés histórico.

El siglo XVII sin Marmontel no estaria completo, dice Albert.

No se lee ya pero se ha leído antes, con pasion tanta como á Voltaire y Rousseau y mas que á Montesquieu y que á Condillac. Los espíritus superiores desorientan siempre un poco al público contemporáneo ; las novedades que nos traen nos sorprenden ; y se desconfia y se subleba uno contra las pretensiones de esas gentes que quieren cambiarlo todo, y que se imaginan tener mas espíritu que todo el mundo. Viene despues de ellos un personaje mediano que toma por su cuenta las ideas aun desnudas, las visten con sus trajes y las lanzan á circular ; el público grotesco reconoce una de las suyas y eleva á las nubes á la obra y al obrero. Tal fué el destino de Marmontel. No es notable ni como pensador ni menos como escritor ; no existe sino porque Voltaire ha existido ; no hay suyo propiamente sino los defectos que saltan á los ojos y el que menos no hace mas que fastidiar

al lector mas intrépido. Con todo esto, fué uno de los mas queridos favoritos de sus contemporáneos; uno de los autores mejor vistos y mas universalmente aceptado.

Fuera de algunos fracasos en el teatro, que fueron precedidos de los mas vivos sucesos, todo le sonreia. Laureado en los *Juegos florales*; despues miembro en la Academia francesa; académico, Secretario perpétuo, historiógrafo, director del *Mercurio*, en cargado de destinos y de pensiones, ésta siempre es la mejor relacion con el gobierno, sin por eso dejar de estarlo tambien con los filósofos; aun tiene el honor de ser encerrado en la Bastilla y de ser censurado por la Sorbona, lo que llevó al colmo su gloria y lo hizo tan popular en el extranjero como lo era ya entre sus compatriotas.

Buen vividor; sin pretensiones y aun sin vanidad, agrada á todo el mundo; no ofende á nadie y no se le conocen enemigos.

En resúmen, fué un hombre feliz, pero sobre todo fué un hombre discreto. Si merece hoy el silencio y el olvido en donde cada dia se hunde mas, supo merecer hace un siglo la reputacion, de cuyas ventajas sólidas supo sacar partido, siendo el tipo mejor del hombre de letras, que sabe hacer camino y es bajo ese punto de vista que el estudio de este personaje puede ofrecer interés.

No hubo hombre de alguna celebridad que no conociese y con quien no tuviese relaciones. Muy jóven vió y conoció á Massillon; algo despues se relacionó

con Fontenelle y Montesquieu; fué recomendado por Voltaire entonces hombre de la corte, á todos aquellos que podrian prestarle ayuda, y fué mas tarde á tributarle sus homenajes á su maestro á Ferney. Es mas que posible que intercediese con Mme. Pompadour para obtener la entrada de Voltaire á Francia, pero una palabra seca de Luis XV, le quitó toda esperanza. Estaba muy ligado con Diderot y la mayor parte de los enciclopedistas, tomando parte en la colaboracion de la Enciclopedia.

No le consagró mas que articulos de pura literatura, y cuando fué suspendida en 1760, Marmontel se retiró, dejando á otros el mantener el estandarte presentándose cuando el peligro habia del todo desaparecido. Aunque atacado directamente por Palissot en la *Dunciada* no dió señales de vida. En revancha apareció el dia que los filósofos triunfaban.

Su discurso en la Academia en 1763 fué considerado como una victoria de partido, bien que no fuese combatido seriamente por sus adversarios. Una vez académico se hizo mas ardiente sin dejar de ser práctico, y escribió el *Belisario*, al que le siguió muy pronto los *Incas*.

La composicion de *Belisario* no es la mas notable de sus obras. El autor distribuye su materia en dieciseis capitulos, ó mejor, dicho en dieciseis disertaciones.

Poca ó ninguna accion; sucesos inverosímiles y muy visiblemente imaginados para desarrollar mas

ó menos naturalmente un discurso *exprofeso* de Belisario. Ese gran hombre, á quien Justiniano le hace arrancar los ojos, se dirige bajo la custodia de un niño á Francia. Por el camino, va sembrando á todo propósito los principios de la mas pura moral. Son primeramente á jóvenes señores que catequiza, despues al rey de los Vándalos, Gelimer que ha adormecido y destronado y que se halla cultivando la campaña (recuerdo de Cándido); despues á los Búlgaros que le ofrecen vengarlo de Justiniano, lo que rehusa con indignacion; y en seguida á un jóven soldado á quien modera en su arrebato. En fin, llega á su casa; su mujer al verlo ciego muere de desesperacion. El jóven Tiberio heredero preventivo del trono; ha seguido al anciano desde el principio y sus palabras le hacen profunda impresion. Vuelve al otro dia pero acompañado de otra persona que no es otro que el emperador Justiniano; huye cada dia mas de sus cortesanos que lo envenenan con sus alabanzas y viene á recoger de los lábios de Belisario las lecciones que hacen á los principes justos y á los pueblos felices.

El lujo, la guerra, los ejércitos, la córte, la igualdad, todas las cuestiones son tratadas y resueltas por Belisario, conforme á las ideas de los filósofos del siglo XVIII, con una seguridad imperturbable. Todas las tardes el emperador entra en su palacio, cargado con la mas abundante cosecha de sabios preceptos y lo mas desgarrado por los remordimientos. Es preciso dar una muestra de estas

excenas que encantaron á los lectores del siglo XVIII:

«Mientras que Belisario, dice, hablaba así, Justiniano admiraba en silencio el entusiasmo de aquel anciano, que olvidando su edad, su miseria y el cruel estado á que estaba reducido, triunfaba á la sola idea de ver á su patria feliz y floreciente. Es bello, le decia, tomar un interés tan vivo á los ingratos. Mas, amigo, les dijo el héroe, el mas feliz dia de mi vida seria aquel en que se me dijese: Belisario se te manda aun abrir las venas, y por precio de tu sangre, tus deseos serán llenados. Á estas palabras, su hijo Eudoxio, con una gracia mezclada de nobleza vino á advertirle que su comida lo esperaba. Éste se puso en la mesa, y su hijo con toda solicitud le sirvió un plato de legumbres y se colocó al lado suyo.

Qué! es esa tu comida? le dijo el emperador confundido. Ciertamente, le contestó Belisario; es la misma comida de Fabricio, y éste me valia bien. Vámonos, dijo Justiniano entonces á Tiberio, este hombre me confunde. En la córte esperando disiparle su preocupacion se le habia preparado una fiesta, y no se dignó asistir.

En la mesa no se ocupó de otra cosa que de la comida de Belisario, y retirándose se dijo á sí mismo: «Es menos desgraciado que yo, pues él se acuesta sin remordimientos.»

Francisco La Harpe es otro de los escritores criticos de aquella época. Nació La Harpe en Paris en

1739 y murió en 1803. De origen humilde, quedó huérfano á los nueve años, siendo recogido en el Colegio de Harcourt, donde se recomendó por sus brillantes estudios. Empezó su carrera literaria con la publicacion de las *Heroidas*, género que estaba muy en voga y despues con algunas tragedias, donde no fué muy feliz y no alcanzó los lauros de la aprobacion, pues salvo alguna, todas tuvieron una caida desastrosa.

El *Conde de Warwick*, que mereció la aprobacion del insigne Voltaire, fué la única pieza teatral que pudo conseguir el aplauso del público.

Esto prueba que no habia nacido para ese género en que tanto se habian distinguido otros, y que como el mismo Voltaire dice con sus felices ocurrencias que para sentir lo trágico es preciso tener el diablo en el cuerpo. Pero por lo que es mas conocido La Harpe, es por su *Curso de Literatura*, que ha merecido el aplauso de sus contemporáneos y que ha llegado hasta nosotros, aunque bastante desconceptuado por las criticas que se han hecho de esa obra. Por esta obra se le dió el nombre de Quintiliano Francés, pues eran sus opiniones recibidas como la última palabra en materia de critica y de gusto literario. La Harpe fué de la secta de los filósofos, y se ligó con los hombres de la revolucion, pero habiendo sido reducido á prision cambió de opinion, y se hizo contra-revolucionario y fué deportado, escribiendo violentamente contra los filósofos y revolucionarios y defendiendo entonces la religion.

La reputacion de La Harpe de 1800 á 1830 —dice el autor que antes hemos citado—llegó á su apogeo, antes, fué muy controvertido, despues se le hizo espiar muy severamente el favor sucesivo de que habia sido objeto. Para los hombres que salen apenas de una crisis donde sólo habia sido puesto en tela de cuestion y que la fátiga inclinaba al amor del órden, La Harpe fué el representante de los que se llaman las buenas doctrinas, es decir, aquellas que aseguran los conservadores y establecen firmemente su autoridad sobre las ruinas de la libertad.

Es á este título que el Imperio lo aceptó, lo preconizó, y que la restauracion añadió á su gloria saludándolo como á un filósofo convertido. Habrá mucho defectuoso en todo esto; y es preciso no sorprenderse si el dia que la Francia empezó á vivir y á pensar con libertad, se desembazaba mas y mas de un autor que la admiraba de encargue, y cuyas pretendidas teorías, á pesar de su forma agresiva é insolente, toman no sé qué de aridez y de seco y de esencialmente estéril. Hoy el famoso curso de literatura es una obra poco consultada y es lo único que vive aun de las obras completas de La Harpe. ¿Y por cuánto tiempo? La imparcialidad que jamás practicó, lo apostrofó como que José Chenier lo llamaba :

«*O grand Perrin Dandin de la litterature.*»

La Harpe no es un poeta, á pesar de que se haya ejercitado en casi todos los géneros de poesia, que

haya rimado odas, heroidas, cuentos, tragedias, un drama, sin contar las piezas menudas y madrigales que sus pretensiones á la galanteria le sugeria. No es tampoco un orador, ni un escritor elocuente, aunque haya sido recibido por la Academia por sus elogios sobre Fenelon, Racine Calmet, es aun menos, traductor exacto y sério, como nos podemos convencer echando una ojeada sobre los *Doce Césares*, su *Luciada* y su *Jerusalen libertada*. No hablo de su composicion titulada *Historia de viajes*, empresa de libreria.

¿Qué queda entonces? Queda su *Curso de literatura*, y si se quiere su *Correspondencia con el gran duque de Rusia*.

La Harpe, que sus enemigos llamaban *La Harpia Citare*, *Psalterión*, tuvo la triple desgracia de nacer muy tarde, de una familia pobre y de quedar pequeño y aun si hemos de creer á Saint Beuve, de ser ligeramente contrahecho. Una cierta irregularidad de espaldas parecia mostrar una vaga intencion de la naturaleza de llevar mas lejos esa imperfeccion, pero esta veleidad primitiva se detuvo á tiempo.

La Harpe fué ciertamente quien conocia mejor la teoria de la tragedia clásica, de que Racine como Corneille quedan como modelos, estaba en el caso de sostener aun una cuestion con el mismo Voltaire, pero esto no le impidió que en el teatro cinco á seis caidas sufriese. Se estrenó con el *Conde de Warwick* que tuvo algun suceso gracioso debido á Leikain muy querido del público y que tomaba parte

en esa pieza; pero *Timoleon*, *Faramundo*, *Gustavo*, *Wasa*, *Menzicoff*, *Juana de Nápoles*, *Cariolano*, y sobre todo, los *Bramas* tuvieron un fracaso completo.

La Harpe se hizo naturalmente el enemigo de los autores mas felices que hallaban acogida en el público; y no quiero decir que fuese por esto un envidioso; no, sino que era un crítico. Distinguía perfectamente en las piezas que triunfaban defectos graves que debian haberlas hecho caer; y no descubria en las suyas los mismos defectos; y por esto eran mas regulares, mejor ordenadas y pasablemente mejor escritas, y de aquí su ogeriza.

Además de su resentimiento de amor propio, habia en él una especie de indignacion virtuosa, ó si se quiere un impulso sincero de gusto. Tanto como se limitó á esos caprichos lanzados en la conversacion todo fué bien, pero el día en que tomó en un diario la pluma de crítico, y se dedicó con delicia á algunas de esas ejecuciones que los pacientes no perdonan jamás, el reposo de su vida se perdió.

Andrés Chenier es el verdadero poeta de la revolucion.

Chenier, esta ilustre victima de la época del terror en Francia, nació en 1763 en Constantinopla donde su padre era consul y murió guillotinado en 1794. Desde muy temprana edad se distinguió por su talento poético, sobresaliendo notablemente en el *idilio* y en la *elegia*.

Sus composiciones en este género, respiran todo el perfume de los versos griegos, y son de un

aticismo tal, que se pueden comparar con los de Teocrito y los mejores poetas antiguos.

Hé aqui algunas muestras de ello :

J'étais un faible enfant, quelle était grande et belle ;  
Elle me souriait et m'appelait près d'elle.  
Debout sur ses genoux, mon innocente main  
Parcourait ses cheveux, son visage, son sein,  
Et sa main quelquefois, aimable et caressante,  
Feignait de châtier mon enfance imprudente.  
C'est devant ses amants, auprès d'elle confus,  
Que la fière beauté me caressait le plus.  
Que de fois (mais hélas ! que sent-on à cet âge ?)  
Les baisers de sa bouche ont pressé mon visage !  
Et les bergers disaient, me voyant triomphant :  
« Oh ! que de biens perdus ! ô trop heureux enfant ! »

.....

Sur le front du Taureau la belle, palpitante,  
S'appuie, et l'autre main tient sa robe flottante  
Qu'à bonds impétueux souillerait l'eau des mers.  
Autour d'elle son voile épanché dans les airs,  
Comme le lin qui pousse une nef passagère,  
S'enfle et sur son amant la soutient plus légère.  
Mais, dès que nul rivage à son timide effroi,  
Nul mont ne soffrit plus, qu'elle n'eut devant soi  
Rien qu'une mer immense et le ciel sur sa tête,  
Promenant autour d'elle une vue inquiète :  
« Dieu Taureau, quel es-tu ? Parle, taureau trompeur,

Où me vas-tu porter ? N'en as-tu point de peur  
 De ces flots ? Car ces flots aux poupes vagabondes  
 Cèdent; mais les troupeaux craignent les mers profondes.  
 Où sera la patrie et l'eau douce pour toi ?  
 Es-tu Dieu ? Mais des dieux que ne suis-tu la loi ?

.....

O palais de mon père ! ô malheureuse fille,  
 Qui pour tenter sur l'onde un voyage nouveau,  
 Seule, errante, ai suivi ce perfide Taureau !... »  
 ...Elle dit. A ces mots, pour la tirer de peine,  
 Du quadrupède amant sort une voix humaine :  
 « O vierge, ne crains pas les fureurs de la mer  
 Dans ce taureau nageur tu presses Jupiter.  
 Je me choisis en maître une forme, un visage.  
 Mon amour, ta beauté m'ont, sous ce corps sauvage,  
 Fait mesurer des flots cet empire inconstant.  
 La Crète, île fameuse, est le bord qui t'attend :  
 Il m'a nourri moi-même. Et là ta destinée  
 Te promet de grands rois, fils de notre hyménée. »  
 Il dit : le bord paraît. Les Heures, en ce lieu,  
 Ont préparé son lit... Il se relève dieu,  
 Détache la ceinture à la belle étrangère,  
 Et la vierge en ses bras devient épouse et mère.

Pero verdaderamente, donde llega á interesarnos es en los versos que escribe, en momentos de sus desgracias.

¡Qué ternura y qué valentia hay en ellos, para

enrostrar la muerte, que va á hacer rodar su cabeza en el patíbulo, aquella cabeza llena de inspiracion y con todo el vigor de la juventud!

Siempre que los leemos nos hacen derramar lágrimas como cuando dice:

.....Comme un poison livide,  
 L'invisible dent du chagrin;  
 Mes amis opprimés du menteur homicide  
 Le succès, le sceptre d'airain,  
 Des bons, proscrits par lui, la mort ou la ruine,  
 L'opprobre de subir sa loi,  
 Tout eût tari ma vie ou contre ma poitrine  
 Dirigé mon poignard. — Mais quoi!  
 Nul ne resterait donc pour attendrir l'histoire  
 Sur tant de justes massacrés!

.....

C'est un pauvre poète, ô gran Dieu des armées!  
 Qui, sul, captif, près de la mort,  
 Attachant à ses vers les ailes enflammées  
 De ton tonnerre qui s'endort,  
 De la vertu proscrire embrassant la défense  
 Dénonce aux juges infernaux,  
 Les juges, ces jures qui frappent l'innocence  
 Hécatombe á leurs tribunaux!  
 Eh bien! fais moi done vivre, et cet horde impure  
 Sentira quels traits son les miens,  
 Ils ne sont point cachés dans leur basse se obscure  
 Je les vois, j'accours, je les tiens.

O bien:

Vienne te dire encore : Entre vous je soupconne  
Seigneur, que vous n'existez pas.

.....

Comme un dernier rayon; comme un dernier zephire  
Animent la fin d'un beau jour  
Au pied de l'échafand j'essai encore ma lyre  
Pent etre est-ce bientot mon tour

.....

..... Amassant en foule à son passage  
Ses tristes compagnons reclus,  
Qui le connaissaient tous avant l'affreux message,  
Mais qui ne le connaissent plus ! (1)

.....

La peur blême et louche est leur dieu,  
La bassesse, la feinte. Ah ! lâches que nous sommes  
Tous, oui, tous. Adieu, terre, adieu.  
Vienne, vienne, la mort ! Que la mort me delivre !

.....

Mourir sans vider mon carquois !  
Sans percer, sans fouler, sans pétrir dans leur fange  
Ces bourreaux barbouilleurs de lois !

.....

(1) Inédit.

Souffre, ô cœur gros de haine, affamé de justice,  
Toi, vertu, pleure si je meurs.

.....

Hay en el destino de Andrés Chenier, dice M. Caro en su obra titulada *El final del siglo dieciocho*, no solamente el ser el último de los clásicos, sino un verdadero hombre antiguo escribiendo en una lengua moderna, pero aun mas el experimentar por sus obras, la suerte de un autor antiguo como su génio, y no alcanzar sino por fragmentos, y aun por revelaciones sucesivas á la publicidad y á la luz. Tenemos en nuestras manos en fin la edicion nueva y completa de sus poesias.

¡Pero despues de cuántas vicisitudes!

Contemos rápidamente los principales fragmentos y como las etapas de la publicacion gradual de los estudios del poeta, mostrados en fin en su integridad despues de tantas mutilaciones graves y de arreglos que no son menos.

Andrés Chenier, cuando murió no habia publicado mas que dos piezas en verso el *Juego de Pelota* en 1791, y el *Himno á los suizos de Chateauvieux* que apareció en el mes de Abril de 1792 en el *Journal de Paris*. Conocido como publicista, el poeta, era poco mas ó menos que ignorado, fuera de un pequeño grupo de amigos y del círculo de su familia. Sus obras poéticas habian quedado envueltas en un gran desórden; á pesar de ello, algunas indicaciones, y cartas en griego, escritas á la cabeza de

cada una y que eran destinadas á tomar un lugar en las *Bucólicas*, en los *Idilios*, en las *Elegias* ó en los poemas tal como *Hermes*. Andrés Chenier tenia la costumbre de llevar de frente muchas composiciones lo que explica por qué muchas de ellas no están terminadas.

Su hermano José escogió una de las mejores, *La Joven cautiva*, y para recordar á las gentes de gusto, que eran escasas y estaban diseminadas entónces, al poeta, odiosamente inmolado, publicó esta última oda en la década del 2o del Nivoso año III. En la época del Consulado, ensayó de nuevo esta piadosa tentativa y la *Joven Tarentina* apareció en el *Mercurio* el primero germinal año IX. Al mismo tiempo leía á los amigos, á sus colegas del Instituto, muchos de los mas bellos fragmentos que hallaba entre los manuscritos.

No habia aun la nombradía de Andrés conseguido sino alabanzas tímidas ó aplausos discretos, como si los pocos confidentes de esas obras temiesen aparecer como cómplices de la amistad fraternal. Sin embargo, Fontanes, Joubert, Mme. de Beaumont, los delicados, los letrados, repetian con entusiasmo algunos de esos versos que circulaban de boca en boca.

Chateaubriand, en el *Génio del Cristianismo*, citaba con grandes elogios algunos fragmentos tales como: *Acude, Joven Chromis, ó bien Nerea, no vayas á confiarte á las olas*.

Mitteraye, insertaba en una de sus *Elegias* algu-

nos fragmentos *Del Ciego*, y tributaba á su autor un homenaje completo aunque menos delicado, imitando una porcion de sus bellos versos, que apenas disfrazados, brillan y resaltan con un sorprendente relieve en medio de elegancias un poco sensibles y en language de una poesia personal.

A la muerte de José, en 1811, nos refiere el nuevo editor, los manuscritos de Andrés pasaron á manos de M. Daunon con los del primero de quien era íntimo amigo.

En 1814, despues de la primera restauracion, entre los emigrados que, en su destierro se habian ocupado de la literatura de su país, Chemedolle era uno de los que mas atencion habia prestado á las publicaciones poéticas publicadas.

Creyó, como su amigo Chateaubriand, que el jóven poeta, arrebatado por la tormenta revolucionaria, podria ser contado entre los escritores realistas y lleno de entusiasmo de poder agrégár á ese bello génio á su causa, fué á ver á M. Daunon y le comunicó sus opiniones en el caso de que quisiera encargarse de la edicion que debia hacerse de sus obras. Daunon le mostró los manuscritos de Andrés, escito por esta comunicacion el interes de su amigo ; pero desconfiando del celo de su visitante, no aceptó sus ofertas.

Temió, sin duda, ver enrolar, á pesar suyo, al poeta en el movimiento político de los exagerados de la Restauracion, bajo una bandera que viviéndo no hubiese aceptado de ningun modo.

Fué en 1819 que aparecieron como ensayo la primera edicion de las obras poéticas de Chenier. Las ediciones que vinieron despues reprodujeron en un órden conforme á otros sistemas, la obra original, las mismas piezas, agregando algunos fragmentos del primer editor y de Saint Beuve que me pedian y que yo les facilitaba tomando cópia, y rechazando lo que creían no deber publicar.

M. Gabriel de Chenier se queja amargamente, y con justicia, de esa especie de abuso de confianza de parte de M. Henri de Latouche, que no haya restituido, muchos de los manuscritos confiados á su celo, de tal manera que si los originales primitivos no hubieran sido hallados, la fuente original hubiese sido agotada por su primer prestamo lo que esplica bien el silencio que opuso despues á los nuevos pedidos (salvo con Mr. Saint Beuve y con Mr. Egger) y el rechazo absoluto de desprenderse de documentos tan preciosos que no podrian ser reemplazados.

. . . . .  
Lo que indignaba el alma patriótica de Chenier no era únicamente la rehabilitacion de los criminales injustamente condenados, sino el espíritu de insurreccion militar. Pensaba que una nacion no puede subsistir con esas dos plagas, de las que una sola seria bastante para perderla; las violencias en las calles bajo el nombre de justicia popular sino de patriotismo desenfrenado, y la indisciplina del ejército, alentado por la demagogía. En menos de

quince dias despues de las fiestas de los suizos de Chateuvieux el panico de Tournay y el degüello del general Dillon por sus propios soldados justificaron las profecías de Chenier. Fué entónces que bajo el peso de esas tristes escenas y de sus impresiones mas tristes aun, trazaba con segura mano los mas puros consejos á la Asamblea, mostrándole que un ejército indisciplinado no es temible sino á su propio país.

¿ Cuán caro le costó sus profecías y sus protestas contra aquel desórden permanente que experimentaba la Francia en aquella época ?

Fué detenido y enviado á San Lázaro y allí encerrado hasta su ejecucion, perdiendo asi uno de los mas preclaros poetas que ha producido su país, y que como dice Mr. Caro, ¿ que habria llegado á ser ese bello destino tan fatalmente interrumpido, conforme se hubiera ido desarrollando, si la caida de Robespierre hubiera tenido lugar dos dias antes ?

Pero que tentativa presuntuosa el adivinar, aun por lejanas indicaciones, lo que habrian sido las obras prometidas por una juventud tan precoz con el vigor creciente del génio, y como se habria transformado ese noble espíritu á través del Consulado y del Imperio, hasta los brillantes y fecundos años de la Restauracion. Hubiese sido el iniciador de las nuevas generaciones para el estudio de la bella antigüedad, algo como un maestro ilustrado y honrado entre los jóvenes poetas.

Sin duda habria llegado aquel astro á su zénit,

encontrando en el cielo de la poesía, dos astros nacientes, Victor Hugo y Lamartine, y bajo esta conjunción proficua, quien podría adivinar qué rayos de luz hubieran despedido mezclados y confundidos, iluminando con ellos la primera mitad de este siglo.

José Chenier, hermano menor de éste, fué también poeta.

Nació en 1764 en Constantinopla, donde su padre ejercia las funciones de cónsul y murió en Paris en 1811. Se dedicó en sus primeros años á la carrera militar, pero la abandonó muy pronto para entregarse al cultivo de las musas. Se dedicó con éxito en muchos géneros de poesía, pero sobresalió en el dramático, tomando todos sus argumentos de las ideas dominantes de la época. *Cárlos IX, Enrique, VIII, La muerte de Calas, Graco Fenelon y Timoleon. Tiberio* que es su obra maestra tiene un fin y es el ódio á la tiranía de que el poeta parece rebosar.

Esos dramas están escritos con un estilo noble y á la vez enérgico y están respirando amor el mas puro á la libertad, habiendo conseguido todas estas obras el éxito mas extraordinario en aquellos tiempos.

Figuró Chenier en casi todas las Asambleas políticas que se sucedieron desde la revolucion hasta 1802; y aunque entusiasta por la libertad no por eso dejó siempre de anatematizar los abusos y la demagogia.

Fué miembro de la Academia Francesa y en-

cargado de la redacción por esa asociación, de una memoria sobre los progresos de la literatura desde 1788, hasta 1808. Se ocupó también de la instrucción pública y fué nombrado inspector general de las escuelas, ejerciendo ese cargo hasta la época del Imperio en que fué destituido.

Además de sus tragedias que tienen verdadero mérito literario, Chenier compuso algunas poesías líricas, entre las que se encuentran algunas odas, algunos himnos, cantos imitados de Ossian, también escribió algunas epístolas y sátiras que rebozan gracia, entre la que sobresale la *Epístola á Voltaire*, y muchos cantos á la república para festejar y conmemorar sus fiestas; siendo como su infortunado hermano, el verdadero poeta de la primera república francesa.

Un grave reproche se le ha dirigido que á ser cierto, habría hecho palidecer su genio y disminuir el aprecio de su memoria, y es que nada hizo para salvar del patíbulo á su hermano Andrés; pero á pesar de lo que la maledicencia ha podido decir á ese respecto sacando partido de que estuvieron separados y en desacuerdo por opiniones, José rechazó esta acusación con una gran entereza en su *Epístola sobre la calumnia*.

El golpe que hirió á Andrés Chenier, dice Mr. Caro, hirió también en el corazón á su padre que no le sobrevivió más que algunos meses. José para quien su madre tenía cierta preferencia, se retiró á su lado después del 9 Termidor, y todos confundían

en uno su inconsolable dolor; pero muy pronto ese dolor no fué respetado, tratando de amargarlo mas. Los antiguos redactores del *Journal de Paris*, á los que se reunieron los antiguos convencionales, persiguieron á José con sus ataques mas violentos: «Osaron echarle en el rostro la sangre de su hermano». El antiguo convencional Andrés Dumont, se distinguió por su rabia en esta odiosa polémica, que los rencores políticos de Michaud, debian volver hacer renacer mas tarde y que los partidos han eternizado. Que nos baste oponer á esta triste conspiracion de enemigos encarnizados, que querian interpretar una divergencia de opiniones entre los dos hermanos como un fratricidio, esta carta de Mme. Chenier madre, dirigida á un diario de la época el 16 de Diciembre de 1796.

«Acabo de leer con indignacion en un diario las atroces calumnias vomitadas contra el mas jóven de mis hijos por el infame Andrés Dumont, resto impuro de esos bandidos que han cubierto á la Francia de lágrimas y de sangre. Maria José Chenier, único consuelo de la familia, proscrito por Robespierre y sus cómplices, no ha cesado de hacer todo por sus hermanos desgraciados; sus solicitudes no fueron mas que infructuosas como las de su padre. El virtuoso Andrés pereció asesinado el 7 Termidor. Salvador, su hermano, hubiese perecido tambien sin el gran acontecimiento que tuvo lugar dos dias despues, y Maria José amenazado tambien los hubiera seguido despues. Sus padres y sus amigos saben que se

habia muido de un violento veneno para no caer entre las manos de los tiranos sanguinarios, de los que no hablaba sino con horror en todo tiempo. Uno de los que mas despreciaba, Andrés Dumont, se atreve hoy á enrostrarle el haber abandonado á su madre. Ah! bien lejos de haberla abandonado; él le dá cada dia nuevas pruebas de su ternura filial; y le doy públicamente este testimonio auténtico, á fin de confortar mi corazon maternal, confundiendo á sus calumniadores! » Esta declaracion de una madre es la mejor justificacion de José á la posteridad.

Jacobo Delille figura en la pléyade de poetas de aquel tiempo. Nació Delille en 1738 y murió en 1813. Era hijo natural de un abogado del parlamento de Glemont. Se hizo conocer como profesor de humanidades en Amiens y despues en Paris, y últimamente se distinguió como catedrático de poesia latina en el Colegio de Francia. Hizo una traduccion de las *Georgicas* que fué universalmente bien acogida.

Fué nombrado miembro de la Academia francesa en 1774 y publico en 1782 su renombrado poema *Los Jardines*, que obtuvo mucho éxito y que no carece de mérito literario. En 1784 visitó á Constantinopla acompañando á Choiseul-Groffier nombrado embajador, y al visitar la hermosa tierra del Asia y las ruinas imponentes de la Grecia, compuso el poema la *Imaginacion*.

La revolucion le arruinó completamente y tuvo que abandonar á Paris, teniendo que refugiarse en

Saint Die de la Lorena; en seguida hizo algunos viajes y visitó la Suiza, la Alemania y la Inglaterra; de todos estos viajes sacaba algun provecho, pues alguna nueva obra era fruto de ellos. Volvió á Francia cuando ya estaban mas calmados los ánimos en 1802, y se casó. Volvió á desempeñar sus funciones de catedrático y publicó sus obras que eran fruto de sus observaciones y de sus viajes, y la muerte le halló ocupado en escribir un poema titulado la *Vejez*. Ya hacia algunos años que habia perdido la vista.

No se le concede á Delille el génio inventivo, y se le considera con muy poca imaginacion, á pesar de que uno de sus poemas tratase sobre ella; pero se le acuerda un gran mérito en el género descriptivo y sobre todo sobresale por la fuerza de la versificación. El poema *Los Jardines* es una buena prueba de ello.

Era Delille un hombre incansable para producir, así es que además de las *Georgicas* y *Los Jardines*, escribió el *Hombre de los campos*, un *Ditirambo sobre la inmortalidad del alma*; la *Piedad*, una *traduccion en verso de la Eneida*; otra del *Paraiso Perdido*; los poemas *la Imaginacion*; *Los tres reinos de la naturaleza*; la *Conversacion*; otra traduccion, el *Ensayo sobre el hombre* de Pope y porcion de poesias.

Sus obras fueron publicadas por Michaud en 1824 y se componen de 16 tomos en 8.º

Posteriormente han aparecido en un solo tomo compacto en el *Panteon* literario.

Sus dos obras mas notables son los *Jardines* y la *Imaginacion* sin ninguna duda.

El plan de su primer poema es sacado de *Virgilio* y aunque tenga mucho de *Pope* sin embargo no deja de atraer su versificacion, á pesar á veces de hacerse pesado por alguna monotonia.

Pocas personas, dice su autor en el prólogo de sus obras, y aun pocas gentes letradas, leen las *Georgicas de Virgilio*, y todos aquellos que saben la lengua latina, saben de memoria el cuarto libro de la *Encida*.

En el primero de esos dos poemas, el poeta parece sentir que los limites de su objeto no le permiten cantar los jardines. Despues de haber luchado mucho contra los detalles un poco ingratos de la cultura general de los campos, parece desear descansar sobre motivos mas lisonjeros, y alhagüenos por una esposicion rápida y encantadora de los jardines y por ese tocante episodio de un anciano feliz en su pequeño campo cultivado por sus manos.

Aquello que el poeta romano sentia no poder hacer, el P. Rapin lo ha realizado; ha escrito en su lengua y algunas veces en el mismo estilo de *Virgilio*, un poema en cuatro cantos sobre los jardines que tuvieron un gran suceso en algun tiempo.

Su obra no está exenta de elegancia, pero se desearia mayor precision y episodios mejor concebidos y ejecutados.

El plan de su obra adolece de interés y de variedad. Un canto entero está dedicado á las aguas,

otro á los árboles y á las flores. Se adivina fácilmente ese pesado catálogo; esa enumeracion fastidiosa que pertenece mas á un botánico que á un poeta; y esa marcha metódica que seria de mérito en un tratado en prosa, pero que tiene un gran defecto para una obra en verso, en donde el espíritu exige que se le conduzca por caminos algo variados y que se le ofrezcan objetos inesperados. En fin, no ha tratado sino la parte mecánica del arte de los jardines y ha olvidado la parte mas esencial, aquella que busca en nuestrás sensaciones y en nuestros sentimientos, la fuente de los placeres que nos causan las escenas campestres y las bellezas de la naturaleza perfeccionados por el arte. En una palabra, esos jardines pertenecen más á la arquitectura; los de Delille son los del filósofo, del pintor y del poeta.

He aqui algunos fragmentos de sus bellos versos:

Mais c'est peu d'enseigner l'art d'embellir les champs,  
Il faut les faire aimer; et peut-être en mes chants,  
Bien mieux qu'un froid précepte, une histoire touchante  
Rendra plus chers encor les travaux que je chante:  
Ces doux soins qui du sage occupent les loisirs,  
Quelquefois les rois même ont goûté leurs plaisirs.  
C'est toi que j'en atteste, ô vieillard magnanime!  
Toi né du sang royal, modeste Abdolonyme.  
Obscur et retiré dans son paisible enclos,  
Entre son doux travail et son heureux repos,  
Le vieillard oubliait le sang qui le fit naître;  
Nul séjour n'égalait sa demeure champêtre.

D'un côté, c'est Sidon, et son port, et ses mers ;  
De l'autré, du Liban les cèdres toujours verts,  
Dont les sommets pompeux, disposés en étage,  
Levaient cime sur cime, ombrage sur ombrage :  
Au flanc de la montagne, un fertile coteau,  
Vêtu d'un vert tapis, s'étendait en plateau,  
Et de là deux filets d'une onde cristalline  
Tombaient en murmurant le long de la colline,  
Au centre du jardin, vers le soleil naissant  
Un vallon fortuné se courbait en croissant,  
Zone délicieuse, en tout temps ignorée  
Et du midi brûlant et du tougoux Borée:  
Dans le fond, les sapins, les cyprès fastueux,  
En cercle dessinaient leurs troncs magestueux ;  
Mille arbustes divers y versaient sans blessure  
Le nard le plus parfait, la myrrhe la plus pure ;  
Au-devant on voyait, déployant son trésor,  
Le citron orgueilleux de son écorce d'or  
Et la rouge grenade, et la figue mielleuse  
Et du riche palmier la datte savoureuse ;  
Autour, quelques rochers du marbre le plus pur,  
Veinés d'or et d'argent et de pourpre et d'azur  
Charmaient plus ses regards, dans leurs masses rustiques,  
Que ceux dont l'art jadis décorait ses portiques ;  
Sur leurs flancs ondoyaient des arbrisseaux en fleurs,  
Différents de parfums, de formes, de couleurs,  
La rose les parait, et sur une onde pure  
De vieux saules penchaient leur longue chevelure :  
Plus loin c'est un troupeau qui, content sous ses lois,

Lui peignait l'origine et les devoirs des rois.  
 Les premiers souverains furent pasteurs des hommes,  
 Se disait-il souvent; mais, dans l'âge où nous sommes,  
 Quels sages envieraient ces illustres dangers?  
 Il disait, et content du sceptre des bergers,  
 Il soignait tour-à-tour ses troupeaux et ses plantes;  
 Son fils le secondait de ses mains innocentes.  
 L'un est majestueux encore en son déclin;  
 Sa barbe en flots d'argent se répand sur son sein;  
 Sur son teint vigoureux une mâle vieillesse  
 N'a point décoloré les fleurs de la jeunesse.

. . . . .

¡Qué magníficos cuadros no se podrían pintar de estas sencillas exposiciones!

¡Y cuánto el arte no podría inspirarse en todo ese magnífico canto de los jardines!

Lo que es para nuestro gusto siempre es nuevo y exclamamos al leerlo como el poeta.

«Felices los hortelanos si conocieran su dicha».

Ese placer lo hace sentir Delille, que ha despertado en los particulares, el deseo de reunir á la utilidad pública, el goce que el proporcionan el adorno de sus tierras. El dinero que debia ocupar á los artesanos en el lujo, va á alimentar á los cultivadores y la riqueza volverá á su primitiva fuente. Además el cultivo se ha enriquecido de una cantidad de plantas y de árboles extranjeros, agregados á la produccion nacional del suelo, y esto vale bien todo

el mármol que nuestros jardines hayan podido perder.

¡Feliz si este poema imprime aun mas esos gustos sencillos y puros! pues como al autor de ese poema dice:

« Qui fait aimer les camps, fait aimer la vertu ».

Tal era la advertencia que Delille ponía al frente de las primeras ediciones de sus obras.

Vamos á ocuparnos de un poeta que ha sabido interpretar y pintar la naturaleza como pocos.

Bernadino Saint Pierre, de quien hablamos, nació en el Havre en 1737 y murió en 1814.

El famoso autor de la obra tan conocida *Pablo y Virginia*, era descendiente de una familia noble que pretendía tener por ascendiente á Eustaquio Saint Pierre.

Su juventud fué muy romántica, pues primeramente se dedicó á la carrera de marina y despues fué misionero. Despues se contrajo al estudio de la ingenieria y fué nombrado posteriormente oficial en este ramo. Formó parte del ejército en varias campañas y perdió su empleo por insubordinado. Estuvo en Paris dando lecciones de matemáticas, en medio de la mayor miseria; se dirigió á Holanda y visitó despues á Rusia, para prestar su brazo á la defensa de la infeliz Polonia.

Parece que inspiró á una princesa polaca una ardiente pasión que muy presto lo olvidó volviendo á su patria en 1766. Fué allí comisionado como ingeniero á la isla de Francia. Estuvo de retorno en Pa-

ris en 1774, y se entregó á la literatura viviendo retirado. Estrechó íntima amistad con el célebre Rousseau, con quien tenia mas de un punto de contacto y á quien tomó mucho de sus ideas. El infortunado Luis XVI, lo nombró director general del jardin de plantas, y posteriormente fué encargado de explicar moral en la escuela normal, no siendo muy acertado en el desempeño de este cometido. Fué miembro del instituto y en la época de Napoleon fué hecho conde y recibió una pension.

Bernadino de Saint Pierre, es uno de los que mejor han sabido pintar la naturaleza, con los colores mas puros y sencillos, y es una lástima que su espíritu no hubiese sido adornado de conocimientos mas profundos, y que como dice un autor, no hubiese dado tanto valor á sus delirios dándolos como verdaderas leyes que rigen el universo. Pero tiene un gran mérito y es que en sus obras, sabe hacer amar la virtud, la que prepondera en ellas, á pesar de que su vida no fuese de las mas irrepreensible y agena á muchas faltas. Tiene su estilo mucho de Fenelon y de Rousseau, pero no alcanza á ninguno de sus modelos en la perfeccion y cualidades literarias.

Sus *Estudios de la Naturaleza* tienen páginas admirables y nos deleitamos leyéndolas.

Su obra verdaderamente, diremos así popular, y que está al alcance de todas las inteligencias es *Pablo y Virginia*. Esa obra es seductora y con razon está en todas las manos y vivirá siempre mientras exista el buen gusto y el sentimiento literario.

¿Qué naturalidad é interes en medio de aquella sencillez descriptiva no hay en aquella obra?

¿Qué magestad en medio de aquella naturalidad?

Pocas obras resisten á mas de dos ó tres lecturas, pero *Pablo y Virginia* tiene la virtud de cuanto mas se lee parece siempre nueva, y no es extraño que figure en las bibliotecas entre las obras mas interesantes.

Con razon el génio de Napoleon le daba la primacia sobre la literatura contemporánea á esa obra, que encanta y la vez seduce por su misma sencillez y naturalidad.

Veamos algunos trozos de esa verdadera joya.

« Me he propuesto—dice el autor—grandes designios en esta obrita en la cual he procurado pintar un suelo y producciones diferentes de la de nuestra Europa.

« Harto tiempo han estado en posesion de nuestros poetas de poner á reposar á sus amantes á las orillas de los arroyuelos.

« Yo he querido sentarlos á las riberas del mar, al pié de los peñascos, á la sombra de los cocoteros y de los plátanos y de los limoneros en flor. No faltan á la otra parte del mundo sino Teócritos y Virgilio para que tengamos descripciones tan interesantes á lo menos como las de nuestro país.

« Sé que algunos viajeros de gusto nos han hecho pinturas encantadoras de muchas islas del mar del sur, pero las costumbres de los habitantes y aun

mas la de los europeos que aportan á ellas, afean y desfiguran por lo regular estos cuadros.

«Yo he deseado reunir á la belleza de la naturaleza, entre los trópicos, la belleza de una sociedad poco numerosa, proponiéndome al mismo tiempo demostrar grandes verdades; entre otras, «la de que nuestra felicidad consiste en vivir segun las leyes de la naturaleza y de la virtud dirigidas por las infalibles verdades del evangelio.»

«Para pintar la felicidad no he necesitado inventar una novela.

«Puedo asegurar que las de que voy á hablar han existido realmente; que su historia es verdadera en sus principales acontecimientos, certificados con mi presencia por muchos colonos á quienes he conocido en la isla de Francia.

«No he hecho mas que añadir algunas circunstancias indiferentes, que siéndome por otra parte personales, tienen hasta en esto, cierta especie de realidad.

«Cuando formé, algunos años há, un diseño muy imperfecto de esta especie de pastoral, procuré leérsela á una dama que frecuentaba lo que se llama el gran mundo, y á personajes grandes que vivian apartados de él, á fin de preveer el efecto que producía su lectura en gentes de caracteres tan diversos, y tuve la satisfaccion de verlos á todos derramar lágrimas. Este fué el único juicio que pude formar de la obra, y esto era cabalmente lo que yo deseaba ver comprobado.

«Mas, como por lo comun la presuncion es un vicio compañero de la cortedad de talento, caí en la vanidad con tan buen suceso de intitular, mi obra *Pintura de la Naturaleza*. Pero habiendo reflexionado despues por dicha mia; cuan distante estoy de conocer el clima en que nací, cuan rico, variado, amable, magnifico y misterioso, se presenta la naturaleza en aquellos paises, donde no he visto sus producciones sino de paso, y por último, cuan ageno me hallo de poseer aquella sagacidad expresiva y gusto que se requiere para conocerla y retratarla, solo en mí, y agregué á este, débil ensayo, mis *Estudios de la Naturaleza*.»

Nos ocuparemos ahora de otro escritor notable de la época.

Francisco Constantino conde de Volney nació en Caen en 1737 y murió en 1820. Su primera vocacion fué la medicina á cuyo estudio se dedicó; pero su inclinacion fué por los trabajos de erudicion. En 1782 hizo un viaje al Oriente, y aprendió el árabe con los Drusos en un convento del Libano; empleó cuatro años en recorrer la Siria y el Egipto; publicando á su regreso á Francia, una relacion de sus viajes que le dió grandisima reputacion de sábio.

Fué nombrado miembro de los Estados generales y se manifestó decidido partidario de las nuevas ideas de Francia; pero en la época de Robespierre fué acusado de realista y se le encarceló manteniéndolo preso hasta el 9 Termidor. Obtuvo el nombramiento despues que salió en libertad de profesor de historia

en las escuelas normales y fué nombrado miembro fundador en el Instituto. Conoció al célebre Franklin en un viaje que hizo á los Estados Unidos, con quien estuvo íntimamente ligado, y de vuelta á Francia se declaró por la revolucion del 18 Brumario siendo nombrado miembro del Senado conservador, y poco tiempo despues fué electo Vice Presidente de ese cuerpo; manifestando una gran independenciam de carácter con su oposicion al concordato, á la expedicion de Santo Domingo y sobre todo al establecimiento del Imperio.

Retiróse de la vida pública para dedicarse completamente á sus trabajos de filólogo y orientalista. El estilo de sus obras es algo ampuloso y declamatorio.

Volney, dice un autor, siempre solo y taciturno, sin tomar parte en las distracciones de los jóvenes de su misma edad, se entregó primero al estudio de la medicina y despues al de las lenguas orientales.

Hacia el año 1776 llegó á Paris, donde perfeccionó sus estudios de lingüística é historia y se dió á conocer con una Memoria sobre la cronologia de Herodoto, rompiendo una lanza con Larchez, como si quisiera seguir las huellas trazadas por Freret.

En seguida fué presentado en casa del baron de Holbach, conoció á Franklin, fué presentado á la sociedad Elvetius, y todo esto influyó en él de tal modo, que llegó á ser el discipulo acaso mas original de la indicada escuela.

En 1781, heredó una fuerte suma, siete mil libras

proximamente, y la mayor dificultad para él fué que no supo lo que hacer con ellas.

« Mis amigos, dice él, me aconsejaban de distintos modos; los unos que gozara lo posible con aquella cantidad y los otros que procurara aumentar mis rentas; pero yo eché mis cuentas y calculé que la suma era escasa para mejorar de un modo efectivo mi porvenir y crecida para disiparla en un momento.

« Felices circunstancias habian creado en mí desde la juventud la costumbre de estudiar; yo sentia placer, hasta pasion, por el estudio y concebí la idea de de emplear aquella cantidad en satisfacer mis aficiones, abriendo mas ancho horizonte á mi educacion.

« Habia leido y habia oido decir, que entre todos los medios de adornar el espiritu y de formar el raciocinio, ninguno mejor que el de los viajes. Projecté uno; solo me faltaba elegir el sitio y yo lo queria nuevo ó por lo menos que tuviera atractivos.»

Despues de algunas dudas sobre la eleccion, se decidió por el Oriente, cuna de antiguas religiones, contribuyendo tambien á esta resolucion, algo de esa especie de curiosidad filosófica que le tenia como subyugado.

Volney hizo un viaje concienzudo, exacto, positivo y lo escribió con estilo propio y nuevo, aunque imperfecto. El *Viage á Egipto y Siria*, que apareció en 1787 le dió fuerte renombre.

Un viaje por Oriente, era por entonces una cosa extraña y Volney se propuso ir con un palo en la

mano por los mismos sitios que habian de recordar á Chateaubriand, viajando como un hidalgo, á Byron como un gran señor y á Lamartine como un emir ó como un príncipe.

Cuando llegó á Oriente, despues de descansar en Egipto, comprendió que nada adelantaria sin conocer el idioma y decidió encerrarse durante ocho meses en el monasterio de Mar-Hanna en el Libano, para aprender el árabe. Mas adelante se reunió con un cheik beduino y se acostumbrió á manejar el caballo y la lanza. Descubrése en su retrato algo de lo que hizo personalmente; pero al contrario de lo que han hecho otros escritores, antes y despues, Volney empleó en su obra un método de autor mas que de viajero.

Hé aqui parte de la Invocacion á las ruinas de Palmira:

¡Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos! Yo os invoco! A vosotros dirijo mis plegarias! Si! al paso que vuestro aspecto rechaza con terror secreto las miradas del vulgo, mi corazon encuentra al contemplaros, el encanto de los sentimientos profundos y de las ideas elevadas! ¡Cuán útiles lecciones, cuántas reflexiones patéticas ó enérgicas afluyen al espíritu que os sabe consultar! ¡Cuando la tierra entera esclavizada enmudecia delante de los tiranos, vosotras proclamabais ya las verdades que detestan, y confundiendo las reliquias de los reyes con las del último esclavo, atestiguabais el santo dogma de la *igualdad*! En

vuestro tético recuerdo es donde yo, amante solitario de la *libertad*, he visto aparecer su génio, no tal como se lo representa el vulgo insensato, armado de antorchas y puñales, sino con el aspecto augusto de la justicia enseñando en sus manos la balanza sagrada en que se pesan las acciones de los mortales en las puertas de la eternidad. Oh! tumbas! ¡cuántas verdades poseéis! Vosotras espantais á los tiranos! Vosotras emponzoñais con un terror oculto sus placeres impios! Ellos huyen de vuestro aspecto incorruptible, y hundis vosotros el orgullo de sus palacios!

Vosotras castigais al opresor poderoso; arrebatáis el oro al miserable avaro y vengais al débil despojado por su rapacidad mientras recompensais las miserias del pobre!

. . . . .  
Vamos ahora á ocuparnos de Mme. Staël.

Ana, Luisa, Germana Necker de Staël, nació en Paris en 1766; siendo hija del célebre Necker, ministro de Luis XVI y que tan gran rol jugó en aquel reinado; teniéndole su hija hasta su muerte un amor y admiracion tan inmensas, que se acercaba á la idolatria. Contrajo enlace con el Baron Stael-Holstein en 1786, embajador de Suecia.

En la revolucion, tuvo la entereza suficiente para redactar un plan de evasion para la familia real y condolida profundamente por sus desgracias, no temió abrazar su causa y manifestarse apasionada defensora de la infortunada Maria Antonieta, esa

desgraciada víctima de los furores del populacho y de la tiranía.

En la época del Directorio, adquirió mucha influencia por medio de las reuniones que tenia en su casa. Fué partidaria de Talleyrand y por medio de sus trabajos consiguió que volviese á figurar en los negocios públicos.

En la época de Napoleon, con quien jamás estuvo en buenas relaciones, su influencia desapareció, y haciendo oposicion tenaz á su gobierno, fué desterrada á vivir lejos de Paris.

Dejó la Francia y se dirigió á Weiman, donde estudió la literatura alemana; pasó algun tiempo en Ginebra y volvió á Francia, donde toleraron su presencia.

Por la publicacion de su obra titulada *La Alemania*, donde se creyó hallar alusiones contra el sistema imperial, fué nuevamente causa para que se le ordenara dejar á Paris, dándole á Coppet por residencia.

Mme. Staël se decidió entonces á viajar y visitó á Viena, Moscou, San Petersburgo, Suecia y Londres, no volviendo á Paris sino cuando habia caido Napoleon en 1815.

En la restauracion obtuvo de Luis XVIII, dos millones de francos, como restitution de cantidades adeudadas á su padre.

Poco tiempo despues, al volver de un viaje á Italia, murió en Paris en 1817. Se habia casado secretamente en 1812, despues de la muerte del Baron

de Staël, acaecida en 1802, con un jóven oficial, Mr. Roca, que fué autor de unas memorias sobre la *Guerra de los franceses en España*.

Puede considerarse á esta distinguida escritora como la mas célebre de todas las que ha producido la Francia; y parece que poseia el don extraordinario de agradar; y segun dicen sus biógrafos, hablaba aun mejor que escribia. Su casa fué siempre el centro de todos los hombres de letras y políticos y de todo lo que se distinguia en las ciencias y artes. Mme. Staël abrazó en sus obras todos los géneros y los trataba magistralmente.

En ellas, nos sorprendemos de ver tanta profundidad y erudicion; tanta variedad y conocimientos; tanta practica del mundo y tanta finura y delicadeza con que explaya sus ideas.

Fué una de las que mas contribuyeron en Francia, á introducir las nuevas ideas literarias, con su obra sobre la *Alemania*, uno de sus mejores trabajos que honran á tan ilustre como distinguida escritora.

Dice Sainte Beuve á su respecto: Mme. Staël, cuando hacia la publicacion de su obra *De la Literatura*, entraba en una disposicion de ánimo abierto y noblemente ambicioso, que conservó mas ó menos completo hasta 1811, época en que un gran cambio se operó en ella. En su disposicion superior y mas exclusivamente sentimental, en que la hemos visto, no había aun considerado la literatura sino como un órgano de sensibilidad, como una exal-

tacion de las penas. Ella se desesperaba; se quejaba de ser calumniada; pasaba del estoicismo mal sostenido á la lamentacion elocuente; queria amar y creia morir. Se apercibió entonces que por tanto sufrir no se moria; que las facultades del pensamiento, las potencias del alma, se engrandecen con el dolor; que jamás seria amada como ella amaba y que por lo mismo era necesario proponerse algo vasto grande en la vida. Pensó entonces seriamente en emplear sus facultades, sus talentos y no dejarse abatir, y pues que era aun tiempo y que el sol se inclinaba apenas, su génio se resolvió á marchar energicamente; « Levantémonos, en fin, exclamaba en el prefacio de su libro tan citado; levantémonos bajo el peso de la existencia; no demos á nuestros injustos enemigos y á nuestros amigos ingratos, el triunfo de haber abatido nuestras facultades intelectuales. Nos reducen á buscar la gloria á los que se hubieran contentado con solo las afecciones; y bien, preciso es procurarla!»

La gloria, en efecto, desde entonces entró en dominio abierto en su corazon con el sentimiento. La sociedad habia sido mucho siempre para ella; la Europa vino á ser alguna cosa, y fué en presencia de ese gran teatro, que aspiró á realizar dos grandes empresas. Su bella embarcacion, batida por la tempestad al salir del puerto, mucho tiempo á la capa á la vista de la rivera, se lanza al fin á todas velas á la alta mar.

*Delfina, Corina*, el libro de la *Alemania*, fueron las conquistas sucesivas de tan gloriosa aventura.

Mme. Staël, en 1800, era aun jóven, pero esa juventud de mas de treinta años, no le hacia ilusion sobre su porvenir; asi substituia á tiempo el horizonte indefinido de su gloria á aquel ya restringido y algo pálido de su juventud. *Corina* y el momento que siguió á su aparicion, señalan el instante dominante de su vida. Toda vida humana un poco grande tiene su colina sagrada; toda existencia que ha brillado y reinado tiene su Capitolio.

El Capitolio y el cabo Misene de *Corina* es el de Mme. Staël.

Partiendo de alli, el resto de la juventud que la abandonaba, las persecuciones frecuentes, las amistades que fallaban muchas, la enfermedad, en fin, todo contribuyó á madurar su talento, á introducir ese génio magestuoso y coronado en los años sombríos. A datar de 1811 sobre todo, mirando al fondo del pensamiento de Mme. Staël, descubrimos por grados el recogimiento que la religion procura, el dolor madura, la fuerza sostiene, y esa alma hasta entonces tan violenta como el Océano, se vé reducida tambien como él á entrar en sus límites. Veremos al final de ese camino triunfal como limite á sus aspiraciones y decepciones una cruz.

Pero al calor de sus ensueños, de sentimientos y de esperanzas y decepciones romanescas, la hallamos en plena accion.

Si el libro de *la Literatura* habia producido tal efecto, el romance *Delfina* publicado al fin de 1802, no produjo menos sensacion.

Júzguese lo que debía ser de atrayente la lectura de esta obra, en una sociedad exaltada por las vicisitudes políticas, por todos los conflictos de los destinos, cuando el *Génio del Cristianismo*, acababa de poner en discusion la religion en la época del Concordato y de la modificacion de la ley sobre el divorcio.

Benjamin Constantt, dice que en las páginas que dirige á su padre es donde mejorse revela Mme. Staël. Pero eso pasa siempre segun el libro suyo que tenemos, y siempre nos parece que el último que tenemos abierto en nuestras manos, es mucho mejor. Y esto me parece exacto sobre todo en *Delfina*.

« *Corina*, dice Mme. Necker de Saussure, es el ideal de Mme. de Staël, *Delfina* es la realidad de su juventud, viniendo á ser una tocante personificacion de sus años, de puro sentimiento y de ternura, en el momento en que daba un último y desgarrador adios al pasado, al principio del reinado público, á la entrada del rol europeo y de la gloria; algo como una estatua de Ariana. »

Mme. Staël, dice Mr. Caro, presente y visible á nuestra vista anima y llena el paisaje. Muy pronto no vemos mas que á ella.

Toda su historia se desarrolla ante nosotros en un pasaje rápido de cuadros.

La vemos sucesivamente en cada una de las grandes épocas históricas á la que su recuerdo está ligado; niña hecha jóven, durante el primer ministerio de su padre, en esos años decisivos del reinado de Luis

XVI, donde las iniciativas de las reformas mas vigorosas podria suspender ó prevenir la revolucion; despues, casada con un embajador y escribiendo por su nuevo dueño, boletines y noticias al Rey de Suecia, cuya tarea de antemano sencilla se convirtió en grave y solemne segun los acontecimientos; mas tarde, mezclada al movimiento de la revolucion triunfante, pero participando por sus consejos y sus esperanzas, mas que por su entusiasmo, que no habia durado mas que las primeras horas; desapareciendo el terror, de una ciudad que parecia ser presa de vértigo, no volviendo sino en dias mejores y naturalmente llamada por el brillo de su espíritu, á jugar un gran rol en el renacimiento de la nueva sociedad francesa, bajo la autoridad precaria del Directorio; sorpréndela como á toda la Francia la gloria del jóven Bonaparte y sufriendo su prestigio, hasta que los sucesos desarrollándose mostraban al general victorioso, otro rol muy diferente de aquel que habia pensado Mme. Staël, la llevó á una oposicion que no habria sido irreconciliable, sin algunos incidentes medianos para la historia, pero no sin importancia para el amor propio de una mujer, y aun mismo de una mujer de génio. La seguimos con el pensamiento cuando ella se entrega y se inspira de las resistencias parlamentarias que trataron de organizarse en el triunvirato, enardeciendo con el calor de su alma la llama varonil de la elocuencia de Benjamin Constantt, expiando con diez años de proscripcion

la temeridad de una lucha en que las fuerzas no eran iguales; estableciendo en Coppet su pequeña corte de destierro; escapándose, en fin, como de una prision para ir á través de las cortes extranjeras á manifestar su cólera contra aquel adversario formidable por quien habia sufrido; despues, cuando hubo sucumbido bajo el peso de la Europa armada, desengañada de los que lo reemplazan, humillada un poco tarde, tal vez en la fortaleza de su espíritu nacional y juzgando los principios de la Restauracion en términos ágríos y despreciativos; ensayando, en fin, de consolarse de las miserias presentes, por la meditacion de los acontecimientos que ha presenciado, de sus causas y sus resultados, de los medios á emplear para prevenirlos y legando á su familia, el culto del ideal político que debia muy luego experimentar por la expresion mas directa y el manejo de los grandes negocios.

Esta existencia contemporánea, es lo que hay de mas solemne y mas trájico, de mas heróico y de mas terrible en nuestra historia nacional, y se dibuja á nuestros ojos con sus esplendores y tristezas. Frente á ese castillo de Coppet, ¿qué se puede pensar sino en ese destino brillante y atormentado que tantas veces ha abrigado á esa alma que los viejos muros no han podido proteger contra las tempestades que llevaba en sí misma?

Imaginacion apasionada, génio de inspiracion y de primer impulso, elocuencia activa, voluntad entusiasta, Mme. de Staël tenia algunas de esas cua-

lidades; algunos de esos defectos brillantes, que aseguran en este mundo el triunfo de esas inteligencias de poderoso aliento.

Tan poderosas facultades habrían llevado á un hombre á los primeros rangos; habría impuesto su génio á su alrededor y habría señalado su hora en la historia. Como mujer, gasta en hechos ingratos y en roles secundarios, esas cualidades que la llamaban á jugar grandes roles en el Estado. Nacida para la acción, consumió sus fuerzas en la resistencia. La crítica de salón, la oposición en la conversación, por alusiones y por epigramas, rol mediocre y estéril! Un hombre, si sus principios, sus instintos ó su ambición, lo separaban de un gobierno, podría luchar en pleno día, frente á frente, por medio de discursos públicos ó por hechos; podría obrar directamente sobre su país; podría organizar la resistencia bajo el imperio de su idea ó de su pasión.

Existe en la lucha tentada y sostenida, goces vivos, compensaciones de popularidad, de grandes satisfacciones de amor propio, y si los sucesos son propicios, ¡qué mas noble goce que ejercer una parte del poder en provecho de sus ideas y de dar á la historia de su tiempo la impresión de su pensamiento!

Pero una mujer, esclava en el círculo que trazan á su alrededor la opinión y la naturaleza, no puede en ningún caso sugetar los acontecimientos á su similitud y voluntad los actos públicos.

Fué esto, sin duda alguna, uno de los mas grandes pesares de Mme. de Staël. Alma esencialmente politica, condenada á la inaccion, se consumió en lejanas protestas y en los ardores del pensamiento, que debieron agriarla muchas veces y exagerar su impotencia misma.

Pero, á lo menos, ese sufrimiento no fué estéril ni para ella ni para nosotros. Esa fuerza comprimida cambió de senda, no hallando su camino en la accion, la busca en otra parte y de ahí provienen sus obras. Este es el secreto de ese vigor de elocuencia casi viril que es el rasgo distintivo de los escritos de Mme. Staël.

Es verdaderamente una elocuencia de accion que los anima, una improvisacion enérgica como pronunciados en una tribuna; son á veces como explosiones de una pasion contrariada.

Mme. de Staël encuentra de una parte lo que perdió de otra y por una especie de compensacion gana en talento, lo que habria podido ó querido poseer como los hombres, en accion directa y personal sobre los sucesos. Sus facultades activas se desarrollaron y se aplicaron al pensamiento, redoblando el movimiento y la energia.

La biografia de Mme. Staël seria así la historia, no de sus actos, pero sí de sus pensamientos; aun diremos mejor, la historia de sus sentimientos. Los dos primeros sucesos de su vida, habian sido dos pasiones que quedaron impresas en toda su existencia; la una fué por Mr. Necker, la otra por Juan Jacobo Rousseau.

El sentimiento que su padre le inspiró, fué sin duda el mas sério y la mas profunda afeccion que sintió jamás. Existe en esto un fenómeno moral á la vez, y tambien por su influencia sobre la naturaleza y la direccion del talento un fenómeno literario.

El recuerdo de M. Necker se mezcló constantemente á todo lo que pensaba ó escribia mas tarde sobre la política y la filosofia, y no hay una sola página de sus obras, donde no aparezca la imágen de la persona amada como la de un génio inspirador y familiar. Esta afeccion no hay nada que se le pueda comparar por su veracidad en la historia de las letras francesas, sino son las de Mme. de Sevigné por su hija. La una y la otra, sacerdotizas de un culto, eran superticiosas, han idealizado el objeto hasta el punto de hacerle inseparable de su propio génio como de su gloria. Los nombres de Mme. de Grignau y de M. Necker reciben asi una parte de inmortalidad mas grande que la que podrian pretender, sea la hija algo pedante de la ilustre marquesa, sea el ministro de Luis XVI, hombre honrado, lleno de ideas generosas, pero no desinteresado de alabanzas, muy sensible á las ciencias y á la popularidad para ser verdaderamente un servidor del Estado.

Esta influencia predominante databa de los primeros dias de la infancia de Mme. Staël.

Naturaleza viva, expansiva, imaginacion exaltada desde los primeros dias de su vida moral, espíritu

original y libre, habia tenido que sufrir mas de una vez la reserva adquirida tanto como natural de su madre; mujer de un espíritu muy cultivado, autora tambien, pero con un fondo de ideas y humor puritanos que no se extinguen jamás, y que pudo apenas esclarecer el aire vivo y brillante de la sociedad de Paris.

En este último periodo del siglo dieciocho, en el ocaso de una civilizacion que alcanzaba á la decadencia por el exceso mismo de cultura, cuando las creencias y las costumbres parecian disolverse á la aproximacion de la gran tempestad, no fué un contraste medianamente picante el ver uno de los principalessalones de Paris, uno de los mas célebres por la afluencia de los mas bellos espíritus incrédulos, gobernados por una protestante, sinceramente religiosa, consagrada apasionadamente á la gloria de su marido y aun amándole esclusivamente sin preocuparse de mas nada. M. de Sainte Beuve cita ésto, como una de las singularidades de la época; esa especie de altar erigido al bueno y púdico enlace realizado en pleno Paris y en medio de la secta de filósofos.»

Hemos citado estas dos opiniones tan competentes sobre Mme. de Staël, porque es una personalidad que se destaca en la época que figuró.

El talento de Mme. Staël fué dominado por el culto apasionado de su padre á quien amaba con delirio, y se inspiró en dos maestros, Rousseau primero y Montesquieu despues en sus escritos.

Amaba á su padre como hombre, le admiraba como escritor y lo veneraba como el ideal del ciudadano, del filósofo, del sábio y del hombre de Estado.

No se conformaba con que no se considerase á su padre como un semi-dios; virtuosa é inocente locura, mas conmovedora que ridicula, dice con sobrada razon Michelet. Cuando Necker volvió á Paris el día de su triunfo y se asomó al balcon del Ayuntamiento en medio de su mujer y de su hija, desmayóse ella de felicidad.

Necesitaba grandes emociones; emociones análogas á su talento.

Despues de la fuga de su padre y de la pérdida de sus lisongeras esperanzas, se aficionó á Rousseau y á Montesquieu, pero conservándose romántica en el amor. Su esposo, el honrado y fino M. de Staël nada tenia que respondiese á su ideal y de aquí nació que buscase otro entre sus adoradores.

Mme. de Staël no era bella; mas bien era fea, pues sus facciones eran ordinarias, su nariz era deforme, su talle abultaba mucho y su cutis era áspero.

« Sus gestos, dice el mismo Michelet, eran mas bien enérgicos que graciosos; con las manos cruzadas detrás de la espalda, donimaba el salon con su actitud viril, con su poderosa palabra que contrastaba grandemente con su sexo y que hacia dudar algunas veces si era mujer.»

Mme. Staël tenia un grande, un inmenso talento, cuyo origen era el corazon, pero la expontaneidad

y la invencion, esos dos rasgos del génio, no se hallan en ella; retiremos, pues, la palabra génio tratándose de su persona.

Su gran originalidad, no dudamos un momento en afirmarlo, se halla en su primera época y aun su gloria por el amor apasionado hácia su padre, en la fé que tenia en él y en su admiracion por él; como su decadencia fué la época que contrajo relaciones con los Narbonne, Benjamin Constantt y otros que se le daban como amantes.

Nos ocuparemos ahora de quien en aquella época con sobrada razon tiene un justo renombre en las letras.

Francisco Augusto, Vizconde de Chateaubriand, es otro de los buenos escritores de la época de que nos ocupamos.

Chateaubriand nació en Saint Malo en 1769 y alcanzó hasta el año 1848.

Era descendiente de una noble familia de Bretaña.

Su educacion la recibió en un colegio de nobles y emprendió la carrera militar, formando parte de uno de los regimientos de infanteria de Navarra.

Fué presentado á la córte en 1787 y Luis XVI lo recibió con cariño, dándole el grado de capitán de caballeria; siendo nombrado poco despues caballero de la famosa órden de Malta.

Se dió á conocer en las letras por aquel tiempo en el *Almanaque de las Musas* de 1789, publicando en él algunas de sus composiciones poéticas.

Tuvo la idea entonces de descubrir por tierra el

paso N. O. de la América septentrional, volviendo á hallar la mar polar, que descubrieron en 1772 Hearne, en 1780 Makensie y que al fin su costa fué explorada en 1826 por el capitan Francklin.

Tambien ese viaje tenia por objeto para Chateaubriand, reunir materiales para escribir una gran epopeya que se titularia *El Hombre de la Naturaleza*.

Con ese fin renunció su empleo y de acuerdo con su amigo M. Malheshesbes, de quien recibió instrucciones y se aconsejó, se embarcó en 1781 con destino á la América. Llegado á ese punto tuvo el insigne honor de ser presentado á Washington, quien le hospedó en su casa.

Se internó en los desiertos de América, visitó la catarata célebre de Niágara, á la que se propuso descender solo, lo que hubo de costarle la vida, pues sufrió un gran golpe; los indios le prestaron auxilio reconociéndole inerte y curándole las heridas que habia recibido.

Debido á ésto pudo continuar sus exploraciones por el interior de aquellos lugares, pues fueron sus compañeros de emigracion. En medio de esta excursion, supo por un periódico que casualmente llegó á sus manos, los acontecimientos que se habian desarrollado en su patria y se decidió á regresar á ella.

Poco despues de haber llegado se casó en 1792 con una de las nietas de un antiguo gobernador de Pontdichery, y apenas casado tuvo que emigrar.

Fué herido de un casco de bomba en el sitio de

Tionville y tambien atacado de enfermedad contagiosa. Fué arrojado como moribundo en un foso, de donde fué retirado por los príncipes de Ligue por compasion.

En un estado miserable verdaderamente, tuvo que atravesar la Alemania, y pasando mil trabajos llegó á Inglaterra, donde tuvo que ganarse la vida.

De dia se ocupaba en traducciones y por la noche trabajaba su primera obra conocida por *Ensayo sobre las Revoluciones*, que dió á conocer sus dotes literarios.

Poco despues regresó á Francia, donde se le permitió entrar, y allí publicó dos de sus mejores obras *Atala* y *René*, que fueron acogidas con verdadero entusiasmo.

M. de Harmouville, al hablar de ellas dice, que fué un verdadero acontecimiento; y en efecto, no era tan sólo el triunfo de un hombre, sino tambien el de una creencia. Siguió á éstas, otra obra del mismo, *El Génio del Cristianismo*, llena de novedad y de estudio, que vino á afirmar la fé en aquel período de descreimiento é indiferencia por la religion; y que causó grandísimas controversias en que Chateaubriand quedó triunfante despues de una larguísima polémica.

Es, á nuestro juicio, su mejor trabajo, pudiendo ponerlo en parangon con *Los Mártires* del mismo; verdadera epopeya de la religion cristiana. Para escribir esta no menos interesante obra, se decidió á emprender viaje y recorrer el Oriente, visitando

la Tierra Santa. Recorrió la Italia, visitó á Atenas y Esparta, Corinto y Alejandria, Constantinopla, Jerusalem, Memfis, Cartago y Rodas; en seguida visitó á España, y en 1807 retornó á Francia. Esta obra, que terminó algun tiempo despues de este viaje, á pesar de lo que la critica haya podido decir, es uno de los trabajos mas concienzudos que ocupan un lugar preferente en las letras francesas y debe ser considerado no sólo como un monumento literario sino histórico tambien. Publicó despues su viaje descriptivo titulado *Itinerario de Paris á Jerusalem*, que está lleno de interés y fué entonces nombrado miembro de la Academia Francesa en reemplazo de Chenier; pero Chateaubriand rehusó ocupar este puesto, manifestando que el amigo de Malhesherbés no podia dirigir alabanzas al regicida Chenier. Por mas que se empeñaron en que lo ocupase, modificando el discurso que tenia preparado, no pudo conseguirse y el sillón que se le destinaba quedó mucho tiempo vacante.

Pasó en la vida privada algunos años hasta que subió al trono en la restauracion Luis XVIII. Entonces apareció su famoso folleto que lleva el título de *Bonaparte y los Borbones*, en donde ataca con dureza á la vez que con sobrada parcialidad á Napoleon. Esto le valió el que Luis XVIII le nombrase su agente diplomático en la corte de Suecia. El retorno de Napoleon de la isla de Elba, hizo que siguiese al Rey á Gante, hasta que la batalla de Waterloo, poniendo fin al Imperio y al poder de Napo-

leon, volvió con el Rey, quien entonces le dió un nuevo empleo, el de Par en la Cámara, en la que muy luego llegó á adquirir grandisima influencia.

Dió á luz en ese tiempo otra obra titulada *La Monarquía segun la Carta*, y se consagró á hacer dura oposicion al Ministerio Decaces, lo que causó su desgracia en el ánimo del Rey.

En 1822, habiendo caído Decaces, fué nombrado representante de Francia en el Congreso de Verona en compañía de M. de Montmorency, y despues embajador en Inglaterra. Ocupó el ministerio de negocios extranjeros algun tiempo, hasta que Mr. de Villele, jefe del gabinete, con quien estaba en disidencia, le hizo destituir por el Rey.

Su última obra son sus *Memorias de Ultra tumba* en que describe su vida y todos los sucesos que ha presenciado.

«Mi primer obra fué hecha en Lóndres en 1797, dice, y mi última en Paris en 1844; entre esas dos fechas no hay menos que cuarenta años; tres veces mas que el espacio que Tácito llama una larga parte de la vida humana, *Quindecim annos, grande mortalis ævi spatium*». Este pensamiento, dice M. de Saint Beuve, se eleva inevitablemente en el espíritu del lector que abre el volúmen, aun cuando no se le advierta.

La idea de M. de Chateaubriand escribiendo sus memorias, ha sido el sincerarse sin llegar á la confesion, pero despojándose de una especie de conveniencia inevitable que imponen los grandes roles

desempeñados en la escena del mundo; es una de esas razones que llevan á no hacer su publicacion sino á su muerte. En las páginas fechadas en 1811, como en aquellas de 1833, el autor de la gran tentativa cristiana y monárquica, se destaca siempre pero no en todo su conjunto. No se desprende de las opiniones del pasado, pero nada le sujeta ni le ilusiona. El poeta, como René, ha entrado en su libre personalidad, en mil contradicciones felices. Su naturaleza original se impone, todas las reflexiones sanas capaces de elocuencia, todas las nobles imágenes á escoger y las palmas en flor en cada campo, todos los mas bellos ensueños lo atraen irresistiblemente. El arte, sobre todo, esa grande é insaciable colmena, le seduce. La unidad de la vida misma del escritor se halla en esa diversidad.

Seria, lo sentimos, al abordar las Memorias de M. de Chateaubriand por un bien estrecho lugar, el buscar simplemente en una narracion explicativa que llenaria las lagunas biográficas y ayudaria á completar una sicología individual. De sus *Memorias* ha hecho y ha debido hacer un poema.

Quien es capaz de ser poeta en esa condicion, queda como tal poeta hasta el fin; y aunque escriba ante la realidad y la infrinja siempre, no le es dado echarse atrás. Pero andando, en medio de las pinturas y caracteres, y de las narraciones alegres ó de ensueños ideales, las indicaciones abundan; se ven estampar los secretos violados, se siente palpablemente esa continuidad del héroe que se extiende

desde la cuna á la gloria, que persiste aun hasta la tumba.

Y es esto precisamente lo que me ha ligado mas profundamente, lo dice en medio de su gloria y de la grandeza verdaderamente eficaz del conjunto.

Noble vida, magnánimo destino, seguramente aquella que se halla todo naturalmente y como forzosa á producir la epopeya de su siglo, tanto como se ha hallado mezclado en todo, á las catástrofes, y á los hombres, tan grande su rol entonces ha sido aunque haya guardado aun mas de un misterio.

Las *Memorias* de M. de Chateaubriand, bajo el punto de vista que son hoy dia, se componen de dos partes distintas. La primera, cuya redaccion se remonta á 1811 y termina en 1822, comprende los treinta primeros años de su vida hasta 1800. La segunda, cuya redaccion es de 1833, comprende los dos viajes de M. Chateaubriand á Praga, el de Venecia, las diferentes relaciones con la familia real caída ese mismo año. El ilustre autor se ocupa en ese momento, en completar lo demás de esa parte de la historia de dos ó tres años transcurridos entre julio de 1830 y su primer salida para Praga. Esas dos partes, de las que una está terminada y la otra debe serlo; figuran de alguna manera como dos aleros iguales que sostienen un mismo monumento. El cuerpo intermediario de los treinta años del Imperio y de la Restauracion, no están aun trazados mas que por retazos y no presentan una liga no interrumpida y definitiva.

Cualquiera que sea su importancia, al fin, en el plan del edificio se puede provisionalmente llenar ese espacio con el *Génio del Cristianismo*, *Los Mártires*, *El Itinerario*, *La Monarquía segun la Carta*, *Los cuatro Estuardos* y los *Estudios históricos*.

Hé aquí cerca de un medio siglo, cuarenta y cuatro años á lo menos, que M. de Chateaubriand ha inaugurado nuestra era por *Atalay* por el *Génio del Cristianismo* y se ha colocado desde el primer momento á la cabeza de la literatura de su tiempo, y no ha descendido despues; las generaciones se han sucedido, y se proclaman hijas suyas; han venido á alistarse bajo su égida; casi todo lo que se ha tratado de grande en el campo de la imaginacion y de la poesia proceden de él; quiero decir de la nueva literatura que ha abierto, de la fuente de inspiracion que ha honrado y lo que se ha aplaudido en el intervalo como lo mas armonioso y mas brillante, ha aparecido para cumplir sus promesas y realizar sus augurios; ha tenido herederos á su vez ilustres, pero no ha sido sobrepujado, y hoy dia, cuando hay muchos, cuando los mejores se disipan, disminuyen ó callan, es él aun que viene á abrir á la curiosidad, al interés de todos, con un volúmen impacientemente esperado, y que, se puede decir, puede denominarse como la flor de Mayo, la primicia de la estacion!

Fué en 1800 que M. de Chateaubriand entró de lleno en su gloria. Nada de él era conocido hasta entonces; el *Ensayo sobre la Revolucion*, publicado

en Inglaterra, no habia penetrado aun en Francia; algunos articulos del *Mercurio* y las promesas de M. de Fontanes, presagiaban desde muchos meses á las personas atentas al talento nuevo, cuando el *Génio del Cristianismo* llenó el horizonte con rápidas claridades. Este incomparable suceso, al principio confirió á M. de Chateaubriand un carácter público como escritor; su triple influencia, religiosa, poética y monárquica, comenzó desde entonces.

Todo su destino ulterior debió desarrollarse bajo esa magestuosa inauguracion, y á partir de esa columna miliaria que ostenta una cruz.

La religion, la poesia, la monarquia, durante esos treinta años dominaron, cada una mas ó menos, segun las circunstancias, en esa vida que marchó como un largo poema.

Pero hubieron bastantes irregularidades necesarias y tambien interrupciones, que fueron poco comprendidas por los espíritus prosaicos ó llamados positivos.

Esta decision elocuente, esta invocacion al cristianismo del seno de una carrera de honores, de combates políticos ó de placeres; ese ensueño salvaje, esa melancolia eterna de René reproduciendo guirnaldas y pompas, gritos frecuentes de libertad, de juventud y de porvenir, pronunciados por los mismos lábios que la magnificencia caballeresca y el ritual antiguo de los reyes, no era bastante para desconcertar á muchas inteligencias, que buscaban dificilmente en ellas la solucion de uno de esos pro-

blemas, y que probarian facilmente, segun su propio ejemplo, que el espiritu es materia porque no es mas que una cosa á la vez.

Despues de algunos años, la unidad de la vida de M. de Chateaubriand, se habia suficientemente definido, y salvo algunos bruscos detalles la linea entera del monumento era apreciada y aplaudida.

Literariamente no habia mas que una voz para saludar á su fundador, de la poesia de la imaginacion, segun nosotros pensamos, el único cuya palabra no palidecia ante el brillo de Austerlitz.

Despues del siglo dieciocho, que es en general seco, analítico, como incoloro; despues de Juan J. Rosseau que hace una feliz excepcion, pero que le falta algo de expansivo y correcto; despues de Saint Pierre, que tiene algo de voluptuoso pero que existe monotonia en el color, Chateaubriand ha venido volviendo á la frase severa, á tomar la forma cadenciosa del tiempo de Luis XIV, y derramando las riquezas de un mundo nuevo, los estudios del mundo antiguo.

Hay de Sofocles y Bossuet en esta innovacion al mismo tiempo que el génio virgen de Meschacebe; Chactas ha leído á Job y ha visitado al gran rey.

Se ha comparado felizmente ese bello estilo á las blancas columnas de Palmira; son, én efecto, columnas de estilo griego, pero con lianas de los grandes desiertos por capiteles.

Y tambien, como en tiempo de Luis XIV existe un fondo de buen sentido unido al fausto, á la medida y proporcion en el grandor.

Llevando la metáfora hasta donde no habia alcanzado en francés antes que él, M. de Chateaubriand no se entregó á ella con profusion, con aturdimiento; es sóbrio en su audacia; su palabra, una vez que ha lanzado su imágen, viene á fortalecer el pensamiento principal, y no se entretiene en los dibujos ni en los adornos mediocres. El fondo de su diseño es generalmente vasto y distinto; los bosques y el mar, la simplicidad luminosa de los horizontes, es en esto que lo hallamos homérico y sofocliano.

M. de Chateaubriand aparece entonces literariamente, como uno de esos escritores que mantienen una lengua atreviéndose á removerla y rejuvenecerla.

Toda la escuela moderna emana mas ó menos directamente de él.

En su aplicacion á la politica y en el *Itinerario* de su viaje á Oriente, ha sabido proporcionar bien su estilo á la naturaleza de los objetos, que es hoy dia opinion universal, que hay en él una segunda manera, una segunda porcion de su obra que es irreprochable. Pero como este mérito de ser *irreprochable* se refiere mas en todo caso á un mas ó menos desarrollo poético, persistimos en preferirlo en su completa é inegual manera.

Políticamente el rol de M. de Chateaubriand no es menos, unánimemente apreciado hoy. Salvo algunas palabras, algunos errores debidos á la tormenta revolucionaria y á las pasiones de partido, se le ve constantemente trabajar por una concilia-

---

cion entre la libertad moderna y la legitimidad real. La libertad de la palabra y de la prensa es, de alguna manera el eje principal al rededor del cual su noble carrera política ha marchado. »

Hasta aquí el juicio tan concienzudo de Saint Beuve.

Nada podríamos agregar sobre la figura de Cha-teubriand que ocupa un lugar tan distinguido en las letras; no obstante basta leer sus obras para conocer el espíritu innovador de su literatura y el vacío que llenó con sus trabajos sobre la religión en aquella época de descreimiento completo.

Es una figura que se destaca en aquel período y se agiganta á medida que se desarrolla su génio y que el tiempo que transcurre no empalidece; muy lejos de eso, parece cada vez brillar con mas claridad.

---

## XI

Vamos á volver á ocuparnos de la literatura inglesa.

Al fin del siglo dieciocho atravesaba la Inglaterra por uno de esos fenómenos que señalan una era en la historia de la literatura.

En un pequeño pueblo montañoso que hasta entonces habia permanecido ageno á todo desarrollo de las ideas, se le ve de pronto surgir y ponerse á la cabeza del movimiento intelectual.

La Escocia, que es á la que nos referimos, sale de su aridez y produce no sólo pensadores, sino oradores, poetas y novelistas; y no sólo sobresalen por su génio, sino que se separan de las huellas que han seguido los que los han antecedido en el Reino Unido y saben inventar en sus obras métodos nuevos, géneros y hasta ciencia moderna.

Un filósofo práctico brota de la misma escuela de Fergusson, de Read y de Dugald Stewart.

Adam Smith funda los verdaderos principios de la economía social: Hume sienta las bases de la razón filosófica en la historia que no había sido hasta entonces conocida; Mackenzie importa la literatura periódica y el romance; Blair escribe sobre el arte de la elocuencia, y desde el fondo de Lowlands, se alza una figura á la vez interesante y viril, cuyas canciones obscurecen toda la meliflua y monótona poesía de su tiempo; Roberto Burns es este poeta, hombre del pueblo, que canta, empujando el arado y trabajando en el campo y de quien vamos á ocuparnos.

Roberto Burns no era propiamente un rústico como se hallan algunos en la historia de la literatura: era sí, un hombre del pueblo, y en sus filas se le halla siempre á pesar de pretender alcanzar otro rango. Había nacido en 1759, siendo su padre un paisano escocés, de carácter grave y triste, á quien todas sus empresas le habían salido mal, viéndose necesitado á construir una pequeña vivienda de barro y paja donde se retiró á vivir con su mujer y allí nació el poeta Burns, y creció en medio de la miseria y entregado á las faenas de la labranza.

A los quince años le dieron por compañera á una jóven para trabajar en la cosecha; y mientras ella cantaba, Burns la oía y recitaba sus versos en medio de sus trabajos. Le compuso para ella una canción y desde entonces comprendió que tenía la ins-

piracion de poeta; despues á todas las jóvenes que existian en su pueblo les hizo lo mismo, en tanto que las enamoraba, pues ser enamorado y ser poeta, era todo lo mismo, segun él. Generalmente componia en el patois de su pueblo y cuando lo hacia en inglés mezclaba una porcion de palabras que daban horror.

Cultura no tenia de ninguna clase y solamente lo único que habia aprendido era á leer en la escuela; una anciana le hizo conocer algunas de las leyendas de su pueblo; despues leyó la vida de Anibal, la vida de Sor William Wallace, Pamela y las poesias de Gray.

Habia algun tiempo dice Filon, que los labradores repetian las canciones de su camarada. Un médico de un pueblo vecino oyó hablar de los versos de Burns, quiso conocerlos, los admiró y los hizo tambien admirar de sus amigos.

Las composiciones de Burns fueron impresas; y puestas en las nubes y se le llamó á Edimburgo para conocerlo y gozar de su gloria. La Atenas septentrional estaba en su mayor brillo. Una sociedad aristocrática y letrada se abria ante Burns.

En las mesas de los grandes, en las reuniones de las personas letradas se oían las ocurrencias del paisano. Un dia comiendo en casa del famoso Blair, hizo el elogio de un predicador, rival de su anfitrión: otro dia trató de cretino á un clérigo que desaprobaba las obras de Gray.

Le faltaba una musa; se le ofreció una que respondia al nombre pretencioso de Clorinda.

Burns componia sus canciones conduciendo sus bueyes ó cavando la tierra. El ruido regular de la reja abriendo el suelo ingrato, rimaba su pensamiento. Componiendo sus canciones las cantaba con antiguas tonadas que habian servido para otras composiciones.

Cuantas veces cambia la faz del cielo en una estacion, así en el libro de sus canciones cambia de aspecto la poesia de Burns. Tan pronto es el patriotismo el que lo inspira, tan luego es el sentimiento de la naturaleza y lo mas frecuente es el amor. De un momento á otro pasa de la sensualidad del amor al misticismo de la religion. Tan pronto se mofa de los sacerdotes como helo de rodillas adorando á Dios en el silencio y soledad de los campos; tan luego, desea cortar la cabeza á los reyes, y entre tanto llora el haber con su arado destrozado la vida de un insecto.

El patois le suministraba palabras espresivas, familiares, de una dulzura infantil para consolar ese humilde camarada *como el nacido de la tierra, como el sugeto á la muerte*: Ay! no es el mas desdichado. Él no conoce sino el sufrimiento del momento; y el poeta siente todas las amarguras del pasado y las ansiedades del porvenir. Así una conclusion dolorosa y filosófica nace inopinadamente de esa fantasia pueril.

A todos esos signos, á esa movilidad de impresiones que hace suceder una vision seráfica á una sensacion brutal, se reconoce un poeta, es decir, una

máquina nerviosa hecha para sentir mejor que la de los demás hombres.

Burns no ha escrito un solo verso sin hallarse emocionado y es en lo que difiere del Dr. Johnson que no ha escrito jamás sus versos bajo el imperio de la emoción.

Desgraciadamente el autor de *Jolly Beggars* está condenado á no ser en razon del dialecto en que ha escrito, sino un poeta local, y los Escoceses tienen razon cuando no conceden á los Ingleses el derecho de admirar á Burns.

Vamos á hablar ahora de uno de los mas preclaros y distinguidos ingenios de Inglaterra, que ha sobresalido en primer rango no sólo como poeta sino tambien como novelista.

Sir Walter Scott, de quien nos referimos, nació en Edimburgo en 1774 y murió en 1832.

En sus estudios cuando jóven al parecer no ofreció nada de notable; siguió la carrera de jurisprudencia y llegó á obtener el título de cherif en el condado de Selpirk y fué Secretario de la Cámara de Edimburgo.

Estos empleos le aseguraron su subsistencia y entonces se entregó á su pasion favorita de anticuario y novelista.

Las leyendas antiguas le atraian irresistiblemente y puso muchas de ellas en verso, con lo que les dió interés y colorido, colocándose desde entonces entre los primeros poetas de su país.

Pero abandonó el cultivo de las musas para de-

dicarse al romance, y entonces fué cuando su génio desplegó su rápido vuelo, como dice un escritor.

*Waverley* fué su primera novela que tuvo un éxito extraordinario y que llenó de admiracion á todos sus lectores.

La siguieron otras muchas de igual mérito; entre otras, las mas notables son las *Cárceles de Edimburgo*, *Invanhoe*, *Los Puritanos*, *Rob Roy*, *La Desposada de Lammermoor*, *Ricardo en Palestina* y otras; la mayor parte escritas con nombres supuestos y que alcanzaron una fama universal.

No están todas escritas de igual manera ni tienen todas el mismo mérito, pero en su fondo tienen las mismas calidades.

El arte admirable de trazar los caracteres es peculiar de él; lo hace siempre con mano maestra, y parece que vemos hablar á los personajes que describe; como tambien es inimitable en la pintura de los lugares que diseña, como tambien parece poseer un talento mágico para dar vida y colorido á los usos, costumbres, trajes y en fin, á todo lo que ensaya ó se propone su pluma.

Existen en sus obras una mezcla de heroismo ideal y pormenores familiares y aun cómicos tejidos con tanto arte que verdaderamente interesan; reunido á esto los incidentes dramáticos y la extremada variedad y á veces verdaderas escenas sublimes, que se hallan en muchos pasajes, las hacen verdaderamente seductoras bajo todos puntos de vista.

Se le acusa, sin embargo, de que en algunos de

sus trabajos existe cierta trivialidad; algunas repeticiones y digresiones algo pesadas; pero estos pequeños lunares no le quitan el mérito indisputable que encierran sus obras, por las que en ese género es indisputable que ocupa el primer rango como novelista y lo ocupará siempre, habiendo hecho una verdadera revolucion é innovacion en la novela.

La acogida entusiasta de sus obras habian aumentado su fortuna y pudo comprar el antiguo castillo de Albodffors, de que hizo su morada, pero perdió muy luego esa magnífica posesion pues fué arruinado en una bancarrota.

Se entregó nuevamente con ardor al trabajo y dió á luz la *Vida de Napoleon*, aparecida en 1827, obra que escribió en poco tiempo y que desgraciadamente está escrita con demasiada parcialidad, aunque contenga documentos de sumo interés, desconocidos algunos de Francia.

Fué poco favorablemente acogida dicha obra, y entonces volvió á dedicarse á su género favorito, el de novelista, y sucumbió al fin á la fatiga y al trabajo que se habia impuesto para pagar á sus acreedores.

Oigamos la opinion de M. Filon respecto á tan insigne escritor:

« Si raras, dice, habian sido las dotes del poeta Burns, tan alto como quiera colocarlo la admiracion siempre creciente de sus compatriotas, es Sir Walter Scott que ocupa ese lugar y lo conservará siempre á despecho de los desdenes afectados de cierta

escuela. De antemano, él resume todos los mas bellos espíritus que hemos pasado en revista. Es historiador como Robertson, poeta como Gray, psicólogo mas sagaz que Reid, y novelista mas inventor que Mac-kencie. El génio de la Escocia revive en él mismo y en sus obras, es á la vez su pintor y su imagen. El Escocés ha nacido Celta y bien nos apercebimos de ello: ha sido durante mil años próximo vecino de la raza sajona y tambien lo vemos. Su carácter es aventurero, y cuando le faltan emociones en su país natal va á buscarlas aunque sea al fin del mundo. Predica con mejor voluntad que los ingleses; ningun pueblo no ha presentado aun mismo en la conversacion familiar una tan sonora mezcla de solemnidad y de armonia. Tiene el culto de sus tradiciones locales, crónicas, leyendas, canciones, todo lo que se refiere á su pasado; de sus luchas con los ingleses y de los combates que ha sostenido por la conquista de la libertad religiosa, todo le intereza, todo le parece bien y lo conserva. Hasta el último maestro de escuela del pueblo como los mas grandes doctores de Edimburgo, es anticuario por instinto, y aun el paisano del campo, tiene la aficion de las relaciones.

La razon es el rasgo distintivo de los Escoceses.

He aquí en que términos irónicos un inglés espiritual decia, de ese privilegio nacional: «La Minerva de los Escoceses ha venido toda armada al mundo, con una panoplia completa».

En su juventud Walter Scott habia pensado un instante en componer una novela al gusto del *Cas-*

*tillo de Otranto* de Horacio Walpole. Felizmente sus ideas tomaron otro curso, y las obras de Mis Edgeworth, vinieron á ofrecer á su imitador mejor modelo. Le vino el pensamiento de hacer para la Escocia lo que la célebre novelista, de quien su lector y amigo habia hecho para Irlanda.

Quería hacer conocer á los Ingleses las ideas, las costumbres, los paisajes y el pasado de Escocia, á fin de destruir las preocupaciones que un siglo de union política y administrativa habia dejado subsistir. Bajo ese concepto empezó á escribir su primera novela *Waverley*.

Consultó á un amigo, como Spencer habia sometido los primeros cantos de la *Reina de las Hadas*, este amigo le respondió aconsejando á Walter Scott de renunciar á ese género y á ese trabajo. En consecuencia de esa opinion, los siete primeros capítulos de *Waverley* durmieron mucho tiempo en un cajón; cuando la publicacion de *Rakeby* y del *Lord de las Islas* la hizo dar á luz, Scott terminó su obra y la dió al público sin su nombre. *Guy Mannering* y *El Anticuario* aparecieron enseguida con esa designacion que la hizo popular, « por el autor de *Waverley*. » y dió el nombre general de *Waverley novels* á las numerosas obras que se sucedieron durante quince años y de que fué autor.

El suceso fué rápido, inmenso y durable. Ni antes ni despues, nada ha igualado á su voga. Contrariamente al proverbio, Scott halló ardientes admiradores en sus compatriotas. Habia colocado la

accion de sus novelas en medio de los lugares que le eran mas familiares y que iban á hacerlos célebres; interesó al mundo con leyendas y tradiciones locales, que no habian tenido hasta entonces otros intérpretes que maestros de escuela ó algunas viejas; pero á mas de todo esto removiò la fiebre jacobita, siempre vivaz en el pais del origen de los Estuardos.

El jacobitismo, brasero mal extinguido, que durante cien años una sola chispa inflamaba á la menor causa en la esfera de la accion, en el dominio mas tranquilo de los sentimientos y de los recuerdos, donde los rigores de los gobiernos no osaban ni podian alcanzar.

Este fué el principal auxiliar del suceso de las obras de Scott, pero sus trabajos tenian otros méritos que los hacian dignos de pasar su pais sino la Mancha, y llamar la atencion del pueblo europeo. Scott marchaba por una via que él mismo se habia trazado y que muy pronto iba á ensanchar.

Se enseña en la Catedral de Lincoln una vidriera á la que se refiere una leyenda.

El maestro vidriero habia puesto dada vuelta una silla á consecuencia de los defectos del vidrio. Uno de sus discípulos se apoderó de aquello é hizo una composicion á su manera y lo que aquel aprendiz pintaba resultó una obra maestra. El maestro murió de celos, y la vidriera, aun hoy, por la pureza del diseño, la vivacidad de los colores y sobre todo por la profundidad del pensamiento, eclipsa á todas las demás.

Este recuerdo da argumento á Macaulay para hacer una ingeniosa comparacion.

El maestro vidriero, desdeñoso y celoso, serán Clarendon, Hume, Robertson, ú otro de la antigua escuela; el discípulo que halla la gloria utilizando los materiales relegados por la historia será Walter Scott.

El romance histórico es la mitad de la historia y la mejor tal vez.

Ni la antigüedad ni la guerra de los cien años que proporcionaron tanto, para dar tantas obras maestras á Shakspeare, nada inspiraron á Scott. La antigüedad le era poco familiar por otra parte y por otra era demasiado Escocés ó, si se quiere, muy poco Inglés para entusiasmarse al recuerdo de Creey y de Azincourt.

Sin embargo, un héroe Inglés ocupa dos de sus novelas, en el *Talisman* y *Ivanhoe*. El primero de esos romances nos describe á Ricardo, Corazon de Leon, luchando en Palestina contra Saladino en bravura y magnanimidad. El segundo nos pone en escena las circunstancias romanescas de su reaparicion en Inglaterra.

Se leerá siempre á *Ivanhoe* no solo por sus peripecias conmovedoras ó de sus cuadros pintorescos, sino sobre todo porque el autor ha puesto en presencia las dos razas normanda y sajona, sin rebajar á la una ni calumniar á la otra. La novela, un poco lenta y monótona, *Los Prometidos*, relata, cinceando una fábula sentimental, un episodio de las

guerras que los galos sostuvieron para defender su independencia. *La Hija linda de Perth*, encuadra en los acontecimientos históricos un paisaje animado de las costumbres de la primitiva Escocia.

La historia de Francia ha dado dos argumentos á Walter Scott; uno y otro se refieren á la misma época, en los reinados de Cárlos el Temerario y de Luis XI, dos caracteres cuyo contraste seducen la imaginacion *Quintin Duward* es tal vez la mejor de sus obras. Los acontecimientos que forman la trama histórica son el degüello del obispo de Liege por el Javali de las Ardenas y la cautividad de Luis en Persia que es su consecuencia; terminando la novela por el castigo de los Lioneses y la libertad humillante del rey de Francia. Un jóven arquero escocés de la guardia del rey mezcla su humilde existencia á aquellos grandes sucesos. Se convierte sin que la verdad se choque, en testigo y como en *deux ex machina* de aquella situacion violenta. Fino, valiente, discreto, mas honrado que Gil Blas y mas modesto que D'Artagnan, *Quintin Duward* es si se puede decir, el prototipo del aventurero virtuoso.

En *Ana de Geiertein* una de las producciones mas débiles de su vejez, Scott ha entrelazado las intrigas de Margarita de Anjou en el destierro con las faces de la lucha de Cárlos el Temerario contra los Suizos. Nos hace pasear desde las soledades respectivas hasta la corte galante y poética del rey, y nos da como cuadro final, la muerte trágica del duque Cárlos en Nancy. Pero son un héroe sin carácter y una heroina sin interés estas pinturas históricas.

La *Abadia* y el *Monasterio*, pintan con vivos colores algunas escenas de la Reforma en Escocia. Leémos la primera con mas placer que el *Monasterio*, no sólo porque amamos mejor el impetuoso y amable Rolando Groeme, que al frio y razonable Halbert Glendinning, sino tambien porque la atrayente figura de Maria Stuart, su permanencia en Lochléven, su evasion y su derrota, seguidas de un nuevo y mas doloroso cautiverio, hacen estremadamente conmovedoras sus últimas páginas.

El *Monasterio*, encierra, no obstante, un carácter precioso, el de Piercy Shaftor que personifica la absurda elegancia de los cortesanos de la reina Isabel. La gran reina de que hablamos; aparece en el *Castillo de Kerialworth* con sus vanidades y sus debilidades. Es la implacable hija de Enrique VIII, el enérgico y glorioso soberano; es tambien la implacable hija maniaca, pretenciosa y celosa.

El momento que describe está bien escogido; vemos nacer el favor de Raleigh, y asistimos á su trágico fin en favor de Leicester. Es sensible que la accion principal repose sobre un amor sin esperanza y por lo mismo, sobre un carácter insípido y lánguido. Tresiliano es Carlos Grandisson en traje del siglo dieciseis; es el mismo Ipso que ha estado de moda durante mas de sesenta años, amante suspirador, irreprochable y transido de amor y respeto por la dueña de sus pensamientos.

Las *Aventuras de Nigel* tan bien pecan por la insignificancia del héroe que encierra.

Volviendo á recorrer las páginas de la historia de Inglaterra, alcanzamos á la revolucion. Forzando un poco la historia, Walter Scott hace aparecer á Carlos II y Cromwell en los laberintos del Castillo de Woodsteck.

El retrato del Protector es tal como podria esperarse de un escocés tory y aun jacobita. Lo juzga con las preocupaciones de su país, de su partido y de su tiempo. En cambio el novelista no se atreve sino á medias á describir á Carlos II en *Pevevil du Pic*. En esa época anticristiana y anti-inglesa, á ese desborde de impudor y de espíritu, se precisaba un pincel menos reservado, una pluma menos inteligente que aquella de Scott.

El viejo Lée que muere de alegría á la entrada de su príncipe; el implacable y glacial Bridgenorth (*Pevevil du Pic*), que sacrifica su familia á su fé, presentan dos caracteres de su tiempo, el perfecto caballero y el puro *Cabeza Redonda*.

Pero es sobre todo en *Old Mortality* donde Scott despliega todo su incomparable talento para la psicología particular del fanatismo y para el estudio y sus variedades. Quien olvidará á Elspeth, la vieja paisana, buena y entusiasta; Muchlewart, que resucita, de alguna manera para maldecir, en medio de su orgia, á los dragones de Claverhouse y sobre todo Balfour de Buileigh, el asesino del Arzobispo de San Andrés, es una de las figuras mas verdaderas, mas sombrías, y mas trágicas, que un poeta haya jamás concebido y que un novelista haya descrito desde Esquilo á Víctor Hugo.

La *Leyenda de Montrose* completa la série de novelas que se refieren á los tiempos de la lucha civil.

Es un corto episodio de las luchas sostenidas por el «Gran Marqués» en los Highlands.

El autor ha escogido como héroe de ellas, á uno de aquellos oficiales de fortuna que se hicieron populares, el mayor Dalgetti.

*Waverley* y *Redgauntlet* relatan las dos expediciones de Carlos Estuardo en 1745 y en 1761.

Pero, ¡qué diferencia entre las dos épocas, en esas dos novelas!

En 1745, el príncipe es jóven, amado, caballeresco, marcha entre poéticos ensueños victorioso, y casi es rey. En su desastre mismo y en su fuga existe algo de heroico y de extraordinario.

En 1761, viejo, enfermo, desconfiado, se ha embarcado cuando aun sus partidarios no lo han hecho y todos no han llegado á la cita. El mismo contraste existe entre las dos novelas, pero cuando *Waverley* es animado y entretenido, *Redgrantlet* es melancólico y aburrido.

Se diria que el jacobitismo desanimado del autor ha pretendido ofrecer una especie de honrosa prueba á sus amigos liberales en su edad madura.

Se puede agregar á las novelas históricas *La Hija del Cirujano* y *El Corazon de Midlothian*.

La primera es un episodio de la conquista de las Indias; la segunda tiene por punto de partida un sangriento recuerdo, sacado de los anales de Esco-

cia. La ejecucion del capitan Porteous por el populacho revolucionario.

En la narracion de esta novela, se hallan personajes históricos, el Duque de Argill y la reina Carolina, que el novelista ha pintado con una rara indulgencia, poniendo en luz sus brillantes cualidades y dejando en la sombra sus odiosos defectos.

Quedan sus novelas donde el autor no ha colocado ningun carácter que pertenezca á la historia.

Ellas son: *Las aguas de Saint Roman*, *La Prometida de Lammermoor*, *El Pirata*, *El Enano negro*, *El Anticuario* y *Guy Mannering*.

El argumento de la primera es una aventura mas bien triste que interesante.

Felizmente el autor ha agrupado al redor de sus principales personajes, á todos los originales que existian hace cien años, en un pequeño pueblo perdido en un rincon de Escocia.

*La Prometida de Lammermoor* ha inspirado á un gran músico las notas mas tiernas y los acentos mas doloridos. Se podria reprochar á esta novela un color demasiado uniformemente lúgubre; *El Pirata* ofrece un encanto indefinible para los que aman el salir de los senderos trillados.

La escena se desarrolla en las Hébridas. La accion se encuadra en los paisajes graciosamente serenos de ese pequeño mundo extraño y bonachon, colocado fuera del concurso de la civilizacion.

*El Anticuario* se recomienda por la fina pintura de los caracteres y *Guy Mannering* por lo dramático de las situaciones.

Una escena de *El Anticuario* ha quedado clásica; es aquella en que un viejo señor y su hija, sorprendidos por la marea montante son salvados por el mendigo Ochiltre.

Dos tipos secundarios de *Guy Mannering*, Meg Merrilies, la bruja egipcia, y Dominus Sampson, el pedante excéntrico é ingenuo, el mas taciturno de los hombres que hayan jamás animado un corazón de oro bajo una mala vestidura, han quedado en todas las memorias.

Ninguna figura histórica, hemos dicho, se hallan en las últimas novelas; pero el autor ha prodigado el color local y ha sembrado de innumerables detalles que marcan la fecha de una manera precisa.

Si se miran de cerca se reconoce muy pronto que es imposible á la crítica, separar en dos clases distintas obras visiblemente compuestas, conforme á los mismos principios y con procedimientos idénticos.

Las novelas de Scott no son solamente romances históricos, porque vemos figurar en ellas personajes como Ricardo Corazon de Leon, Luis XI y Maria Stuard, ó bien porque las peripecias de la acción se ligan íntimamente á los sucesos reales de la historia; pero es sobre todo porque esos romances son la estricta aplicación del método histórico; la narración de una ficción.

Como el historiador, Walter Scott indica de antemano las fuentes en que ha bebido; las clasifica y las discute; en el curso de su narración, ejercita su

crítica sobre los hechos y los hombres, y parece tener siempre por objetivo la palabra que es la divisa y la definición misma de la historia; *ad probandum*.

Aunque trate de un tipo sumamente imaginado, *Guy Mannering*, hace lo mismo, poniendo en juego las mismas investigaciones para hallar á ese personaje romántico un prototipo auténtico.

A falta de documentos y piezas justificativas, él las inventa y así es que la novela es generalmente de una voluminosa introducción que es aun misma una novela y en donde el autor, empleando siempre su vigoroso método histórico, se pone en escena recojiendo de la boca de un capitán Clutherbuck ó de un doctor Dryasdust, que jamás han existido, pormenores, manuscritos ó tradiciones igualmente imaginarios.

En esto ha sido por muchos novelistas imitado el escritor escocés, pero en lo que en la mayor parte no es mas que una pueril ocupación literaria, es en Walter Scott el efecto de una vocación histórica que aun vemos en los menores detalles.

Vamos á hablar de los escritores que bajo el nombre de *Lakistas* son conocidos en la literatura inglesa.

Existía en Bristol en 1794 una agrupación de jóvenes que pensaban y soñaban en cosas del todo originales, á cuyo frente se encontraba Roberto Southey y Samuel Coledrige.

El primero era hijo de un fabricante de paños, y

el segundo habia sido criado en Christ Hospital entre los niños pobres; habia concurrido á la Universidad y despues se habia enrolado en un cuerpo de dragones, siendo un militar mediano y bien original como se decia de él. Un dia, estando de guardia, no pudo menos que reprender á un oficial que citaba equivocadamente un verso de Sofocles, atribuyéndoselo á Euripedes; no se podia, pues, obligar á este hombre á cargar el mosquete siendo tan letrado y se le obligó á volver á tomar la libertad.

Un mismo ardor por la poesia y aun por la admiracion de los hechos de la revolucion francesa hicieron amigos á estos dos personajes.

Compusieron juntos un drama titulado la *Caida de Robespierre*, y abrieron una cátedra para explicar la historia de la revolucion francesa; pero, poco despues la dejaron, y reunidos con otro poeta como ellos, Roberto Lowel, pensaron fundar una república que debia llamarse *Pantisocracia* entre los Ilineses de América, la que no pudieron llevar á efecto, pues no pasaba de una extravagancia propia de cabezas soñadoras y poco prácticas.

En esa soñada república debian ser todos buenos, libres, felices y sabios.

Faltaba la plata para esta empresa y para conseguirla dieron algunas conferencias y las suscripciones no faltaron; pero Coledrige olvidaba que debia concurrir á ellas y los concurrentes fueron poco á poco aburriéndose y dejaron de asistir. Felizmente un cooperador á este proyecto se presentó y fué un li-

brero llamado José Cottle. Era entusiasta admirador de los poetas, y aun mismo cultivaba las musas, pero lo hacia con muy poca vena. Compró á Southey el manuscrito de sus versos y anticipó el pago á Coledrige de los que bajo promesa debia escribir. El amor tuvo tambien su parte principal para retemplar el entusiasmo de los futuros colonos.

Uno de sus amigos, dice el citado Filon, se habia casado y una epidemia matrimonial se declaró entre los miembros de la república *Pantisocracia*. Lovel, que así se llamaba, se habia casado con una miss Frickers; les era necesario á Southey y á Coledrige una mis Frickers. Southey, mas razonable, juzgó prudente esperar para tomar estado, pero Coledrige no esperó. No tenia la promesa de Cottle? Cada vez que le llevase cien versos le daria una guinea y media; y esto era para un poeta bastante estímulo como para hacerse de plata. Y justamente habia descubierto en Clifdon, una pequeña cabaña cubierta de jazmin y de rosas y de donde se oía el ruido lejano del mar: y es á donde condujo á Sara Frickers, que se convirtió en Sara Coledrige.

Dos dias despues, Cottle recibia un billete en que le rogaba le enviase un cierto número de objetos indispensables, cosas vulgares; una caja de velas, un par de zapatillas, una biblia, un barril de cerveza, etc., lo que se apresuró Cottle á enviar y muchas cosas mas, que juzgó necesarias para la comodidad de aquel jóven matrimonio.

De tiempo en tiempo el librero recibía algunas hojas del poema impacientemente esperado; *Religions musings*, ensueños religiosos y lo eran efectivamente. Partiendo del Calvario, el autor llegaba á la Revolucion francesa.

Los bandidos de la Convencion los hace aparecer como los continuadores de Cristo.

En un arretrato de ternura humanitaria, Coledrige llamaba á todos los desheredados de la fortuna; á todos los que vivian en la indigencia, en la desesperacion y en las lágrimas. ¡Paciencia, les decia, hijos del sufrimiento y de la miseria! Gracias á la Revolucion no debia haber mas mendigos ni prostitutas, ni viudas, ni huérfanos. Esto parecerá una sangrienta ironia si pensamos que en el momento que Coledrige escribia, el terror estaba en todo su auge en Francia.

¿Qué le importaba al poeta esto, cuando espresaba sus ilusiones bajo las sombras de Clifdon?

Podria decir como el abad de Vertot; «mi república está hecha».

De todas maneras era tan feliz en su cabaña! Vivir en medio de flores, oír el ruido del mar, entrar en conversacion con el ruiseñor y la alondra, con el escarabajo y la mariposa y con todos los huéspedes de la soledad; hacer versos apropósito de todo; sobre una nube que pasa sobre el cielo, como sobre un vagabundo que se ha detenido en la puerta de su casa; pensar en vez de tra-

bajar, soñar en vez de pensar, y hacerlo teniendo en sus brazos la mujer amada, era la felicidad completa para Coledrige. De todo esto sacaba argumento para sus poesías. El matrimonio tiene también su parte; él lo disfruta ávidamente y arroja la copa de los placeres antes que estuviere seca.

Entonces todo enternecido, con las lágrimas en los ojos, el amable egoísta, se separa, en busca de emociones nuevas no cumpliendo ni con Sara ni con Cottle lo que les había prometido.

En dos versos que ha escrito no recordamos dónde ha consignado el secreto de su vida.

To meet, to know, to love, and then to part  
Is the sad tale of many human heart!

Es esta efectivamente su historia y no es por menos triste.

Por ese tiempo Coledrige encuentra un hombre que debía ejercer una gran influencia sobre su espíritu.

Guillermo Wordsworth fué éste.

Con él pasó á Alemania y á su vuelta dió la traducción del *Wallestein* del poeta Schiller.

Escribió también una tragedia titulada *Los remordimientos* y varias baladas que obtuvieron gran acendimiento entre las personas de gusto literario; y entre las que sobresale la que lleva el nombre de *Cristabel*.

Coledrige tenía una propensión irresistible al mis-

ticismo; la lectura de los poetas y filósofos alemanes agrió esta disposición natural y la transformó en defecto incurable. En 1797 dice Filon, una prescripción medical, motivada por una ligera indisposición, reveló á Coledrige los placeres del opio. A partir de ese instante, no fué dueño de si mismo. El dinero no tenía mas valor para el, sino para procurarse su narcótico favorito. El amor de Sara, el recuerdo de sus hijos, la amistad de Southey y de Wordsworth todo desapareció. La vida no fué desde entonces para él sino una continua embriaguez, con alternativas de languideces y de éxtasis.

En sus versos, ensayaba de describir sus visiones y de traducir sus sueños. El pequeño poema no terminado *Kubla Khan* fué escrito al despertar de uno de esos bellos sueños que marca el primer periodo del opio; la pieza titulada *Desanimacion* se refiere á uno de esos momentos de postracion y angustia que son la consecuencia y la espiacion de la embriaguez; y con los *Sufrimientos nocturnos* vemos el castigo final; Coledrige no termina nada. Escribe con muchos años de intervalo, los dos primeros cantos de *Cristabel* y no pasa de alli. De las *Dos Tumbas* no nos da mas que el final; su obra no se compone sino de fragmentos; se diria que era un poeta antiguo mutilado por el tiempo y cuya erudicion moderna á reunido piadosamente sus despojos; *disjecti membra poetæ*. Tales como son esos fragmentos son lo que ha producido mejor el genio de Coledrige. Incapaz de componer un gran cuadro ó de seguir una

accion dramática, tenia el don de producir, de una manera á la vez original, esquisita y simple, las sensaciones finas y estrañas que hacian vibrar su organismo. Es en las pequeñas composiciones como el *Ruiseñor*, la *Helada de media noche* que daba mejor á conocer la medida de su talento. El primer canto de *Cristabel*, menos fantástico y menos forzado que el segundo, y sobre todo la *Cancion del viejo marino*, son sus obras maestras, porque en ellas ha sabido salir de sí mismo y dar á su sensacion una forma objetiva.

El viejo marino es un hombre de la edad media, cuyo buque ha sido arrebatado en los mares aun desconocidos del hemisferio austral. En un momento fatal, ha muerto el *Albatros*, el inocente pájaro que se habia parado en el puente á jugar con los marineros. En castigo de esa muerte la embarcacion, sufrió contratiempos inauditos.

Esta revelacion la hace á un adolescente que se detiene á escucharlo, y que olvida todo volviendo pensativo á su casa.

Las sutilezas de los ingleses, las supersticiones de la edad media, los placeres del mar, se confunden en esta corta balada y donde Coledrige es un verdadero poeta.

Nadie sabe mejor que él predisponer á través de las peripecias de la alucinacion, la idea fija que lo domina, y nadie tampoco sabe mejor que él, dar á sus creaciones contornos vaporosos é impalpables á la vez que rodearlos de una realidad resaltante.

Existe en el espíritu de ese poeta una parte creyente, infantil, maravillosa, que se adapta fácilmente á sus leyendas.

Debia haber nacido tres siglos antes, en pleno catolicismo, y mitad monge mendicante y mitad trovador habria escrito en verso la vida de los santos.

Southey, amigo, como sabemos, de Colodrige, y asociado á los trabajos con Wordsworth, decia á éste: nuestros nombres han estado reunidos frecuentemente.

Wordsworth confirmó esto mismo y le dedicó una de sus composiciones.

Su obra mas conocida es *Juana de Arc*. La habia escrito cuando tenia veinte años y habian transcurrido treinta sin publicarla.

Su lectura es insostenible; suprime en su obra el milagro y hace de la heroina una precursora de la Revolucion francesa. La vírgen de Domremy no oye su voz sino en sueño. El pesar de una de sus amigas de la infancia, cuyo esposo ha sido muerto en la guerra, le hace aborrecer á los ingleses.

La conversacion de un militar que pasa por el pueblo, despierta en ella el patriotismo y hostilizada por sus padres se refugia en casa de un tio anciano.

Inútil es de llevar mas lejos el análisis de este trabajo; éste principio hará apreciar lo demás.

Algunos dan mas valor á la prosa de Southey que á sus versos. *La vida de Nelson* es una buena prueba de la brillantez de ella; y su *Historia de la guerra de España* está escrita en un estilo claro

y rápido aunque la imparcialidad no luzca, lo que justifica aquella apreciacion.

Southey ha producido mucho y de prisa.

Tal vez produciendo menos lo hubiera hecho mejor.

Esta fecundidad sin resultado positivo, tiene su explicacion, pues mantenía con su trabajo á tres familias, sin contar á muchos parientes y amigos que vivían en la pobreza.

Fué uno de los fundadores de la célebre revista titulada *Quarterley Review*, donde existen muchos trabajos suyos de critica.

Tenia un espíritu entusiasta y animado y sus ensayos lo hacen ver, pero un mal gusto predomina en sus obras.

Southey, segun un autor, habia leído mucho, pero sin discernimiento, y lo comprueba su obra *El Doctor*, que está plagada de una erudicion barroca y confusa.

Guillermo Wordsworth, es otro de los buenos poetas que figuran en aquel período.

Como los anteriores, admiraba la Revolucion, la que habia visto de cerca, pues se encontraba en Francia cuando ella estalló y pudo presenciar los sucesos que se desarrollaron.

Aunque las escenas sangrientas que tuvieron lugar podían haber disminuido en su ánimo sus ideas republicanas, no hicieron, al contrario, sino robustecer mas sus creencias sobre sus principios.

Wordsworth era muy pobre y no se vió privado

de aquel estado hasta que la liberalidad póstuma de un amigo le aseguró una mensualidad.

Fué con ésta todavía que pudo vivir algunos años en una pequeña cabaña con una hermana cerca el lago de Gransmere.

Después cuando pudo hacerse de recursos se casó con la que quería desde el colegio, y la llevó cerca del pequeño lago, que debía dar nombre á la nueva escuela literaria.

Ese lago, dice un escritor, no conoce la tempestad; el paisaje que lo circunda un poco estrechamente, es dulce y melancólico, y esa melancolía tierna se cambia en severa tristeza, cuando el invierno despoja de sus hojas á las encinas y blanquea de nieve el suelo.

Es en ese ignorado rincón de Inglaterra que Wordsworth se encerró para estudiar los verdaderos principios de la poesía.

Ese retrato nos recuerda aquel de Descartes en su retiro prisionero de los alemanes y de esa prision fue preparando la emancipación del género humano!

Wordsworth pretendió rehacer la poesía como Descartes había renovado la filosofía.

Su *Discurso del método* fué el prefacio que puso al frente de la segunda edición de las *Baladas líricas*, compuestas en compañía de Coledrige.

Ese prefacio no era menos que el programa de una revolución.

Su época, sin embargo, no era propicia á una innovación.

El pueblo se contentaba con las canciones para beber del capitán Morris y los refranes patrióticos de Pindar. Se admiraban aun las sátiras de Churchill, cuya altura y fina elegancia parecían á los contemporáneos de Junius y de Johnson, la última palabra de la inspiración.

Después de haber hecho tabla rasa con todas las preocupaciones de los espíritus por un siglo y medio de versificación artificial, Wordsworth se remontaba á las fuentes de la poesía; y es en el campo donde ha nacido, y la hulla, en presencia de las bellezas de la creación; es en él que el poeta debe vivir, á fin de estar de continuo, en contacto directo y en comunicación íntima con la naturaleza.

Los habitantes de la campaña tienen ideas más sencillas, sentimientos más puros, un lenguaje más natural que el habitante de las ciudades; el verdadero poeta debe imitar á aquellos, no solo para dar más verdad á sus imágenes, sino porque el lenguaje que hablan es el verdadero lenguaje de la imaginación.

Pero se objetará, ¿en qué se distinguirá este lenguaje de la prosa? y contesta Wordsworth á su vez ¿por qué ha de haber una diferencia específica, una oposición de naturaleza tan profunda, entre la poesía y la prosa? La poesía no se diferencia de la prosa sino en la forma métrica y es bastante.

Llorais, leyendo las últimas cartas de Carlota Harlowe, y os estremeceis con la agonía de Desdemona.

Es la deliciosa música de los versos que transforma en goce, la emoción penosa de las situaciones más dolorosas y que cambia una escena horrorosa en un espectáculo exquisito.

El poeta es un hombre como los otros, pero la facultad de sentir en él es más intensa; el don de expresar sus sentimientos está en él más desarrollado que en los demás. Su misión no es solo la de entretener; sino que debe ser en la sociedad moderna lo que era en la antigua: el instructor del pueblo y el depositario de la sabiduría, el consolador y el legislador del hogar de la familia.

Wordsworth, agrega el mismo autor, se consagró á interpretar la naturaleza tal como es; se impuso á la vez de poner en escena á los habitantes de la campaña con sus verdaderos sentimientos y hablando en su mismo lenguaje.

Pero no ha realizado esto del todo.

El campo se halla en sus poesías con formas y aspectos variados y aun con los perfumes que exhalan la atmósfera que lo baña, las sensaciones suaves ó tristes, fugitivas ó profundas que él nos da, y todos los sentimientos morales que de ello derivan.

Wordsworth, no ha *cantado* solo la naturaleza, como se decía anteriormente; no la ha descrito á la manera de un Thomson ó de un Delille; él la ha pintado, ó mejor dicho aun, nos la hace ver, escuchar, respirar, sentir, como se siente el contacto y la caricia de la persona amada.

Macaulay dice de este poeta que habla de la *naturaleza* como un amante habla á su querida; no estando jamás cansado de su propósito no prevé tampoco el cansancio en su lector. Es esta una crítica fina que contiene un elogio merecido.

El sentimiento de la naturaleza en Wordsworth tiene el acento penetrante de la pasión verdadera como de su monotonía.

¿Cómo dar una idea del gran poema de Wordsworth, *La Escursion*? Ese poema está vacío y sin embargo de todo hay en él; no es nada y es una enciclopedia. Diez líneas bastan para indicar el plan; diez volúmenes no bastan para esponer y resolver todos los problemas que despierta.

El autor va á buscar á un antiguo amigo que ha aprendido la física, observando la naturaleza y la economía social, recorriendo los pueblos y las ciudades, la psicología estudiándose á sí propio y la religion mirando al cielo.

Juntos van á visitar á cierto solitario que habiendo perdido á su mujer y á dos hijos, ha ido á Francia á buscar consuelo con la lectura de las obras de Voltaire y con el espectáculo de la Revolución Francesa.

Ni una ni otra cosa lo ha consolado. Opinando que allí donde tales remedios no han surtido efecto, ningún arte humano podría conseguirlo, se retira á una soledad salvaje. Los amigos lo arrastran para conducirlo á un pueblo vecino, y allí emprende con el pastor una conversacion que ocupa muchos

cantos y que está entrecortada por episodios simultáneos. El pastor hace la historia de todos los que han muerto y yacen en aquellos alrededores bajo los árboles. Cada uno de sus recuerdos dá ocasion á pacíficas discusiones de donde se desprende la moralidad que tiene todo destino humano; se observa que la última palabra es del pastor, y que la sabiduria filosófica, cuyas generosas pero estériles aspiraciones ocupan los primeros cantos, se inclina al fin ante la sabiduria cristiana. De lo alto de una eminencia, el ministro rodeado de su familia y de sus allegados, abraza con la mirada ese mundo estrecho que acaba de explorar con ellos; ve al sol descender lentamente detrás de las colinas y el lago iluminarse con los reflejos del cielo abrasador. Su espíritu se eleva hácia esas claridades espirituales cuya luz visible es su simbolo y promesa.

El dia está aun lejano y la verdad será comprendida de todos: allí donde la justicia establecerá su pacífico reino sobre toda la faz de la tierra. Y sin embargo, encuentra progresos realizados desde el tiempo en que el humo de los sacrificios turbaba el límpido cristal del lago, en que el ruido del viento y el mugido de las cataratas irritadas, no podían cubrir el grito de las víctimas inmoladas en holocausto de los dioses paganos.

Las campanas de la tarde hablan ahora á los corazones de una religion de inocencia y de paz, y al ver ese pacífico rincon de tierra, se diria que Dios ha concedido el paraíso á los hijos de Eva desterrada por su pecado.

« Es así, continúa el vicario, éste es un homenaje de gratitud que vuestro pastor ofrece en nuestro nombre á todos y para vos, que venis á arrodillaros en el edificio sagrado y para vos tambien que dormis bajo estos muros, olvidados de todos nuestros cuidados; por todos esos hijos confiados á mi solicitud, por este país amado, nuestra patria terrestre.... »

« Estas rocas desnudas, vuestra estéril heredad como estos campos fértiles que recompensan nuestro labor; el valle lleno de sombra como la cima asoleada de los montes; los bosques que tiemblan con el viento ó se adormecen con la calma; las aguas tempestuosas ó silenciosas, me ven cuando yo oro, y me oyen aun cuando me callo y que mi pensamiento secreto va á allí dirigido. »

Inteligencia universal de donde dimana toda la gracia y donde se encuentra toda bendicion! »

El cañon de Trafalgar y de Waterloo ahogó esta voz que predicaba el fin de las guerras y convidaba á los hombres á sepultarse en las soledades.

Lord Byron es uno de los mas grandes poetas que ha producido la Inglaterra y uno de los mas extraordinarios génios.

Nació en Douvres en 1788 y pasó su niñez en Escocia á cargo de su madre, pues su padre habia muerto.

Hizo sus estudios en Harrow, cerca de Londres; despues en la Universidad de Cambridge.

Su mocedad fué muy disipada y muy licenciosa.

A los veinte años hizo la publicacion de sus primeras composiciones poéticas bajo el título de *Horas de ocio*, la que fué acerbamente criticada, y Byron despechado escribió contra sus detractores una violenta sátira donde dió muestras de su gran talento.

Esa obra lleva por título *Los Poetas Ingleses y los Criticos Escoceses*.

Entró muy jóven en el Parlamento habiendo sustituido á uno de sus tios en aquel lugar.

Su aficion por los viajes le hizo visitar á España, Portugal, Grecia, la Albania, Turquía, y á su retorno hizo la publicacion de su poema titulado *La Peregrinacion de Child Harold*, que dió á conocer sus sorprendentes dotes de poeta.

En ese poema describe los episodios de su propia vida y todas las impresiones de sus viajes de una manera interesante y verdaderamente práctica.

En seguida dió á luz *El Corsario Lara*, *La Prometida de Abidox*, *El Giaour* que no tuvieron menor éxito y cuyos trabajos lo colocaron desde entonces á la cabeza de los primeros poetas de Inglaterra.

Casóse con una lady á quien habia entusiasmado íntimamente su génio, con quien tuvo una hija; no fué feliz en su matrimonio y no bien habia transcurrido un año de desposados se separaron para siempre.

Se culpó á Byron de haber dado motivo para esa

separacion por su vida desarreglada, y fastidiado de estos reproches, se embarcó con la intencion de hacer un nuevo viaje.

Recorrió Bélgica, donde recuerda á Waterloo, haciendo una de sus mejores composiciones.

Despues, pasó á Suiza, visitó á Venecia, Toscana y Roma.

Entró á formar parte en Italia de los que querian la emancipacion de aquel pueblo, y fracasando en sus proyectos, se decidió á trabajar á favor de la independencia de la Grecia.

Empleó su fortuna en favor de aquella causa, y se consagró en cuerpo y alma para redimir de la esclavitud á aquel pueblo, y murió al frente de los muros de Missolongi de una fluxion de pecho, sin haber podido ver realizados sus deseos, el 19 de Abril de 1824.

Durante sus viajes habia escrito algunos dramas. *Manfredo, Cain, El Cielo y la Tierra, Los dos Foscari, Marino Faliero, La Profecia de Dante* y el famoso poema titulado *Don Juan* que es su obra maestra.

En todas sus obras, Byron, además de sus muchos méritos, sobresale, sobre todo, por su estilo que llega á lo patético y sublime y que ha hecho la admiracion de sus contemporáneos y de todos los que lo leen.

Byron era un hombre hermoso, pero habia nacido con un defecto, pues era cojo. Esto parece haber contribuido en gran parte al carácter misantrópico que poseia, pues abatia su amor propio.

Habian transcurrido diez años desde que Wordsworth, Southey y Coledrige, luchaban contra la hostilidad de los criticos y la indiferencia del público, dice M. Filon. Lentamente aumentaban esos humildes renombres, cuando apareció en el firmamento poético un meteoro, cuya luz esplendorosa hizo invisibles por aquel tiempo á todos los astros secundarios.

Un jóven de veinte y dos años acababa de publicar la *Peregrinacion de Child Harold*.

Ese jóven se llamaba Byron.

En su nacimiento las hadas lo habian rodeado, pero una mala, que sin duda habian olvidado de invitar al bautismo, habia venido despues de sus hermanas y habia agregado á cada don una maldicion.

Era lord, pero era pobre; era bello, pero era cojo.

Si las mujeres adoraban aquella frente marmorea, sobre la que jugaban cabellos oscuros y enrrollados, los muchachos corrian detrás de él en Haymarket y se burlaban de su cojera.

Su nombre era ilustre, pero habia algunas manchas en él.

Los Byron eran conocidos en la historia local por sus desarreglos salvajes y sus pasiones desenfrenadas que los habian arrastrado aun hasta el crimen.

La embriaguez y el derroche habian muerto al padre de Byron.

Su madre, carácter flexible y activo, trataba de

quebrar por la violencia el carácter arrebatado de su hijo. La madre no cedia jamás y el hijo menos. El diamante usa el diamante; los Byron eran de una esencia mas dura. Esta lucha se continuó á través de privaciones inauditas, orgullosamente soportadas hasta el momento en que la muerte de un tío, trajo con un título, una fortuna dificultosa, castillos en ruinas, vastos dominios, inalienables y gravados con hipotecas.

En el colegio de Harrow se notó el númen extraño de aquel jóven; sus accesos de indolencia y de pasión, el furor de sus iras y de sus amistades, su gusto feroz por la soledad, su arrebató por los ejercicios corporales, que los ingleses aman, lo mismo que los griegos y en los que queria sobresalir en despecho de su deformidad.

Apenas salido de la Universidad publicó un volumen en verso titulado *Horas de ocio*.

Eran reminiscencias de colegio mezcladas á las primeras languideces amorosas de la adolescencia.

En algunos pasajes aquí y allí, se veia al futuro Titan.

Esta coleccion fué brutalmente juzgada y sumariamente criticada.

Byron se vengó con un victorioso apóstrofe titulado *Bardos Ingleses y Criticos Escoceses*.

Este escándalo habia hecho algun efecto, no obstante, á causa de la edad del autor.

Pero se le habia olvidado cuando Byron publicó los dos primeros cantos de *Child Harold*.

El héroe del poema es un joven inglés, cansado de placeres y disgustado de la existencia. Deja su hogar, visita á Portugal y España, va á Lisboa donde los restos del despotismo y de la inquisicion lo llenan de indignacion; se detiene para meditar y maldecir á Napoleon sobre el campo de batalla de Albuera, que acababa de empapar con la sangre de tres naciones; despues se dirige á Sevilla, asiste á las corridas de toros y olvida su melancolia, viendo á las damas vestidas con mantillas y que manejaban con gracia los abanicos.

De allí pasó á Grecia.

En la llanura de Maraton, en medio del Partenon, arruinado por los siglos, por los turcos y por Lord Elgin, evoca los gloriosos recuerdos de la antigua Helleida, belicosa y libre.

Recibe la hospitalidad tambien de los Albaneses; asiste á sus bailes, oye sus canciones y se embriaga de placer con esa poesia amorosa y guerrera.

Una crítica severa habria podido observar que el poema no teniendo sujeto no debia tener héroe.

¿A qué entonces explicar minuciosamente todos los cambios del carácter de *Child Harold*, cuando no debe traducirse por ningun acto ni hallarse en frente de ninguna situacion? Qué le importaban al público estas objeciones; se habia interesado con él y era bastante.

El gusto natural de los ingleses por los viajes; la atraccion particular que experimentan, desde el fondo de sus brumas por los pueblos que baña el sol,

en fin el interés personal de esa memorable guerra de la península, todo esto conspiró para asegurar el éxito de *Child Harold*.

La Inglaterra estaba aun comprometida en una guerra á muerte con un enemigo que detestaba y á la vez admiraba; con una especie de gigante que su rabia engrandecía mas y en quien veía el genio del mal y el dios de la guerra. Napoleon halló su Tirteo en aquel cojo capaz de maldecirlo en términos propios de su genio. Como en *Child Harold*, Byron presta á su fantasia las impresiones de un turista ó el recuerdo de sus buenos sucesos, en *Lara* el *Corsario* y *Manfredo*, les atribuye las aventuras que experimentaba y las emociones alegres ó terribles que deseaba sentir.

No es sorprendente que esos personajes se asemejen, siendo todos la imágen de una persona misma.

Todos, con escepcion de *Child Harold*, han vertido sangre.

Todos buscan el peligro; todos tienen un comun disgusto de la vida y un comun desprecio por la humanidad. Esta aversion llega á su paroxismo en el *Corsario*, que vive por profesion en hostilidad constante con la sociedad, y en *Manfredo* que no puede soportar una conversacion de algunos minutos con un cazador de camellos, sobre una cima salvaje de los Alpes. Todos tienen el don particular de subyugar á las mujeres.

Como los héroes, sus heroínas son muestras dife-

rentes de un mismo tipo. Los personajes son lo que Byron habria deseado ser, las mujeres son todo lo contrario de lo que lady Byron era; que se llame Julia, Haydee, Kaled, Gulnara, Medora, los rasgos no cambian. Animosas como leonas, frágiles como las flores, sobrellevan por años los sufrimientos cuando él está ahí.

Si se ausenta, si es infiel, si ha muerto el pesar las mata en una noche. Ellas viven de una caricia y mueren de una mirada severa.

Desde el alba al crepúsculo, desde la mañana á la tarde, ellas no saben mas que amar.

La uniformidad de los caracteres está ligado por la variedad de las situaciones; por el interés dramático de la narracion.

Ese género de interés no se halla en las vastas composiciones del poeta, en aquellas que consideramos como sus obras maestras.

La accion es nula en *Childe Harold*, *Manfredo* parece ser como el epilogo de un drama perdido. *Don Juan* presenta pasajes resaltantes, pero veremos qué causa le quita su mérito. En los poemas secundarios Byron describe conmovedoras escenas. El segundo canto del *Corsario*, la agonía de *Lara*, la carrera desenfrenada de *Mazeppa*, la *Giaour* y la *Prometida de Abydos*, demuestran que Byron poseia la potencia dramática pero totalmente no, sino por relámpagos. En sus obras no se vé jamás una passion nacer y crecer; no asistimos al desarrollo de los sucesos que se encadenan y se eslabonan unos

con otros. Byron con el golpe de vista de un pintor de genio, toma una actitud, una mirada, un minuto de terror ó de estravio y grava la imagen de su impresion en versos nerviosos y ampullosos.

Al lado de esas obras Byron despliega en *Don Juan* cualidades nuevas. Como el *Corsario*, este poema encierra escenas conmovedoras como la lenta agonía de los compañeros de *Don Juan*, en el canto segundo, y como la ciudad turca tomada por asalto por Souvarou en el octavo.

Ha dado á su *Don Juan* por héroe un corazón juvenil. Valiente, humano, generoso se le debe amar y se le ama. Hijo de un beodo y de una mujer buena, rodeado de personajes terribles y preceptores ridiculos, crece con el terror del infierno hasta el momento en que una jóven devota, casada con un viejo le dá una primera é involuntaria leccion de amor. Esto se termina por un escándalo y mientras Julia entra en un convento, Juan se prepara á recorrer el mundo acompañado de tres criados, un gobernante y un perro.

Un naufragio lo desembaraza de ellos y de su equipaje y lo arroja solo, moribundo, en una isla del archipiélago. Es allí que se encuentra recogido y tiernamente amado por Haydeé. El retorno de Lambro el pirata, padre de la jóven, interrumpe estos amores y separa á los dos amantes. Juan vendido como esclavo es comprado por una sultana. Conducido al harem bajo un disfraz femenino, pasa por una série de aventuras poco edificantes que sirven

para aumentar su experiencia. Ayudado de un inglés se escapa del serrallo y se viene al ejército ruso en el momento en que va á dar el asalto á Ismael.

Esta corta descripción de *Don Juan* es suficiente para mostrar sus lunares. Su obra es una série de episodios que no tienen ligazon entre sí, sino la identidad principal del personaje.

A cada canto, olvidamos las figuras que llenan el canto anterior y nos hace ver nuevos rostros. Es cierto que se puede hacer la misma crítica á la *Odisea* y la *Eneida* que no se discuten. Tiene otro defecto que choca muy á menudo á sus muchos lectores, al gran público sobre todo, último juez de las obras del espíritu, y es la continua intervencion del autor en su narracion.

De todas maneras, á pesar de los lunares que se pueden hallar en sus obras, Byron ocupará siempre un lugar preferente entre los poetas por su inmenso númen y por sus dotes excepcionales.

Naturaleza altiva, pero sin pedantismo, Byron era insensible á la vanidad de formar discípulos.

Habria sido el primero que se hubiera reído si hubiera visto á sus plagiarios, transformar en reglas de conducta, los rasgos de su carácter ó los azares de su existencia.

Byron, sin haberlo pretendido, vino á ser el jefe póstumo de una escuela que lo compromete por sus accesos. Aristócrata y clásico por excelencia, vino á ser su nombre el estandarte de los románticos y de los revolucionarios.

¡Extraño destino aquel de los grandes hombres!



---

---

FIN DEL TOMO SEGUNDO

---

---

